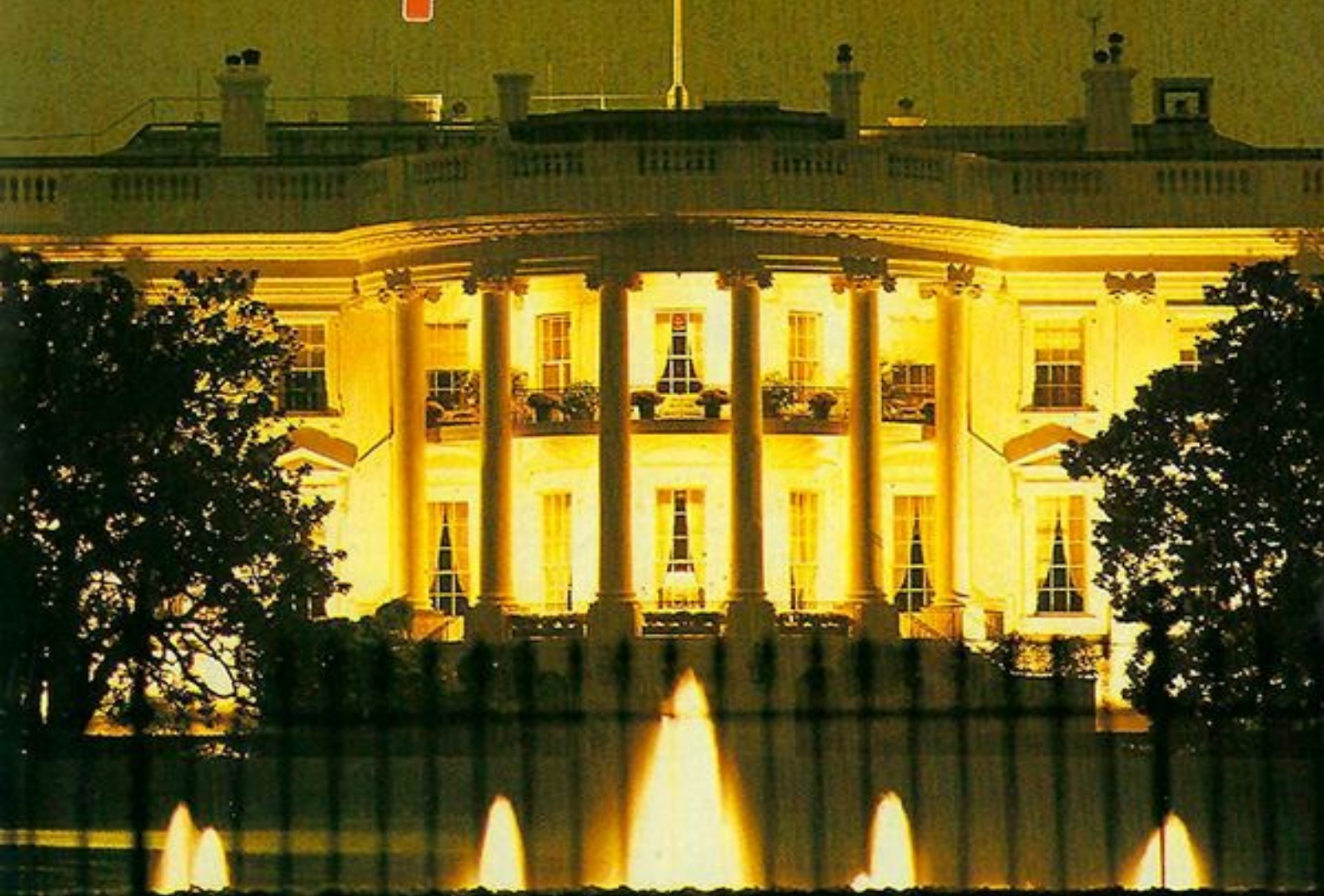


JEFFREY ARCHER

¿Se lo decimos a la presidenta?



Lectulandia

Florentina Kane ha cumplido dos años como presidenta de los Estados Unidos. El 10 de marzo —falta sólo una semana— la asesinarán cuando vaya al Senado a defender el proyecto de ley sobre Control de Armas.

Se sabe que hay un senador relacionado con la conspiración, pero puede ser cualquiera entre cien. También hay un detective enamorado de la hija de un senador, y quizá la muchacha no sea tan inocente como parece. Cada día que pasa hay menos posibilidades de desbaratar el complot. Tal vez el único medio de descubrir a los culpables sea dejar que la presidenta cumpla el programa fijado para ese día.

Jeffrey Archer

¿Se lo decimos a la presidenta?

Kane & Abel - 03

ePub r1.0

Titivillus 21-05-2022

Título original: *Shall we tell the President?*

Jeffrey Archer, 1986

Traducción: Eduardo Goligorsky

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Para Adrian y Anne

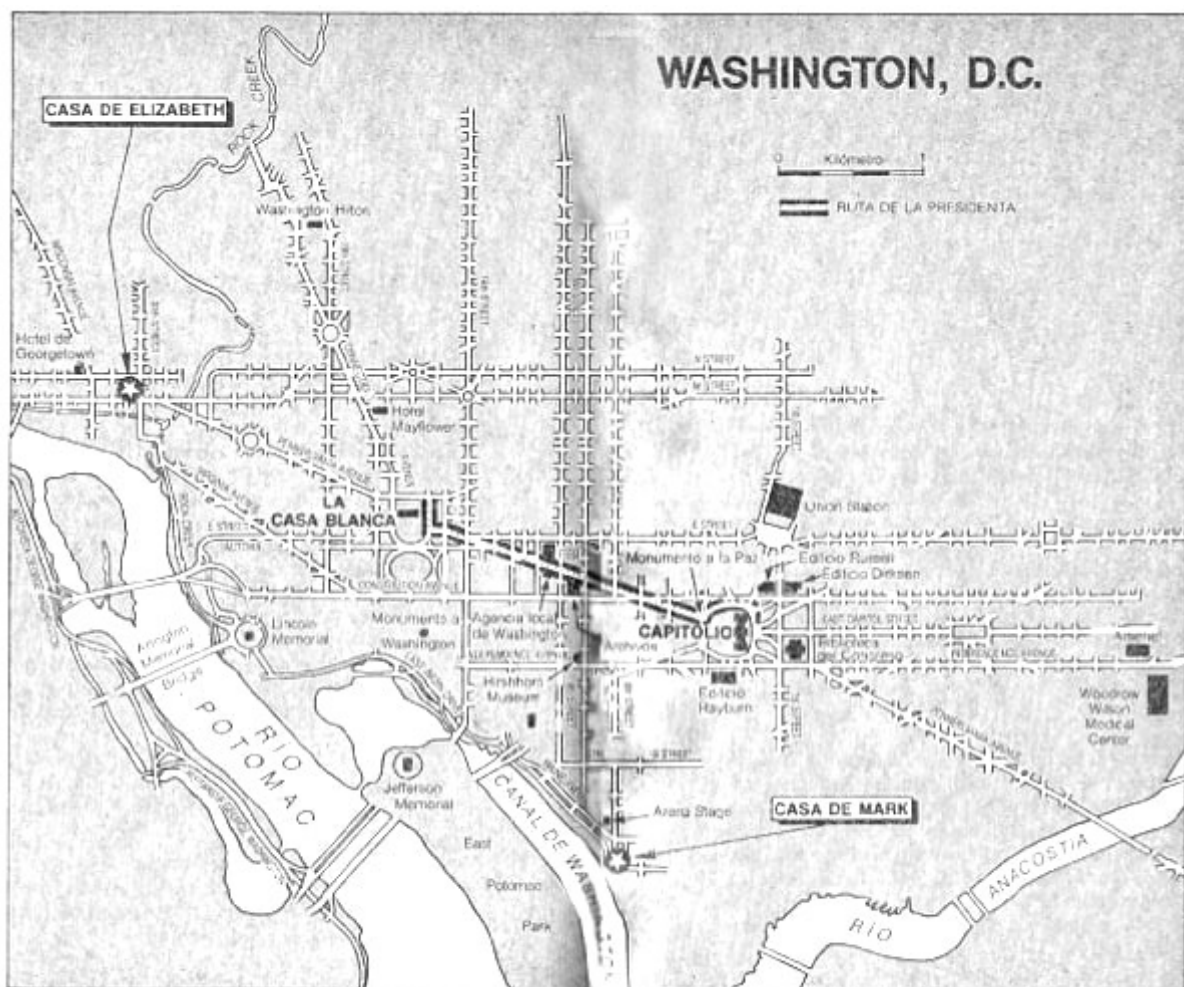
Los protagonistas y situaciones de esta obra son totalmente imaginarios, y no guardan relación con ningún personaje ni hecho de la vida real.

NOTA DEL AUTOR A LA EDICIÓN REVISADA

Cuando escribí esta obra, situé la acción en el futuro, a seis o siete años vista. Como ahora ese futuro ya pertenece al pasado, quedaba un poco perjudicada la credibilidad de la narración.

Desde entonces también escribí *La hija pródiga*, cuyo personaje principal, Florentina Kane, es la primera mujer en llegar a la presidencia de los Estados Unidos. Por tanto, al actualizar la presente novela me parece más lógico introducir a mi presidenta de ficción que conservar a Edward M. Kennedy, nombre de la vida real que era el centro de la novela originaria. Además, establezco así una relación natural con *La hija pródiga* y también con *Kane y Abel*.

En esencia, el argumento de la novela no cambia, aunque esta edición revisada y puesta al día contiene algunas modificaciones importantes así como otras de menor entidad.



MARTES, 20 DE ENERO

12.26 horas

— Yo, Florentina Kane, juro solemnemente...
— *Yo, Florentina Kane, juro solemnemente...*
— ... desempeñar con fidelidad el cargo de presidenta de los Estados Unidos...
— ... *desempeñar con fidelidad el cargo de presidenta de los Estados Unidos...*
— ... y guardar, proteger y defender la Constitución de los Estados Unidos en la medida de mis facultades, con la ayuda de Dios.
— ... *y guardar, proteger y defender la Constitución de los Estados Unidos en la medida de mis aptitudes. Así Dios me ayude.*

Con la mano apoyada todavía sobre la Biblia de Douay, el cuadragésimo tercer titular de la presidencia sonrió al presidente consorte. Terminaba una lucha y empezaba otra. Florentina Kane era una experta en la materia. Primero había sido la batalla por un escaño en el Congreso, luego el Senado, y cuatro años más tarde había sido la primera mujer en alcanzar la vicepresidencia de los Estados Unidos. Después de una dura campaña en las primarias, necesitó cinco votaciones para derrotar por estrecho margen al senador Ralph Brooks en la Convención Nacional Demócrata de junio. En noviembre sobrevivió a una batalla todavía más enconada con el candidato republicano, un ex congresista por Nueva York. Florentina Kane fue elegida presidenta por un margen de 105.000 votos: apenas un uno por ciento, el margen más estrecho de la historia de los Estados Unidos, incluso más exiguo que la mayoría de 118.000 que diera la victoria a John F. Kennedy sobre Richard Nixon, allá en 1960.

Cuando hubieron cesado los aplausos, la presidenta aguardó a que terminase la salva de veintiún cañonazos. Florentina Kane se aclaró la garganta y se volvió hacia los cincuenta mil ciudadanos pendientes de ella en la Plaza del Capitolio, sin contar unos doscientos millones más que permanecían atentos a los televisores. Ese día no hacían falta las mantas ni los gruesos abrigos que solían acompañar a aquellas celebraciones, ya que pese a ser un día de finales de enero el tiempo era primaveral; las nieves navideñas habían desaparecido del césped situado frente a la fachada este del Capitolio, aunque la muchedumbre aún pisaba tierra mojada.

—Vicepresidente Bradley, señor presidente del Tribunal Supremo, presidente Carter, presidente Reagan, reverendos, conciudadanos todos...

El presidente consorte la escuchó con atención, sonriendo a veces cuando reconocía alguna palabra o frase propia en el discurso que había ayudado a pergeñar.

La jornada de ambos había empezado a las 6.30 de la mañana. Ninguno de los dos consiguió dormir bien después del espléndido concierto de la víspera de la ceremonia de investidura. Florentina Kane aprovechó para releer por última vez el mensaje presidencial; subrayaba en rojo las ideas principales e introducía algunos cambios menores.

Por la mañana, al levantarse, Florentina no necesitó mucho tiempo para elegir un vestido azul, el cual complementó con el pequeño broche que le había regalado Richard, su primer esposo, poco antes de morir.

Florentina le recordaba cada vez que se ponía aquel broche, y también recordaba cómo aquel día no pudo subir al avión por culpa de una huelga del personal de mantenimiento, lo cual hizo que alquilase un coche para poder estar al lado de Florentina cuando ésta pronunciara el discurso de la ceremonia de entrega de diplomas en Harvard.

Aquella alocución, que según *Newsweek* había sido la plataforma de lanzamiento de la presidenta, no llegó a escucharla Richard... porque falleció antes de que ella pudiera llegar al hospital.

Volvió al mundo real, en donde era la líder más poderosa de la tierra. Aunque todo aquel poder no bastaba para lograr que resucitase Richard. Florentina revisó su aspecto en el espejo. Estaba segura de sí misma. Al fin y al cabo, había ejercido el cargo durante casi dos años, desde la súbita muerte del presidente Parkin. A los historiadores les sorprendería descubrir que se había enterado de la muerte del presidente mientras intentaba meter la bola

desde un metro veinte de distancia, jugando al golf contra su amigo de toda la vida y futuro esposo, Edward Winchester.

El partido quedó suspendido cuando los helicópteros empezaron a dar vueltas sobre sus cabezas, saliendo de uno de ellos un capitán de la Infantería de Marina que saludó militarmente y dijo: «Señora, el presidente ha muerto». Ahora el pueblo norteamericano había confirmado su voluntad de tener a una mujer como inquilina de la Casa Blanca. Por primera vez en la historia, los Estados Unidos habían elegido, por méritos propios, a una mujer para la primera magistratura del país. Al mirar por la ventana, esa mujer podía divisar las plácidas aguas del río Potomac brillando al primer sol de la mañana.

Salió de la habitación y se dirigió derecha al comedor privado, donde su esposo Edward charlaba con sus hijos, William y Annabel. Florentina besó a los tres antes de iniciar el desayuno.

Bromearon sobre anécdotas del pasado e hicieron conjeturas sobre el porvenir hasta las ocho en punto, en que la presidenta les dejó para encaminarse a la Oficina Oval. La secretaria de Prensa, Janet Brown, la esperaba en el pasillo.

—Buenos días, señora presidenta.

—Buenos días, Janet. ¿Todo en orden? —sonrió ella.

—Así lo creo, señora.

—Bien, pues... ¿Quiere encargarse de mi jornada como de costumbre? No se preocupe por mí, seguiré sus instrucciones. ¿Qué le parece que hagamos primero?

—Hay ochocientos cuarenta y dos telegramas y dos mil cuatrocientas doce cartas, pero tendrán que esperar, excepto si son de jefes de Estado. Tendré las contestaciones preparadas a las doce en punto.

—Póngales fecha de hoy, eso les gustará. Las firmaré todas tan pronto estén listas.

—Sí, señora. También tengo su programa. La jornada oficial comienza a las once con un café con los ex presidentes Reagan y Carter. Luego tendrá lugar la ceremonia de investidura, y después el almuerzo en el Senado, antes de presidir el desfile inaugural frente a la Casa Blanca.

Janet Brown le entregó un manojo de fichas de cartulina, cosidas entre sí, como venía haciendo desde quince años atrás, cuando Florentina ganó su primer escaño en el Congreso. Pasaron revista al programa presidencial, hora a hora, encontrándolo menos denso que de costumbre. Florentina memorizó brevemente el contenido de las fichas y dio las gracias a Janet Brown. Apareció entonces Edward Winchester, con la sonrisa mezcla de amor y de

admiración que siempre tenía para Florentina. Ésta jamás se había arrepentido de su decisión casi impulsiva de casarse con él después del hoyo decimoctavo, en aquella jornada extraordinaria en que se supo la muerte del presidente Parkin. Estaba segura de que Richard hubiera aprobado tal decisión.

—Voy a despachar papeles hasta las once —le dijo, a lo que él asintió y salió para dedicarse a sus actividades del día.

Frente a la casa ya se había congregado un grupo de ciudadanos que acudían a manifestar sus buenos deseos.

«Ojalá llueva —pensó H. Stuart Knight, jefe del Servicio Secreto. Ése era uno de los días más importantes de su vida—. Sé que la mayoría de estas personas son inofensivas, pero estos trances me ponen nervioso».

El grupo estaba compuesto por unas ciento cincuenta personas, cincuenta de las cuales trabajaban para el señor Knight. El coche avanzado que siempre se adelanta cinco minutos a la limusina presidencial ya estaba patrullando concienzudamente el trayecto hacia la Casa Blanca. Los agentes del Servicio Secreto vigilaban a los pequeños corrillos congregados a lo largo del camino, algunos de cuyos integrantes agitaban banderas. Habían ido a presenciar la ceremonia de transmisión de poderes, y les contarían a sus nietos que habían visto a Florentina Kane el día que se había convertido en presidenta de los Estados Unidos.

A las 10.59 el mayordomo abrió la puerta de entrada y la multitud empezó a aclamar a las autoridades.

La presidenta electa y su esposo saludaron en dirección a los ojos sonrientes y notaron vagamente que cincuenta personas no les miraban a ellos.

A las 11.00, dos limusinas negras se detuvieron silenciosamente en la entrada norte de la Casa Blanca. La guardia de honor de la Infantería de Marina se cuadró y saludó a los dos ex presidentes y a sus respectivas esposas, quienes fueron recibidos en el pórtico por la presidenta Kane. Éste era un privilegio que sólo se concedía normalmente a los jefes de Estado de otras naciones.

La presidenta guió a sus antecesores hasta la biblioteca, donde tomarían café con Edward, William y Annabel.

El más viejo de los ex presidentes hablaba de las artes culinarias de su esposa:

—Hace siglos que no ensucia una sartén, pero va mejorando día a día. Para mayor seguridad, le he regalado un ejemplar del *New York Times Cook Book*, una de las pocas cosas publicadas por ellos en donde no me critican.

Florentina Kane estaba nerviosa. Quería completar los trámites, pero sabía que a los ex presidentes les gustaba estar de nuevo en la Casa Blanca, y simuló escuchar atentamente, con una máscara que se había convertido en su segunda personalidad al cabo de actuar casi veinte años en la vida política.

—Señora presidenta —Kane tuvo que reaccionar rápidamente para evitar que alguien pudiera notar la reacción instintiva que habían despertado en ella esas dos palabras—. Son las doce y un minuto.

Kane miró a su secretaria de Prensa, abandonó su silla y condujo a los ex presidentes y a sus esposas hasta la escalinata de la Casa Blanca. La banda de Infantería de Marina tocó por última vez los acordes del *Hail to the Chief*. A la una volvería a tocarlos por primera vez.

Los dos ex presidentes fueron escoltados hasta el primer coche de la caravana, una limusina negra, con techo semiesférico, a prueba de balas. El presidente de la Cámara de Representantes, Jim Wright, y el jefe de la mayoría del Senado, Robert Byrd, ya estaban sentados en un coche presidencial, como representación del Congreso. Directamente detrás de la limusina aguardaban dos coches cargados con agentes del Servicio Secreto. Florentina y Edward ocuparon el quinto coche de la comitiva. El vicepresidente Bradley, de Nueva Jersey, y su mujer viajaban en el coche siguiente.

H. Stuart Knight practicaba otra verificación de rutina. Ahora sus cincuenta hombres se habían convertido en cien. A mediodía, incluyendo la policía local y el contingente del FBI, habría quinientos. Sin incluir a los agentes de la CIA, pensó Knight, consternado. Ciertamente no le habían informado si estarían allí o no, y ni siquiera él podría distinguirlos siempre en medio de la multitud. Oyó cómo los vítores de los espectadores alcanzaban su apogeo cuando la limusina presidencial arrancó rumbo al Capitolio.

Edward conversaba cordialmente, pero los pensamientos de Florentina Kane estaban en otra parte. Saludaba mecánicamente a las multitudes que flanqueaban Pennsylvania Avenue, pero pensaba en otras cosas... Quedaron atrás el hotel Williard, renovado; siete edificios de oficinas en construcción; las unidades de vivienda escalonadas que parecían casas indias excavadas en la montaña; las nuevas tiendas y restaurantes y las anchas aceras decoradas con plantas. El Edificio J. Edgar Hoover, sede del FBI, todavía bautizado así en homenaje a su primer director, no obstante, los esfuerzos de algunos

senadores que habían querido cambiarle el nombre. Cómo se había transformado esa calle en quince años.

Se aproximaban al Capitolio y Edward interrumpió las divagaciones de la presidenta electa.

—Que Dios te ayude, querida.

Florentina sonrió de manera muy afectuosa y tomó la mano de él. Los seis coches se detuvieron.

Kane entró en el Capitolio por la planta baja. Edward esperó un momento para darle las gracias al chófer. Los ocupantes de los otros coches, que estaban rodeados por agentes del Servicio Secreto y saludaban a la multitud, se encaminaron por separado hacia sus asientos situados en la plataforma. Mientras tanto, el ujier mayor conducía silenciosamente a Kane por el túnel que desembocaba en el área de recepción. Los infantes de Marina saludaban cada diez pasos. Al final del recorrido la saludó el vicepresidente electo, Bradley, y entablaron una conversación insustancial. Ninguno de los dos escuchaba las respuestas del otro.

Los dos ex presidentes salieron del túnel sonriendo. Por primera vez, el mayor de ellos aparentaba la edad que realmente tenía; su cabello había encanecido de repente. Nuevamente, él y Florentina cumplieron la formalidad de estrecharse la mano, formalidad que habrían de repetir aún siete veces en el curso de la jornada. El ujier mayor guió a ambos hasta la plataforma, pasando por una pequeña sala de recepción. Para esta transmisión de poderes, como para todas las otras, se había erigido una plataforma circunstancial sobre la escalinata este del Capitolio. Las multitudes se pusieron en pie y vitorearon durante varios segundos mientras la presidenta y sus antecesores en el cargo saludaban agitando la mano. Finalmente, se sentaron y aguardaron el inicio de la ceremonia.

—Conciudadanos, asumo la presidencia en circunstancias en que los Estados Unidos enfrentan grandes y amenazadores problemas en todo el mundo. En Sudáfrica, negros y blancos se baten en una despiadada guerra civil; en el Oriente Medio están reparándose los estragos de la guerra del año pasado, pero ambos bandos se dedican a reconstruir sus arsenales y no sus escuelas y granjas. Sobre las fronteras que separan a China de la India, y a Rusia de Pakistán, subsiste una latente amenaza de guerra entre cuatro de las naciones más populosas y poderosas del mundo. América del Sur oscila entre la extrema derecha y la extrema izquierda, pero ninguno de los extremos parece

estar en condiciones de mejorar el nivel de vida de sus pueblos. También nuestra alianza con la OTAN corre peligro...

»En 1949, el presidente Harry S. Truman anunció que los Estados Unidos estaban dispuestos a defender con todo su poderío y sus recursos a las fuerzas de la libertad, en cualquier lugar donde se vieran amenazadas. Hoy, algunos dirán que este acto de generosidad ha culminado en el fracaso, que los Estados Unidos eran, y son, demasiado débiles para asumir todo el peso que entraña el liderazgo mundial. Frente a las reiteradas crisis internacionales, cualquier ciudadano norteamericano tiene derecho a preguntarse por qué habríamos de interesarnos por lo que sucede tan lejos de los Estados Unidos, y por qué habríamos de sentirnos responsables por la defensa de la libertad fuera de nuestro país.

»No necesito contestar estos interrogantes con mis propias palabras. “Nadie es una isla —escribió John Donne hace dos siglos y medio—. Todo hombre forma parte de un continente”. Los Estados Unidos se extienden desde el Atlántico hasta el Pacífico y desde el Ártico hasta el Ecuador. “Estoy comprometido con la Humanidad, y en consecuencia nunca preguntes por quién doblan las campanas: doblan por ti”.

A Edward le gustaba esa parte del discurso; expresaba sus propios sentimientos. Se había preguntado, empero, si la audiencia reaccionaría con el mismo entusiasmo con que había acogido los arranques de retórica de Kane en el pasado. La ovación atronadora que llegó hasta sus oídos en oleadas sucesivas le tranquilizó. El hechizo seguía surtiendo efecto.

—En nuestro país, crearemos un servicio médico que despertará la envidia de todo el mundo. Todos los ciudadanos gozarán de idénticas oportunidades para disfrutar del mejor asesoramiento y la mejor asistencia en el campo de la medicina. No debemos permitir que ningún norteamericano muera porque no puede pagarse el lujo de vivir.

Muchos demócratas habían votado contra Florentina Kane en razón de su actitud respecto de la asistencia médica gratuita, el Medicare. Un venerable médico le había dicho: «Los norteamericanos deben sostenerse sobre sus propios pies». «¿Cómo es posible eso, si ya están postrados sobre sus espaldas?», replicó Florentina. «Dios nos libre de los hombres que han nacido ricos», exclamó el médico, y votó por los republicanos.

—Pero el principal empeño de esta Administración se centrará en el campo de la ley y el orden, y en este sentido presentaré al Congreso un proyecto de ley que declare ilegal la venta de armas sin permiso.

Esta vez el aplauso de la multitud no fue tan espontáneo.

—Y por eso les digo, conciudadanos, que los Estados Unidos deben marchar a la vanguardia del mundo no sólo por su poder sino también por su espíritu de justicia. En esta era, los Estados Unidos declaran la guerra... la guerra a la enfermedad, la guerra a la discriminación, la guerra a la pobreza.

La presidenta se sentó y todos los presentes se pusieron en pie al unísono.

El discurso, de dieciséis minutos de duración, había sido interrumpido por los aplausos en diez oportunidades. Pero cuando la nueva presidenta se apartó del micrófono, ya convencida de que contaba con el apoyo de la multitud, sus ojos no miraron al público entusiasta. Recorrieron a los dignatarios congregados sobre la plataforma, buscando a la única persona que deseaba ver. Se acercó a su esposo, le besó en la mejilla y le tomó del brazo, antes de que les acompañara un ujier ágil y eficiente.

A H. Stuart Knight le enfurecía que no se respetaran los horarios, y ese día nada se hacía puntualmente. Todos llegarían por lo menos con treinta minutos de retraso al banquete.

Setenta y seis invitados se pusieron en pie cuando la presidenta entró en el salón. Eran los hombres y las mujeres que ahora controlaban el Partido Demócrata. Allí estaban los representantes de la llamada Cofradía del Norte que habían decidido apoyar a Kane, salvo aquellos que habían cerrado filas en torno al senador Ralph Brooks.

Algunos de los comensales del banquete ya eran miembros de su Gabinete, y todos habían contribuido a que Florentina Kane hubiera podido llegar a la Casa Blanca.

La presidenta no tuvo oportunidad ni deseos de comer. Todos querían hablar con ella al mismo tiempo. El menú había sido preparado especialmente con sus platos favoritos, empezando por la sopa de langosta y pasando por el rosbif. Finalmente, apareció la *pièce de résistance* del chef: un pastel de chocolate glaseado, con la forma de la Casa Blanca. Edward observó cómo su esposa desdeñaba la pulcra tajada de la Oficina Oval que le habían puesto enfrente.

—Por eso está delgada como una vara —dijo Marian Edelman, que sorprendentemente había sido designada procuradora general. Marian le había estado explicando a Edward la importancia de los derechos de los niños, y él trató de escuchar... Quizás algún otro día.

Una vez estrechada la última mano, la presidenta y su comitiva llegaron con cuarenta y cinco minutos de retraso al desfile de transmisión de poderes. Cuando arribaron al palco erigido frente a la Casa Blanca, quienes se sintieron más aliviados, entre la multitud de doscientas mil personas, fueron los

componentes de la guardia de honor presidencial, que estaba cuadrada desde hacía más de una hora. Cuando la presidenta se sentó, empezó el desfile. Las unidades militares iniciaban la marcha, mientras la banda de la Infantería de Marina de los Estados Unidos tocaba acordes de Sousa y *God Bless America*. Las engalanadas carrozas de cada estado, algunas de las cuales, como Illinois, conmemoraban hechos de la vida de Kane en su Polonia natal, agregaban un toque de color y de frivolidad al adusto festejo.

Florentina seguía creyendo que Estados Unidos era el único país del mundo capaz de confiar la más alta magistratura de la nación a la hija de un inmigrante.

Cuando terminó por fin el desfile de tres horas de duración, y el último uniforme desapareció avenida abajo, la secretaria de la Presidenta, Janet Brown, se inclinó hacia ella y le preguntó qué le gustaría hacer desde ese momento hasta que diera comienzo el primer baile con que se celebraría la transmisión de poderes.

—Firmar todas las designaciones de ministros y despejar la mesa de trabajo para mañana —fue la respuesta inmediata—. Eso sólo abarcará cuatro años.

La presidenta entró directamente en la Casa Blanca. Cuando atravesó el pórtico sur, la banda de la Infantería de Marina arrancó con los acordes de *Hail the Chief*. La presidenta se había quitado el abrigo aun antes de llegar a la Oficina Oval.

Se sentó enérgicamente detrás del imponente escritorio de roble y cuero. Hizo una pausa, mirando en torno. Todo había sido colocado donde ella deseaba. Detrás de ella descansaba la foto de Richard y William jugando al fútbol norteamericano. Frente a ella, el pisapapeles con la cita de George Bernard Shaw que Annabel citaba tantas veces: «Algunos hombres ven las cosas tales como son y dicen: por qué; yo sueño las que nunca fueron y digo: por qué no». A la izquierda de Florentina estaba la bandera presidencial, y a su derecha la de los Estados Unidos. Dominando el centro del escritorio, se alzaba una réplica del hotel Baron, de Varsovia, que William había hecho a los catorce años con papel *maché*. En la chimenea ardía fuego de leña. Un retrato de Lincoln miraba desde lo alto a la nueva presidenta, mientras del otro lado de los ventanales, los prados verdes se extendían sin interrupción hasta el monumento a Washington. La presidenta sonrió. Estaba en casa...

Florentina Kane tomó un montón de documentos oficiales y repasó los nombres de quienes iban a formar parte de su Gabinete; más de treinta en total. La presidenta los firmó todos con su rúbrica. El último era la

confirmación de Janet Brown como jefa de la Secretaría de Presidencia. Kane ordenó que fueran remitidos al Congreso sin demora. La secretaria recogió los documentos que iban a decidir la historia de los Estados Unidos durante los próximos cuatro años y dijo:

—Gracias, señora presidenta. ¿Qué desea usted despachar ahora?

—Lincoln aconsejaba empezar siempre por el problema más grande, así que veamos el proyecto de ley de Control de Armas.

La secretaria se estremeció, pues sabía muy bien que durante los dos años siguientes la batalla legislativa sería tan enconada y dura como la mismísima guerra civil a que hubo de enfrentarse Lincoln. Muchas personas seguían considerando la tenencia de armas de fuego como un derecho natural e inalienable. En cuanto a ella, se limitaba a confiar en que no acabase todo igual, con las Cámaras divididas en dos facciones.

JUEVES, 3 DE MARZO (DOS AÑOS MÁS TARDE)

17.45 horas

Nick Stames deseaba irse a su casa. Había comenzado a trabajar a las 7 de la mañana y ya eran las 17.45. No recordaba si había comido o no. Su esposa, Norma, había vuelto a refunfuñar que él nunca acudía a casa al mediodía, y que, cuando lo hacía, ya era tan tarde que sus platos se habían echado a perder. Ahora que lo pensaba, ¿cuándo había ingerido por última vez una comida completa? Cuando se iba a la oficina, a las 6.30, Norma se quedaba en la cama. Desde que los niños estaban en la escuela, su única tarea específica consistía en prepararle la comida a él. De todas maneras, habría salido perdiendo. Si hubiera sido un fracasado, Norma también habría protestado por eso y, qué diablos, Nick Stames era, desde todo punto de vista, un triunfador: el agente especial más joven a cargo de una Agencia local del FBI, y uno no ascendía a semejante rango a los cuarenta y un años si pretendía cenar en casa todas las noches. Fuera como fuere, Nick estaba enamorado de su trabajo. Éste era su amante, y por lo menos su esposa podía alegrarse de ello.

Hacía nueve años que Nick Stames era el jefe de la Agencia local de Washington. Era la tercera, por su magnitud, en los Estados Unidos, a pesar de que abarcaba el territorio más reducido —sólo 156 kilómetros cuadrados de Washington, distrito de Columbia— y contaba con veintidós escuadrones: doce de lucha contra el crimen y diez de seguridad. Caray, él controlaba la capital del mundo. Era lógico que a veces volviera tarde. Sin embargo, esa noche tenía la intención de hacer un esfuerzo especial. Cuando disponía de tiempo para ello, adoraba a su esposa. Esa noche procuraría llegar puntualmente a su casa. Tomó el teléfono interno y llamó a su coordinador de Asuntos Criminales, Grant Nanna.

—Grant.

- Jefe.
- Me voy a casa.
- Ignoraba que usted tuviera casa.
- Tampoco yo sabía que la tuvieras tú.

Nick Stames colgó el auricular y deslizó sus dedos entre su larga cabellera oscura. Su apariencia era más de criminal de película que de agente del FBI, puesto que todo en él era oscuro: ojos oscuros, tez morena, cabello oscuro, incluso traje y zapatos oscuros, aunque estos dos últimos rasgos eran característicos de todos los agentes especiales. En la solapa lucía un broche con las banderas de los Estados Unidos y de Grecia.

Una vez, hacía pocos años, le habían ofrecido un ascenso y la oportunidad de cruzar la calle y pasar al Cuartel General del FBI, donde se convertiría en uno de los trece ayudantes del director. Como no tenía mentalidad de ayudante, decidió quedarse donde estaba. La mudanza le habría transportado de un arrabal a un palacio: la Agencia local de Washington ocupa los pisos cuarto, quinto y octavo del viejo edificio de Correos de Pennsylvania Avenue, y las habitaciones tienen cierta semejanza con vagones de ferrocarril; si hubieran estado en un gueto habrían sido desahuciadas como lugares impropios para vivir.

Cuando el sol empezó a ocultarse detrás de los altos edificios, el penumbroso despacho de Nick se oscureció aún más. Se acercó al interruptor de la luz. «No derroche combustible», advertía un rótulo fluorescente adherido al interruptor. Así como el movimiento constante de hombres y mujeres que entraban y salían del antiguo edificio de Correos, vestidos con circunspectas ropas oscuras, delataba la presencia de la Agencia local de Washington del FBI, sus *graffiti* burocráticos proclamaban que los zares de la Administración Federal de Energía ocupaban dos pisos del cavernoso caserón de Pennsylvania Avenue.

Nick miró por la ventana el nuevo Cuartel General del FBI, que se levantaba en la acera de enfrente y había sido terminado en 1976: un feo monstruo descomunal cuyos ascensores eran más espaciosos que su propio despacho. No se dejaba irritar por eso. Había ascendido hasta el grado 18 de la institución, y sólo el director ganaba más que él. De todas maneras, no se quedaría sentado detrás de un escritorio hasta que lo jubilaran con un par de esposas de oro. Quería mantenerse en contacto permanente con el agente de la calle, tomar el pulso del FBI. No se movería de la Agencia local de Washington y moriría de pie, no sentado. Volvió a pulsar el intercomunicador.

—Salgo para mi casa, Julie.

Julie Bayers levantó la vista y consultó su reloj, como si fuera la hora de la comida.

—Sí, señor —dijo en tono incrédulo.

Cuando atravesó la oficina le sonrió a Julie.

—*Moussaka, pilaf* de arroz y la esposa. No se lo cuente a la Mafia.

Nick consiguió sacar un pie del umbral antes de que sonara su teléfono privado. Un paso más y no le habrían alcanzado, pero Nick nunca podía resistir la tentación de verificar personalmente las cosas. Julie se levantó y Nick admiró, como siempre, la fugaz exhibición de piernas.

—No, no se moleste, Julie. Atenderé yo —volvió a su despacho y levantó el auricular—. Stames.

—Buenas noches, señor. Habla el teniente Blake, de la Policía Metropolitana.

—Hola, Dave, le felicito por su ascenso. No le veo desde... —se interrumpió—, debe de hacer cinco años, cuando aún era sargento. ¿Cómo está?

—Bien, señor, gracias.

—¿Qué sucede, teniente? ¿Se ha especializado en los grandes crímenes? ¿Atrapó a un adolescente que robaba un paquete de goma de mascar y necesita a mis mejores hombres para descubrir dónde escondió su botín el sospechoso?

Blake rió.

—Nada tan grave, señor Stames. En el Woodrow Wilson Medical Center hay un tipo que quiere hablar con el jefe del FBI. Dice que tiene que comunicarle algo que puede ser de vital importancia.

—Sí, claro. Me encantaría verle personalmente. ¿Sabe si es uno de nuestros informadores habituales?

—No, señor.

—¿Cómo se llama?

—Angelo Casefikis.

Blake le deletreó el apellido a Stames.

—¿Puede describírmelo? —preguntó Stames.

—No. Sólo he hablado con él por teléfono. Lo único que accedió a decir fue que, si el FBI no le escucha, tanto peor para los Estados Unidos.

—¿De veras? Espere mientras averiguo a quién corresponde ese nombre. Puede tratarse de un chiflado.

Nick Stames pulsó un botón que lo conectaba con el oficial de guardia.

—¿Quién está de guardia?

—Paul Fredericks, jefe.

—Paul, saque el catálogo de chalados.

El «catálogo de chalados», como lo llamaban familiarmente en el FBI, consistía en una colección de fichas blancas, de ocho por trece centímetros, que contenían los nombres de todas las personas propensas a telefonar en mitad de la noche para denunciar que los marcianos habían aterrizado en el jardín de su casa o que habían descubierto una conspiración de la CIA para hacerse con el control del mundo.

El agente especial Fredericks estaba de nuevo al aparato, con el catálogo de chalados a mano.

—Listo, jefe. ¿Cómo se llama?

—Angelo Casefikis —dijo Stames.

—Un griego chiflado —comentó Fredericks—. Nunca se sabe, con estos extranjeros.

—Los griegos no son extranjeros —espetó Stames. Su nombre, antes de que lo abreviaran, había sido Nick Stamatakis. Nunca le había perdonado a su padre, ya fallecido, que hubiera adaptado a la lengua inglesa un magnífico apellido helénico.

—Disculpe, señor. No figura en el catálogo de chalados ni en el de informadores. ¿Mencionó ese tipo el nombre de algún agente que él conozca?

—No, sólo dijo que quería hablar con el jefe del FBI.

—¿Quién no?

—Basta de bromas, Paul, o pasarás más que la semana reglamentaria en la sección de quejas.

Todos los agentes de la Agencia local se ocupaban una semana por año del catálogo de chalados, atendiendo el teléfono durante toda la noche, ahuyentando marcianos astutos, frustrando siniestros golpes de la CIA y, sobre todo, cuidando de no abochornar nunca al FBI. Todos los agentes temían ese turno. Paul Fredericks colgó rápidamente el auricular. Dos semanas de ese ajeteo, y uno quedaría en condiciones de inscribir su propio nombre en aquellas tarjetitas blancas.

—Bien, ¿qué opina, Dave? —le preguntó Stames a Blake mientras sacaba cansinamente un cigarrillo del cajón izquierdo de su escritorio—. ¿Qué impresión le produjo?

—Parecía frenético e incoherente. Envié a uno de mis novatos para que lo interrogara. No pudo sonsacarle nada, excepto que los Estados Unidos debían escucharle. Parecía auténticamente asustado. Tiene una herida de bala en la

pierna y es posible que se produzcan complicaciones. Está infectada. Al parecer, la descuidó durante unos días antes de acudir al hospital.

—¿Cómo le hirieron?

—Aún no lo sé. Estamos buscando testigos, pero todavía no hemos encontrado ninguno, y Casefikis no nos da ni la hora.

—¿Quiere hablar con el FBI, verdad? ¿Sólo con los mejores, eh? —comentó Stames. Se arrepintió de sus palabras apenas las hubo pronunciado, pero era demasiado tarde. No intentó retractarse—. Gracias, teniente —dijo—. Ordenaré que alguien se ocupe inmediatamente del caso, y mañana le pasaré un informe.

Stames colgó el auricular. Ya eran las seis de la tarde... ¿por qué había vuelto atrás? Maldito teléfono. Grant Nanna habría podido llevar igualmente bien el caso y no hubiera hecho ese comentario irreflexivo sobre los mejores. Ya había suficientes fricciones entre el FBI y la Policía Metropolitana sin necesidad de que él echara más leña al fuego. Nick tomó el intercomunicador y se comunicó con el jefe de la Sección de Asuntos Criminales.

—Grant.

—Me pareció haberle oído decir que se iba a su casa.

—Hágame el favor de venir un momento a mi despacho.

—Enseguida, jefe.

Grant Nanna apareció pocos segundos después con su habitual puro entre los labios. Se había puesto la americana, cosa que sólo hacía para visitar a Nick en su despacho.

La carrera de Nanna había sido novelesca. Nacido en El Campo, Texas, se había graduado en Baylor, y de allí fue a especializarse en Derecho en la Universidad de Southeast, Missouri. Cuando todavía era un agente novato, en la Agencia local de Pittsburgh, Nanna conoció a su futura esposa, Betty, estenógrafa del FBI. Tuvieron cuatro hijos, todos los cuales habían estudiado en el Virginia Polytechnic Institute: dos ingenieros, un médico y un dentista. Hacía más de treinta años que Nanna era agente. Doce más que Nick. En verdad, Nick se había iniciado a sus órdenes. Pero Nanna no le guardaba rencor, puesto que era jefe de la Sección de Asuntos Criminales, amaba su trabajo y respetaba inmensamente a Nick..., a quien llamaba así en privado.

—¿Qué sucede, jefe?

Stames levantó la vista cuando Nanna entró en el despacho. Observó que el robusto coordinador de Asuntos Criminales, que medía un metro setenta y tres, tenía 55 años y masticaba constantemente un puro, no era por cierto «deseable» si se le juzgaba aplicando los requisitos de peso que estipulaba el

FBI. Un hombre que medía un metro setenta y tres debía oscilar entre los 77 y los 80 kilos. Nanna siempre había temblado cuando llegaba la hora en que todos los agentes del FBI debían someterse al control trimestral de peso. Muchas veces le habían obligado a purgar su cuerpo de los kilos de exceso por esa gravísima transgresión a las reglas del FBI, sobre todo durante la era de Hoover, cuando los «deseables» eran los delgados y apolíneos.

Qué diablos, pensó Stames. El conocimiento y la experiencia de Grant valían por una docena de los agentes jóvenes, atléticos y delgados que uno encontraba diariamente en los pasillos de la Agencia local de Washington. Como ya había hecho un centenar de veces en oportunidades anteriores, se dijo que el problema de peso de Nanna quedaría postergado para otro día.

Nick repitió la historia del extraño griego internado en el Woodrow Wilson Medical Center, tal como se la había relatado el teniente Blake.

—Quiero que envíe dos hombres. ¿Quién está de guardia esta noche?

—*Aspirina*; pero, si usted sospecha que podría tratarse de un chivato, jefe, ciertamente no puedo enviárselo. *Aspirina* era el apodo del agente más antiguo que seguía empleado en la Agencia local de Washington. Después de trabajar durante años con Hoover, se ajustaba estrictamente a los reglamentos, y esto era una fuente de quebraderos de cabeza para todo el mundo. Debía retirarse a fin de año, y su nostalgia ya estaba empezando a reemplazar a la exasperación.

—No, no envíe a *Aspirina*, sino a dos jóvenes.

—¿Qué le parece Calvert y Andrews?

—Es una buena idea —asintió Stames—. Deles instrucciones inmediatamente, y yo aún llegaré a casa a la hora de cenar. Si surge algo especial, telefonéeme allí.

Grant Nanna salió del despacho y Nick se despidió de su secretaria con una segunda sonrisa galante. Julie levantó la vista y sonrió plácidamente. Era el único elemento decorativo de la Agencia local de Washington.

—No me disgusta trabajar para un agente del FBI, pero jamás me casaría con uno de ellos —le dijo al espejito que guardaba en el cajón superior.

De regreso en su despacho, Grant Nanna conectó la extensión telefónica que le comunicaba con la Sala de Asuntos Criminales.

—Envíeme a Calvert y Andrews.

—Sí, señor.

Golpearon enérgicamente la puerta. Entraron dos agentes especiales. Barry Calvert era corpulento, cualquiera que fuese el criterio con que se lo mirara: descalzo, medía un metro noventa y cinco, aunque no eran muchos

quienes le habían visto en esas condiciones. A los treinta y dos años, estaba catalogado como uno de los jóvenes más ambiciosos de la Sección de Asuntos Criminales. Vestía una americana verde oscuro, pantalones oscuros de estilo indeterminado y pesados zapatos de cuero negro. Llevaba el cabello corto y pulcramente peinado con raya a la derecha. Sus gafas de superficie fuertemente convexa, le daban un cierto aire inconformista. Siempre se le podía encontrar trabajando mucho después de la hora oficial de salida, a las 17.30, y no sólo porque deseara trepar hacia el vértice de la pirámide. Amaba su profesión. Hasta donde sabían sus colegas, no amaba a nadie ni a nada más, por lo menos de modo permanente. Calvert provenía del Medio Oeste y había ingresado en el FBI después de graduarse en Sociología, en la Universidad de Indiana. Había sido entonces cuando había seguido el curso de quince semanas en Quantico, la Academia del FBI. Desde todos los puntos de vista, era el agente arquetípico del FBI.

Por el contrario, Mark Andrews había sido uno de los candidatos más insólitos a formar parte del FBI. Después de graduarse en el curso de Historia de Yale, terminó sus estudios en la Facultad de Derecho de la misma universidad, y luego resolvió que deseaba vivir una vida aventurera durante unos años, antes de asentarse para trabajar en un bufete. Pensó que le resultaría útil conocer a los criminales y a la policía por dentro. Desde luego, no dio esta explicación cuando solicitó su ingreso en el FBI, porque teóricamente nadie debe interpretar al FBI como una experiencia académica. En verdad, Hoover estaba tan convencido de que se trataba de una carrera, que no permitía que los agentes que dejaban el servicio volvieran a él. Con su metro ochenta de estatura, Mark Andrews parecía bajo al lado de Calvert. Tenía un rostro fresco, atractivo, con ojos de color celeste y una melena rizada que le caía hasta el borde del cuello de la camisa. Con sus veintiocho años, era uno de los agentes más jóvenes de la institución. Sus ropas eran siempre elegantes y a veces no se ceñían estrictamente a los reglamentos. En una oportunidad Nick Stames le había sorprendido con una americana deportiva roja y pantalones marrones, y le había retirado momentáneamente de servicio para que volviera a su casa y se vistiera correctamente. Nunca hay que abochornar al FBI. La simpatía de Mark le había librado de muchos aprietos en la Sección de Asuntos Criminales, pero su tenacidad compensaba con creces los aspectos negativos de sus modales y de su educación en una universidad de primera. Se sentía seguro de sí, pero nunca era autoritario ni manifestaba preocupación por su progreso. Tampoco revelaba jamás a nadie sus planes profesionales.

Grant Nanna repitió la historia del hombre asustado que les aguardaba en el Woodrow Wilson.

—¿Negro? —preguntó Calvert.

—No, griego.

La sorpresa de Calvert se reflejó en sus facciones. El ochenta por ciento de los habitantes de Washington eran negros, y el noventa y ocho por ciento de los detenidos por hechos criminales también lo eran. Entre otras razones, el caso Watergate había despertado sospechas desde el principio entre quienes conocían bien la ciudad de Washington, por el hecho de que no hubiera estado implicado ningún negro, aunque jamás nadie había dado esta explicación.

—Muy bien, Barry, ¿cree que puede encargarse de eso?

—Claro que sí. ¿Quiere un informe mañana por la mañana?

—No, el jefe desea que le telefonee directamente si descubre algo especial. De lo contrario, límitese a redactar un informe esta misma noche.

Sonó el teléfono de Nanna.

—El señor Stames llama por radio desde su coche y desea hablar con usted, señor —dijo Polly, la telefonista del turno de noche.

—Nunca descansa, ¿eh? —les confió Grant a sus dos subordinados, cubriendo el micrófono con la palma de la mano—. Hola, jefe.

—Grant, ¿le dije que el griego tiene una herida de bala en la pierna, y que ésta se ha infectado?

—Sí, jefe.

—Bien, le ruego que me haga un favor inmediatamente. Llame al padre Gregory, de mi iglesia, San Constantino y Santa Helena, y pídale que vaya al hospital a verlo.

—Como usted diga.

—Y usted váyase a su casa, Grant. *Aspirina* podrá atender la oficina esta noche.

—Me disponía a irme, jefe.

La comunicación se cortó.

—Muy bien, ustedes dos... En marcha.

Los dos agentes especiales recorrieron el mugriento pasillo gris y entraron en el ascensor de servicio. Parecía, como siempre, que haría falta una manivela para ponerlo en movimiento. Una vez afuera, en Pennsylvania Avenue, tomaron un coche del Buró.

Mark guió el sedán Ford azul oscuro calle abajo, pasando frente a los National Archives y la Mellon Gallery. Contorneó los frondosos jardines del

Capitolio y enfiló por Independence Avenue hacia el sudoeste de Washington. Mientras los dos agentes esperaban que cambiara la luz de un semáforo en First Street, cerca de la Biblioteca del Congreso, Barry miró con fastidio el denso tráfico de la hora punta y consultó su reloj.

—¿Por qué no le encargaron este condenado trabajo a *Aspirina*?

—¿A quién se le ocurriría mandar *Aspirina* a un hospital? —respondió Mark.

Mark sonrió. Entre los dos hombres se había establecido una corriente de simpatía apenas se conocieron en la Academia del FBI, en Quantico. En el primer día del curso de entrenamiento, que duraba quince semanas, cada recluta recibía un telegrama en el que le confirmaban su inscripción. Luego, cada nuevo agente recibía la orden de revisar el telegrama de la persona sentada a su derecha y de la sentada a su izquierda, para verificar su autenticidad. La maniobra estaba encaminada a subrayar la necesidad de proceder con extraordinaria cautela. Mark había echado un vistazo al telegrama de Barry y se lo había devuelto con una mueca burlona, comentando:

—Supongo que es legítimo —había dicho—, si los reglamentos del FBI autorizan el alistamiento de King Kong.

—Escuche —había respondido Calvert, mientras leía detenidamente el telegrama de Mark—. Es posible que un día usted necesite a King Kong, señor Andrews.

El semáforo se puso en verde, pero un coche situado delante del de Mark y Barry en el carril interior trató de doblar a la izquierda por First Street. Los dos hombres impacientes del FBI quedaron momentáneamente atrapados en una columna de vehículos.

—¿Qué supones que nos dirá este tipo?

—Espero que informe algo acerca del gran asalto al banco —respondió Barry—. Sigo siendo el agente encargado de la investigación, y no tengo ninguna pista después de tres semanas. Stames empieza a exasperarme.

—No, no puede tratarse de eso, si tiene una herida de bala en la pierna. Es más posible que sea otro candidato a ingresar en el catálogo de chalados. Probablemente la esposa le pegó un tiro porque no llegó a casa a la hora esperada, para comer sus hojas de vid.

—¿Sabes? Al jefe sólo se le ocurriría enviar un sacerdote a un compatriota griego. Si por él fuera, tú y yo podríamos revolearnos en el infierno.

Ambos rieron. Sabían que si cualquiera de los dos estaba en un aprieto, y Nick Stames suponía que podría ayudarles moviendo el monumento a Washington, no vacilaría en hacerlo. A medida que el coche avanzaba por Independence Avenue hacia el corazón del sudeste de Washington, el tráfico empezó a hacerse menos intenso. Pocos minutos más tarde pasaron por Nineteenth Street y por el Arsenal del distrito de Columbia y llegaron al Woodrow Wilson Medical Center. Encontraron el aparcamiento para visitantes y Calvert verificó dos veces la cerradura de cada portezuela. Lo más embarazoso para un agente es que le roben el coche y se lo devuelva la Policía Metropolitana. Era el sistema más rápido para que a uno le encargaran durante un mes el control del catálogo de chalados.

La entrada del hospital era antigua y sórdida, y los corredores eran grises y tétricos. La chica encargada del turno de noche de la recepción les informó de que Casefikis estaba en el cuarto piso, en la habitación 4308. A ambos agentes les sorprendió la falta de medidas de seguridad. No tuvieron que mostrar sus credenciales, y pudieron pasearse por el edificio como si fueran un par de médicos residentes. Nadie los miró dos veces. Quizás, en su condición de agentes, eran demasiado sensibles a las cuestiones de seguridad.

El ascensor los llevó perezosamente, rezongando, hasta el cuarto piso. Un hombre con muletas y una mujer en una silla de ruedas compartían la cabina, charlando entre sí como si dispusieran de todo el tiempo del mundo, ajenos a la lentitud del ascensor. Cuando llegaron al cuarto piso preguntaron por el médico de guardia.

—Creo que la doctora Dexter ha concluido su turno, pero iré a averiguarlo —respondió la enfermera, y se alejó deprisa.

No recibía todos los días una visita del FBI, y el más bajo, de ojos de color celeste, era muy guapo. La enfermera y Dexter volvieron juntos por el corredor. La doctora Dexter sorprendió tanto a Calvert como a Andrews. Éstos se presentaron. Debió de ser el efecto de las piernas, decidió Mark. La última vez que había visto piernas como ésas había sido en una reposición en que aparecía Anne Bancroft, en la película *El graduado*. Ésa había sido la primera vez que había mirado realmente unas piernas femeninas, y desde entonces no había dejado de hacerlo.

El nombre de la doctora Elizabeth Dexter estaba estampado en blanco sobre una placa de plástico rojo que adornaba su bata almidonada. Debajo de ésta, Mark vio una blusa de seda roja y una falda moderna de crep negro, que apenas cubría las rodillas. Era de estatura mediana y delgada hasta el punto de ser frágil. No usaba maquillaje, o por lo menos eso le pareció a Mark;

ciertamente su tez delicada y sus ojos oscuros no necesitaban adornos. Ese viaje iba a resultar productivo, al fin y al cabo. Barry no demostró absolutamente ningún interés por la bella doctora y pidió la historia clínica de Casefikis. Mark ideó rápidamente un plan de ataque.

—¿Está emparentada con el senador Dexter? —preguntó, subrayando ligeramente la palabra «senador».

—Sí, es mi padre —contestó ella secamente. Era obvio que estaba habituada a la pregunta y bastante harta de ella... y de quienes le suponían importante.

—Asistí a una disertación suya durante mi último año de estudios en la Facultad de Derecho de Yale —insistió Mark, consciente de que estaba fanfarroneando, pero seguro también de que Calvert completaría el condenado informe en pocos minutos.

—Oh, ¿usted también estudió en Yale? ¿Cuándo se graduó?

—De abogado, hace tres años —respondió Mark.

—Es posible que nos hayamos visto antes. Terminé de estudiar Medicina en Yale el año pasado.

—Si la hubiera visto antes, doctora Dexter, no la habría olvidado.

—Cuando ustedes dos, aristócratas universitarios, terminen de intercambiar sus historias —les interrumpió Barry Calvert—, a este plebeyo le gustaría continuar su faena.

Sí, pensó Mark, Barry merece ascender un día a director.

—¿Qué puede decirnos acerca de este hombre, doctora Dexter? —preguntó Calvert.

—Me temo que muy poco —respondió la doctora, tomando nuevamente la historia clínica de Casefikis—. Vino por su propia iniciativa y afirmó que tenía una herida de bala. Se hallaba infectada y parecía haber estado descubierta durante una semana más o menos. Es una lástima que no haya venido antes. Extraje la bala esta mañana. Como usted sabe, señor Calvert, cuando un paciente ingresa con una herida de arma de fuego tenemos la obligación de alertar inmediatamente a la policía, de modo que telefoneamos a sus compañeros de la Policía Metropolitana.

—No son nuestros compañeros —corrigió Mark.

—Disculpe —contestó la doctora Dexter con tono bastante formal—. Para un médico, un policía es un policía.

—Y para un policía, un médico es un médico, pero ustedes también tienen especialidades. Ortopedia, Ginecología, Neurología... ¿no es cierto? ¿No dirá que me parezco a esos gorilas de la Policía Metropolitana?

La doctora Dexter no se dejó engatusar para dar una respuesta halagadora. Abrió la carpeta de cartón.

—Sólo sabemos que es de origen griego y que se llama Angelo Casefikis. Nunca ha estado antes en este hospital. Dijo tener 38 años. Me temo que no es una información muy completa.

—Bien, generalmente es la única que obtenemos. Gracias, doctora Dexter —dijo Calvert—. ¿Podemos verle ahora?

—Claro que sí. Sígueme, por favor.

Elizabeth Dexter dio media vuelta y les guió por el corredor. Los dos hombres marcharon detrás de ella. Barry buscaba la puerta con el número 4308 y Mark le miraba las piernas. Cuando llegaron, espionaron por la mirilla y vieron que en la habitación había dos hombres: Angelo Casefikis y un negro de semblante jovial, que miraba un televisor que no emitía ningún sonido. Calvert se volvió hacia la doctora Dexter.

—¿Podríamos hablar con él a solas, doctora?

—¿Por qué? —preguntó ella.

—No sabemos lo que nos dirá, y quizá no convenga que nos oigan otras personas.

—Bien, no se preocupe —contestó la doctora Dexter, y rió—. Mi cartero favorito, Benjamín Reynolds, que ocupa la cama contigua, es sordo como una tapia, y hasta que le operemos la semana próxima no podrá oír la trompeta de Gabriel en el Día del Juicio Final, y menos aún un secreto de Estado.

Calvert sonrió por primera vez.

—Sería un pésimo testigo.

La doctora les hizo entrar en la habitación, giró sobre su esbelto tobillo y se fue. «Nos veremos pronto, encanto», se prometió Mark. Calvert miró con desconfianza a Benjamin Reynolds, pero el cartero negro se limitó a saludarles con una ancha sonrisa feliz y con un ademán, y después continuó mirando el silencioso *Pirámide 25.000 dólares*. De todos modos Barry Calvert se colocó a la vera de la cama y bloqueó a Casefikis, por si Reynolds sabía leer los labios. Barry no descuidaba ningún detalle.

—¿Señor Casefikis?

—Sí.

Casefikis era un individuo gris, enfermizo, de constitución mediana, con una nariz prominente, cejas espesas y una expresión ansiosa en el rostro. Sus manos parecían particularmente grandes sobre la colcha blanca, y las venas se veían muy hinchadas sobre el dorso. Sus facciones estaban oscurecidas por una barba que no había sido afeitada durante varios días. Su cabello era

abundante, oscuro, y estaba desgredado. Una de sus piernas, cubierta por un voluminoso vendaje, descansaba sobre la colcha. Sus ojos saltaban nerviosamente de un hombre a otro.

—Soy el agente especial Calvert y éste es el agente especial Andrews. Somos funcionarios del Departamento Federal de Investigaciones, más conocido por FBI.

Ambos hombres extrajeron sus credenciales del FBI del bolsillo interior derecho de sus americanas y las exhibieron delante de Casefikis, sosteniéndolas con la mano izquierda. A todos los nuevos agentes del FBI les enseñaban concienzudamente incluso esta insignificante maniobra, para que su «mano fuerte» quedara libre si tenían que desenfundar y disparar.

Casefikis estudió las credenciales con ceño inquieto, apretando la lengua sobre los labios, obviamente sin saber cuál era el detalle que debía buscar. La firma del agente debe cubrir parcialmente el sello del Departamento de Justicia para asegurar la autenticidad. Miró el número de la tarjeta de Mark, el 3302, y el de su insignia, el 1712. Calló, como si no supiera por dónde empezar, o preguntándose tal vez si no le convenía cambiar de idea y enmudecer. Escudriñó a Mark, que parecía, sin duda, el más comprensivo, y empezó su relato.

—Nunca he tenido líos con la policía hasta ahora —dijo—. Con policía alguna.

Ninguno de los agentes sonrió ni habló.

—Pero ahora en gran lío y, por Dios, necesitar ayuda —se notaba que era extranjero.

—¿En qué sentido necesita nuestra ayuda? —intervino Calvert.

—Mi esposa y yo inmigrantes ilegales. Ambos ciudadanos griegos, llegamos barco a Baltimore y dos años que trabajamos. No tenemos dónde volver.

Las palabras brotaban entrecortadamente.

—Daré información a cambio no deportar.

—No podemos contraer ese tipo de... —empezó a decir Mark.

Barry tocó el brazo de su compañero.

—Si es importante y usted nos ayuda a resolver un crimen, hablaremos con las autoridades de Inmigración. Es todo lo que podemos prometer.

Con seis millones de inmigrantes clandestinos en los Estados Unidos, pensó Mark, dos más no harían que se hundiera el barco.

Casefikis parecía desesperado.

—Necesitaba trabajo, necesitaba dinero, ¿entienden?

Ambos hombres entendían. Enfrentaban el mismo problema dos veces por semana, con una docena de caras distintas.

—Cuando me ofrecieron empleo camarero en restaurante, mi esposa muy contenta. Segunda semana me encargan tarea especial, servir comida en habitación hotel a este gran personaje. Único problema personaje quería camarero que no hablar inglés. Mi inglés muy malo, de modo que patrón decirme yo poder ir, mantener boca cerrada, hablar sólo griego. Por cuarenta dólares yo acepto. Vamos a hotel en parte trasera furgoneta..., creo que a Georgetown. Cuando llegamos me envían cocina, reunirme con personal en sótano. Me visto y empiezo llevar comida salón privado. Allí cinco..., seis hombres y oigo decir personaje que yo no hablar inglés. De modo que ellos seguir charlando. Yo no escuchar. Última taza de café, cuando empiezan hablar Kane. A mí gustar Kane, y por eso escuchar. Oigo decir: «Tenemos que volver hacerlo». Otro hombre decir: «El mejor día sería 10 marzo, como planeamos». Y entonces oigo: «Coincido con senador, librémonos de ella». Alguien me miraba, de modo que salí habitación. Cuando abajo lavándome, un hombre entra y grita: «Eh, tú, agarra esto». Miro atrás y levantar los brazos. De pronto avanzar hacia mí. Yo correr hacia puerta y calle abajo. Dispararme pistola, yo sentir un poco de dolor en pierna pero conseguir escaparme porque él más viejo, grande y menos ágil que yo. Le oigo gritar pero comprendo que no poder alcanzarme. Yo asustado. Llego enseguida a casa, y esposa y yo irnos esa noche y escondernos fuera ciudad con amigo de Grecia. Pienso que todo arreglarse, pero después unos días mi pierna empeorar, de modo que Ariana me obligó a venir hospital y llamar ustedes porque mi amigo decirme que ellos ir a buscarme a mi casa porque si encuentran me matan.

Se interrumpió, inhaló profundamente, con el rostro barbudo cubierto de sudor, y miró a los dos hombres con expresión implorante.

—¿Cuál es su nombre completo? —preguntó Calvert, con tan poca emoción como si estuviera imponiendo una multa por una infracción de tráfico.

—Angelo Mexis Casefikis.

Calvert le pidió que lo deletreara íntegramente.

—¿Dónde vive?

—Ahora en Blue Ridge Manor Apartments, 11501 Elkin Street, Wheaton. Casa de mi amigo, buen hombre, por favor no molestarlo.

—¿Cuándo se produjo este incidente?

—Jueves pasado —respondió Casefikis instantáneamente.

Calvert verificó la fecha.

—¿El 24 de febrero?

Casefikis se encogió de hombros.

—Jueves pasado —repitió.

—¿Dónde está el restaurante en el que trabajaba?

—Manzana vecina a mi casa. Se llama Golden Duck.

Calvert tomaba notas pulcramente.

—¿Y dónde estaba el hotel al que le transportaron?

—No sé, en Georgetown. Quizá poder llevarles cuando salga hospital.

—Ahora, señor Casefikis, piense bien lo que va a contestar. ¿Durante ese almuerzo trabajaba alguien más que también pueda haber oído lo que usted dice que oyó?

—No, señor. Yo único camarero que atender en salón.

—¿Le contó a alguien lo que oyó? ¿A su esposa? ¿Al amigo en cuya casa se aloja? ¿A alguna otra persona?

—No, señor. Sólo a ustedes. No decírselo a mi esposa. A nadie. Mucho miedo.

Calvert continuó el interrogatorio, pidió la descripción de los otros hombres presentes e hizo que el griego repitiera todo dos veces para comprobar si variaba la versión. No varió. Mark miraba en silencio.

—Muy bien, señor Casefikis, esta noche no podemos hacer nada más. Volveremos por la mañana y firmará usted una declaración escrita.

—Pero me van a matar. Me van a matar.

—Por favor, no se preocupe, señor Casefikis. Lo antes posible situaremos vigilancia policial en su habitación. Nadie le va a matar.

Casefikis bajó la vista, intranquilo.

—Le veremos nuevamente por la mañana —agregó Calvert, cerrando su libreta—. Ahora descanse. Buenas noches, señor Casefikis. Calvin le echó una mirada al dichoso Benjamin, que seguía profundamente absorto en el *Pirámide 25.000 dólares* sin palabras, sólo con dinero. Volvió a saludarles con un ademán y sonrió, mostrando sus tres dientes: dos negros y uno de oro. Calvert y Andrews volvieron al corredor.

—No creo una palabra de esto —dijo Barry inmediatamente—. Con su inglés, es posible que entendiera todo al revés. A lo mejor, fue una conversación inocente. La gente maldice a menudo a Kane. Mi padre lo hace, pero eso no significa que planea matarla.

—Quizá ¿pero qué me dices de la herida de bala?

—Es auténtica —afirmó Mark.

—Lo sé. Supongo que eso es lo único que me preocupa —asintió Barry—. Puede querer encubrir algo totalmente distinto. Creo que para estar más seguro hablaré con el jefe.

Calvert se encaminó hacia la cabina telefónica contigua al ascensor y sacó dos monedas de veinticinco centavos. Cualquier agente lleva consigo un puñado de monedas porque los miembros del FBI no tienen privilegios a la hora de telefonar.

—Bien, ¿ha saqueado Fort Knox?

La voz de Elizabeth Dexter sobresaltó a Mark, aunque éste esperaba inconscientemente que volviera. Era obvio que se disponía a regresar a su casa. Había sustituido la bata blanca de médico por una sobria chaqueta roja.

—No se trata precisamente de eso —le contestó Mark—. Tendremos que volver mañana por la mañana para completar los trámites. Probablemente, le haremos firmar una declaración escrita y tomaremos sus impresiones digitales.

—Excelente —asintió ella—. La doctora Delgado estará aquí, para ayudarles. Mañana es mi día libre —sonrió afablemente—. Ella también le gustará.

—¿Todo el personal de este hospital está compuesto por doctoras guapas? —preguntó Mark—. Escuche, ¿qué puedo hacer para que me ingresen aquí?

—Bien, la enfermedad de moda este mes es la gripe. Incluso la presidenta Kane la ha pillado.

Calvert volvió la cabeza bruscamente al oír el nombre. Elizabeth Dexter consultó su reloj.

—Acabo de trabajar dos horas extraordinarias, que no me pagarán —comentó—. Si no necesita formularme otras preguntas, señor Andrews, debo volver a casa.

Sonrió y se volvió para alejarse, haciendo repiquetear fuertemente los tacones sobre el piso de baldosas.

—Otra pregunta, doctora Dexter —exclamó Mark, siguiéndola por el recodo del pasillo, fuera del alcance de los ojos y oídos fastidiados de Barry Calvert—. ¿Qué dirá si la invito a cenar esta noche conmigo?

—¿Qué diré? —respondió ella provocativamente—. Veamos, creo que aceptaré de buen grado, pero no con excesivo entusiasmo. Quizá sea divertido comprobar cómo son en realidad los agentes federales.

—Mordemos —dijo Mark. Se sonrieron—. Muy bien, ahora son las siete y cuarto. Si está dispuesta a correr el albur, es probable que pueda pasar a recogerla a las ocho y media...

Ella anotó su dirección y número de teléfono en una página de la agenda de Mark.

—¿Eres zurda, verdad, Liz?

Los ojos oscuros relampaguearon fugazmente al enfrentar los de él.

—Sólo mis amantes me llaman Liz —advirtió, y se marchó.

—Habla Calvert, jefe. Es un caso dudoso. No acabo de llegar a una conclusión sobre si es un payaso o si habla en serio. Me gustaría consultarlo con usted.

—Muy bien, Barry. Hable.

—Bien, podría ser grave, o sólo un timo. Podría ser un ratero de baja estofa que trata de zafarse para acometer algo más gordo. Pero realmente no estoy seguro. Si todo lo que dijo resultara ser cierto, usted debería saberlo inmediatamente.

Barry repitió las partes sobresalientes de la entrevista sin mencionar al senador, y subrayó que había un aspecto que prefería no discutir por teléfono.

—Creo que usted quiere que mi mujer me interponga una demanda de divorcio... Supongo que tendré que volver a la oficina —dijo Nick Stames, eludiendo la mirada de fastidio de su esposa—. Está bien, está bien. Gracias a Dios, por lo menos me ha dado tiempo de comer un poco de *moussaka*. Estaré en la oficina dentro de treinta minutos, Barry.

—De acuerdo, jefe.

Calvert apretó brevemente la horquilla del teléfono y después marcó el número de la Policía Metropolitana. Otras dos monedas de veinticinco centavos, y le quedaban dieciséis en el bolsillo. A menudo pensaba que el mejor sistema para identificar a un agente del FBI consistía en hacerle volver los bolsillos del revés. Si aparecían veinte monedas, se podía saber con seguridad que era miembro del FBI.

—El teniente Blake está en el mostrador de guardia, en este momento. Le pongo con él enseguida.

—Teniente Blake.

—Agente especial Calvert. Hemos visto a su griego y nos gustaría que deje un hombre de custodia en su habitación. Hay algo que le aterroriza y no queremos correr riesgos.

—No es mi griego, carajo —exclamó Blake—. ¿No puede recurrir a uno de sus petimetres?

—En este momento no hay ninguno disponible, teniente.

—A mí tampoco me sobra personal, por el amor de Dios. ¿Qué piensa que es esto? ¿El hotel Shoreham? Caray, haré lo que pueda. Es posible que no consigan llegar allí antes de un par de horas.

—Excelente. Gracias por su ayuda, teniente. Lo informaré a mi oficina.

Barry volvió a colgar el auricular.

Mark Andrews y Barry Calvert esperaron el ascensor, que bajó tan parsimoniosa y renuientemente como había subido. Ninguno de los dos habló hasta que estuvieron dentro del Ford azul oscuro.

—Stames vendrá a escuchar mi historia —dijo Calvert—. No creo que quiera profundizar más, pero será mejor que le tengamos informado. Quizá después podremos irnos a descansar.

Mark consultó su reloj. Otra hora y cuarenta y cinco minutos de trabajo extra: técnicamente, el máximo que se le exigía a un agente en la jornada.

—Ojalá sea así —respondió Mark—. Tengo una cita.

—¿Con alguien que conozco?

—Con la bella doctora Dexter.

Barry arqueó las cejas.

—Procura que no se entere el jefe. Si pensara que has enamorado a una muchacha en horas de trabajo, te enviaría a las minas de sal de Butte, en Montana.

—No sabía que hay minas de sal en Butte, Montana.

—Sólo los agentes que cometen una equivocación se enteran de que las hay.

Mark guió el coche hacia la parte baja de Washington mientras Barry escribía su informe sobre la entrevista. Eran las 19.40 cuando llegaron al viejo edificio de Correos, y Mark descubrió que tenía casi todo el aparcamiento a su disposición. A esa hora, las personas civilizadas estaban en sus casas haciendo cosas civilizadas, como comer *moussaka*. El coche de Stames ya estaba allí. Maldito fuera. Subieron en el ascensor hasta el quinto piso y entraron en la antesala de Stames. Sin Julie parecía vacía. Calvert golpeó discretamente la puerta del despacho del jefe, y los dos agentes entraron. Stames levantó la vista. Ya había encontrado un sinfín de tareas para ocuparse, desde su regreso, casi como si hubiera olvidado que había vuelto específicamente para hablar con ellos.

—Bien, Barry. Cuéntelo desde el principio. Lentamente y sin omitir detalles.

Calvert relató con precisión lo que había sucedido desde que habían llegado al Woodrow Wilson hasta el momento en el que había pedido a la

Policía Metropolitana que enviara un hombre a montar guardia en la habitación del griego. Mark se maravilló ante la memoria excepcional de Barry. Su relato no fue en ningún momento exagerado, ni prejuicioso, ni reflejó las conclusiones personales de Barry. El jefe no había pedido una opinión. Stames pensó en silencio durante un rato y de pronto se volvió hacia Mark:

—¿Qué opina usted, Mark?

—No sé, señor. Fue todo un poco melodramático. Pero no me dio la impresión de estar ante una de esas personas que mienten habitualmente. Estaba realmente asustado y su nombre no figura en ninguno de nuestros archivos. Llamé por radio a Supervisión Nocturna para que llevara a cabo una verificación de nombres. Respecto de Casefikis, el resultado es negativo.

Nick tomó el auricular y pidió que le comunicaran con el Cuartel General del FBI.

—Quiero hablar con el Centro Nacional de Información por Ordenador, Polly.

Le comunicaron. Una joven atendió el teléfono.

—Stames, Agencia local de Washington. Por favor, ¿quiere verificar inmediatamente en el ordenador a esta persona? Angelo Casefikis: raza caucásica, sexo masculino, ascendencia griega, un metro setenta de estatura, aproximadamente ochenta y dos kilos de peso, cabello castaño oscuro, ojos marrones, treinta y ocho años de edad, sin marcas distintivas ni cicatrices conocidas, se ignoran sus números de identificación.

Los datos los leía del informe que Calvert había depositado frente a él. Esperó en silencio.

—Si su historia es verídica —comentó Mark—, no constará en el archivo.

—Si es verídica —dijo Calvert.

Stames siguió esperando. Ya había pasado la época en que era necesario aguardar mucho tiempo para averiguar si una persona figuraba o no en los archivos del FBI. La voz de la chica se escuchó de nuevo en la línea.

—No hay ningún Casefikis, Angelo. Ni siquiera un Casefikis con otro nombre. Lo más parecido que contiene el ordenador es un tal Casefikis, que nació en 1901. Lamento no poder ayudarle, señor Stames.

—Muchas gracias —Stames colgó el auricular—. Muy bien, muchachos. Por el momento le concederemos a Casefikis el beneficio de la duda. Supongamos que dice la verdad y que ésta es una investigación seria. No hay el menor rastro de él en ninguno de nuestros archivos, de modo que será mejor que empecemos a creerle hasta que se demuestre que miente. Es

posible que haya descubierto algo y, si es así, esto supera los límites de nuestra competencia. Quiero que mañana por la mañana vaya al hospital con un experto en dactiloscopia, Barry, y que le tome las impresiones digitales, por si ha dado un nombre falso. Luego las hará pasar sin demora por el ordenador de identificación y tendrá la precaución de hacerle firmar una declaración por escrito. Después revise los archivos de la Policía Metropolitana para averiguar si el 24 de febrero se produjo algún tiroteo en el que Casefikis haya podido estar complicado. Quiero que apenas esté en condiciones de salir del hospital le saquen en una ambulancia para que nos muestre dónde se celebró este almuerzo. Presione a las autoridades del hospital para que le autoricen a sacarlo mañana por la mañana, si es posible. Por ahora no está arrestado ni lo buscamos por ningún delito conocido, de modo que no exageren, a pesar de que no creo que conozca muy bien sus derechos legales.

Tras una breve pausa, siguió diciendo:

—Mark, quiero que usted vuelva inmediatamente al hospital y compruebe si se ha dispuesto ya la custodia policial. En caso contrario, quédese con Casefikis hasta que llegue. Por la mañana, vaya a buscar información en el Golden Duck. Yo concertaré una cita provisional para entrevistarme con el director mañana por la mañana, digamos a las diez, lo que le dará tiempo para traerme noticias. Y si cuando verificamos las impresiones digitales mediante el ordenador de identificación no aflora nada raro, y si el hotel y el restaurante existen, es posible que tengamos mucho jaleo. No dejaré trascurrir una hora más sin que el director lo sepa. Hasta entonces no quiero nada por escrito. No entreguen el memorándum oficial hasta mañana por la mañana. Sobre todo, no comenten con nadie que es posible que esté comprometido un senador... y cuando digo nadie, incluyo a Grant Nanna. Quizá mañana, después de la entrevista con el director, éste se limitará a redactar un informe completo y a pasar el caso al Servicio Secreto. No olviden la división de responsabilidades: el Servicio Secreto protege a la presidenta, y nosotros nos ocupamos de los delitos de orden federal. Si hay un senador comprometido, intervenimos nosotros; si está en peligro la presidenta, es asunto de ellos. Dejaremos que sea el director quien dilucide las sutilezas... No me meteré en líos con el Capitolio, porque ésa es la especialidad del director, y si sólo disponemos de siete días no podemos quedarnos aquí sentados, discutiendo meras cuestiones académicas.

Stames tomó el teléfono rojo que le comunicaba directamente con el despacho del director.

—Nick Stames, de la Agencia local de Washington.

—Buenas noches —respondió una voz baja, circunspecta. La señora McGregor, una leal servidora del director del Departamento Federal de Investigaciones, continuaba en su puesto. Se decía que aun Hoover le había tenido un poco de miedo.

—Señora McGregor, deseo solicitar una audiencia provisional, en mi nombre y en el de los agentes especiales Calvert y Andrews, para conversar con el director durante quince minutos, si no es molesto. Mañana a cualquier hora, entre las nueve y las once de la mañana. Es posible que después de una investigación adicional que realizaremos esta noche y mañana a primera hora, no tengamos que molestarle.

La señora McGregor consultó la agenda del director.

—El director debe asistir a una reunión de jefes de policía a las once, pero le esperamos en su despacho a las ocho y media y no tiene ningún compromiso en la agenda antes de las once. Quedan ustedes citados a las diez y media, señor Stames. ¿Quiere que le adelante al director cuál será el tema de la entrevista?

—Preferiría que no.

La señora McGregor nunca insistía ni formulaba preguntas innecesarias. Sabía que si Stames telefoneaba, se trataba de algo importante. Stames veía al director diez veces por año por razones sociales, pero sólo tres o cuatro por motivos profesionales, y no tenía la costumbre de hacerle derrochar el tiempo.

—Gracias, señor Stames. Mañana a las diez y media de la mañana, si no me dice nada en sentido contrario.

Nick colgó el auricular y miró a sus dos hombres.

—Muy bien, tenemos una cita con el director a las diez y media. Barry, ¿por qué no me lleva a casa, y después se va a la suya y vuelve a buscarme mañana a primera hora? Así dispondremos de más tiempo para repasar los detalles.

Barry asintió.

—Mark, usted irá directamente al hospital.

Mark había dejado vagar la mente para imaginar a Elizabeth Dexter avanzando hacia él por el pasillo del Woodrow Wilson, con el cuello de seda roja asomando fuera de la bata blanca profesional y la falda negra meciéndose al caminar. Soñaba con los ojos abiertos y el efecto era muy agradable. Sonrió.

—Andrews, ¿qué diablos encuentra divertido en una denuncia de amenaza contra la vida de nuestra presidenta? —preguntó Stames.

—Disculpe, señor. Acaba usted de echar por tierra mi vida social. ¿Puedo utilizar mi coche? Quiero ir directamente del hospital al restaurante.

—Sí, puede hacerlo. Nosotros usaremos el coche oficial y le veremos mañana temprano. Póngase en marcha, Mark. Espero que la Policía Metropolitana llegue antes de la hora del desayuno —consultó su reloj—. Jesús, ya son las ocho.

Mark salió del despacho ligeramente fastidiado. Aunque la Policía Metropolitana estuviera allí cuando él arribase, seguramente llegaría tarde a la cita con Elizabeth Dexter. Pero podría telefonarle desde el hospital.

—¿Quiere un plato de *moussaka* recalentado, Barry, y una botella de *retsina*?

—Me parece estupendo, jefe. Claro que sí.

Los dos hombres salieron del despacho. Stames repasó mentalmente los puntos de su rutina nocturna.

—Barry, al salir hágame el favor de comprobar si *Aspirina* está en su puesto, y le dice que no volveré esta noche.

Calvert dio un rodeo por la sala de Asuntos Criminales y le transmitió el mensaje a *Aspirina*. Éste se hallaba atareado tratando de resolver los crucigramas del *Washington Star*. Había completado tres; ésa iba a ser una larga noche. Barry se reunió con Nick Stames junto al Ford azul.

—Sí, jefe, está trabajando.

Se miraron. Era una noche de quebraderos de cabeza. Barry se instaló en el asiento del conductor, lo hizo retroceder hasta el límite y se ajustó el cinturón de seguridad. Subieron lentamente por Constitution Avenue, pasaron frente a la Casa Blanca y entraron en E Street, rumbo al Memorial Bridge.

—Si Casefikis está sobre una pista correcta, seguramente nos espera una semana infernal —comentó Nick Stames—. ¿Parecía seguro de la fecha del atentado?

—Cuando le interrogué por segunda vez acerca de los detalles, repitió que se produciría el 10 de marzo, en Washington.

—Caray, siete días. No es mucho tiempo. Me pregunto qué decisión tomará el director —murmuró Stames.

—Si es sensato, tendrá que pasar el asunto al Servicio Secreto —respondió Barry.

—Oh, olvidémosle por ahora. Pensemos en el *moussaka* recalentado, y cuando llegue la hora nos ocuparemos del mañana.

El coche se detuvo frente a un semáforo, ya pasada la Casa Blanca, donde un joven barbudo, melenudo y sucio, que había estado asediando la residencia

presidencial, montaba guardia con un gran cartel que decía:

¡Cuidado! Se acerca el fin del mundo.

Stames le miró y le hizo una seña a Barry.

—Es lo único que nos faltaba esta noche.

Pasaron bajo Virginia Avenue, por la autopista, y atravesaron velozmente el Memorial Bridge. Un Lincoln negro de 3,5 litros les dejó atrás a casi cien kilómetros por hora.

—Apuesto a que la poli lo detendrá —dijo Stames.

—Probablemente va a llegar tarde al aeropuerto Dulles —contestó Barry.

El tráfico era escaso, porque hacía mucho que había pasado la hora punta, y cuando doblaron por la autopista George Washington consiguieron aumentar la velocidad. La autopista, que bordea el Potomac a lo largo de la costa arbolada de Virginia, era sinuosa y estaba oscura. Los reflejos de Barry eran tan rápidos como los del mejor agente del FBI, y Stames, aunque mayor, vio exactamente lo que sucedía, al mismo tiempo. Un Buick, negro y de grandes dimensiones, empezó a aparejarse con ellos por la izquierda. Calvert lo miró de reojo y cuando volvió a mirar hacia adelante, un segundo después, vio que otro coche, un Lincoln negro, había aparecido frente a ellos en dirección contraria. Le pareció oír el estampido de un fusil. Barry hizo girar el volante, pero no tuvo tiempo para salir del paso. Ambos coches le embistieron al mismo tiempo, a pesar de lo cual consiguió arrastrar consigo a uno de ellos, por la pendiente escabrosa. Ganaron velocidad hasta caer sobre la superficie del agua con un chapoteo sordo. Mientras forcejeaba en vano para abrir la portezuela, Nick pensó que la inmersión parecía grotescamente lenta, pero inevitable.

El Buick negro siguió adelante por la carretera como si nada hubiera sucedido, y dejó atrás a un coche que frenaba con un chirrido de neumáticos. En su interior viajaban un hombre y una mujer jóvenes, testigos despavoridos del accidente. Ambos saltaron de su coche y corrieron hasta el borde del barranco. No pudieron hacer nada, excepto mirar, impotentes, cómo el sedán Ford azul y el Lincoln se hundían en pocos segundos, desapareciendo de su vista.

—Cielos, ¿qué demonios sucedió? —exclamó el joven.

—Lo ignoro. Sólo vi los dos coches que saltaban al vacío. ¿Qué haremos ahora, Jim?

—Llamar inmediatamente a la policía.

El hombre y su esposa regresaron corriendo hacia su coche.

JUEVES, 3 DE MARZO

20.15 horas

— **H**ola, Liz.

Hubo una pausa de un segundo en el extremo de la línea.

—Hola, agente federal. ¿No te has adelantado un poco?

—Son sólo buenos deseos. Escucha, Elizabeth, he tenido que volver al hospital para vigilar a tu señor Casefikis basta tanto llegue la policía. Es posible que corra peligro, de modo que hemos decidido que esté bajo custodia. Y esto significa que llegaré tarde a nuestra cita. ¿Te molesta esperar?

—No, no moriré de inanición. Los jueves siempre como con mi padre, que es muy glotón. De todas formas, procuraré tener apetito cuando tú llegues.

—Así me gusta. Necesitas alimentarte. Tal como estás, sería difícil encontrarte en la oscuridad. Entre paréntesis, estoy tratando de pescar la gripe.

—Hasta luego —respondió ella. Una cálida sonrisa le iluminaba el semblante.

Mark volvió a colgar el auricular en la horquilla, se encaminó hacia el ascensor y pulsó la flecha del botón de subida.

Sólo deseaba que el agente de la Policía Metropolitana hubiera llegado y estuviese en su puesto. Cielos, ¿cuánto tardaría en llegar el ascensor? Los pacientes debían de morirse mientras lo esperaban. Finalmente, las puertas se abrieron y un robusto sacerdote ortodoxo griego pasó deprisa a su lado. Habría jurado que era ortodoxo griego, por el sombrero oscuro de copa alta, la túnica que barría el suelo y la cruz ortodoxa que le colgaba del cuello. Algo había que desentonaba en el sacerdote, pero Mark no pudo determinar de qué se trataba. Se detuvo, fugazmente perplejo, mirando la espalda que se alejaba, y estuvo a punto de perder el ascensor. Pulsó varias veces el botón del cuarto

piso. Vamos, vamos. Muévete, hijo de puta. Pero no tenía oídos para Mark, y siguió subiendo con la misma parsimonia con que lo había hecho esa tarde. Era ajeno a su cita con Elizabeth Dexter. La puerta se abrió con lentitud y él pasó de costado por la abertura que se iba ensanchando progresivamente y corrió por el pasillo hasta la habitación 4308, pero no vio a ningún policía montando guardia. En verdad, el pasillo estaba desierto. Ya estaba pensando que estaría un largo rato de plantón. Espió por la mirilla a los dos hombres que dormían en sus camas. El televisor mudo continuaba encendido. Mark fue a buscar a la enfermera de guardia, y finalmente la encontró tomando una taza de café en el despacho de la jefa. Le alegró comprobar que el agente del FBI que había regresado era el más apuesto de los dos.

—¿Ha venido alguien de la Policía Metropolitana para montar guardia en la habitación 4308?

—No, nadie se ha acercado aquí esta noche. Reina un silencio sepulcral. ¿Esperaba a alguien?

—Sí, malditos sean. Supongo que tendré que esperar. ¿Cree que podrá conseguirme una silla? Tendré que quedarme aquí hasta que venga un agente de la Policía Metropolitana. Espero no molestarla.

—No me molestará. Puede quedarse tanto como quiera. Y procuraré encontrarle una silla cómoda —dejó su taza a un lado—. ¿Quiere café?

—Claro que sí.

Mark la estudió con más detenimiento. Quizá tendría que pasar la noche con la enfermera y no con la doctora, lo cual era deplorable porque esta última ganaba la competencia con creces. Mark resolvió que antes volvería sobre sus pasos, inspeccionaría la habitación, tranquilizaría a Casefikis, si éste continuaba despierto, y después telefonaría a la Policía Metropolitana y preguntaría dónde demonios estaba su hombre. Se acercó lentamente a la puerta, por segunda vez. Ahora no tenía prisa. Abrió la puerta sin hacer ruido. Adentro reinaba una oscuridad total, si se exceptuaba el reflejo del televisor, y sus ojos aún no se habían acostumbrado a la escasa luz. Les miró a los dos. Estaban muy quietos. No se hubiera molestado en seguir mirando, si no hubiera sido por el goteo.

Drip, drip, drip.

Parecía un grifo de agua, pero no recordaba haber visto ninguno.

Drip, drip.

Se acercó quedamente a la cama de Angelo Casefikis y miró hacia abajo.

Drip.

La sangre fresca y caliente fluía sobre la sábana de abajo, chorreando desde su boca. Tenía los ojos desencajados y su lengua colgaba flácida y tumefacta. Le habían seccionado la garganta, de oreja a oreja, ligeramente por debajo del mentón. La sangre empezaba a formar un charco sobre el piso. Mark estaba en medio de él. Sintió que se le aflojaban las piernas y apenas pudo sujetarse del borde de la cama. Se volvió bruscamente hacia el sordo. Ahora los ojos de Mark estaban bien enfocados y no pudo evitar las náuseas. La cabeza del cartero colgaba separada del resto del cuerpo: sólo el color de la piel demostraba que en algún momento habían estado conectados. Mark logró salir por la puerta y llegar a la cabina telefónica, mientras las palpitaciones del corazón le repercutían con intensidad en los oídos. Sentía la camisa adherida al cuerpo. Tenía las manos cubiertas de sangre. Hurgó con torpeza en busca de un par de monedas de veinticinco centavos. Marcó el número de Homicidios y narró sucintamente lo que había ocurrido. Esta vez no serían negligentes cuando se tratara de enviar a alguien. La enfermera de guardia volvió con una taza de café.

—¿Se encuentra bien? Le noto un poco pálido —dijo, y entonces vio las manos de Mark y lanzó un alarido.

—No entre por ningún motivo a la habitación 4308. No permita que entre nadie sin autorización. Haga que venga un médico inmediatamente.

La enfermera le tendió la taza, obligándole a tomarla, y corrió pasillo abajo. Mark volvió a entrar con un esfuerzo en la habitación 4308, aunque su presencia allí era superflua. No podía hacer nada, excepto esperar. Encendió la luz y entró en el baño. Procuró limpiar de su cuerpo y sus ropas los rastros de sangre y de vómito. Oyó el ruido de la puerta de vaivén y corrió nuevamente a la habitación. Otra doctora joven, de bata blanca... Alicia Delgado, proclamaba la placa de plástico.

—No toque nada —dijo Mark.

La doctora Delgado les miró alternadamente a él y a los cuerpos, y gimió.

—No toque nada —repitió Mark—, hasta que lleguen los de Homicidios. No tardarán.

—¿Quién es usted? —preguntó ella.

—El agente especial Mark Andrews, del FBI.

Extrajo instintivamente la billetera y mostró sus credenciales.

—¿Nos quedaremos aquí, mirándonos, o permitirá que haga algo para controlar esta carnicería?

—No hará nada hasta que los hombres de Homicidios hayan completado su investigación y hayan dado el visto bueno. Salgamos de aquí.

Pasó junto a ella y empujó la puerta con el hombro, sin tocar nada.

Volvieron a encontrarse en el corredor.

Mark dio instrucciones a la doctora Delgado para que esperara junto a la puerta y no dejara entrar a nadie mientras él telefoneaba a la Policía Metropolitana.

Ella asintió de mala gana.

Mark se encaminó hacia la cabina telefónica. Dos monedas. Marcó el número de la Policía Metropolitana y preguntó por el teniente Blake.

—El teniente Blake se fue a su casa hace aproximadamente una hora. ¿Puedo servirle en algo?

—¿Cuándo enviarán a alguien a montar guardia en la habitación 4308 del Woodrow Wilson Medical Center?

—¿Quién habla?

—Andrews, FBI, Agencia local de Washington.

Mark repitió los detalles del doble asesinato.

—Bien, nuestro hombre ya debería haber llegado. Salió de la oficina hace más de media hora. Informaré inmediatamente a Homicidios.

—Ya lo he hecho yo —espetó Mark.

Colgó el auricular y se dejó caer en una silla próxima. Ahora el pasillo estaba atestado de batas blancas. Empujaban dos camillas rodantes hacia la habitación 4308. Todos esperaban. ¿Qué había que hacer?

Otras dos monedas de veinticinco centavos y llamó a la casa de Nick Stames. El teléfono sonó durante un largo rato. ¿Por qué no atendía? Por fin se oyó una voz de mujer.

«No debo dar muestras de pánico», pensó, aferrándose a la caja del teléfono.

—Buenas noches, señora Stames. Soy Mark Andrews. ¿Puedo hablar con su marido? —hablaba en un tono equilibrado, sin señales de tensión.

—Por desgracia Nick no está en casa, Mark. Volvió a la oficina hace aproximadamente un par de horas. Qué curioso. Me dijo que iba a entrevistarse con usted y con Barry Calvert.

—Sí, hemos estado con él, pero salió de la oficina hace unos cuarenta minutos para regresar a su casa.

—Pues aún no ha llegado. Terminó sólo el primer plato de la cena y dijo que volvería enseguida. No hay señales de él. Quizá regresó a la oficina. ¿Por qué no le llama allí?

—Sí, por supuesto. Disculpe que la haya molestado.

Mark colgó el auricular y levantó la vista para comprobar si alguien había entrado en la habitación 4308. Nadie lo había hecho. Metió otras dos monedas y telefoneó a la oficina. Polly estaba de guardia.

—Mark Andrews. Comuníqueme con el señor Stames. De prisa, por favor.

—El señor Stames y el agente especial Calvert partieron hace aproximadamente cuarenta y cinco minutos..., de vuelta a casa, creo, señor Andrews.

—No es posible. No es posible.

—Es así, señor. Yo les vi salir.

—¿Podría verificarlo?

—Si usted lo dice, señor Andrews.

Mark esperó durante lo que le pareció un lapso interminable. ¿Qué debía hacer? Estaba totalmente solo... ¿Y los demás? ¿Qué querían que hiciera? Jesús, nada de eso había sido contemplado en su curso de entrenamiento... El FBI debía entrar en escena veinticuatro horas después de cometido el crimen, no mientras se estaba perpetrando.

—No contestan, señor Andrews.

—Gracias, Polly.

Mark miró desesperadamente hacia el techo en busca de inspiración. Le habían ordenado que no hablara con nadie de los hechos que se habían registrado esa misma tarde. Que no dijera una palabra, cualesquiera fuesen las circunstancias, hasta después de la entrevista de Stames con el director. Debía encontrar a Stames. Debía encontrar a Calvert. Debía encontrar a alguien con quien poder hablar. Otras dos monedas. Marcó el número de Barry Calvert. El teléfono llamó y llamó. Nadie respondió en el apartamento de soltero. Las mismas dos monedas. Volvió a telefonar en un nuevo intento a Norma Stames.

—Señora Stames, habla Mark Andrews. Disculpe que vuelva a molestarla. Apenas lleguen su marido y el señor Calvert, pídales que tengan la gentileza de telefonar al Woodrow Wilson.

—Sí, se lo diré a Nick en cuanto llegue. Probablemente se han entretenido en el trayecto.

—Sí, desde luego. No había pensado en eso. Quizá lo mejor será que yo vuelva a la oficina apenas llegue el relevo. Tal vez podrán comunicarse conmigo allí. Gracias, señora Stames —dijo, y colgó el auricular.

El agente de la Policía Metropolitana llegó con exactitud en ese momento, marchando airoosamente por el centro del corredor ahora atestado, con una

novela de Ed McBain bajo el brazo. Mark sintió deseos de reprocharle su demora, pero eso no habría servido para nada. De nada sirve llorar sobre la sangre derramada, pensó algo morbosamente, y empezó a sentirse descompuesto de nuevo. Llevó aparte al joven policía y le puso al tanto de los asesinatos, sin explicar por qué los dos hombres eran importantes. Sólo le informó de lo que había sucedido. Le pidió que se lo comunicara a su jefe y agregó que la Brigada de Homicidios estaba en camino, sin aportar más detalles. El policía telefoneó a su propio oficial de guardia y repitió con la mayor indiferencia todo lo que le habían dicho. La Policía Metropolitana de Washington se enfrentaba con más de seiscientos asesinatos por año. Éste pasaría a engrosar esa estadística.

El personal médico aguardaba impacientemente, pero iba a ser una larga espera. El bullicio profesional parecía haber desplazado al pánico anterior. Mark aún no sabía a quién recurrir ni qué hacer. ¿Dónde estaba Stames? ¿Dónde estaba Calvert? ¿Dónde demonios estaban todos?

Se acercó otra vez al policía, que explicaba minuciosamente por qué nadie debía entrar en la habitación...

No conseguía convencer a nadie, pero le hacían caso. Mark le comunicó que se marchaba a la oficina. Tampoco entonces le dio ningún indicio de la razón por la cual Casefikis había sido importante. El agente de la Policía Metropolitana creía controlar la situación. La brigada de Homicidios llegaría de un momento a otro. Le dijo a Mark que Homicidios querría hablar con él más tarde, esa misma noche. Mark asintió y se fue.

Cuando llegó de vuelta a su coche, sacó del compartimiento lateral la baliza roja parpadeante y la montó sobre el techo, insertando el interruptor en la ranura especial. Regresaría a toda velocidad a la oficina, donde se reencontraría con gente conocida, con la realidad, con hombres que sabrían sacar algo en limpio de esa pesadilla.

Mark encendió la radio del coche.

—ALW 180 hablando. Por favor, traten de localizar al señor Stames y el señor Calvert. Es urgente. Vuelvo inmediatamente a la Agencia local.

—Sí, señor Andrews.

—ALW 180 cambio y fuera.

Doce minutos más tarde llegó a la Agencia local de Washington y aparcó su coche. Corrió hacia el ascensor. El ascensorista le transportó arriba y salió atropelladamente de la cabina.

—*Aspirina, Aspirina.* ¿Quién diablos está de guardia esta noche?

—Yo soy el único. Estoy solo —respondió *Aspirina* mirando por encima de sus gafas, bastante aburrido—. ¿Qué sucede?

—¿Dónde está Stames? ¿Dónde está Calvert? —preguntó Mark.

—Se fueron a casa hace poco más de una hora.

Santo cielo, ¿qué debía hacer ahora? *Aspirina* no era, desde luego, la persona ideal para confiarle sus cuitas, pero era el único a quien podía pedirle consejo. Y aunque Stames le había advertido cuidadosamente que no hablara de nada con nadie hasta que ellos se hubieran entrevistado con el director, se trataba de una emergencia. No daría detalles. Se limitaría a investigar qué hubiera hecho en esa situación un hombre de Hoover.

—Tengo que hallar a Stames y Calvert, dondequiera que estén. ¿Qué me sugieres?

—Bien, para empezar, ¿has probado las emisoras de radio de los coches? —preguntó *Aspirina*.

—Le pedí a Polly que hiciera una verificación. Probaré de nuevo.

Mark se comunicó rápidamente con ella.

—Polly, ¿localizó al señor Stames o al señor Calvert mediante la radio del coche?

—Lo sigo intentando, señor.

La espera pareció interminable, realmente interminable. Y no sucedió nada.

—¿Qué ocurre, Polly?

—Hago todo lo posible, señor. Sólo obtengo el zumbido de llamada.

—Pruebe el canal Uno, el Dos, el Tres o el Cuatro. No importa cuál. Pruebe en los cuatro canales.

—Sí, señor. Sólo puedo llamar por uno cada vez. Hay cuatro canales, pero no puedo usar más que uno cada vez.

Mark comprendió que se estaba dejando llevar por el pánico. Debía sentarse y serenarse. No había llegado el fin del mundo... ¿o sí?

—No están en el Uno, señor. Ni en el Dos. ¿Por qué habrían de estar en el Tres o el Cuatro a esta hora de la noche? Sólo pueden estar viajando de regreso a casa.

—No me interesa a dónde van. Limítese a encontrarlos. Vuelva a probar.

—Está bien, está bien.

Probó en el Tres. Probó en el Cuatro. Necesitaba autorización para abrir el código del Cinco y el Seis.

Mark miró a *Aspirina*. El oficial de guardia estaba autorizado a abrir el código.

—Es una emergencia. Te juro que lo es.

Aspirina le dijo a Polly que probara en el Cinco y el Seis. Éstos han sido reservados por la Comisión Federal de Comunicaciones para el FBI. Se los conoce por las iniciales KGB, y a los hombres del FBI siempre les ha divertido que KGB sea el código de llamada de su red. Pero en ese momento no pareció tan hilarante. No hubo respuesta en KGB-5. Luego llamaron a KGB-6, también sin resultado. ¿Y ahora qué, Dios santo, y ahora qué? ¿A quién debería recurrir a continuación? *Aspirina* le miró inquisitivamente, sin muchas ganas de comprometerse.

—Recuerda, muchacho: discreción. Ésa es la contraseña: discreción.

—Cuidándote las espaldas no me ayudarás a encontrar al señor Stames —dijo Mark, mientras hacía un esfuerzo para conservar la calma—. No importa, *Aspirina*, vuelve a tus crucigramas.

Mark le dejó y fue al lavabo de hombres, ahuecó las nimios bajo el grifo y se enjuagó la boca. Aún olía a vómito y sangre. Se limpió lo mejor que pudo. Volvió a la Sala de Asuntos Criminales, se sentó y contó muy lentamente hasta diez. Debía trazarse un plan, y luego ponerlo en práctica, contra viento y marea. Probablemente a Stames y Calvert les había sucedido algo, del mismo modo que les había sucedido algo al cartero negro y al griego. Quizá debería tratar de comunicarse con el director, aunque ése era un recurso extremo. Un agente de su rango, que había terminado el curso de entrenamiento dos años atrás, no llamaba así como así al director. De todos modos, podría asistir a la cita que Stames había concertado con el director para las 10.30 de la mañana siguiente. Las 10.30 de la mañana siguiente... Faltaba aún medio día para esa hora. Más de doce horas para saber qué hacer. Guardando un secreto que le habían ordenado no discutir con nadie. Reteniendo información que no podía transmitir a nadie más.

Sonó el teléfono y oyó la voz de Polly. Rogó que fuera Stames, pero nadie hizo caso de su plegaria.

—Eh, Andrews, ¿aún está ahí? Tengo a la Brigada de Homicidios en la línea. El capitán Hogan desea hablar con usted.

—¿Andrews?

—Sí, capitán.

—¿Qué puede decirme?

Mark le informó verazmente de que Casefikis era un inmigrante clandestino que había demorado el tratamiento médico de la pierna, y agregó, faltando a la verdad, que según Casefikis su agresor había sido un delincuente que le chantajeaba, amenazándole con denunciar su entrada ilegal en los

Estados Unidos. A la mañana siguiente le enviaría un informe completo por escrito.

El detective pareció desconfiar.

—¿Me oculta algo, hijo? ¿Qué hacía el FBI ahí, para empezar? Se producirá un escándalo de mil demonios si me entero de que retiene información. No vacilaré en asarle el culo sobre las brasas más calientes de Washington.

Mark recordó las reiteradas exhortaciones de Stames a preservar el secreto.

—No, no le oculto nada —respondió en voz alta. Sabía que estaba temblando y difícilmente podría haber resultado menos convincente.

El detective de Homicidios gruñó para sus adentros, formuló algunas otras preguntas y cortó la comunicación. Mark hizo otro tanto. Su sudor había dejado pegajoso el auricular y la ropa se le adhería al cuerpo. Telefoneó nuevamente a Norma Stames; el jefe aún no había regresado a su casa. Telefoneó a Polly y le pidió que repitiera la rutina con los canales de radio. Sin ningún resultado, exceptuando el zumbido del Uno. Finalmente, Mark abandonó el teléfono y le dijo a *Aspirina* que se iba. Pero éste no pareció interesado. Mark se encaminó hacia el ascensor y bajó a su coche. Debía volver a terreno seguro. Debía telefonear al director. Salió nuevamente disparado por las calles, en dirección a su casa.

No era el barrio más lujoso de la ciudad, pero muchos profesionales jóvenes y solteros vivían en esa zona renovada del sudoeste de Washington. El edificio se levantaba a orillas del río, cerca del Arena Stage, y en un lugar cómodo, próximo a una estación de metro. Agradable, lleno de vida, no demasiado caro: era ideal para Mark.

Cuando llegó a su apartamento irrumpió por la puerta y tomó el teléfono. Después de varios timbrazos le atendió el FBI.

—Oficina del director. Habla el oficial de guardia.

Mark respiró profundamente.

—Soy el agente especial Andrews, de la Agencia local de Washington —empezó a explicar con parsimonia—. Necesito hablar con el director, urgente y de Inmediato.

Aparentemente, el director estaba cenando con la procuradora general en casa de ésta. Mark pidió su número de teléfono. ¿Acaso él tenía autorización especial para comunicarse con el director a esa hora de la noche? Tenía autorización especial, tenía una cita con él a las 10.30 de la mañana siguiente y, por el amor de Dios, contaba con autorización especial.

El interlocutor de Andrews debió de captar su desesperación.

—Si me da su número, le telefonearé enseguida.

Andrews sabía que sólo se trataba de verificar si era agente del FBI y si tenía una cita con el director a la mañana siguiente. El teléfono sonó al cabo de un minuto y el oficial de guardia reapareció en la línea.

—El director está aún con la procuradora general. El número privado de ésta es 761-4386.

Andrews marcó el número.

—Residencia de la señora Edelman —dijo una voz afable.

—Habla el agente especial Mark Andrews —explicó—. Necesito comunicarme con el director del Departamento Federal de Investigación.

Habló lentamente y con voz muy clara, aunque todavía temblaba. La respuesta se la dio un hombre cuya mayor preocupación de esa noche consistía en que las patatas habían tardado más de lo previsto.

—Espere un momento, caballero, por favor.

Esperó, esperó, esperó.

—Aquí, Tyson —dijo otra voz.

Mark inhaló profundamente y arremetió:

—Soy el agente especial Mark Andrews. Tengo una cita para verle mañana a las diez y media junto con el agente especial Stames y el agente especial Calvert. Usted no está enterado, señor, porque la concertamos por medio de la señora McGregor después de que usted abandonara su despacho. Necesito verle inmediatamente. Es posible que usted quiera telefonearme. Estoy en mi casa.

—Sí, Andrews —asintió Tyson—. Le telefonearé. ¿Cuál es su número?

Mark se lo dio.

—Espero, por su bien, que se trate de algo grave, joven —dijo Tyson.

—Es muy grave, señor.

Mark esperó nuevamente. Pasó un minuto, y después otro. ¿Tal vez Tyson se había desentendido, tomándolo por un idiota? ¿Qué sucedía? Transcurrieron tres minutos. Cuatro minutos. Obviamente, estaba haciendo comprobaciones más detalladas que su oficial de guardia.

Sonó el teléfono y Mark se sobresaltó.

—Hola, Mark. Habla Roger. ¿Quieres salir a tomar una cerveza?

—Ahora no, Roger, ahora no.

Colgó violentamente el auricular. El teléfono volvió a sonar inmediatamente.

—Bien, Andrews, ¿qué quiere decirme? Dese prisa y vaya al grano.

—Tengo que verle ahora, señor. Necesito que me conceda quince minutos de su tiempo y que me diga qué diablos debo hacer.

Lamentó el «diablos» apenas lo hubo pronunciado.

—Muy bien, si es tan urgente. ¿Sabe dónde vive la procuradora general?

—No, señor.

—Anote: 2942 Edgewood Street, Arlington.

Mark colgó el auricular, anotó cuidadosamente la dirección con mayúsculas de imprenta en la parte interior de una carterita de cerillas que llevaba publicidad de una agencia de seguros de vida, y llamó a *Aspirina*, que no podía completar la siete horizontal.

—Si ocurriera algo, estaré en mi coche con radio. Me encontrarás allí. Dejaré abierta la línea del canal Dos durante todo el tiempo. Algo anda mal en el canal Uno.

Aspirina resolló: últimamente los agentes jóvenes se tomaban demasiado en serio a sí mismos. En tiempos de J. Edgar Hoover no habría sucedido, no habrían permitido que sucediera. De cualquier forma, sólo le faltaba un año para jubilarse. Volvió a los crucigramas. Siete horizontal, nueve letras: se dice de lo que no tiene dueño conocido. *Aspirina* empezó a cavilar.

Mark Andrews también cavilaba mientras entraba corriendo en el ascensor, bajaba a la calle, subía a su coche y enfilaba a toda velocidad rumbo a Arlington. Tomó East Basin Drive hacia Independence Avenue y pasó por el Lincoln Memorial en dirección al Memorial Bridge. Aceleraba lo más posible en medio de la noche temprana, maldiciendo a la gente que cruzaba apaciblemente la calzada, disfrutando del clima templado y agradable, marchando despreocupadamente hacia ningún lugar en especial. Maldecía a quienes no hacían caso de la centelleante sirena que había acoplado al techo de su coche, maldecía sin cesar. ¿Dónde estaba Stames? ¿Dónde estaba Barry? ¿Qué diablos pasaba? ¿Acaso el director pensaría que estaba loco?

Cruzó el Memorial Bridge y salió por la rampa G. W. Un atasco. No podía avanzar un centímetro. Probablemente un accidente. Un condenado accidente en ese preciso momento. Era lo único que le faltaba. Se introdujo en el carril central y se apoyó sobre el pulsador de la bocina. La mayoría de la gente imaginó que formaba parte del equipo de rescate de la policía, y le dejó pasar. Finalmente llegó hasta la aglomeración de coches patrulla y de ambulancias. Un joven agente de la Policía Metropolitana se acercó a él.

—¿Forma parte de este destacamento?

—No. FBI. Debo llegar a Arlington. Es una emergencia.

Mostró sus credenciales. El policía le dejó pasar y se alejó velozmente del lugar del accidente. Maldito accidente. Una vez que se hubo zafado del atasco, encontró la carretera más despejada. Quince minutos más tarde llegó al número 2942 de Edgewood Street, Arlington. Consultó por última vez a Polly desde la radio del coche. No, ni Stames ni Calvert habían llamado.

Mark saltó a la acera. Antes de que hubiera podido dar un paso, le detuvo un agente del Servicio Secreto. Mark exhibió sus credenciales y dijo que tenía una cita con el director. El agente del Servicio Secreto le pidió cortésmente que esperara junto al coche. Después de consultar en la puerta, guió a Mark hasta una pequeña habitación situada inmediatamente a la derecha de la sala que obviamente hacía las veces de estudio. El director entró y Mark se puso en pie.

—Buenas noche, señor director.

—Buenas noches, Andrews. Ha interrumpido una cena muy importante. Espero que sepa lo que hace.

El director se mostró frío y brusco. Evidentemente, le molestaba que un agente novato y desconocido le hubiera impuesto una entrevista.

Mark contó toda la historia, desde su primer encuentro con Stames hasta su decisión de pasar por encima de todos. Las facciones del director permanecieron impasibles a lo largo del relato. Seguían impasibles cuando Mark concluyó. A éste sólo se le ocurrió pensar que había cometido un error. Debería haber seguido tratando de comunicarse con Stames y Calvert. Probablemente ya habían llegado a sus casas. Esperó, con la frente perlada por una tenue película de sudor. Quizás ése era su último día en el FBI. Las primeras palabras del director le tomaron por sorpresa.

—Ha hecho exactamente lo que correspondía, Andrews. En su lugar, habría tomado la misma decisión. Necesitó agallas para venir a exponerme en forma personal el caso —clavó la mirada en Mark—. ¿Está absolutamente seguro de que sólo Stames, Calvert, usted y yo conocemos todos los detalles de lo que ha sucedido esta tarde? ¿No lo sabe nadie del Servicio Secreto, nadie del Departamento de Policía Metropolitana?

—Así es, señor. Sólo nosotros cuatro.

—¿Y ustedes tres ya habían concertado una cita conmigo para mañana a las diez y media?

—Sí, señor.

—Bien. Anote lo siguiente en su hoja.

Mark sacó una tarjeta del bolsillo interior de su americana.

—¿Tiene aquí el número de la procuradora general?

—Sí, señor.

—Y mi número particular es el 721-4069. Grábeselos en la memoria y destrúyalos. Ahora le diré qué es, exactamente, lo que hará. Regrese a la Agencia local de Washington. Vuelva a preguntar por Stames y Calvert. Llame al depósito de cadáveres, a los hospitales, a la policía de carreteras. Si no aparecen, le recibiré en mi despacho a las ocho y media de la mañana, no a las diez y media. Ésa es su primera tarea. Después, consiga los nombres de los detectives de Homicidios que trabajan en este equipo, conjuntamente con la Policía Metropolitana. Ahora confirme si le he entendido bien: no dijo nada acerca del motivo por el que fue a ver a Casefikis, ¿verdad?

—Nada, señor.

—Bien.

La procuradora general se asomó por la puerta.

—¿Todo en orden, Halt?

—Sí, gracias, Marian. No creo que te hayan presentado al agente especial Andrews, de la Agencia local de Washington.

—No. Mucho gusto en conocerlo, señor Andrews.

—El gusto es mío, señora.

—¿Tardará mucho, Halt?

—No, volveré apenas haya terminado de darle instrucciones a Andrews.

—¿Se trata de algo especial?

—No, no hay por qué alarmarse.

Evidentemente, el director había resuelto que nadie debía oír la historia hasta que él mismo la hubiera investigado a fondo.

—¿Dónde estaba?

—Me ha dicho que fuera a la Agencia local de Washington, señor, y preguntara por Stames y Calvert.

—Sí.

—Y que después llamara al depósito de cadáveres, los hospitales y la policía de carreteras.

—Correcto.

—Y me ha dicho que averiguara los nombres de los detectives de Homicidios.

—Exactamente. Siga anotando: verificar todos los nombres de los empleados y visitantes del hospital, así como de cualesquiera otras personas de las que se sepa que han estado en las proximidades de la habitación 4308 entre la hora en que se sabía que ambos ocupantes estaban vivos y en la que usted los encontró muertos. Verificar los nombres de los dos muertos

utilizando los ficheros del Centro Nacional de Información por Ordenador y del FBI, en busca de cualesquiera antecedentes que podamos tener archivados. Recoger impresiones digitales de todo el personal en funciones y de todos los visitantes y de todas las otras personas de las que se sepa que han estado en las proximidades de la habitación 4308, así como de los dos muertos. Necesitamos todas esas huellas dactilares tanto para eliminar candidatos como para identificar a posibles sospechosos. Como le he dicho antes, si no encuentra a Stames y Calvert, venga a mi despacho a las ocho y media de la mañana. Si tuviera alguna otra novedad esta noche, telefonéeme aquí o a mi casa. No vacile en hacerlo. Si son más de las once y media, estaré en mi casa. Si me llama por teléfono, utilice una contraseña... Déjeme pensar... *Julius*. Ojalá no sea profético. Y deme su número. Utilice un teléfono público y yo le llamaré inmediatamente. No me moleste antes de las siete y cuarto de la mañana, a menos que se trate de algo realmente importante. ¿Lo anotó todo?

—Sí, señor.

—Bien, creo que volveré a la mesa.

Mark se levantó, pronto para irse. El director le colocó la mano sobre el hombro.

—No se preocupe, joven. Estas cosas suceden de vez en cuando y usted ha tomado la decisión correcta. Ha demostrado poseer una buena dosis de autocontrol en una situación muy compleja. Ahora vuelva a su trabajo.

—Sí, señor.

A Mark le alivió que alguien más conociera el trance por el cual estaba pasando. Alguien con espaldas mucho más anchas para compartirlo.

En el trayecto de regreso a la oficina del FBI tomó el micrófono del coche.

—ALW-180 hablando. ¿Alguna noticia del señor Stames?

—Aún no, ALW-180. Pero seguiré intentándolo.

Cuando Mark llegó, *Aspirina* seguía allí, ajeno al hecho de que había estado conversando con el director del FBI. *Aspirina* había conocido a los cuatro directores en reuniones sociales, pero ninguno de ellos hubiera recordado su nombre.

—¿La emergencia ha pasado, hijo?

—Sí —mintió Mark—. ¿Ha habido noticias de Stames o Calvert? —trató de disimular su ansiedad.

—No, deben de haberse distraído en alguna parte. No te preocupes. Los corderitos encontrarán el camino de regreso a casa sin necesidad de que te

cuelgues de sus colas.

Mark no podía dejar de estar preocupado. Fue a su despacho y tomó el teléfono. Polly aún no había obtenido respuesta. Sólo un zumbido en el canal Uno. Le telefoneó a Norma Stames, que tampoco tenía novedades. La señora Stames le preguntó si había alguna razón para inquietarse con respecto a su marido.

—Absolutamente ninguna —otra mentira. ¿Sonaba demasiado indiferente?—. Sólo que no conseguimos averiguar en qué taberna está.

Norma rió, pero sabía que Nick no frecuentaba tabernas.

Mark llamó a Calvert. En el apartamento de soltero no atendía nadie. La intuición le advertía que algo marchaba mal. Pero no sabía de qué se trataba. Por lo menos podía contar con el director, que ahora lo sabía todo. Consultó el reloj: las 23.15. ¿Qué se había hecho de la noche? ¿Y qué se haría del resto? Las 23.15. ¿Qué planes tenía para esa noche? Diablos. Había persuadido a una chica encantadora para que le acompañara a cenar. Alzó una vez más el auricular. Por lo menos estaba a salvo en su casa, donde debía estar.

—¿Sí?

—Hola, Elizabeth. Soy Mark Andrews. Lamento sinceramente no haber podido cumplir esta noche. Sucedió algo que escapó a mi control.

La tensión de su tono era perceptible.

—No te inquietes —respondió ella displicentemente—. Me advertiste que no eras fiable.

—Espero que me des otra oportunidad. Si me acompaña la suerte, mañana por la mañana podré poner mis cosas en orden. Probablemente te veré entonces.

—¿Por la mañana? —preguntó ella—. Si piensas en encontrarme trabajando en el hospital, te recuerdo que mañana es mi día semanal libre.

Mark vaciló, pensando rápidamente en lo que podía decir sin cometer imprudencias.

—Quizás eso sea lo mejor. Temo no tener buenas noticias. Esta noche han asesinado a Casefikis y a su compañero de habitación. La Policía Metropolitana se ocupa del caso, pero no hay pistas.

—¿Los han asesinado? ¿A los dos? ¿Por qué? ¿Quién? ¿A Casefikis no le mataron sin motivo, verdad? —las palabras brotaron atropelladamente—. ¿Qué sucede, por el amor de Dios? No, no contestes. De todas maneras no me dirías la verdad.

—No perdería el tiempo mintiéndote, Elizabeth. Escucha, no puedo hacer nada más por esta noche, y te debo un filete enorme por haberte estropeado la velada. ¿Aceptarás que te telefonee pronto?

—Será un placer. Pero el asesinato no me despierta el apetito. Espero que atrapéis a los responsables. En el Woodrow Wilson vemos los resultados de muchos actos de violencia, pero generalmente nadie los comete entre nuestras paredes.

—Lo sé. Lamento que te veas implicada en esto. Buenas noches, mi bella dama. Que duermas bien.

—Y tú también, Mark. Si puedes.

Mark colgó el auricular e inmediatamente volvió a sentirse agobiado por el peso de los acontecimientos del día. ¿Y ahora qué? No había nada que pudiera hacer antes de las 8.30, excepto mantenerse en contacto por la radio del coche hasta llegar a su casa. Sería inútil que se quedara allí, mirando por la ventana, sintiéndose inerme y solo. Fue a buscar a *Aspirina*, le dijo que se iría a su casa y que telefonaría cada quince minutos porque aún necesitaba hablar urgentemente con Stames y Calvert. *Aspirina* ni siquiera alzó la mirada.

—Estupendo —asintió, totalmente absorto en el crucigrama. Había completado once columnas, señal evidente de que era una noche tranquila.

Mark enfiló por Pennsylvania Avenue hacia su apartamento. En la primera rotonda, un turista que no sabía que tenía derecho de paso estaba bloqueando el tráfico. Que el diablo lo lleve, pensó Mark. En Washington, los forasteros que no habían asimilado el arte de girar en el desvío a la derecha podían terminar dando vueltas y vueltas muchas más veces de lo originariamente programado. Por fin, Mark consiguió contornear la rotonda y volver a Pennsylvania Avenue. Siguió conduciendo lentamente hacia su domicilio, en los Tiber Island Apartments, caviloso y angustiado. Encendió la radio del coche para escuchar el noticiario de la medianoche, porque necesitaba distraerse de alguna manera. No había grandes noticias y el locutor parecía un poco aburrido. La presidenta Kane había organizado una rueda de prensa sobre el proyecto de ley de Control de Armas, y la situación en Sudáfrica parecía empeorar. A continuación, las noticias locales: se había producido un accidente automovilístico en la autopista G. W., y en ese momento las grúas estaban extrayendo del río los coches afectados, bajo la luz de los focos. Según los testigos presenciales, un matrimonio de Jacksonville que pasaba sus vacaciones en Washington, los vehículos

afectados eran un Lincoln negro y un sedán Ford azul. Aún no había más detalles.

Un sedán Ford azul. Llegó a sus oídos, a pesar de que no se hallaba realmente concentrado... ¿Un sedán Ford azul? Oh, Dios, por favor, no. Viró a la derecha para pasar de Ninth Street a Maine Avenue, errando por poco a una boca de riego, y se disparó hacia el Memorial Bridge, donde había estado dos horas antes. El tráfico era escaso y llegó en pocos minutos. La Policía Metropolitana continuaba apiñada en la escena del accidente, y un carril de la autopista estaba clausurado con vallas. A Mark le detuvieron en la valla cuando se adelantaba a la carrera. Mostró las credenciales del FBI y encontró al oficial a cargo del salvamento. Le explicó que temía que uno de los coches accidentados fuera conducido por un agente del FBI. ¿Tenían ya alguna información?

—Aún no los hemos sacado —respondió el inspector—. Sólo tenemos dos testigos del accidente, si fue un accidente. Parece que hicieron unas extrañas maniobras. Terminaremos de izarlos dentro de treinta minutos. Si puedo prestarle alguna colaboración, dígamelo.

Mark se apostó a un costado de la carretera para observar cómo las grandes grúas y los diminutos hombres ranas tanteaban bajo el agua a la luz de los focos. Los treinta minutos se alargaron bastante. Mark temblaba de frío, esperando y mirando. Habían transcurrido cuarenta, cincuenta, sesenta minutos, cuando apareció el Lincoln negro. Dentro del coche había un cuerpo. Un hombre precavido, con cinturón de seguridad. La policía se adelantó inmediatamente. Mark volvió a reunirse con el oficial que dirigía la operación y le preguntó cuánto tardarían en izar el segundo coche.

—No mucho. ¿De modo que el Lincoln no era el de ustedes?

—No —respondió Mark.

Transcurrieron otros diez, veinte minutos, y apareció el techo del segundo coche, un vehículo azul oscuro. Vio la parte lateral del coche, con una de las ventanillas parcialmente abierta. Vio el coche íntegro. En su interior había dos hombres. Vio la matrícula. Mark sintió náuseas por segunda vez en la noche. Casi llorando, corrió hacia el oficial y le dio los nombres de los dos ocupantes del vehículo, y después corrió hacia una cabina telefónica que se levantaba a un costado de la carretera. El trayecto le resultó largo. Marcó el número, y al mismo tiempo consultó su reloj: era casi la una. Después de un timbrazo, oyó que una voz cansada farfullaba:

—Sí.

—*Julius* —dijo Mark.

—¿Cuál es su número? —preguntó la voz.

Se lo dio. Treinta segundos después sonó el teléfono.

—Bien, Andrews. Es la una de la mañana.

—Lo sé, señor. Se trata de Stames y Calvert. Han muerto.

Hubo una breve vacilación. Ahora la voz sonó despejada.

—¿Está seguro?

—Sí, señor.

Mark dio los detalles del accidente, procurando disimular su agotamiento y su emoción.

—Telefonee inmediatamente a su oficina, Andrews —ordenó Tyson—, omitiendo todos los detalles que me dio a mí esta noche. Límitese a transmitir la información del accidente. Por la mañana, llame a la policía y averigüe todo lo que pueda. Venga a mi despacho a las siete y media, y no a las ocho y media. Entre por el portal ancho que hay al final del edificio. Allí le estará esperando un hombre. Él le conocerá: no se retrase. Ahora vaya a su casa, trate de dormir un poco y aíslese hasta mañana por la mañana. No se preocupe, Andrews. Somos dos los que lo sabemos, y una legión de agentes se ocuparán de las verificaciones de rutina que le encargué antes.

Se cortó la comunicación. Mark llamó a *Aspirina* —¡qué noche para tenerlo a él de guardia!— y le informó de lo que les había sucedido a Stames y Calvert. Luego colgó bruscamente el auricular antes de que *Aspirina* pudiera formular preguntas. Volvió a su coche y condujo lentamente hacia su casa, en medio de la noche. Escaseaban los vehículos en las calles y la bruma de la madrugada le daba a todo un aspecto fantasmagórico.

En la entrada del garaje de su bloque de apartamentos vio a Simon, el joven encargado negro, que estimaba a Mark y más aún su Mercedes. Mark había invertido en el coche la pequeña herencia de su tía, después de graduarse en la Universidad, pero nunca se había arrepentido de ese despilfarro. Simon sabía que Mark no tenía ninguna plaza reservada en el garaje y siempre se ofrecía para aparcarle el coche... Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa a cambio de una oportunidad para conducir el magnífico Mercedes SLC-580, de color plateado. Generalmente, Mark intercambiaba algunas bromas con Simon, pero esa noche le entregó las llaves sin siquiera mirarlo.

—Lo necesitaré a las siete de la mañana —dijo, mientras se alejaba.

—De acuerdo —fue la respuesta.

Mark oyó que Simon volvía a poner el coche en marcha con un suave ronroneo antes de que las puertas del ascensor se cerraran detrás de él. Llegó

a su apartamento: tres habitaciones, todas vacías. Echó llave a la puerta y después corrió el cerrojo, cosa que nunca había hecho antes. Caminó lentamente alrededor de la habitación, se desvistió y arrojó al cesto de la ropa sucia su camisa impregnada de olor ácido. Se lavó por tercera vez en la noche y después se metió en la cama, para quedarse mirando al techo. Intentó encontrar alguna explicación a los acontecimientos de la noche y procuró dormir. Pasaron seis horas, pero apenas logró conciliar el sueño.

Otra persona que apenas había podido dormir aquella noche daba vueltas en su cama de la Casa Blanca.

Abraham Lincoln, John F. Kennedy, Martin Luther King, John Lennon, Robert Kennedy... ¿Cuántos ciudadanos más, distinguidos o no, tendrían que perder la vida antes de que las Cámaras se decidiesen a aprobar una ley que proscribiera semejante autodestrucción?

—¿Quién más tendrá que morir? —observó—. Si he de ser yo misma, qué mejor momento...

Volviéndose, observó a Edward, cuya expresión no dejaba lugar a dudas de que él no cultivaba aquel género de ideas morbosas.

VIERNES, 4 DE MARZO

6.30 horas

Finalmente, Mark no pudo seguir aguantando y a las 6.30 se levantó, se duchó y se puso una camisa y un traje limpios. Desde la ventana de su apartamento divisaba el Washington Channel hasta el East Potomac Park, y no dejaba de pensar en todo lo que había ocurrido el día anterior. Dentro de pocas semanas florecerían los cerezos. Dentro de pocas semanas...

Cerró la puerta del apartamento a sus espaldas, satisfecho, aunque sólo fuera de estar nuevamente en movimiento. Simon le entregó las llaves del coche. Había encontrado un espacio para el Mercedes en una de las plazas privadas.

Mark condujo lentamente por Sixth Street, dobló a la izquierda por G y a la derecha por Seventh. A esa hora de la mañana sólo circulaban camiones. Pasó delante del Hishhorn Museum al entrar en Independence Avenue. En la intersección de Seventh y Pennsylvania, junto a los Archivos Nacionales, Mark se detuvo frente a un semáforo rojo. Experimentó la enigmática sensación de que todo estaba en orden, como si el día anterior hubiera sido una pesadilla. Llegaría a la oficina y Nick Stames y Barry Calvert estarían allí, como de costumbre. La visión se evaporó cuando miró hacia la izquierda. En un extremo de la avenida desierta vio los jardines de la Casa Blanca y vislumbró el edificio blanco entre los árboles. A su derecha, en el otro extremo de la avenida, se levantaba el Capitolio, brillante bajo el temprano sol matinal. Y entre los dos, entre César y Casio, pensó Mark, se alzaba el edificio del FBI. El director y él, solos en el medio, caviló, jugando con el destino.

Mark condujo el coche por la rampa descendente de la parte posterior del Cuartel General del FBI y aparcó. Un joven vestido con una americana deportiva azul oscuro, pantalones de franela gris, zapatos oscuros y una elegante corbata azul, o sea el uniforme oficial del FBI, le aguardaba. Un

hombre anónimo, pensó Mark, que parecía excesivamente atildado para haberse levantado poco antes. Mark Andrews le mostró sus credenciales. El joven le condujo hasta el ascensor sin pronunciar una palabra. Subieron al séptimo piso, donde Mark fue silenciosamente escoltado hasta una antesala. Su acompañante le pidió que aguardara.

Se sentó en la antesala contigua al despacho del director, con los ubicuos ejemplares de *Time* y *Newsweek*, y pensó que era como si estuviese en el consultorio de su dentista. En verdad, por primera vez hubiera preferido estar en el consultorio del dentista. Analizó los acontecimientos de las últimas catorce horas. Había pasado de ser un hombre sin responsabilidades, que disfrutaba del segundo de cinco ajetreados años en el FBI, a ser alguien que se veía ante las fauces de un tigre. Su única visita anterior al FBI había sido para la entrevista inicial, y no le habían dicho que eso podría suceder. Habían hablado de sueldos, de bonificaciones, de vacaciones, de un trabajo digno y grato, y no de inmigrantes griegos y carteros negros con las gargantas seccionadas, ni de amigos a quienes recogían ahogados del Potomac. Se levantó y paseó por la habitación tratando de poner sus pensamientos en orden. El día anterior había sido su día libre, pero él había resuelto que no estaría de más la paga extraordinaria. Quizás otro agente habría llegado antes al hospital y habría evitado el doble asesinato. Quizá si él hubiera conducido el Ford la noche anterior, habría sido él, y no Stames y Calvert, quien habría caído al Potomac. Quizá... Mark cerró los ojos y sintió que un escalofrío involuntario le recorría la columna vertebral. Hizo un esfuerzo para alejar la idea aterradora que le mantuvo en vela toda la noche: tal vez él sería el próximo.

Sus ojos se detuvieron sobre una placa adosada a la pared, donde se leía que, en casi sesenta años de historia del FBI, sólo treinta y cuatro agentes habían sido asesinados mientras desempeñaban sus funciones; sólo una vez dos agentes habían muerto en la misma jornada. Después de lo sucedido el día anterior, esa leyenda ya no respondía a la verdad, pensó Mark amargamente. Sus ojos siguieron recorriendo la pared y se posaron sobre una gran foto del Capitolio que colgaba junto a otra, también de gran tamaño, del Tribunal Supremo: el Gobierno y la justicia tomados de la mano. A su izquierda colgaban los retratos de los cinco directores: Hoover, Gray, Ruckelshaus, Kelley, y ahora el formidable H. A. L. Tyson, a quien en el FBI todos conocían por el acróstico *Halt*. Aparentemente nadie, excepto su secretaria, la señora McGregor, conocía su nombre de pila. Ésa era una vieja gracia del FBI. Cuando uno ingresaba, pagaba un dólar e iba a ver a la señora

McGregor, que había trabajado para él durante veintisiete años, y le decía cuál era, a su juicio, el nombre de pila del director. Si acertaba, ganaba la apuesta. En ese momento, el capital acumulado ascendía a 3.516 dólares. Mark había dicho Hector. La señora McGregor se había reído y la apuesta se había enriquecido en un dólar. Si alguien quería una segunda alternativa, tenía que pagar otro dólar, pero si se equivocaba, pagaba una multa de diez dólares. Bastantes agentes habían intentado una segunda oportunidad, y la apuesta se engrosaba a medida que caían nuevas víctimas.

A Mark se le había ocurrido una idea que consideró brillante: consultar el Archivo Criminal de Dactiloscopia. Los archivos de impresiones digitales que conserva el FBI entran en tres categorías: militares, civiles y criminales, y las huellas dactilares de todos los agentes del FBI figuran en la sección criminal. Esto permite seguir el rastro de cualquier agente que se coloca al margen de la ley, y eliminar las huellas que los agentes dejan en la escena del crimen durante el ejercicio de sus funciones. Dichos archivos se utilizan muy esporádicamente. Mark se creyó muy listo cuando solicitó ver la ficha de Tyson. Un ayudante del Departamento de Dactiloscopia se la entregó. Decía: «Estatura: 1,82 metros. Peso: 90 kilos. Cabello: castaño. Ocupación: director del FBI. Nombre: Tyson, H. A. L.». No figuraba el nombre de pila. El ayudante, otro hombre anónimo de americana azul, le sonrió mordazmente a Mark y dijo, en voz lo bastante alta como para que Mark lo oyera, mientras volvía a insertar la ficha en su lugar: «Otro incauto que pensó que iba a ganar fácilmente tres mil dólares».

Dado que el FBI había asumido mayores connotaciones políticas durante las dos últimas décadas, al Congreso le resultó muy fácil avalar una figura como Tyson. Llevaba en la sangre la vocación policial. Su bisabuelo había sido agente de la Wells Fargo, y había viajado con su escopeta en la diligencia que unía San Francisco y Seattle en el otro Washington. Su abuelo había sido alcalde y jefe de policía de Boston y, antes de retirarse, su padre había sido un destacado procurador de Massachusetts. A nadie sorprendió que el biznieto hubiera seguido la tradición familiar hasta alcanzar el cenit de su carrera como director del Departamento Federal de Investigaciones. Se contaban una multitud de anécdotas sobre su persona, y Mark se preguntaba cuántas de ellas eran apócrifas.

No existían dudas de que Tyson había marcado el tanto de la victoria en el partido final entre Harvard y Yale, porque así estaba documentado, lo mismo que el hecho de que había sido el único boxeador blanco del equipo estadounidense en las Olimpiadas de Melbourne, en 1956. Sólo el difunto

presidente Richard Nixon podía saber con certeza si Tyson le había dicho realmente que prefería servir al diablo antes que dirigir el FBI bajo su mandato, pero ésa era una anécdota que el bando de Kane no se había esforzado en silenciar.

Su esposa había fallecido cinco años atrás, de esclerosis múltiple, y él la había atendido durante veinte años con obstinada lealtad.

No le temía a nadie, y su reputación de hombre honrado y probo le había situado por encima de la mayoría de los funcionarios del Gobierno, ante los ojos de la nación. Después de un período de malestar, que había seguido a la muerte de Hoover, Halt Tyson había devuelto al FBI el prestigio del que había disfrutado en los años treinta y cuarenta. Tyson era una de las razones por las cuales Mark había consagrado con gusto cinco años de su vida al Departamento Federal de Investigaciones.

Mark empezó a jugar con el botón del medio de su americana, como acostumbran a hacerlo todos los agentes del FBI. En el curso de quince semanas de Quantico le habían inculcado que los botones de la americana deben estar siempre desabrochados, para permitir fácil acceso al arma insertada en una funda de cadera, y jamás de sobaco. A Mark le fastidiaba que los seriales de televisión sobre el FBI siempre equivocaran ese detalle. Cuando un hombre del FBI intuía el peligro, jugueteaba con ese botón del medio para asegurarse de que la prenda estaba abierta. Mark intuía el miedo, el miedo a lo desconocido, el miedo a H. A. L. Tyson, un miedo que un Smith and Wesson al alcance de un rápido movimiento no podía curar.

Volvió el joven anónimo de la mirada vigilante y la americana deportiva azul.

—El director le recibirá ahora.

Mark se levantó, se sintió inseguro, se recompuso, frotó las manos contra sus pantalones para secar el sudor de las palmas y siguió al joven anónimo por la antesala y por el interior del santuario del director. Éste levantó la vista, le señaló una silla y esperó que el hombre anónimo saliera del despacho y cerrara la puerta. Aun sentado, el director era un hombre de constitución de toro, con una cabeza enorme asentada sólidamente sobre los hombros macizos. Las cejas pobladas armonizaban con su alborotada melena castaña y áspera, tan rizada que cualquiera podría haberla confundido con una peluca si no se hubiera tratado de H. A. L. Tyson. Sus manazas descansaban abiertas sobre el escritorio, como si éste pudiera alimentar intenciones de escaparse. El delicado escritorio estilo Reina Ana estaba bastante subyugado por el apretón del director. Sus mejillas eran rubicundas, pero no por efecto del alcohol, sino

del buen y el mal tiempo. Un poco más atrás de la silla de Mark estaba sentado otro hombre, musculoso, pulcramente afeitado y de aspecto taciturno. Un policía de policías.

—Andrews —dijo el director—, le presento al subdirector Matthew Rogers. Le he puesto al tanto de cuanto ocurrió tras la muerte de Casefikis. Designaremos a un par de agentes para que colaboren con usted en la investigación —los ojos grises del director eran penetrantes... y taladraban a Mark—. Ayer perdí a dos de mis mejores hombres, Andrews, y nada, repito, nada, impedirá que desenmascare al responsable, aunque haya sido la mismísima presidenta. ¿Me entiende?

—Sí, señor —respondió Mark con voz muy queda.

—De los comunicados que hemos remitido a la prensa inferirá que el público cree que lo que sucedió ayer por la tarde no fue más que otro accidente de tráfico. Ningún periodista ha asociado los asesinatos perpetrados en el Woodrow Wilson Medical Center con la muerte de mis agentes. ¿Por qué habrían de asociarlos, cuando en los Estados Unidos se comete un asesinato cada veintiséis minutos?

Junto a él descansaba un expediente de la Policía Metropolitana, con la leyenda «Jefe de la Policía Metropolitana». Incluso ellos estaban controlados.

—Nosotros, señor Andrews...

Ese trato determinó que Mark se sintiese un poco en la gloria.

—... nosotros no los vamos a desilusionar. He analizado minuciosamente lo que me contó anoche. Sintetizaré mi punto de vista sobre la situación. Por favor, no vacile en interrumpirme cuando lo considere necesario.

En circunstancias normales, Mark se habría reído.

El director estaba consultando el expediente.

—De modo que el griego quería ver al jefe del FBI —siguió—. Quizás habría accedido a su deseo, si me hubiera enterado —levantó la vista—. Sea como fuere, he aquí los hechos: Casefikis prestó declaración oral ante ustedes en el Woodrow Wilson, y el núcleo de su declaración es que, a su juicio, estaba en marcha una confabulación para asesinar a la presidenta de los Estados Unidos el 10 de marzo. Esta información la recogió involuntariamente mientras atendía a los comensales durante una comida privada que se celebró en un hotel de Georgetown. Una comida a la cual, según le pareció a Casefikis, asistía un senador de los Estados Unidos. ¿Hasta ahora estoy en lo cierto, Andrews?

—Sí, señor.

El director volvió a consultar el expediente.

—La policía tomó las impresiones digitales del muerto, y no han aparecido en nuestros archivos ni en los de la Policía Metropolitana. De modo que por ahora debemos presumir, después de los cuatro asesinatos perpetrados anoche, que todo lo que nos contó el inmigrante griego era cierto. Es posible que no haya entendido bien lo que oyó, pero desde luego destapó algo lo suficientemente gordo como para desencadenar cuatro asesinatos en una noche. Creo que también podemos presumir que los responsables de estos hechos diabólicos, quienesquiera que sean, piensan que ahora están a salvo y que han quitado de en medio a todos los que conocían sus planes. Puede considerarse afortunado, joven.

—Sí, señor.

—Supongo que se le habrá cruzado por la mente la idea de que ellos creyeron que era usted quien viajaba en el sedán Ford azul.

Mark asintió. Durante las últimas diez horas casi no había pensado en otra cosa. Esperaba que Norma Stames nunca lo pensara.

—Quiero que ahora los conspiradores se sientan seguros, y en consecuencia haré que la presidenta no modifique sus planes para los próximos días, al menos por el momento.

Mark aventuró una pregunta:

—Pero, señor, ¿eso no pondrá en grave peligro a la presidenta?

—Andrews, en alguna parte, alguien, que incluso puede ser un senador norteamericano, planea asesinar a la presidenta. Hasta ahora, ese individuo no ha vacilado en matar a dos de mis mejores agentes, a un griego que podría haberle reconocido, y a un cartero sordo cuya única relación con el caso consistía en que podría haber identificado al asesino de Casefikis. Si irrumpimos ahora con la artillería pesada, sólo conseguiremos ahuyentarlos. No tenemos en realidad ninguna pista, y sería improbable que los desenmascarásemos. Y aunque lo consiguiéramos, seguramente no podríamos probar su culpabilidad. La única esperanza de atraparles reside en dejar que esos hijos de puta se sientan inmunes... hasta el último momento. Así, tal vez consigamos echarles el guante. Es posible que ya estén asustados, pero lo dudo. Han empleado medios tan violentos con el fin de ocultar sus intenciones, que deben de tener un motivo imperioso para querer desembarazarse de la presidenta dentro de una semana. Nuestro objetivo, ahora, radica en descubrir ese motivo.

—¿Se lo diremos a Kane?

—No, no, aún no. Dios sabe que tiene suficientes problemas con el proyecto de ley sobre Control de Armas, y no hay necesidad de agregar otro:

el de mirar por encima del hombro, preguntándose qué senador es Marco Antonio y cuál es Bruto.

—¿Qué haremos, pues, durante los próximos días?

—Usted y yo tendremos que encontrar a Casio. Y es posible que no sea el de aspecto demacrado y hambriento.

—¿Y si no le encontramos?

—Que Dios salve a los Estados Unidos.

—¿Y en caso de que le encontremos?

—Es posible que usted tenga que matarle.

Mark reflexionó un momento. Nunca en su vida había matado a nadie. Ahora que lo pensaba mejor, a conciencia, nunca había matado nada. No le gustaba pisar insectos. Y la idea de que la primera persona que quizá tendría que matar fuera un senador de los Estados Unidos le pareció, cuanto menos, intimidatoria.

—No ponga esa cara de preocupación, Andrews. Probablemente no habrá que llegar a ese extremo. Ahora deje que le explique qué es, exactamente, lo que me propongo hacer. Le informaré a Stuart Knight, jefe del Servicio Secreto, que dos de mis agentes estaban investigando a un hombre que alegaba que la presidenta de los Estados Unidos sería asesinada en el curso del mes próximo. Sin embargo, no tengo la intención de decirle que es posible que un senador esté comprometido, y tampoco le haré saber que dos de nuestros agentes murieron mientras cumplían con su deber. Eso no le interesa. Quizás en realidad no haya ningún senador implicado, y no quiero que medio país mire a sus representantes electos mientras se pregunta cuál de ellos es un criminal.

El subdirector se aclaró la garganta y habló por primera vez:

—Algunos de nosotros lo pensamos igualmente.

El director no se inmutó.

—Esta mañana, Andrews —prosiguió—, usted redactará un informe sobre la declaración de Casefikis y las circunstancias en que se produjo su asesinato, y se lo entregará a Grant Nanna. No incluya los asesinatos posteriores de Stames y Calvert: nadie debe asociar los dos hechos. Mencione la amenaza contra la vida de la presidenta, pero no la posibilidad de que haya un senador comprometido. ¿No le parece prudente, Matt?

—Sí —asintió Rogers—. Si comunicamos nuestras sospechas a personas que no tienen por qué estar enteradas, correremos el riesgo de desencadenar una operación de seguridad que espantará a los asesinos. Entonces tendremos

que limitarnos a recoger velas y empezar de nuevo..., si la suerte nos ayuda y se presenta una segunda oportunidad.

—Correcto —dijo el director—. Ésta será nuestra estrategia. Hay un centenar de senadores, Andrews. Uno de ellos es nuestro único vínculo con los conspiradores. Usted tendrá la misión de identificar a ese único hombre. El subdirector se ocupará de que un par de novatos sigan las otras pistas que tenemos. No hace falta que conozcan los detalles. Para comenzar, Matt, deberán visitar el Golden Duck Restaurant.

—Y todos los hoteles de Georgetown, para averiguar en cuál de ellos se organizó un almuerzo privado el veinticuatro de febrero —agregó Rogers—. Y deberán hacer averiguaciones en el hospital. Quizás alguien vio gente sospechosa apostada en los corredores o en el aparcamiento. Los asesinos deben de haber visto nuestro Ford allí mientras Calvert y usted, Andrews, entrevistaban a Casefikis. Creo que esto es todo lo que podemos hacer por ahora.

—Estoy de acuerdo —asintió el director—. Muy bien. Gracias, Matt. No le haré perder más tiempo. Por favor, comuníqueme inmediatamente todo lo que descubra.

—Por supuesto —respondió el subdirector. Se puso en pie y salió del despacho.

Mark permaneció en silencio, impresionado por la nitidez con que el director había captado los detalles del caso. Su mente debía de parecerse a un fichero.

El director pulsó un botón del intercomunicador.

—Café para dos, por favor, señora McGregor.

—Sí, señor.

—Ahora bien, Andrews, usted se presentará en el FBI todas las mañanas a las siete y vendrá a verme. En caso de emergencia, telefonéeme, utilizando la contraseña *Julius*. Yo utilizaré la misma cuando le llame a usted. Apenas oiga la palabra «Julius» interrumpa todo lo que esté haciendo. ¿Me ha entendido?

—Sí, señor.

—Ahora, algo muy importante. Si, por cualquier circunstancia, yo muriera o desapareciera, usted informará sólo a la procuradora general, y Rogers se ocupará del resto. Si el que muere es usted, joven, la decisión quedará en mis manos —sonrió por primera vez, aun cuando ese tipo de humor no era del agrado de Mark—. He visto en su expediente que tiene derecho a dos semanas de vacaciones. Se las tomará a partir del mediodía de hoy. No quiero que usted exista oficialmente por lo menos durante una semana. Ya le han

comunicado a Grant Nanna que usted ha sido colocado bajo mis órdenes directas —continuó el director—. Es posible que tenga que tolerarme día y noche durante seis días, joven, y hasta ahora nadie, excepto mi difunta esposa, ha tenido que someterse a semejante sacrificio.

—También usted deberá tolerarme a mí, señor —fue la rápida e irreflexiva respuesta de Mark.

Esperó que le calentaran las orejas, pero en cambio el director volvió a sonreír.

La señora McGregor apareció con el café, lo sirvió y se fue. El director bebió el suyo de un sorbo y empezó a pasearse por el despacho como si estuviera enjaulado. Mark no se movió, a pesar de que sus ojos no se apartaron de Tyson en ningún momento. Su mole y sus anchos hombros se zarandeaban de arriba abajo, y su enorme cabeza de espesa pelambre se mecía de un lado a otro. Estaba inmerso en lo que los chicos del FBI denominaban un torbellino intelectual.

—Lo primero que hará, Andrews, será averiguar qué senadores estaban en Washington el veinticuatro de febrero. Como faltaba poco para el fin de semana, la mayoría de esos fantoches debían de estar revoloteando por todo el país, pronunciando discursos o pasando las vacaciones con sus hijos malcriados.

Lo que hacía popular al director era que no hablaba a espaldas de la gente, sino que decía explícitamente lo que pensaba en la cara de los interesados. Mark sonrió y empezó a distenderse.

—Cuando hayamos elaborado esa lista, procuraremos descifrar qué es lo que tienen en común. Separaremos a los republicanos de los demócratas, y después los agruparemos por sus intereses públicos y privados. A continuación, deberemos averiguar cuáles tienen algún nexo con la presidenta, pasado o presente, cordial u hostil. Su informe abarcará todos estos detalles y estará listo para nuestra entrevista de mañana por la mañana. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Ahora quiero que comprenda algo más, Andrews. Como seguramente sabe, durante la última década el FBI ha estado en una posición política muy comprometida. Los cancerberos del Congreso viven esperando que nos excedamos en nuestra legítima autoridad. Si de alguna manera lanzamos sospechas sobre un miembro del Congreso, sin tener pruebas incontestables de su culpabilidad, despedazarán al FBI. Y con razón, a mi juicio. En una democracia, los organismos policiales deben inspirar confianza, demostrando

que no subvertirán el proceso político. Deben ser más honestos que la mujer del

César, ¿me entiende?

—Sí, señor.

—A partir de hoy tenemos seis días, y a partir de mañana cinco, y quiero atrapar a este hombre y sus amigos *in fraganti*. De modo que ninguno de nosotros dos se registrará por los horarios oficiales de trabajo.

—No, señor.

El director volvió a su escritorio y solicitó la presencia de la señora McGregor.

—Señora McGregor, éste es el agente especial Andrews, quien durante los próximos seis días trabajará en estrecha relación conmigo en una investigación extraordinariamente delicada. Cada vez que quiera verme, hágalo pasar enseguida. Si estoy con cualquier otra persona que no sea el señor Robers, notifíquemelo inmediatamente..., sin trámites burocráticos ni antesalas.

—Sí, señor.

—Y le agradeceré que no hable de esto con nadie.

—Por supuesto, señor Tyson.

El director se volvió hacia Mark.

—Ahora volverá a la Agencia local de Washington y pondrá manos a la obra. Le espero en este despacho mañana a las siete de la mañana.

Mark se puso en pie. No había terminado su café. Quizás el sexto día se sentiría con derecho a decirlo. Le estrechó la mano al director y se encaminó hacia la puerta. En el momento en que se disponía a abrirla, el director agregó:

—Andrews, espero que sea muy prudente. Mire por encima de ambos hombros al mismo tiempo.

Mark se estremeció, salió rápidamente del despacho y avanzó por el pasillo. Mientras esperaba el ascensor mantuvo la espalda sólidamente apoyada contra la pared, y al llegar a la planta baja marchó sin apartarse de las paredes laterales del corredor. Allí se encontró con un grupo de turistas que estudiaban las fotos de los diez criminales más buscados de los Estados Unidos. ¿Acaso al cabo de una semana uno de ellos sería un senador?

En la calle, esquivó el tráfico hasta llegar a la Agencia local de Washington, en la otra acera de Pennsylvania Avenue. Esa mañana no sería un hogar para él. Faltaban dos hombres, a quienes no podrían reemplazar con un manual de entrenamiento. Las banderas izadas en lo alto del edificio del

FBI y del antiguo edificio de Correos flameaban a media asta. Dos de sus agentes habían muerto.

Mark entró directamente en el despacho de Grant Nanna. Éste había envejecido diez años de un día para otro: habían muerto dos de sus amigos, uno de los cuales había sido su subordinado en tanto que el otro había sido su superior.

—Siéntese, Mark.

—Gracias, señor.

—El director ya ha hablado conmigo esta mañana. No le formularé ninguna pregunta. Sé que usted va a lomarse unas vacaciones de dos semanas a partir del mediodía de hoy, y que redactará un memorándum acerca de lo que sucedió en el hospital. Yo debo elevarlo a las autoridades superiores y eso será todo, por lo que concierne a la Agencia local de Washington, pues Homicidios se ocupará de la investigación. También intentan convencerme de que Nick y Barry murieron en un accidente de tráfico.

—Sí, señor —respondió Mark.

—No creo una cochina palabra de lo que me cuentan —prosiguió Nanna—. Ahora usted está implicado en esto, de alguna manera, y quizá podrá atrapar a los cerdos que lo hicieron. Cuando los encuentre, pulveríceles las pelotas y después llámeme para que vaya a ayudarlo, porque si les pongo la mano encima a esos hijos de puta...

Mark miró a Grant Nanna y después desvió prudentemente la vista, esperando que su superior recuperara el control de su semblante y su voz.

—Bien, usted no tiene autorización para comunicarse conmigo una vez que salga de este despacho, pero si en algún momento puedo ayudarlo, llámeme. Que el director no lo sepa, porque si se entera nos mataría a los dos. En marcha, Mark.

Mark salió rápidamente y se encaminó hacia su propio despacho. Se sentó y redactó su informe, siguiendo al pie de la letra las instrucciones del director: desapasionado y sucinto. Se lo llevó a Nanna, quien lo hojeó y lo arrojó en la bandeja de salidas.

—Ha hecho un buen trabajito de encubrimiento, Mark.

Mark no contestó. Firmó la hoja de salida de la Agencia local de Washington, el único lugar donde se sentía seguro. Debería trabajar por su cuenta durante seis días. Los hombres ambiciosos deseaban vislumbrar lo que les sucedería en el curso de los próximos años, saber cómo se plasmarían sus carreras. Mark se habría conformado con adelantarse una semana.

El director pulsó un botón. El hombre anónimo de la americana deportiva azul y el pantalón gris entró en el despacho.

—Sí, señor.

—Quiero que vigilen sin tregua a Andrews, noche y día. Seis hombres en tres relevos, que me pasarán sus partes todas las mañanas. Quiero un informe detallado con sus antecedentes: educación, amigas, amigos, costumbres, aficiones, orígenes religiosos, organizaciones a las que está asociado. Todo para mañana a la mañana, a las seis cuarenta y cinco. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Convencido de que si abordaba a los funcionarios del Senado para pedirles información acerca de sus empleadores sólo conseguiría inspirarles desconfianza, Mark inició la indagación en la Biblioteca del Congreso. Mientras subía por la larga escalera, recordó un pasaje de *Todos los hombres del presidente*, en el cual Woodward y Bernstein pasaban incontables horas infructuosas buscando unas pocas hojitas de papel en las entrañas del edificio. Querían encontrar pruebas de que E. Howard Hunt había retirado material referente precisamente a Edward M. Kennedy. Y para un agente del FBI que seguía la pista de un asesino, así como para los reporteros inquisitivos, la diferencia entre el éxito y el fracaso radicaba en una investigación tediosa, y no en misiones fascinantes.

Mark abrió la puerta que llevaba el letrero «Lectores solamente» y entró en el salón principal de lectura, un recinto inmenso, circular, abovedado, decorado con tonos opacos de colores dorado, *beige*, herrumbre y bronce. La planta baja estaba ocupada por hileras de pupitres de madera, oscuros y curvos, dispuestos en círculos concéntricos alrededor del área de información situada en el medio. En el primer piso había millares de libros, que se veían desde el recinto de lectura a través de elegantes arcadas. Mark se acercó al mostrador de información y, con el tono quedo propio de todas las bibliotecas, le preguntó a la empleada dónde podría encontrar los últimos ejemplares del *Congressional Record*, el diario de sesiones del Congreso.

—Sala 244. Sala de lectura de la Biblioteca de Derecho.

—¿Cómo se llega allí?

—Pase al otro lado del edificio, bordeando el fichero, y suba al primer piso en el ascensor.

Mark encontró la Biblioteca de Derecho, un salón blanco, rectangular, con tres hileras de anaqueles a la izquierda. Después de interrogar a otra

empleada, localizó el *Congressional Record* en uno de los estantes marrones de libros de consulta alineados a lo largo de la pared de la derecha. Transportó el volumen en rústica, lechado el 24 de febrero, hasta una larga mesa desocupada, e inició el tedioso trabajo de indagación.

Después de hojear durante media hora el resumen de actividades del Senado, Mark descubrió que le acompañaba la suerte. Aparentemente, muchos senadores se habían ido a pasar el fin de semana fuera de Washington, porque una verificación de los pases de lista del 24 de febrero revelaba que la cantidad de senadores presentes en el recinto nunca superaba los sesenta. Y las leyes votadas habían sido suficientemente importantes como para reclamar la presencia de aquellos senadores que podrían haber estado escondidos en los rincones y recovecos del Senado o de la ciudad. Después de eliminar a los senadores que según los jefes de los sectores políticos estaban ausentes «por enfermedad» o «necesariamente ausentes», y de sumar a aquellos que se habían visto «retenidos por actividades oficiales», Mark recopiló una lista de sesenta y dos senadores que habían estado indiscutiblemente en Washington el 24 de febrero. Luego volvió a verificar a los otros treinta y ocho senadores, uno por uno, lo cual resultó ser una tarea larga y agotadora. Todos ellos tenían alguna justificación para estar ese día fuera de Washington. Consultó su reloj: las 12.15. No podía permitirse el lujo de dedicar tiempo a comer.

VIERNES, 4 DE MARZO

12.30 horas

Habían llegado tres hombres. Ninguno de ellos estimaba al otro, y sólo el vínculo común de la recompensa económica podría haberles reunido en una misma habitación. El primero se hacía llamar Tony. Tenía tantos nombres que nadie podía saber con certeza cuál era el verdadero, excepto, quizá, su madre, y ésta no le había visto en los veinte años transcurridos desde que él había abandonado Sicilia para reunirse con su padre, y marido de ella, en los Estados Unidos. A ella, el marido la había abandonado veinte años atrás: el ciclo se repetía.

El prontuario del FBI describía a Tony como un hombre de un metro setenta de estatura, setenta y tres kilos de peso, constitución mediana, cabello negro, nariz recta, ojos marrones, sin rasgos distintivos, que había sido arrestado e inculcado en relación con el asalto a un banco. Primer delito, dos años de cárcel. Pero el expediente no decía que Tony era un excelente conductor: lo había probado el día anterior, y si ese alemán estúpido hubiera conservado la cabeza, en ese momento habría habido cuatro personas en la habitación, en lugar de tres. Le había dicho al jefe: «Si quiere emplear a un alemán, pídale que fabrique el condenado automóvil, nunca que lo conduzca». El jefe no le había hecho caso y el resultado era que al alemán lo habían pescado del fondo del Potomac. La próxima vez utilizarían a Mario, el primo de Tony. Por lo menos entonces habría otro ser humano en el equipo. No se podía contar al ex polizonte ni al japonésito que nunca decía una palabra.

Tony miró a Xan Tho Huc, que nunca hablaba si no le formulaban una pregunta directa. En realidad, era vietnamita, pero había huido a Japón en 1979. Todos habrían conocido su nombre si hubiera participado en las Olimpiadas de Los Ángeles, porque nadie podría haberle arrebatado la medalla de oro de tiro con fusil, pero pensando en su carrera preferida, Xan había optado por no llamar la atención y retirarse de las pruebas olímpicas. Su

entrenador trató de obtener una explicación, pero sin éxito. Para Tony, Xan seguía siendo un maldito japonés, aunque admitía a regañadientes, para sus adentros, que no conocía a otro hombre capaz de meter diez balas en un cuadrado de siete centímetros a ochocientos metros de distancia. La dimensión de la frente de Florentina Kane.

El japonés estaba sentado, mirándolo, inmóvil. El aspecto físico de Xan le ayudaba en su profesión. Nadie imaginaba que esa constitución endeble, de sólo un metro cincuenta y cinco de estatura y cincuenta y cinco kilos de peso, correspondía a un excepcional tirador. La mayoría de las personas seguían asociando la buena puntería con los vaqueros corpulentos y los caucasianos de mandíbula cuadrada. Si alguien se hubiera enterado de que ese hombre era un asesino despiadado, habría supuesto que mataba con las manos, con un garrote o un *nunchaki*, o incluso con veneno. De los tres, Xan era el único que arrastraba una afrenta personal. Siendo niño, los soldados estadounidenses habían asesinado a sus padres en Vietnam; éstos hablaban con cariño de los yanquis y estaban de su parte... hasta que les acribillaron a balazos. A él le abandonaron, dándole por muerto, como si fuera un blanco demasiado insignificante. Desde ese momento, en medio de su dolor silencioso, juró vengar la pérdida. Huyó a Japón, y allí, durante los dos años que siguieron a la caída de Saigón, procuró pasar inadvertido, trabajando en un restaurante chino y participando en el programa estadounidense de asistencia a refugiados vietnamitas. Después fue a ofrecer ayuda práctica a sus antiguos conocidos de los Servicios de Inteligencia vietnamitas. Como la actividad de Estados Unidos en Asia había decaído mucho y los comunistas precisaban de menos asesinos, le dijeron que lamentablemente no lo necesitaban. De modo que Xan había empezado a trabajar por su cuenta en Japón. En 1981 obtuvo la ciudadanía y el pasaporte japoneses, e inició su nueva carrera.

A diferencia de Tony, Xan no despreciaba a sus compañeros de trabajo. Sencillamente, no pensaba en ellos. Le habían contratado, con su consentimiento, para ejecutar una operación de gran envergadura, por la que le pagarían generosamente, y que por fin vengaría, al menos en parte, los cuerpos ultrajados de sus padres. Los otros tenían papeles secundarios, de apoyo a su operación. Siempre y cuando los desempeñaran con un mínimo de errores estúpidos, él ejecutaría el suyo en forma impecable, y al cabo de pocos días estaría de nuevo en Oriente. En Bangkok o Manila, o tal vez en Singapur. Aún no lo había resuelto. Cuando terminara su trabajo necesitaría un largo descanso... y podría pagárselo.

El tercer hombre presente en la habitación, Ralph Matson, era quizás el más peligroso de los tres. De un metro ochenta y cinco, alto y robusto, con una nariz prominente y una quijada poderosa, era el más peligroso porque era muy inteligente. Luego de pasar cinco años en el Departamento Federal de Investigaciones como agente especial, había encontrado una escapatoria fácil después de la muerte de Hoover: la lealtad al jefe y toda esa bazofia. En el ínterin, había aprendido lo suficiente para sacar ventaja de todo lo que el FBI le había enseñado sobre criminología. Empezó con chantajes menudos a hombres que no querían que sus expedientes del FBI se hicieran públicos, pero después pasó a operaciones de más envergadura. No confiaba en nadie—esto también lo había aprendido en el FBI—, y menos aún en el estúpido italiano, que cuando se le sometía a presión podía dar marcha atrás en lugar de avanzar, ni en el silencioso asesino amarillo de ojos oblicuos.

Todos seguían callados.

Se abrió la puerta. Giraron las tres cabezas, tres cabezas que estaban habituadas al peligro y a las que no les gustaban las sorpresas. Se relajaron inmediatamente cuando vieron entrar a los dos hombres.

El más joven de los dos fumaba. Ocupó la silla de la cabecera de la mesa, como corresponde a un presidente del Consejo de Administración, y su acompañante se sentó junto a Matson, conservando al presidente a su derecha. Saludaron con una inclinación de cabeza y eso fue todo. El más joven, que según su carnet de registro electoral se llamaba Peter Nicholson, y según su partida de nacimiento Piotr Nicolaievich, parecía, por su aspecto, el respetable gerente de una próspera compañía de cosméticos. Su traje demostraba que era cliente de Chester Barrie, y sus zapatos demostraban que era cliente de Loeb's. Su corbata demostraba que era cliente de Ted Lapidus. Su expediente policial no demostraba nada. Por eso ocupaba la cabecera de la mesa. No se veía a sí mismo como un criminal: sólo deseaba mantener el *statu quo*.

Formaba parte de un pequeño grupo de millonarios sureños que se habían enriquecido con la venta de armas. Controlaba un mercado gigantesco: en virtud de la Segunda Enmienda de la Constitución, todo ciudadano estadounidense tenía derecho a portar armas, y uno de cada cuatro varones estadounidenses ejercitaba ese derecho. Una pistola o un revólver común podía costar apenas doscientos dólares, pero las escopetas y fusiles de lujo que eran el símbolo de estatus de muchos patriotas podían llegar a costar hasta diez mil dólares. El presidente del Consejo y sus colegas vendían armas manuales por millones y escopetas por decenas de miles. Le habían inculcado fácilmente a Ronald Reagan su propia versión del tráfico de armas, pero

sabían que no podrían convencer a Florentina Kane. El proyecto de ley de Control de Armas ya había pasado por la Cámara de Representantes, y era indudable que si no se tomaban medidas drásticas también saldría indemne del Senado. En consecuencia, el presidente se sentaba en la cabecera de la mesa para garantizar el mantenimiento del *statu quo*.

Inauguró la sesión formalmente, como lo habría hecho cualquier presidente de un Consejo de Administración pidiendo los informes de sus representantes en la calle. En primer lugar, Matson.

La nariz prominente subió y bajó, la sólida quijada se movió.

—Sintonicé el canal Uno del FBI —durante los años que había pasado en el FBI, preparándose para su carrera criminal, Matson había robado uno de los radioteléfonos portátiles especiales del FBI. Lo había retirado, con su firma, y después había notificado su extravío. Le amonestaron y debió reembolsar el costo del aparato al FBI, pero el precio que había pagado por el privilegio de escuchar las comunicaciones del FBI había sido insignificante—. Sabía que el camarero griego estaba escondido en algún lugar de Washington, y sospechaba que la herida de su pierna le obligaría a presentarse finalmente en uno de los cinco hospitales. Deduje que no visitaría a un médico particular, porque le resultaría demasiado oneroso. Entonces oí que el hijoputa de Stames hablaba por el canal Uno.

—Por favor, evite las procacidades —dijo el presidente.

Stames había amonestado cuatro veces a Matson mientras éste prestaba servicios en el FBI. Matson no lloraba su muerte. Siguió adelante con su informe.

—Oí que Stames hablaba por el canal Uno, en el trayecto al Woodrow Wilson Medical Center, para solicitar que un tal padre Gregory fuera a visitar al griego.

Hubo que correr un albur, naturalmente, pero recordé que Stames también era griego, y no resultó difícil rastrear al padre Gregory. Le telefoneé cuando se disponía a salir. Le dije que el griego había sido dado de alta en el hospital y que no necesitaría sus servicios. Y le di las gracias. Muerto Stames, es improbable que alguien siga esa pista, y si la sigue, no averiguará nada nuevo. Luego fui a la iglesia ortodoxa griega más próxima y robé los hábitos, un sombrero, una túnica y una cruz, y enfilé hacia el Woodrow Wilson. Cuando llegué, Stames y Calvert ya se habían ido. La encargada de la recepción me dijo que los dos agentes del FBI habían vuelto a sus oficinas. No le pedí muchos detalles, porque no quería que me recordara. Averigüé en qué

habitación se encontraba Casefikis y no me resultó difícil llegar a ella sin que me vieran. Entré. Dormía profundamente. Le degollé.

El senador hizo una mueca.

—En la cama vecina había un pobre cerdo negro y no quise correr riesgos. Quizá lo había escuchado todo, y además podría haberme identificado, de modo que le degollé también a él.

El senador sintió náuseas. No había querido que esos hombres murieran. El presidente del Consejo no dejó traslucir ninguna emoción. Ésa era la diferencia entre un profesional y un aficionado.

—Después llamé a Tony, que estaba en el coche. Tony fue hasta la Agencia local de Washington y vio a Stames y Calvert que salían juntos del edificio. Luego me comuniqué con usted, jefe, y Tony cumplió sus órdenes.

El presidente le pasó un paquete. Contenía cien billetes de cien dólares. A todos los empleados norteamericanos se les paga por su antigüedad y sus méritos, y allí se seguía la misma política.

—Tony.

—Cuando los dos hombres salieron del edificio de la antigua oficina de Correos, les seguimos como nos habían ordenado. Cruzaron el Memorial Bridge. El alemán les pasó y consiguió adelantarse mucho. Apenas me di cuenta de que entrarían en la autopista G. W., como habíamos previsto, se lo comuniqué a Gerbach por el radioteléfono. Él aguardaba en medio de una plantación de árboles, en la franja central, con las luces apagadas, más o menos un kilómetro y medio más adelante. Encendió los faros y bajó de lo alto de la loma por el carril contrario al que le correspondía. Apenas el coche de los agentes atravesó el Windy Run Bridge, se le cruzó en el camino. Yo aceleré y me situé a su altura por la izquierda. Embestí a los agentes con un impacto rasante, a cien kilómetros por hora, en el preciso momento en que ese alemán idiota chocaba con ellos de frente. Usted sabe el resto, jefe. Si el alemán hubiera conservado la cabeza fría —agregó Tony con acento despectivo—, ahora estaría aquí para rendir su informe personalmente.

—¿Qué hizo usted con el coche?

—Fui al taller mecánico de Mario, cambié el bloque del motor y las matrículas, reparé las averías del parachoques, lo pinté con un pulverizador y lo dejé abandonado. Probablemente, el dueño no lo reconocería si lo viera.

—¿Dónde lo dejó?

—En Nueva York. En el Bronx.

—Bien. Con un asesinato cada cuatro horas, no disponen de mucho tiempo para buscar coches desaparecidos.

El presidente arrojó otro envoltorio sobre la mesa. Cinco mil dólares en billetes usados de cincuenta.

—Manténgase sobrio, Tony. Volveremos a necesitarlo —dijo. Rehusó explicar cuál sería la nueva misión. Se limitó a decir—: Xan.

Aplastó el cigarrillo y encendió otro. Todos los ojos se volvieron hacia el silencioso vietnamita. Su inglés era correcto, aunque con fuerte acento extranjero. Como tantos otros orientales cultos, tendía a omitir el artículo definido, lo que daba a su locución un extraño efecto discontinuo.

—Estuve en coche con Tony toda tarde hasta que recibimos sus órdenes de eliminar dos hombres en sedán Ford. Los seguimos por puente y por carretera y cuando alemán se cruzó delante Ford reventé sus neumáticos traseros en menos de tres segundos, justo antes de que Tony los embistiera. Después de eso, les fue completamente imposible controlar coche.

—¿Cómo puede estar tan seguro de que fue en menos de tres segundos? —preguntó el presidente.

—Tuve promedio dos punto ocho en prácticas durante todo día.

Silencio. El presidente entregó otro paquete. Otros cien billetes de cincuenta, dos mil quinientos dólares por cada disparo.

—¿Quiere formular alguna pregunta, senador?

El senador no levantó la vista, pero meneó ligeramente la cabeza.

—A juzgar por las informaciones de la prensa y por nuestras propias indagaciones —dijo el presidente—, parece que nadie ha relacionado los dos episodios, pero los del FBI no son tan estúpidos. Sólo nos queda esperar que hayan sido eliminados todos quienes oyeron lo que Casefikis tenía que contar, suponiendo que tuviera algo que contar. Quizá seamos exageradamente puntillosos. Hay algo indudable, y es que liquidamos a todos quienes estaban conectados con ese hospital. Pero aún no tenemos la certeza de que el griego supiera algo digno de ser repetido.

—¿Puedo interrumpirle, jefe?

El presidente levantó la vista. Nadie hablaba si no tenía algo pertinente que decir, lo cual era muy inusitado en una reunión de Consejo, en los Estados Unidos. El presidente le cedió la palabra a Matson.

—Hay algo que me preocupa, jefe. ¿Por qué habría de ir Dick Stames al Woodrow Wilson?

Todos le miraron, sin entender muy bien a qué se refería.

—Mis averiguaciones y mis contactos han demostrado que Calvert estuvo allí, pero no sabemos categóricamente si Stames también estuvo. Lo único que sabemos es que acudieron dos agentes y que Stames pidió que fuera el

padre Gregory. Sabemos que Stames enfiló hacia su casa con Calvert, pero la experiencia me dice que él no habría ido personalmente al hospital. Habría mandado a otra persona...

—¿Aunque pensara que se trataba de algo importante? —le interrumpió el presidente.

—No podía saber que se trataba de algo importante, jefe. No podría haberlo sabido hasta que sus agentes le pasaran el informe.

El presidente se encogió de hombros.

—Los hechos indican que Stames fue al hospital con Calvert. Cuando salió de la Agencia local de Washington, con Calvert, éste conducía el mismo coche que había estado en el hospital.

—Lo sé, jefe, pero no me gusta. Sé que hemos cubierto todos los flancos, pero es posible que tres o más hombres hayan salido de la Agencia local de Washington y que todavía corra por ahí libremente por lo menos un agente que sabe lo que realmente ocurrió.

—Parece improbable —intervino el senador—. Ya lo verán cuando oigan mi informe.

Los labios se apretaron en la fuerte mandíbula.

—¿No está satisfecho, verdad, Matson?

—No, señor.

—Muy bien, verifíquelo. Si descubre algo, comuníquemelo.

El presidente nunca dejaba cabos sueltos. Miró al senador.

El senador despreciaba a esos hombres. Eran tan mezquinos, tan codiciosos. Sólo pensaban en el dinero, y Kane se lo iba a arrebatar. Su violencia le asustaba y le asqueaba. Nunca debería haber permitido que ese untuoso y convincente cerdo de Nicholson invirtiera tanto dinero en sus fondos políticos secretos, aunque Dios sabía que sin ese capital no habría ganado la elección. Sumas cuantiosas, a cambio de lo que en aquel momento había parecido un precio módico: la resistencia implacable a cualquier proyecto de Control de Armas. Diablos, de todas maneras él se oponía sinceramente al control de armas. Pero asesinar a la presidenta para impedir que se aprobara la ley, cielos, era demencial. Sin embargo, Nicholson le tenía agarrado por las pelotas. «Coopere o le desenmascararé, mi amigo», había dicho melosamente. Él había pasado la mitad de su vida deslomándose para llegar al Senado, y además, una vez allí, había desempeñado muy bien su función. Si le denunciaban ahora quedaría arruinado. Un escándalo público. No podía enfrentarse a tal oprobio. «Coopere, amigo mío, por su propio bien. Lo único que necesitamos es cierta información confidencial, y su presencia

en el Capitolio el 10 de marzo. Sea razonable, amigo mío. ¿Por qué habría de destruir toda su vida para salvar a una mujer polaca?». El senador se aclaró la garganta y comenzó a decir:

—Es muy improbable que el FBI conozca algún detalle de nuestros planes. Como el señor Matson sabe, si el FBI tuviera alguna pista, alguna razón para suponer que esta presunta amenaza es distinta de otras miles que ha recibido la presidenta, el Servicio Secreto habría sido alertado inmediatamente. Y mi secretaria ha comprobado que el programa de la presidenta para esta semana no ha variado en lo más mínimo. Cumpliré todos sus compromisos. El 10 de marzo por la mañana concurrirá al Capitolio para pronunciar un discurso especial ante el Senado...

—Pero es que se trata precisamente de eso —le interrumpió Matson con una mueca desdeñosa—. Todas las amenazas contra Kane, incluso las más descabelladas, son derivadas, por rutina, al Servicio Secreto. Si no le han comunicado nada, puede significar que...

—Puede significar que no saben nada de nada, Matson —dictaminó el presidente con energía—. Le dije que lo averigüe. Ahora deje que el senador conteste una pregunta más importante: si el FBI conociera los detalles, ¿se los transmitiría a Kane?

El senador vaciló.

—No, no lo creo, o sólo lo haría si tuviera la absoluta certeza de que el peligro se circunscribe a un día determinado; de lo contrario, todo seguiría su curso prefijado. Si tomaran en serio todas las amenazas o insinuaciones de amenaza, la presidenta nunca podría salir de la Casa Blanca. Según un informe que el Servicio Secreto elevó al Congreso el año pasado, hubo 1.572 amenazas contra la vida de la presidenta, pero una investigación concienzuda reveló que no se produjo ningún atentado conocido.

Nicholson asintió.

—Lo saben todo o no saben nada.

—Yo sigo siendo miembro de la Sociedad de ex Agentes Especiales —perseveró Matson—, y ayer asistí a una reunión. Allí nadie sabía absolutamente nada. Alguien ya debería haberse enterado de algo. Después, también estuve tomando una copa con Grant Nanna, que fue mi antiguo jefe en la Agencia local de Washington, y me pareció casi indiferente, lo cual me resultó extraño. Creía que era amigo de Stames, pero obviamente no pude insistir demasiado, porque mi relación con Stames no era satisfactoria. Sigo preocupado. No es razonable que Stames haya ido al hospital y que en el FBI nadie hable de su muerte.

—Está bien, está bien —dijo Nicholson—. Si no lo hacemos el 10 de marzo, más valdría renunciar ahora. Seguiremos adelante como si nada hubiera sucedido, a menos que oigamos rumores... y eso queda en sus manos, Matson. Actuaremos en la fecha fijada, a menos que usted dé la alarma. Ahora tracemos un plan anticipado. Primeramente, leeré el programa de Kane previsto para ese día. Kane —en esa habitación nadie, excepto el senador, la llamaba presidenta— sale de la Casa Blanca a las diez de la mañana, pasa frente al edificio del FBI a las diez y tres minutos, pasa por el Peace Monument de la esquina noroeste del solar del Capitolio a las diez y cinco. Se apea de su coche frente a la fachada este del Capitolio a las diez y seis minutos. Normalmente, utilizará la entrada privada, pero el senador nos asegura que Kane le sacará a esta visita todo el jugo posible. Necesitará cuarenta y cinco segundos para caminar desde el coche hasta lo alto de la escalinata del Capitolio. Sabemos que Xan puede ejecutar fácilmente el trabajo en ese lapso. Yo estaré vigilando en la esquina de Pennsylvania Avenue cuando Kane pase por el edificio del FBI. Tony estará allí con un coche, para un caso de emergencia, y el senador se hallará en la escalinata del Capitolio para retrasar a Kane, si necesitamos más tiempo. La parte más importante de la operación es la de Xan, que hemos planeado con precisión cronométrica. De modo que escuchen, y escuchen atentamente. He introducido a Xan en el equipo de construcción que trabaja en la renovación de la fachada del Capitolio. Y, créanme, dado lo que es ese sindicato, fue una hazaña infiltrar a un oriental. Continúe usted, Xan.

Xan levantó la vista. No había dicho nada desde que le habían invitado a hablar por última vez.

—Construcción de fachada de Capitolio en marcha desde hace casi seis meses. Nadie más entusiasmado con ella que Kane. La quiere terminada a tiempo para día que comience su segundo mandato —sonrió. Todos los ojos estaban clavados en el hombrecillo, atentos a cada una de sus palabras—. Hace poco más de cuatro semanas que formo parte de equipo de trabajo. Soy encargado de verificar todos suministros que llegan o sea que estoy en oficina de obra. Desde allí, no ha sido fácil descubrir movimientos de todos vinculados con construcción. Guardias no son de FBI, Servicio Secreto o CIA, sino de Servicio Seguridad de Edificios Oficiales. Generalmente mucho mayores que agentes comunes, a menudo retirados de uno u otro servicio. Son dieciséis en total, y trabajan en cuatro turnos de cuatro hombres. Sé dónde beben, fuman, juegan cartas, todo. A nadie interesa mucho solar porque por ahora no mira hacia ningún lugar importante y se encuentra en parte menos

usada de Capitolio. Pequeña ratería en obra, pero no mucho más que excite guardias —Xan había logrado un silencio total—. Exactamente en centro obra se levanta grúa American Hoist Co. mayor del mundo, número once-tres-diez, especialmente diseñada para levantar nuevas partes de Capitolio y colocar en su lugar. Totalmente desplegada, alcanza ciento siete metros, casi doble de altura reglamentaria permitida en edificios de Washington. Nadie nos espera en fachada oeste y nadie piensa que podemos ver tan lejos. En cúspide hay pequeña plataforma cubierta para reparación general de poleas, y sólo se usa cuando está plana y paralela a suelo, pero plataforma se convierte en pequeña caja, desde punto de vista práctico. Tiene un metro veinte de largo, setenta centímetros de ancho y cuarenta y cinco centímetros de alto. He dormido allí tres últimas noches. Veo todo, nadie me ve, ni siquiera helicóptero Casa Blanca.

Reinaba un silencio atónito.

—¿Cómo llega allí arriba? —preguntó el senador.

—Como gato, senador. Trepo. Ventaja de ser muy pequeño. Subo inmediatamente después de medianoche y bajo cinco horas. Veo todo Washington y nadie me ve.

—¿Desde una plataforma tan pequeña tiene una buena perspectiva de la escalinata del Capitolio? —preguntó el presidente.

—Quizá necesite tres segundos —respondió Xan—. Perspectiva me permitirá ver Casa Blanca como nadie ha visto jamás. Semana pasada podría haber matado dos veces a Kane. Cuando esté en escalinata Capitolio será fácil. No puedo errar...

—¿Qué sucederá el jueves con los otros obreros? Es posible que quieran utilizar la grúa —le interrumpió el senador.

Esta vez, Nicholson, el presidente, sonrió.

—El próximo jueves habrá una huelga, amigo mío. En razón del pago insuficiente de las horas extraordinarias. Para hacer valer sus derechos, no trabajarán mientras Kane visita el Capitolio. Hay algo seguro: dado que en la obra sólo quedan unos guardianes avejentados, nadie querrá subir a lo alto de una grúa que está totalmente desguarnecida con excepción de un reducido techo. Desde abajo, nadie pensaría que un ratón se puede esconder allí arriba, y no digamos una persona —el presidente hizo una pausa—. Xan volará mañana a Viena y comunicará los resultados de su viaje en la última reunión, el próximo miércoles. Entre paréntesis, Xan, ¿tiene un bote de pintura amarilla?

—Sí, robé uno de obra.

El presidente miró en torno. Silencio.

—Bien, parece que estamos mejor organizados que la otra vez. Gracias, Xan.

—No me gusta —masculló Matson—. Es demasiado fácil, demasiado genial.

—El FBI le ha enseñado a desconfiar exageradamente, Matson. Ya verá que estamos mejor preparados que ellos, porque nosotros sabemos qué es lo que nos proponemos hacer, y ellos no. No tema. Podrá asistir al funeral de Kane.

La poderosa mandíbula de Matson subió y bajó.

—Usted es quien quiere verla muerta —dijo acremente.

—Y a usted le pagan por ello —respondió Nicholson—. Muy bien, nos reuniremos dentro de cinco días para pasar revista al plan definitivo. El miércoles por la mañana les informaremos de a dónde deben ir. Xan habrá regresado de Austria mucho antes de ese día.

El presidente sonrió y encendió otro cigarrillo. El senador salió sigilosamente. Cinco minutos después salió Matson. Cinco minutos después salió Tony. Cinco minutos después salió Xan. Cinco minutos después, el presidente del Consejo pidió el almuerzo.

VIERNES, 4 DE MARZO

16.00 horas

Mark tenía demasiado apetito para poder seguir trabajando con eficacia, y salió de la biblioteca en busca de comida. Cuando el ascensor se detuvo, las puertas le mostraron, al abrirse, un tramo de fichero. «Sabor-Salud», leyó frente a él. Una asociación inconsciente de palabras hizo aflorar en su mente la feliz imagen de la joven guapa e ingeniosa que había conocido el día anterior, caminando por el pasillo con su falda negra y su blusa roja, haciendo repiquetear los tacones sobre las baldosas. En las facciones de Mark apareció una ancha sonrisa. Era asombroso el placer que experimentaba sólo con pensar que podía llamarla y volver a verla, y era alarmante descubrir cuánto deseaba hacerlo.

Encontró el *snack-bar* y devoró una hamburguesa mientras divagaba sobre todo lo que ella había dicho y sobre el aspecto que había tenido al decirlo. Luego telefoneó al Woodrow Wilson.

—Lo lamento, pero hoy la doctora Dexter no trabaja —respondió una enfermera—. ¿Quiere que le comunique con la doctora Delgado?

—No —dijo Mark—. Me temo que ella no podrá ayudarme en nada.

Sacó su agenda y marcó el número de Elizabeth Dexter. Le sorprendió un poco encontrarla en su casa.

—Hola, Elizabeth. Soy Mark Andrews. ¿Puedo conservar la esperanza de cenar esta noche contigo?

—Promesas, promesas. Vivo soñando constantemente con un enorme filete...

—No es cosa de risa —dijo Mark, casi para sí mismo.

—Te noto un poco apagado, Mark. Quizá realmente tienes un comienzo de gripe.

—No, no creo que sea gripe. Pero cuando pienso en ti se me corta la respiración. Será mejor que cuelgue ahora, antes de ponerme cianótico.

Era agradable oírla reír.

—¿Por qué no vienes alrededor de las ocho?

—Magnífico. Te veré esta noche, Elizabeth.

—Cuídate, Mark.

Colgó el auricular, y súbitamente volvió a tomar conciencia de que sonreía de oreja a oreja. Consultó el reloj: las 16.30. Excelente. Otras tres horas en la biblioteca, y después saldría en pos de ella. Volvió a sus libros de consulta y continuó recogiendo datos biográficos de los sesenta y dos senadores.

Pensó un momento que aquél no era un presidente cualquiera: era una mujer, *una presidenta*. Pero ¿podía sacar algo del asesinato del presidente John F. Kennedy? ¿Algún senador había estado complicado en aquella muerte? ¿O se trataba de otro lunático que trabajaba por su cuenta? En esta investigación, todo indicaba la presencia de un equipo. Lee Harvey Oswald había muerto hacía tiempo y aún no se había elaborado una explicación convincente para ninguno de los dos asesinatos, incluido el de Robert Kennedy.

Algunas personas alegaban que la CIA había sido la responsable del asesinato de Kennedy porque éste había amenazado con sacar a relucir todos los trapos sucios después del fracaso de la Bahía de los Cochinos. Otros decían que Castro había organizado el asesinato para vengarse; se sabía que, dos semanas antes del asesinato, Oswald se había entrevistado con el embajador cubano en México, y que la CIA conocía este extremo. Habían transcurrido treinta años desde entonces, y todavía nadie sabía nada con certeza.

Un tipo espabilado de Los Ángeles, Jay Sandberg, que se había alojado con Mark mientras estudiaban Derecho, sostenía que la confabulación llegaba hasta arriba, incluso a la cúspide del FBI: sabían la verdad, pero no decían nada.

Quizá Tyson y Rogers eran dos de quienes sabían. Le habían enviado a hacer diligencias triviales para distraerlo, y no le habían permitido revelar a nadie los detalles de lo que había sucedido el día anterior. Ni siquiera a Grant Nanna.

Si se trataba de una conspiración, ¿a quién podría recurrir? Tal vez una sola persona le escucharía, y ésa era la presidenta. Pero no le era posible llegar hasta ella. Debería llamar a Jay Sandberg, quien había realizado un estudio sobre los asesinatos de los presidentes. Sólo Sandberg podía tener una teoría. Mark volvió sobre sus pasos hasta el teléfono público, buscó el número

particular de Sandberg, en Nueva York, y marcó los diez dígitos. Lo atendió una voz de mujer.

—Sí —dijo fríamente. Mark pudo imaginar la nube de humo que se compaginaba con la voz.

—Hola, estoy tratando de comunicarme con Jay Sandberg.

—Oh —otra nube de humo—. Todavía está trabajando.

—¿Puede darme su número de teléfono? —preguntó Mark Andrews.

Después de exhalar más humo se lo dio y cortó la comunicación.

Caray, pensó Mark. Esas mujeres del Upper East Side.

La otra voz que le atendió fue muy distinta, con un cálido acento entre irlandés y norteamericano.

—Sullivan y Cromwell.

Mark reconoció el prestigioso bufete de Nueva York. Algunos progresaban en el mundo.

—¿Puedo hablar con Jay Sandberg?

—Enseguida le pongo, señor.

—Habla Sandberg.

—Hola Jay. Soy Mark Andrews. Me alegro de haberte encontrado. Te llamo desde Washington.

—Hola, Mark. Qué placer oírte. ¿Cómo marcha tu vida de agente federal? Rat-a-tat-tat y todo eso.

—A veces es así —respondió Mark—. Jay, necesito que me asesores. ¿Dónde puedo encontrar datos sobre atentados políticos y particularmente el que se perpetró en Massachusetts, en 1979? ¿Lo recuerdas?

—Claro que sí. Tres hombres arrestados. Déjame pensar —Sandberg hizo una pausa—. Todos fueron puestos en libertad porque los catalogaron como inofensivos. Uno murió en un accidente de tráfico en 1980. Otro fue acuchillado durante una pelea en San Francisco y murió después, en 1981. Y el tercero desapareció misteriosamente el año pasado. Te digo que fue otra conspiración.

—¿De quién, esta vez?

—La Mafia ya quiso librarse de Florentina Kane en 1976, para evitar una investigación que ella reclamaba sobre la muerte de aquellos dos gánsteres, Sam Giancana y John Rosselli. Ahora no ha aumentado su estimación por ella dada la forma en que promueve la ley de Control de Armas.

—¿La Mafia? ¿La ley de Control de Armas? ¿Dónde encontraré los datos? —preguntó Mark.

—Te puedo advertir que no figuran en el Informe de la Comisión Warren ni en ninguna de las indagaciones posteriores. El mejor material es *The Yankee and Cowboy Wars*, de Carl Oglesby... Allí lo encontrarás todo.

Mark tomó nota.

—Gracias por tu ayuda, Jay. Recurriré nuevamente a ti si falta algo. ¿Cómo marchan las cosas en Nueva York?

—Oh, bien, bastante bien. Soy uno del millón de abogados que interpretan la Constitución a un precio exorbitante. Espero que nos veamos pronto, Mark.

—Desde luego, la próxima vez que vaya a Nueva York.

Mark volvió a la biblioteca, pensativo. Podía ser la CIA, podía ser la Mafia, podía ser un chalado, podía ser cualquiera. Le pidió a la chica el libro de Carl Oglesby. Le entregaron un volumen muy manoseado, que empezaba a desencuadernarse. Sheed Andrews & McMeel, Inc., 6700 Squibb Road, Mission, Kansas. Sería interesante leerlo, pero por el momento debía volver a las biografías de los senadores: ésta continuaba siendo su tarea perentoria. Pasó otras dos horas tratando de eliminar senadores o de encontrar motivos para que alguno de ellos quisiera quitar de en medio a Kane. No progresó mucho.

—Tendrá que irse, señor —dijo la joven bibliotecaria, con los brazos cargados de libros, y con expresión de estar ansiosa por volver a su casa—. Lamentablemente, debemos cerrar a las siete y media.

—¿Puede concederme otros dos minutos? Ya casi he terminado.

—Supongo que sí —respondió la chica, y se alejó tambaleándose bajo el peso de un cargamento de Actas del Senado, 1971-1973, que pocos además de ella podrían haber manejado.

Mark echó un vistazo a sus notas. Entre los sesenta y dos «sospechosos» figuraban algunos personajes muy prominentes, como Alan Cranston, de California, a quien se calificaba a menudo como el «jefe del grupo liberal» del Senado; Ralph Brooks, de Massachusetts, a quien Florentina Kane había derrotado en la Convención Demócrata; el líder de la mayoría, Robert C. Byrd, de Virginia Occidental; Henry Dexter, de Connecticut (se estremeció al pensar que era el padre de Elizabeth); Sam Nunn, el respetado senador por Georgia; Robert E. Harrison, de Carolina del Sur, un hombre educado, culto, muy conocido por su pericia como parlamentario; Marvin Thornton, quien ocupaba el escaño que Edward Kennedy había dejado vacante en 1980; Mark O. Hatfield, el republicano liberal y devoto, de Oregón; Hayden Woodson, de Arkansas, miembro de la nueva categoría de republicanos sureños; William Cain, de Nebraska, un conservador fanático que había presentado su

candidatura como independiente en 1980; y Birch Bayh, de Indiana, el hombre que había rescatado a Ted Kennedy de un avión accidentado, en 1967, y le había salvado la vida. Sesenta y dos hombres sospechosos, pensó Mark. Y seis días por delante. Las pruebas deberían ser apabullantes. Ya no le quedaba mucho por hacer ese día.

Todos los edificios del Gobierno estaban cerrando sus puertas. Sólo le quedaba desear que el director hubiese adelantado tanto como él y que pudieran reducir en poco tiempo esos sesenta y dos hombres a un número más razonable. Sesenta y dos hombres; seis días.

Volvió al coche que había dejado en el aparcamiento público. Seis dólares diarios por el privilegio de estar de permiso. Le pagó al encargado, salió a Pennsylvania Avenue, y enfiló por Ninth Street rumbo a su apartamento situado en N Street, SW, dejando a sus espaldas lo peor de la hora punta. Encontró a Simon en el garaje y le arrojó las llaves.

—Volveré a salir apenas me haya cambiado —exclamó Mark por encima del hombro mientras se dirigía a su apartamento del octavo piso.

Se duchó y se afeitó rápidamente y se puso un traje más informal que el que había usado para visitar al director. Ahora empezaba la buena vida.

Cuando bajó nuevamente, el coche estaba orientado como para permitir una rápida retirada, según las palabras textuales de Simon. Condujo hasta Georgetown, dobló a la derecha por Thirtieth Street y aparcó frente a la casa de Elizabeth Dexter. Una casita de ladrillo rojo, muy elegante. O era muy próspera, o se la había comprado su padre. Su padre, el senador Dexter, no pudo dejar de pensar...

Estaba tan bella allí, sobre el umbral, como lo había estado en su imaginación. Eso era lo bueno. Llevaba un largo vestido rojo con cuello alto, que hacía resaltar maravillosamente su cabello y sus ojos oscuros.

—¿Vas a entrar, o te quedarás inmóvil en la puerta como un chico de recados?

—Voy a quedarme inmóvil, admirándote —respondió—. ¿Sabes, doctora? Siempre me han atraído las mujeres guapas e inteligentes. ¿Piensas que esto revela algo acerca de mi personalidad?

Ella rió y le guió al interior de la hermosa casa.

—Ven y siéntate. A juzgar por tu aspecto me parece que necesitas una copa —Elizabeth le sirvió la cerveza que él había pedido. Cuando ella se sentó, su expresión era seria—. Supongo que no querrás hablar de eso tan horrible que le sucedió a mi cartero.

—No —dijo Mark—. Preferiría no hablar, por muchas razones.

El semblante de Elizabeth Dexter expresó que comprendía.

—Espero que atrapes a los bastardos que lo asesinaron —de nuevo los ojos oscuros se desviaron rápidamente para enfrentarse a los de él. Se puso en pie para dar vuelta al disco colocado—. ¿Te gusta esta música? —preguntó suavemente.

—No me entusiasma Haydn —contestó Mark—. Soy un fanático de Mahler. Y de Beethoven, y de Aznavour. ¿Y tú?

Ella se ruborizó ligeramente.

—Cuando no apareciste anoche, telefoneé a tu despacho para averiguar si estabas allí.

Mark se sintió perplejo y complacido.

—Finalmente conseguí comunicarme con una chica de tu sección. Me dijo que habías salido y que además estabas muy ocupado, de modo que no quise dejar ningún mensaje que pudiera preocuparte.

—Ésa era Polly —explicó Mark—. Es muy protectora.

—¿Y guapa? —Elizabeth Dexter sonrió con la confianza de quien se sabe atractiva.

—Está bien desde lejos, pero lejos de estar bien —comentó Mark con un juego de palabras—. Ahora olvidemos a Polly. Vamos, ya debes tener apetito, y no te voy a convidar a ese filete que siempre te prometo. He reservado una mesa para las nueve en el Tío Pepe. ¿Qué te parece?

—Excelente —respondió ella—. Puesto que conseguiste aparcar, ¿por qué no vamos a pie?

—Estupendo.

Era una tarde despejada y fría. Mark necesitaba el aire fresco. Lo que no necesitaba era el impulso de mirar constantemente por encima del hombro.

—¿Buscas a otra mujer? —se burló ella.

—No —contestó Mark—. ¿Por qué habría de buscar más? —su tono fue frívolo, pero comprendió que no la había despistado. Cambió rápidamente de tema—. ¿Te agrada tu trabajo?

—¿Mi trabajo? —Elizabeth pareció sorprendida, como si nunca lo hubiera enfocado en esos términos—. ¿Mi vida, quieres decir? Es prácticamente toda mi vida. O la ha sido hasta ahora.

Ella levantó la vista hacia Mark con expresión sombría.

—Aborrezco el hospital. Es una gran burocracia, antigua y sucia, y muchos de los que trabajan allí son gentes mezquinas a quienes no les interesa realmente ayudar a sus semejantes. Para ellos, ése no es más que otro medio de vida. Ayer mismo tuve que amenazar con mi dimisión para que la

Comisión de Aprovechamiento dejara internado en el hospital a un pobre anciano. No tenía un hogar donde refugiarse.

Caminaron por Thirtieth Street, y Elizabeth continuó describiéndole su trabajo. Hablaba con entusiasmo y Mark la escuchaba con placer. Desplegaba un simpático aplomo, sin atisbos de ese mal carácter que empaña la personalidad de tantas mujeres profesionales. Le estaba contando la historia de un conmovedor yugoslavo que entonaba incomprensibles canciones esclavas de amor mientras ella examinaba su axila ulcerada, y que finalmente, con un equivocado arrebató de pasión, le había agarrado la oreja izquierda y se la había lamido.

Mark se rió y la tomó por el brazo para guiarla al interior del restaurante.

—Deberías pedir compensaciones de guerra —comentó.

—Oh, no me habría quejado si no hubiera desafinado siempre al cantar.

La camarera les condujo hasta una mesa situada en el centro del salón del primer piso, donde se desarrollaría el espectáculo. Mark pidió que la cambiaran por otra instalada en un rincón apartado. No le preguntó a Elizabeth qué lugar prefería. Se sentó con la espalda contra la pared, y se excusó con el endeble pretexto de que quería estar lejos del ruido para poder conversar con ella. Mark estaba seguro de que esa chica no se dejaría engatusar por semejantes zalamerías. Ella sabía que algo pasaba e intuía su nerviosismo, pero no hizo preguntas indiscretas.

Un joven camarero latino les preguntó qué cóctel desraban. Elizabeth pidió un Margarita y Mark un *spritzer*.

—¿Qué es un *spritzer*? —inquirió Elizabeth.

—No es muy español: mitad de vino blanco, mitad de soda, mucho hielo. Una especie de James Bond para pobres.

Elizabeth se rió.

La agradable atmósfera del restaurante contribuyó a disipar un poco la tensión de Mark. Se relajó ligeramente por primera vez en veinticuatro horas. Hablaron de cine, de música, de libros y de Yale. El rostro de ella, animado a ratos, circunspecto en otros momentos, parecía maravilloso a la luz de la vela. Mark estaba fascinado. No obstante, su gran inteligencia y su confianza en sí misma, irradiaba un aire de fragilidad y feminidad conmovedoras.

Optaron por comer una paella. Mark le preguntó a Elizabeth cómo había llegado su padre a senador, cómo había sido su carrera política y cómo había sido la infancia de ella en Connecticut. El tema pareció inquietarla. Mark no pudo dejar de recordar que el padre de Elizabeth figuraba aún en la lista. Trató de desviar la conversación hacia la madre. Elizabeth eludió sus ojos y a

él le pareció ver que incluso palidecía. Por primera vez, un ligero atisbo de desconfianza enturbió su visión afectuosa de Elizabeth y le preocupó fugazmente. Hacía mucho tiempo que en su vida no aparecía algo tan prodigioso como Elizabeth, y no quería dudar de ella. ¿Era posible? ¿Acaso podía estar complicada? No, claro que no. Trató de apartar esa idea de su mente.

Comenzó el espectáculo español, ejecutado con brío. Mark y Elizabeth escuchaban y miraban, sin poder hablar por el ruido. Mark se sentía dichoso por el solo hecho de estar sentado con ella, y Elizabeth había vuelto la cara para contemplar a los bailarines. Cuando finalmente concluyó el espectáculo, ambos habían terminado con su paella y eran las once y cuarto. Pidieron el postre y el café.

—¿Quieres un puro?

Elizabeth sonrió.

—No, gracias. No es necesario que imitemos vuestros hábitos infectos, además de los buenos.

—Eso me gusta —asintió Mark—. Supongo que serás la primera mujer que llegará a ocupar el cargo de directora general de Sanidad...

—No, yo no —respondió ella con modestia—. Probablemente seré la segunda o la tercera.

Mark se rió.

—Será mejor que vuelva al FBI y protagonice alguna hazaña. Para seguir siendo digno de ti.

—Y probablemente será una mujer quien no te dejará llegar a director del FBI —agregó Elizabeth.

—No, no será una mujer —contestó Mark, sin dar más explicaciones.

—Su café, señorita, señor.

Si alguna vez Mark había deseado acostarse con una mujer en la primera cita, ésa era la ocasión, pero sabía que aquello no iba a ocurrir.

Pagó la cuenta, le dejó una propina generosa al camarero y felicitó a la bailarina del espectáculo, que estaba bebiendo café en un rincón.

Afuera la noche era gélida. Mark se encontró nuevamente mirando en derredor, aunque se esforzó para que Elizabeth no lo advirtiera. Le tomó la mano cuando cruzaron la calzada y no la soltó cuando llegaron al otro lado. Siguieron caminando, conversando de modo intermitente, ambos conscientes de lo que sucedía. Él deseaba seguir aferrado a ella. Últimamente había salido con muchas mujeres, pero a ninguna de ellas le había tomado la mano ni antes

ni después. Su ánimo volvió a ensombrecerse poco a poco. Quizás el miedo era lo que le ponía en un estado exageradamente sentimental.

Un coche avanzaba detrás de ellos. Mark se puso rígido, premonitoriamente. Elizabeth no lo notó. El coche disminuyó la marcha. La reducía cada vez más a medida que se acercaba. Se detuvo a su altura. Mark desabrochó el botón del medio y jugueteó con él, más preocupado por Elizabeth que por sí mismo. Las portezuelas del coche se abrieron súbitamente y cuatro adolescentes —dos chicas y dos chicos— saltaron a la acera. Se precipitaron al interior de una taberna. La frente de Mark se perló de sudor. Se zafó del contacto de Elizabeth, que le miró fijamente.

—¿Sucede algo muy grave, verdad?

—Sí —respondió él—. Pero no me preguntes de qué se trata.

Elizabeth volvió a buscar la mano de él, la apretó con fuerza. La opresión de los hechos espantosos que habían ocurrido el día anterior abrumaba a Mark, que permaneció callado. Cuando llegaron a la puerta de entrada de la casa de Elizabeth, Mark estaba nuevamente en el mundo que compartía con la figura descomunal, sombría, de Halt Tyson.

—Bien, has estado encantador esta noche, mientras te hallabas realmente conmigo —comentó ella sonriendo.

Mark se sacudió.

—De verdad, lo lamento.

—¿Quieres entrar a tomar café?

—Sí y no. ¿Qué te parece si lo dejo para otra ocasión? Creo que en este momento mi compañía no sería agradable.

Aún tenía cosas que hacer antes de entrevistarse con el director a las siete de la mañana, y ya era medianoche. Hacía un día y medio que no dormía.

—¿Puedo telefonearte mañana?

—Me gustaría que lo hicieras —respondió Elizabeth—. No dejes de comunicarte conmigo, suceda lo que suceda.

Mark habría de llevar esas palabras consigo durante los días siguientes, como si fueran un amuleto. Se las grabó en la mente, una por una, junto con el ademán que las acompañó. ¿Las había dicho en broma, en serio, o con ánimo provocativo? Últimamente no estaba de moda enamorarse. Muy pocas personas se casaban, y muchas de las que lo habían hecho se divorciaban. ¿Acaso él iba a enamorarse locamente a pesar de ello?

La besó en la mejilla y se volvió para irse, recorriendo nuevamente la calle con la mirada, de un extremo a otro. Ella gritó a sus espaldas.

—Espero que encuentres al hombre que mató a mi cartero y a tu griego.

Tu griego, tu griego, sacerdote ortodoxo griego, padre Gregory. Santo cielo, ¿por qué no había pensado en eso? Había olvidado momentáneamente a Elizabeth mientras echaba a correr hacia el automóvil. Se volvió para despedirse agitando la mano y vio que ella le miraba con expresión perpleja, preguntándose qué era lo que había dicho. Mark saltó dentro de su coche y condujo a la mayor velocidad posible rumbo a su apartamento. Tenía que encontrar el número del padre Gregory. Un sacerdote ortodoxo griego. ¿Cuál era su aspecto? Volvía a evocarlo todo. Tenía algo raro..., ¿pero qué diablos era? Algo fallaba en su rostro. Por supuesto. Por supuesto. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? Cuando llegó a su casa, telefoneó inmediatamente a la Agencia local de Washington. A Polly, que se hallaba en la centralita, la sorprendió oír su voz.

—¿No está de permiso?

—Sí, más o menos. ¿Tiene el número del padre Gregory?

—¿Quién es el padre Gregory?

—Él sacerdote ortodoxo griego con quien el señor Stames se comunicaba de vez en cuando. Creo que era el sacerdote de su parroquia.

—Sí, tiene razón. Ahora lo recuerdo.

Mark esperó.

Polly revisó la agenda de Stames y le dio el número. Mark lo anotó y colgó el auricular. Por supuesto, por supuesto, por supuesto. Qué estúpido había sido. Era tan evidente. Ya era más de medianoche, pero tenía que llamar. Marcó el número. El teléfono sonó varias veces antes de que atendieran.

—¿El padre Gregory?

—Sí.

—¿Todos los sacerdotes ortodoxos griegos llevan barba?

—Por regla general, sí. ¿Quién formula una pregunta tan tonta en mitad de la noche?

Mark se disculpó.

—Soy el agente especial Mark Andrews. Mi jefe era Nick Stames.

Su interlocutor, que había parecido adormecido, se despejó súbitamente.

—Entiendo, joven. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Padre Gregory, ¿la secretaria del señor Stames le telefoneó anoche y le pidió que fuera al Woodrow Wilson para asistir a un griego que tenía una herida de bala en la pierna?

—Sí, es cierto... Lo recuerdo, señor Andrews. Pero otra persona telefoneó más o menos treinta minutos después, cuando me disponía a salir, para

decirme que no me molestara, porque al señor Casefikis le habían dado de alta en el hospital.

—¿Cómo dice? —Mark alzaba la voz a medida que pronunciaba cada palabra.

—Que le habían dado de alta en el hospital.

—¿La persona que llamó dio su nombre?

—No, no dijo nada más. Supuse que pertenecía a su organización.

—Padre Gregory, ¿podré verle mañana a las ocho de la mañana?

—Sí, desde luego, hijo.

—¿Y está seguro de que podrá no hablar con nadie acerca de esta llamada telefónica?

—Si ése es su deseo, hijo...

—Gracias, padre.

Mark colgó el auricular y procuró concentrarse. Era más alto que él, de modo que medía más de un metro ochenta. Moreno... ¿o acaso se lo había parecido por los hábitos sacerdotales? No, tenía cabello oscuro, nariz prominente. Recordó que tenía una nariz prominente, ojos... no, no recordó sus ojos, tenía una nariz prominente, una quijada robusta. Mark escribió todo lo que recordaba. Un hombre grande y corpulento, más alto que yo, nariz prominente, quijada robusta, nariz prominente, corpulento... Se desplomó. Su cabeza cayó sobre la mesa y se durmió.

SÁBADO, 5 DE MARZO

6.32 horas

Mark se había despertado, pero no estaba despierto. Su cabeza era un torbellino de pensamientos incoherentes. La primera imagen que cruzó por su mente fue la de Elizabeth; sonrió. La segunda fue la de Nick Stames; frunció el ceño. La tercera fue la del director. Mark terminó de despertarse con un sobresalto y se irguió, tratando de enfocar los ojos sobre el reloj. Lo único que vio fue la segunda manecilla en movimiento: las 6.35. ¡Jesús! Saltó de la silla, con el cuello rígido y la espalda dolorida. Aún estaba vestido. Arrojó las ropas lejos de sí y entró corriendo en el baño, se duchó, sin perder tiempo en ajustar la temperatura del agua. Estaba helada. Pero eso sirvió para despejarle y para olvidar a Elizabeth. Saltó fuera de la ducha y tomó una toalla: 6.40. Después de embadurnarse la cara con espuma se afeitó demasiado deprisa, arrancándose el vestigio de barba del mentón. Caray, tres cortes; la loción para después de afeitar ardía insoportablemente: las 6.43. Se vistió: camisa limpia, los mismos gemelos, calcetines limpios, los mismos zapatos, traje limpio, la misma corbata. Se miró rápidamente en el espejo: dos cortes seguían sangrando ligeramente, pero al diablo con eso. Metió en el portafolios los papeles apilados sobre la mesa y corrió al ascensor. Primera circunstancia afortunada: estaba en el último piso. Abajo: las 6.46.

—Hola, Simon.

El joven encargado negro no se movió. Dormitaba en su cubículo de la entrada del garaje.

—Buenos días, Mark. Cielos, ¿ya son las ocho?

—No, las siete menos trece minutos.

—¿Qué sucede? ¿El pluriempleo? —preguntó Simon, frotándose los ojos y pasándole las llaves del coche.

Mark sonrió, pero no tuvo tiempo para contestar. Simon se adormeció nuevamente.

El coche arranca al primer intento. El fiable Mercedes. Sale a la calle: 6.48 horas. Debo conducir a velocidad moderada. Jamás hay que abochornar al FBI. En Sixth Street, detenido por el semáforo: 6.50 horas. Cruzo G Street, hacia arriba, por Seventh, otro semáforo. Cruzo Independence Avenue: 6.53. Esquina Seventh y Pennsylvania. Veo edificio FBI: 6.55 horas. Bajo por la rampa, aparco, muestro credenciales FBI al guardia del garaje, corro hacia el ascensor: 6.57 horas; ascensor al séptimo piso: 6.58 horas. Por corredor, doblo a la derecha, oficina 7074, entro directamente, sin detenerme ante la señora McGregor, siguiendo instrucciones. Ella apenas levanta la mirada; golpeo la puerta del despacho del director; sin respuesta; entro siguiendo instrucciones. El director no está: 6.59 horas; me dejo caer en una butaca. El director llegará tarde; sonrisa de satisfacción. Faltan treinta segundos para las siete; miro en torno, despreocupadamente, como si esperara desde hace horas. Mis ojos se detienen sobre el reloj de péndulo. Da las campanadas: una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete.

Se abrió la puerta y entró el director.

—Buenos días, Andrews —no miró a Mark sino al reloj de pared—. Siempre adelanta un poco.

Silencio. El reloj del antiguo edificio de Correos dio las siete. El director se acomodó en su silla y sus grandes manos volvieron a apoderarse del escritorio.

—Empezaremos con mis informaciones, Andrews. Acabamos de recibir algunos datos de identificación sobre el conductor del Lincoln que se precipitó al Potomac con Stames y Calvert.

El director abrió una nueva carpeta de cartulina con la leyenda «Sólo para personas autorizadas» y ojeó su contenido. ¿Qué había en esa carpeta que Mark no supiera y tuviera que saber?

—Ningún indicio concreto. Hans-Dieter Gerbach, alemán. Bonn informa que fue un personaje de segundo orden en el hampa de Múnich, hasta hace cinco años. Después le perdieron la pista. Algunas evidencias sugieren que estuvo en Rhodesia y que sirvió a la CIA durante un tiempo. La Brigada del Rayo Blanco. La CIA no se muestra muy servicial, y no creo que nos suministre mucha información antes del jueves. A veces me pregunto para quién trabajan realmente. En 1980, Gerbach apareció en Nueva York, pero sólo contamos con rumores y chismorreos. No hay ningún expediente que pueda guiarnos. Habría sido útil que hubiera sobrevivido.

Mark pensó en los degollados del Woodrow Wilson Medical Center y alimentó dudas.

—El otro elemento interesante que se desprende del accidente es que ambos neumáticos traseros del coche de Stames y Calvert tienen pequeños orificios. Podrían ser producto de la caída por el barranco, pero en nuestro laboratorio piensan que se trata de orificios de balas. Si lo son, el que disparó deja a Buffalo Bill a la altura de un *boy scout*.

El director habló por el intercomunicador:

—¿Puede decirle al subdirector Rogers que venga, por favor, señora McGregor?

—Sí, señor.

—Sus hombres encontraron el establecimiento para el que trabajaba Casefikis, suponiendo que eso sirva para algo.

El subdirector golpeó la puerta y entró. El director le señaló una silla. Rogers le sonrió a Mark y se sentó.

—Escuchamos, Matt.

—Bien, señor, el propietario del Golden Duck no se destacó por su espíritu de cooperación. Al parecer, creía que yo le perseguía por transgredir los reglamentos de trabajo. Le amenacé con clausurar su negocio si no hablaba. Finalmente admitió haber contratado a un hombre cuyas características coincidían con las de Casefikis. El 24 de febrero Casefikis fue a atender a un pequeño grupo de comensales en uno de los salones de la Georgetown Inn en Wisconsin Avenue. El hombre que contrató el servicio se llamaba Lorenzo Rossi. Insistió en pedir un camarero que no hablara inglés. Pagó en efectivo. Buscamos a Rossi en todos nuestros ordenadores..., sin ningún resultado. Obviamente, se trata de un nombre falso. La historia se repitió en la Georgetown Inn. El propietario dijo que un tal señor Rossi había contratado el salón para el 24 de febrero, con suministro de comida, pero no de personal, y que pagó en efectivo, por adelantado. Rossi medía aproximadamente un metro setenta, era de tez morena y carecía de rasgos destacados. Cabellos oscuros, gafas de sol. El propietario piensa que «parecía italiano». En el hotel nadie sabe quién diablos fue a comer ese día en el salón, y a nadie le interesa. Me temo que no hemos adelantado mucho.

—Estoy de acuerdo. Supongo que podríamos hacer una redada de todos los italianos que se ajustan a esa descripción —comentó el director—. Si dispusiéramos de cinco años, no de cinco días. ¿Descubrió algo nuevo en el hospital, Matt?

—Aquello es un maremágnum, señor. El edificio está lleno de gente que entra y sale durante el día y la mayor parte de la noche. Todo el personal trabaja por turnos. Ni siquiera conocen a sus propios colegas, y menos aún a

los extraños. Cualquiera podría pasearse por allí durante todo el día con un hacha al hombro sin que nadie le pregunte quién es ni qué hace.

—Es lógico —asintió Tyson—. Bien, Andrews, ¿qué ha hecho usted durante las últimas veinticuatro horas?

Mark abrió su portafolios reglamentario de plástico azul. Informó que quedaban sesenta y dos senadores, y que los otros treinta y ocho se podían descartar porque la mayoría de ellos habían estado fuera de Washington el 24 de febrero. Le pasó la lista de nombres al director, quien la recorrió con la mirada.

—Todavía quedan bastantes peces gordos en el sucio estanque, Andrews. Continúe.

Mark describió su encuentro con el sacerdote ortodoxo griego en el hospital. Esperaba que le reprocharan enérgicamente que no hubiera recordado enseguida el detalle de la barba. No le decepcionaron. Ya escarmentado, prosiguió:

—Veré al padre Gregory hoy a las ocho de la mañana, y creo que después iré a visitar a la viuda de Casefikis. No creo que ninguno de los dos tenga mucho que aportar, pero supongo que usted querrá que siga esas pistas, señor. Después volveré a la Biblioteca del Condeso y procuraré encontrar la clave del motivo por el cual alguno de esos sesenta y dos senadores podría que desembarazarse de la presidenta Kane.

—Bien, para empezar, divídalos por categorías —dijo el director—. Primero por partidos políticos, después por comisiones, luego por intereses personales, y al final según su relación personal con la presidenta. No olvide, Andrews, que sabemos que nuestro hombre comió en Georgetown el 24 de febrero, y eso tiene que reducir el número de sospechosos.

—Pero, señor, podemos asumir que todos ellos comieron el 24 de febrero.

—Claro que sí, Andrews, pero no todos en privado. Muchos de ellos debieron ser vistos en algún lugar público, o debieron asistir a comidas oficiales, con electores o con funcionarios federales o con representantes de grupos de presión. Usted debe averiguar qué hizo cada uno, sin despertar las sospechas del senador al que estamos buscando.

—¿Cómo sugiere que lo haga, señor?

—Es muy sencillo —respondió el director—. Telefonee a la secretaria de cada senador y pregunte si su Jefe estará disponible para asistir a una comida en la que se hablará de... —hizo una pausa—, de «Los problemas del entorno urbano». Sí, eso me gusta. Dé una fecha, digamos el 5 de mayo, y después pregunte si el senador asistió a la organizada el... —el director consultó su

calendario—, el 17 de enero o el 24 de febrero, porque algunos senadores que habían aceptado no se presentaron y uno o dos asistieron sin invitación. Después diga que enviará una invitación por escrito. Todas las secretarias le olvidarán si usted no escribe, y si alguna de ellas le recuerda ya será demasiado tarde para que nos importe. Hay algo de lo que podemos estar seguros: ningún senador permitiría que su secretaria supiera que tiene planes para matar a la presidenta.

El subdirector hizo una ligera mueca.

—Si lo descubren, señor, estallará un escándalo. Volveremos a la época de la brigada de juegos sucios.

—No, Matt. Si le digo a la presidenta que uno de sus amados cofrades va a clavarle un cuchillo en la espalda, ella no encontrará nada particularmente sucio en ese juego.

—No tenemos suficientes pruebas, señor.

—Será mejor que las consiga, Andrews, o deberá buscarse un nuevo empleo. Créame.

Quiere que le crea, pensó Mark.

—Solamente tenemos una pista valiosa —prosiguió el director—, y es que puede estar comprometido un senador; sólo nos quedan cinco días. Si fracasamos el jueves próximo, durante los veinte años siguientes habrá tiempo de sobra para desentrañar el asunto, y usted podrá ganar una fortuna escribiendo un libro sobre el tema.

Mark mostró una cierta aprensión.

—No se inquiete demasiado, Andrews. He alertado al jefe del Servicio Secreto. No le he dicho ni más ni menos que lo que figuraba en el informe que usted redactó, como acordamos ayer, de modo que eso nos deja el terreno despejado hasta el 10 de marzo. Estoy elaborando un plan de urgencia, para el caso de que antes de esta fecha no podamos averiguar quién es Casio, pero ahora no le aburriré contándoselo. También he hablado con los de Homicidios. Han exhumado muy pocos elementos útiles. Quizá le interese saber que ya han visitado a la esposa de Casefikis. El cerebro de ellos parece trabajar un poco más deprisa que el de usted, Andrews.

—Quizá lo tienen menos ocupad —acotó el subdirector.

—Quizá no. Muy bien, vaya a visitarla si piensa que eso puede ser interesante. Tal vez descubra algo que ellos pasaron por alto. Arriba el ánimo, que ya ha avanzado mucho. La investigación de esta mañana puede aportar nuevas pistas, para seguir trabajando. Creo que eso es todo. No le haré perder más tiempo, Andrews.

—No, señor.

Mark se puso en pie.

—Disculpe. Olvidé ofrecerle café, Andrews.

A Mark le habría gustado decir que la vez anterior no le había dado oportunidad de beberlo. Se fue mientras el director pedía café para él y para el subdirector. Resolvió que a él tampoco le sentaría mal el desayuno, ni una pausa para poner en orden sus pensamientos. Se dirigió a la cafetería del FBI.

El director bebió su café y le pidió a la señora McGregor que hiciera pasar a su ayudante personal. El hombre anónimo apareció casi instantáneamente, con una carpeta gris bajo el brazo. No necesitó preguntarle al director qué deseaba. Depositó la carpeta sobre el escritorio, frente a su jefe, y se fue sin pronunciar una palabra.

—Gracias —le dijo el director a la puerta que se estaba cerrando.

Volvió la tapa gris y leyó el contenido de la carpeta durante veinte minutos. A ratos dejaba escapar una risita, y a ratos un gruñido, los únicos comentarios dirigidos a Matthew Rogers. Allí había datos sobre Mark de los que éste mismo no habría tenido conciencia. El director vació su segunda taza de café, cerró el expediente y lo guardó bajo llave en su cajón personal del escritorio estilo Reina Ana. La reina Ana nunca había ocultado tantos secretos como ese escritorio.

Mark terminó un desayuno mucho mejor que el que le habrían servido en la Agencia local de Washington. Allí había que cruzar la calle para ir al Lunch Connection, porque el *snack-bar* de la planta baja era abominable, en consonancia con el resto del edificio. A pesar de lo cual, en ese momento le habría gustado volver a su despacho en lugar de bajar al garaje subterráneo para buscar su coche. No vio al hombre que, apostado en la acera de enfrente, vigiló su partida, pero se preguntó si el sedán Ford azul que no se había apartado de su espejo retrovisor durante tanto tiempo estaba allí por casualidad. Si no era así, ¿quién vigilaba a quién? ¿Quién trataba de proteger a quién?

Llegó a la iglesia del padre Gregory a las ocho de la mañana, y ambos caminaron juntos hasta la casa del sacerdote. Sus pequeñas gafas de medio aro descansaban en el extremo de su corta nariz. Sus grandes carrillos rubicundos y su abdomen aún más voluminoso hacían pensar a los impíos que el padre Gregory había encontrado mucho solaz en la Tierra mientras aguardaba el reino eterno del cielo. Mark dijo que ya había tomado el

desayuno, pero esto no disuadió al padre de freír dos huevos y tocino, a los que sumó pan tostado, mermelada y una taza de café. El padre Gregory no pudo agregar casi nada a lo que ya le había dicho por teléfono la noche anterior, y suspiró profundamente cuando su interlocutor le recordó a los dos muertos del hospital.

—Sí, leí los detalles en el *Post*.

Cuando hablaron de Nick Stames sus ojos grises se iluminaron. Era obvio que el sacerdote y el policía habían compartido algunos secretos, y que el padre Gregory no era un fanático delirante.

—¿Existe algún nexo entre la muerte de Nick y el episodio del hospital? —preguntó súbitamente el padre Gregory.

La pregunta pilló a Mark por sorpresa. Detrás de las gafas de medio aro se ocultaba un cerebro aguzado. Mentirle a un sacerdote ortodoxo griego, o lo que fuera, parecía peor que decir uno de los embustes habituales urdidos para defender al FBI del público común.

—Absolutamente ninguno —respondió Mark—. Solamente fue otro de esos horribles accidentes de tráfico.

—¿Una de esas raras coincidencias? —comentó el padre Gregory enigmáticamente, mientras escudriñaba a Mark por encima de sus gafas—. ¿De veras? —parecía tan poco convencido como Grant Nanna. Prosiguió: ■ —Hay algo más que me gustaría mencionar. Aunque es difícil recordar qué dijo exactamente el hombre cuando me llamó y me advirtió que no me molestara en ir al hospital, estoy casi seguro de que era una persona instruida. Por la forma en que condujo la conversación, estoy convencido de que era un profesional, y yo mismo no sé muy bien lo que quiero decir con esto. Es simplemente la extraña sensación de que ya había hecho otras llamadas parecidas: tenía un aire profesional.

El padre Gregory repitió la frase para sus adentros —«Tenía un aire profesional»—, y Mark hizo otro tanto mientras viajaba en el coche rumbo a la casa donde se alojaba la señora Casefikis. Era la casa de un amigo, el mismo que había albergado a su esposo herido.

Mark condujo por Connecticut Avenue, dejando atrás el Washington Hilton y el National Zoo, hasta entrar en Maryland. A lo largo del camino habían empezado a aparecer manchones de forsitias amarillas, resplandecientes. Connecticut Avenue se transformó en University Boulevard, y Mark se encontró en Wheaton, un satélite suburbano de tiendas, restaurantes, gasolineras y unos pocos bloques de apartamentos. Cuando un semáforo rojo le hizo detenerse cerca de Wheaton Plaza, Mark revisó sus

anotaciones. 11501 Elkin Street. Buscaba los Blue Ridge Manor Apartments. Extraño nombre para un conjunto de edificios chatos, de tres pisos, de ladrillo desteñido, que bordeaban las calles Blue Ridge y Elkin. Al acercarse al 11501, Mark buscó un lugar donde aparcar. No tuvo suerte. Vaciló un momento y por fin decidió detenerse frente a una boca de riego. Enroscó cuidadosamente el micrófono de la radio sobre su espejo retrovisor, para que cualquier inspectora de parquímetros o policía observador se diera cuenta de que se trataba de un coche oficial en misión oficial.

Ariana Casefikis prorrumpió en llanto apenas vio la insignia de Mark. Parecía frágil: de apenas veintinueve años, desaliñada, desgredada, con los ojos grises aún irritados por haber llorado incesantemente durante esos dos días. Ella y Mark tenían más o menos la misma edad. Ella había perdido su patria, y ahora también a su marido. ¿Qué sería de su vida? Si Mark se había sentido solo, su situación era ciertamente mejor que la de esa pobre mujer.

El inglés de la señora Casefikis resultó ser bastante mejor que el de su marido. Ya había hablado con dos policías. Les había dicho que no sabía nada. Primero el joven amable de la Policía Metropolitana que le había dado la noticia y se había mostrado tan comprensivo, y después el teniente de Homicidios que había llegado un poco más tarde y había sido mucho más enérgico, empeñado en sonsacarle cosas acerca de las cuales ella no tenía la más vaga idea. Y ahora una visita del FBI. Su marido nunca había estado metido antes en líos y no sabía quién ni por qué le había asesinado. Era un hombre tranquilo e inofensivo.

Mark le creyó y le aseguró que no tenía motivos para preocuparse por el momento, y que él hablaría personalmente con los funcionarios de Inmigración y de la Asistencia Social para conseguirle alguna ayuda económica. Esto pareció animarla y se mostró un poco más comunicativa.

—Ahora, por favor, trate de pensar detenidamente, señora Casefikis. ¿Sabe dónde trabajó su esposo el 23 y 24 de febrero, el miércoles y jueves de la semana pasada, y le contó algo acerca de ese trabajo?

No lo sabía. Angelo nunca le contaba lo que hacía, y la mitad de sus trabajos eran fortuitos y sólo por un día, porque dada su condición de inmigrante ilegal no podía correr el riesgo de quedarse en un mismo lugar, sin autorización oficial para trabajar. Mark no progresaba nada, pero no por culpa de ella.

—¿Podré quedarme en los Estados Unidos?

—Haré todo lo posible por ayudarla, señora Casefikis. Se lo prometo. Hablaré con un sacerdote ortodoxo griego que conozco y le pediré que le

envíe un poco de dinero para sufragar sus necesidades hasta que yo pueda entrevistarme con los funcionarios de la Asistencia Social.

Mark abrió la puerta, desalentado por el hecho de que ni el padre Gregory ni Ariana Casefikis hubieran podido suministrarle información útil.

—El sacerdote ya me dio dinero.

Mark se detuvo sobre sus pasos, se volvió lentamente y la miró. Procuró no demostrar especial interés.

—¿Qué sacerdote fue ése?

—Dijo que me ayudaría. El hombre que vino a visitarme ayer. Simpático, muy simpático, muy amable. Me dio cincuenta dólares.

Mark se quedó frío. El hombre se le había adelantado nuevamente. El padre Gregory tenía razón. Se comportaba como un verdadero profesional.

—¿Puede describirlo, señora Casefikis?

—¿Cómo dice?

—¿Qué aspecto tenía?

—Oh, era un hombre corpulento, creo que bastante moreno —empezó a decir.

Mark procuró mantenerse impasible. Debía de haber sido el hombre con el que se había cruzado frente al ascensor, el mismo que había evitado que el padre Gregory fuera al hospital, y el mismo que sin duda habría enviado a la señora Casefikis a reunirse con su marido si ella hubiera sabido algo acerca de la conspiración.

—¿Llevaba barba, señora Casefikis?

La mujer vaciló.

—La mayoría de ellos la usan..., pero no recuerdo que éste la tuviera.

Mark le pidió que se quedara en su casa y que no saliese bajo ninguna circunstancia. Dio como excusa que iba a consultar sobre su situación en materia de Asistencia Social y a hablar con los funcionarios de Inmigración. Estaba aprendiendo a mentir. El sacerdote ortodoxo griego lampiño era su maestro.

Saltó al interior de su coche y condujo unos centenares de metros hasta la cabina telefónica más próxima, en Georgia Avenue. Marcó el número privado del director. Éste levantó el auricular.

—*Julius.*

—¿Cuál es su número? —preguntó el director.

El teléfono sonó treinta segundos más tarde. Mark repitió detalladamente la historia.

—Le enviaré de inmediato un especialista en retratos robot. Vuelva junto a ella y tranquilícela. Y..., Andrews, procure expresarse el cerebro. Me gustaría recuperar esos cincuenta dólares. ¿Se los dio en un solo billete, o en varios? Quizá conserven alguna impresión digital.

Se cortó la comunicación. Mark frunció el entrecejo. Si el falso sacerdote ortodoxo griego no se le adelantaba siempre dos pasos, desde luego el director sí lo hacía.

Mark volvió a reunirse con la señora Casefikis y le dijo que su caso se estaba discutiendo en el más alto nivel. Debería acordarse de planteárselo al director durante la próxima reunión, y lo anotó en su hojita. Luego recuperó su entonación informal.

—¿Está segura de que fueron cincuenta dólares los que le dio, señora Casefikis?

—Oh, sí. No veo un billete de cincuenta dólares todos los días, y en ese momento quedé muy agradecida.

—¿Recuerda lo que hizo con el dinero?

—Sí, fui y compré comida en el supermercado un momento antes de que cerrara.

—¿En qué supermercado, señora Casefikis?

—El Wheaton. Calle arriba.

—¿Cuándo fue eso?

—Ayer por la tarde, aproximadamente a las seis.

Mark comprendió que no podía perder un momento. Si no era ya demasiado tarde.

—Señora Casefikis, vendrá un hombre, un colega mío, un amigo, del FBI, y le pedirá que describa al sacerdote que le dio el dinero. Nos será de gran ayuda que consiga recordar lo más posible. No se preocupe, porque haremos por usted todo cuanto esté en nuestra mano.

Mark titubeó, extrajo su billetera y le dio cincuenta dólares. La mujer sonrió por primera vez.

—Ahora, señora Casefikis, le pediré un último favor. Si alguna vez vuelve a visitarla el sacerdote griego, no le hable de nuestra conversación. Limítese a telefonearme a este número.

Mark le entregó una tarjeta. Ariana Casefikis asintió, pero sus ojos grises y opacos le siguieron hasta el coche. No entendía, ni sabía en cuál de esos hombres debía confiar. ¿Acaso no le habían dado ambos cincuenta dólares?

Mark aparcó en un espacio libre frente al supermercado Wheaton. En el escaparate, un cartel enorme anunciaba que se vendían cajas de cerveza fría. Sobre el escaparate había una reproducción de la cúpula del Capitolio, en cartón azul y rojo. Cinco días, pensó Mark. Entró en la tienda. Era una pequeña empresa familiar, que no pertenecía a una cadena. La cerveza se alineaba a lo largo de una pared, el vino a lo largo de otra, y en el medio había cuatro hileras de alimentos congelados y envasados. Un mostrador de carnicería se extendía a lo largo de la pared del fondo, y el carnicero parecía ser el único encargado de atender la tienda. Mark se acercó a él deprisa, y empezó a formular la pregunta aún antes de haber llegado al mostrador:

—Por favor, ¿puedo ver al gerente?

El carnicero le miró con desconfianza.

—¿Para qué?

Mark mostró sus credenciales.

El carnicero se encogió de hombros y gritó hacia atrás:

—Eh, Flavio. FBI. Quiere verte.

El gerente, un italiano corpulento y rubicundo, apareció pocos segundos más tarde en la puerta situada a la izquierda del mostrador.

—¿Sí? ¿Qué puedo hacer por usted, señor... eh...?

—Andrews. FBI.

Mark volvió a mostrar sus credenciales.

—Sí, está bien. ¿Qué desea, señor Andrews? Soy Flavio Guida. Ésta es mi tienda. Un establecimiento intachable y honesto.

—Sí, desde luego, señor Guida. Sólo deseo pedirle su colaboración. Estoy investigando un robo de dinero, y tengo motivos para suponer que ayer gastaron en su tienda un billete de cincuenta dólares robado. ¿Hay alguna manera de rastrearlo y llegar a encontrarlo?

—Bien, el dinero lo recogemos todas las noches —explicó el administrador—. Lo guardamos en una caja de caudales y lo depositamos en el banco a primera hora de la mañana. Debe de haber ido al banco hace aproximadamente una hora y...

—Pero hoy es sábado —le interrumpió Mark.

—Eso no es problema. Mi banco permanece abierto hasta el mediodía del sábado. Está cerca de aquí.

Mark se exprimió el cerebro.

—¿Quiere tener la amabilidad de acompañarme al banco inmediatamente, señor Guida?

Guida consultó su reloj y después miró a Mark Andrews.

—Muy bien. Tenga la bondad de esperar medio minuto.

Le gritó a una mujer invisible que estaba en la trastienda, ordenándole que vigilara la caja registradora. Él y Mark caminaron juntos hasta la esquina de Georgia y Hickers. Obviamente, Guida estaba muy emocionado por todo ese episodio.

En el banco, Mark se dirigió inmediatamente al tesorero, que le había entregado el dinero, hacía más de media hora, a una de las cajeras, la señora Townsend. Ésta aún conservaba las pilas, y se disponía a separar los billetes. Era la próxima partida de su lista. Aún no había tenido tiempo para hacerlo, dijo, casi compungida. No había motivos para que lo lamentara, pensó Mark. Los ingresos del supermercado habían ascendido, en la jornada, a poco más de cinco mil dólares. Había veintiocho billetes de cincuenta dólares. Dios bendito, el director iba a descuartizarlo. O mejor dicho, quienes lo descuartizarían serían los técnicos del laboratorio de dactiloscopia. Mark contó los billetes de cincuenta dólares utilizando los guantes que le había suministrado la señora Townsend y los colocó a un lado. Confirmó que eran veintiocho. Firmó un recibo, que le entregó a la cajera, y le aseguró que serían devueltos en un futuro muy próximo. En ese momento apareció el gerente del banco y se hizo cargo del recibo y de la situación.

—¿Los agentes del FBI no trabajan generalmente en parejas?

Mark se sonrojó.

—Sí, señor, pero se trata de una misión especial.

—Me gustaría verificarlo —dijo el gerente—. Usted me pide que le entregue mil cuatrocientos dólares sin más garantía que su palabra.

—Por supuesto, señor. Por favor, verifíquelo.

Mark tuvo que pensar deprisa. No podía pedirle al gerente de un banco local que telefonara al director del FBI. Sería como cargar una compra de gasolina a la cuenta de Henry Ford.

—¿Por qué no telefona a la Agencia local de Washington del FBI, señor? Pregunte por el jefe de la Sección de Asuntos Criminales, el señor Grant Nanna.

—Es lo que haré.

Mark le dio el número, pero el gerente no le hizo caso y lo buscó en la guía telefónica de Washington. Se comunicó directamente con Nanna, quien por fortuna se hallaba en su despacho.

—Aquí tengo conmigo a un joven de su Agencia local. Se llama Mark Andrews. Dice que está autorizado para llevarse veintiocho billetes de cincuenta dólares. Se trata de algo relacionado con un robo de dinero.

Nanna también tuvo que pensar deprisa. Negad lo dicho, desafiad al que lo dice..., era el viejo lema de Nick Stames.

Mark, por su parte, musitó una plegaria.

—Es cierto, señor —respondió Nanna—. Yo le he dado instrucciones para que recoja esos billetes. Espero que usted se los entregue. Se los devolveremos lo antes posible.

—Gracias, señor Nanna. Disculpe que le haya molestado. Pensé que tenía la obligación de corroborarlo. Últimamente nunca se sabe...

—No tiene por qué excusarse. Ha sido una precaución sensata. Ojalá todos actuaran de igual modo.

La primera verdad que decía, pensó Grant Nanna. El gerente del banco volvió a colgar el auricular, metió el fajo de billetes de cincuenta dólares en un sobre marrón, aceptó el recibo y estrechó la mano de Mark, como disculpándose.

—¿Entiende que tenía que verificarlo?

—Por supuesto —contestó Mark—. Yo habría hecho lo mismo.

Les dio las gracias al señor Guida y al gerente y les pidió que no le contaran a nadie lo sucedido. Ambos asintieron con talante de personas que conocen sus deberes.

Mark volvió inmediatamente al edificio del FBI. Se encaminó hacia el despacho del director. La señora McGregor le saludó con una inclinación de cabeza. Un golpecito suave en la puerta, y entró.

—Disculpe que le interrumpa, señor.

—No tiene por qué excusarse, Andrews. Siéntese. Estábamos terminando. Matthew Rogers se levantó, miró atentamente a Andrews y sonrió.

—Trataré de traerle las respuestas a la hora de la comida, director —dijo, y salió.

—Bien, joven, ¿tiene un senador en su coche, abajo?

—No, señor, pero tengo esto.

Mark abrió el sobre marrón y depositó los veintiocho billetes de cincuenta dólares sobre el escritorio.

—¿Ha asaltado un banco, verdad? Ése es un delito de jurisdicción federal, Andrews.

—Casi, señor. Como usted sabe, el hombre que fingía ser un sacerdote ortodoxo griego le entregó uno de estos billetes a la señora Casefikis.

—Bien, ésta será una bonita charada para nuestros técnicos de dactiloscopia. Cincuenta y seis caras con centenares, quizá millares de impresiones digitales en cada una. Es como buscar una aguja en un pajar y

llevará un tiempo considerable, pero vale la pena intentarlo —tuvo cuidado de no tocar los billetes—. Sommerton se ocupará de esto inmediatamente. También necesitaremos las huellas dactilares de la señora Casefikis. Y creo que será mejor apostar un agente en su casa por si vuelve nuestro gorila —el director escribía y hablaba al mismo tiempo—. Me siento como en los viejos tiempos, cuando dirigía una agencia local. Pienso que disfrutaría, si no se tratara de un asunto tan grave.

—¿Puedo mencionar otro tema, aprovechando que estoy aquí, señor?

—Sí, adelante, Andrews.

Tyson siguió escribiendo, sin levantar la vista.

—La señora Casefikis está preocupada por su situación en el país. No tiene dinero, ni empleo, y ahora tampoco tiene a su marido. Es muy posible que nos haya dado una pista vital y ciertamente ha cooperado con nosotros sin reticencias. Creo que deberíamos ayudarla.

El director pulsó un botón.

—Envíe a Elliott, y pídale al señor Sommerton, de Dactiloscopia, que suba.

Ah, pensó Mark, el hombre anónimo tiene nombre.

—Veremos qué se puede hacer. Le espero el lunes a las siete, Andrews. Si me necesita, estaré en mi casa durante todo el fin de semana. No deje de trabajar.

—Sí, señor.

Mark salió. Se detuvo en el Banco Riggs y cambió veinte dólares por monedas de veinticinco centavos. El cajero le miró con curiosidad.

—¿Tiene acaso una máquina tragaperras de su propiedad? —preguntó.

Mark sonrió.

Pasó el resto de la mañana y la mayor parte de la tarde gastando su montoncito de monedas, telefoneando a las secretarias que atendían durante el fin de semana los despachos de los sesenta y dos senadores que habían estado en Washington el 24 de febrero. Todas ellas se sintieron muy complacidas al escuchar que sus respectivos senadores eran invitados a una conferencia sobre ecología. El director no era tonto. Cuando terminó de hacer las sesenta y dos llamadas, tenía las orejas entumecidas. Estudió los resultados: treinta senadores habían comido en sus despachos o con electores, quince no les habían dicho a sus secretarias dónde almorzarían o habían mencionado alguna vaga «cita», y diecisiete habían concurrido a banquetes organizados por

grupos tan diversos como el National Press Club, Common Cause y la Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color. Incluso una secretaria creía que su jefe había asistido el 24 de febrero a ese mismo banquete de defensores del medio ambiente. Ciertamente, Mark no le contestó nada.

Con la ayuda del director, había reducido la lista a quince senadores.

Volvió a la Biblioteca del Congreso y se encaminó nuevamente hacia la silenciosa sala de consultas. La bibliotecaria no pareció desconfiar en absoluto ante el cúmulo de preguntas que le hizo Mark sobre determinados senadores y comisiones y procedimientos del Senado. Estaba acostumbrada a los estudiantes de posgrado que eran igualmente curiosos y mucho menos corteses.

Mark se acercó de nuevo al anaquel donde descansaba el *Congressional Record*. Le resultó fácil encontrar el ejemplar que correspondía al 24 de febrero: era el único manoseado en el conjunto de números recientes sin encuadernar. Cotejó los quince nombres restantes. Ese día se había reunido una comisión: la de Relaciones Exteriores. Tres senadores de su lista de quince eran miembros de dicha comisión, y según el *Record*, los tres habían hablado durante la sesión. También el Senado había discutido dos temas ese día: la asignación de fondos del Departamento de Energía para la investigación sobre energía solar, y el proyecto de ley de Control de Armas. Algunos de los doce restantes habían hablado sobre uno de estos temas o sobre ambos en el recinto del Senado. No había manera de eliminar a ninguno de los quince, malditos fueran. Escribió los quince nombres sobre otras tantas hojas de papel, y leyó los ejemplares del *Congressional Record* de todos los días comprendidos entre el 24 de febrero y el 3 de marzo. Junto a cada nombre anotó la presencia o ausencia del senador en cada jornada de trabajo. Laboriosamente reconstruyó la agenda de cada senador, pero había muchos huecos. Era obvio que los legisladores no pasaban todo su tiempo en el Capitolio.

La joven bibliotecaria estaba junto a él. Mark consultó el reloj: las 19.30. La hora de tirar la toalla. La hora de olvidar a los senadores y de ver a Elizabeth. Le telefoneó a su casa.

—Hola, mi bella dama. Creo que ha llegado el momento de comer nuevamente. No he probado bocado desde el desayuno. ¿Se apiadará de mi debilidad, doctora, y cenará conmigo?

—¿Qué es lo que quieres que haga contigo, Mark? Acabo de lavarme la cabeza. Creo que tengo jabón en los oídos.

—He dicho que quiero que cenes conmigo. Por el momento me conformaré con eso. Tal vez después se me ocurrirá algo más.

—Es posible que después diga que no —respondió ella dulcemente—. ¿Cómo marcha la respiración?

—Muy bien, gracias, pero si continúo pensando lo que pienso en este momento, es posible que me salga acné.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que derrame agua fría sobre el teléfono?

—No, bastará con que vayamos a cenar juntos. Te iré a recoger dentro de media hora, con el cabello mojado o seco.

Encontraron un pequeño restaurante llamado Mr. Smith, en Georgetown. Mark estaba más familiarizado con él en verano, cuando uno podía ocupar una mesa en el jardín del fondo. Estaba atestado de público que oscilaba alrededor de los veinte años. Era el lugar ideal para sentarse durante horas y dedicarse a conversar.

—Dios mío —exclamó Elizabeth—. Esto parece una universidad. Pensé que ya había superado esa etapa.

—Me alegra que te guste —comentó Mark sonriendo.

—Es todo tan previsible. Pisos de madera tosca, tajos de carnicería a modo de mesas, plantas, sonatas de Bach interpretadas en flauta. La próxima vez iremos a un restaurante de la cadena McDonald's...

A Mark no se le ocurrió una respuesta, y lo que le salvó fue la llegada del menú.

—¿Te imaginas, cuatro años en Yale, y aún no sé lo que es *ratatouille*? —dijo Elizabeth.

—Yo sé lo que es, pero no estaba seguro de la forma de pronunciarlo.

Los dos pidieron pollo, patatas al horno y ensalada.

—Mira, Mark, allí. Ese horrible senador Thornton con una chica que podría ser su hija.

—Quizás es su hija.

—Ningún hombre civilizado traería a su hija aquí.

Ella le sonrió.

—Es amigo de tu padre, ¿verdad?

—Sí, ¿cómo lo sabes? —preguntó Elizabeth.

—Es público y notorio.

Mark lamentó su indiscreción.

—Bien, yo lo describiría más exactamente como un socio comercial. Ganó su fortuna fabricando armas. No es la categoría humana más atractiva.

—Pero tu padre tiene intereses en una fábrica de armas.

—¿Papá? Sí, y tampoco lo apruebo, pero él culpa de ello a mi abuelo, que fue el fundador de la empresa. Cuando yo iba al colegio disputaba con él por eso. Le decía que vendiera sus acciones e invirtiera el dinero en algo que fuera útil a la sociedad. Me imaginaba a mí misma como una especie de heroína pacifista.

—¿Cómo está su cena? —preguntó un camarero que rondaba cerca.

—Estupenda, gracias —respondió Elizabeth, levantando la vista—. ¿Sabes, Mark? En una oportunidad acusé a mi padre de ser un criminal de guerra.

—Pensé que él era enemigo de la guerra.

—Pareces saber muchísimo acerca de mi padre —comentó Elizabeth, mirándole con desconfianza.

No lo suficiente, pensó Mark, ¿y cuánto podrías contarme tú, realmente? Si Elizabeth captó algún signo de su ansiedad no dio muestras de ello, sino que sólo se limitó a continuar hablando.

—Votó a favor del misil MX, y no compartí la mesa con él durante casi un mes. Creo que ni se dio cuenta.

—¿Y tu madre?

—Murió cuando yo tenía catorce años, y es tal vez por eso que me siento tan unida a mi padre —contestó Elizabeth. Bajó la vista hacia las manos que tenía cruzadas sobre el regazo, obviamente con la intención de dejar el tema. Su cabello oscuro refulgió al caer sobre su frente.

—Tienes una cabellera muy hermosa —dijo Mark suavemente—. Sentí deseos de tocarla cuando te vi por primera vez. Aún lo deseo.

Ella sonrió.

—El cabello rizado me gusta más —apoyó el mentón sobre las manos ahuecadas y le miró con picardía—. Serás fantástico cuando llegues a los cuarenta y tengas un elegante toque plateado sobre las sienes. A condición de que no te quedes calvo antes, por supuesto. ¿Sabes que los hombres a los que se les cae el cabello de la coronilla son sensuales, que a quienes se les cae el de las sienes piensan, y que aquellos a los que se les cae todo piensan que son unos caballeros muy sensuales?

—Si me queda la coronilla calva, ¿lo aceptarás como una declaración de propósitos?

—Quizá tenga que esperar mucho tiempo para eso.

En el trayecto de regreso a la casa de Elizabeth, Mark se detuvo, la rodeó con el brazo y la besó, tímidamente al principio, sin saber cómo reaccionaría ella.

—¿Sabes? Creo que ya estoy medio enamorado de ti, Elizabeth —murmuró junto a su cabellera suave y tibia—. ¿Qué harás con tu víctima más reciente?

Ella siguió caminando un trecho sin responder.

—Quizá yo también estoy medio enamorada de ti —dijo al fin.

Siguieron caminando lentamente, tomados de la mano, en silencio, felices. Tres hombres no muy románticos les seguían.

En la acogedora sala de estar él volvió a besarla, sobre el sofá color crema.

Los tres hombres ajenos al romanticismo esperaban afuera, en las sombras.

Sentada a solas en la Oficina Oval, releyó uno a uno los artículos del proyecto de ley, en busca de algún fallo de redacción que pudiese hacer fracasar la votación del día siguiente.

Sobresaltada, alzó los ojos. Allí estaba su marido, con un tazón de chocolate en la mano.

—No estaría de más que te acostaras temprano, si quieres mejorar tus posibilidades de dominar mañana a esa gente —dijo, con un gesto hacia el Capitolio.

Ella sonrió:

—Querido Edward, no sé adónde habría ido a parar sin tu sentido práctico.

DOMINGO, 6 DE MARZO

9.00 horas

Mark empleó la mañana del domingo en dar los toques finales a su informe para el director. Empezó por ordenar su escritorio: nunca podía pensar claramente si no tenía todas las cosas en su lugar. Reunió sus anotaciones y las escalonó en una secuencia lógica. Completó su trabajo a las dos de la tarde, sin darse cuenta de que no había parado para comer. Escribió lentamente los nombres de los quince senadores que le quedaban, seis bajo el encabezamiento «Comisión de Relaciones Exteriores» y nueve bajo «Proyecto de Ley de Control de Armas - Comisión de Asuntos Judiciales». Contempló las listas, con la esperanza de inspirarse, pero fue inútil. Uno de esos hombres era un asesino y sólo, le quedaban cuatro días para descubrir de cuál se trataba. Metió los papeles en su maletín, que guardó bajo llave en el escritorio.

Fue a la cocina y se preparó un bocadillo. Consultó el reloj. ¿Qué actividad útil podía desarrollar durante el resto del día? Elizabeth estaba de guardia en el hospital. Tomó el teléfono y marcó el número. Ella sólo le pudo dedicar un minuto, porque debía estar en el quirófano a las tres.

—Muy bien, doctora, esto no le quitará mucho tiempo ni le dolerá. No puedo telefonearle todos los días sólo para decirle que es encantadora e inteligente y que me enloquece, de modo que escuche con atención.

—Escucho, Mark.

—Muy bien. Eres hermosa y lista y estoy loco por ti... ¿Qué, no contestas?

—Oh, pensé que ibas a agregar algo más. Te diré algo agradable para corresponderte cuando estés a tres centímetros de mí, y no a tres kilómetros.

—Será mejor que te des prisa, o me descompondré. Te dejo. Vete a acuchillar otro corazón.

Elizabeth se rió.

—Es simplemente una uña encarnada.

Colgó el auricular. Mark se paseó por la habitación, dedicando sus pensamientos de forma alternativa a quince senadores, a Elizabeth, nuevamente a un senador. ¿La relación con Elizabeth no marchaba demasiado bien? ¿Acaso lo que sucedía era que un senador le estaba arrojando un lazo, cuando debería haber sido a la inversa? Maldijo y se sirvió un vaso de Michelob. Su mente se detuvo entonces en el recuerdo de Barry Calvert: los domingos por la tarde acostumbraban a jugar al *squash*. Y luego en Nick Stames, Stames, que sin imaginarlo había ocupado su lugar. Si Stames hubiera estado vivo en ese momento, ¿qué habría hecho? Por la mente de Mark cruzó un comentario que Stames había formulado en la última fiesta de Navidad celebrada en la oficina: «Si no estoy disponible, el segundo especialista en crímenes de este condenado país es George Stampouzis, del *New York Times*». Otro griego, naturalmente. «Debe de saber más acerca de la Mafia y la CIA que cualquier otra persona situada dentro o fuera de la ley».

Mark llamó a Información de la ciudad de Nueva York y pidió el número, sin saber muy bien a dónde lo llevaría eso. La telefonista se lo dio.

—Gracias.

—No hay de qué.

Marcó el número.

—Sección criminal. George Stampouzis, por favor Le comunicaron.

—Stampouzis —dijo una voz. En el *New York Times* no derrochaban palabras.

—Buenas tardes. Me llamo Mark Andrews. Le hablo desde Washington. Era amigo de Nick Stames. Más exactamente, él era mi jefe.

El tono cambió.

—Sí, me enteré del horrible accidente, si es que fue verdaderamente un accidente. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Necesito información confidencial. ¿Puedo ir a verle inmediatamente?

—¿Se trata de Nick?

—Sí.

—Desde luego. ¿Puede reunirse conmigo a las ocho de la noche, en la esquina noreste de Twentyfirst y Park Avenue South?

—Perfectamente —asintió Mark, mientras consultaba su reloj.

—Le estaré esperando.

El avión local de Eastern Airlines aterrizó pocos minutos después de las siete de la tarde. Mark se abrió paso entre la multitud que se agolpaba alrededor del mostrador de equipajes y se encaminó hacia la parada de taxis. Un neoyorquino panzón, de edad intermedia, mal afeitado, con una colilla de cigarro apagada que bailoteaba entre sus labios, le llevó a Manhattan. No dejó de hablar un momento en todo el trayecto, pero se trataba de un monólogo que exigía pocas respuestas. Mark podría haber aprovechado ese tiempo para poner en orden sus pensamientos.

—Este país está lleno de mierda —dijo el cigarro bailarín.

—Sí —respondió Mark.

—Y esta ciudad no es más que un vertedero de Lisura.

—Sí.

—Y la culpa la tiene esa hijaputa de Kane. Deberían ahorcarla.

Mark se quedó como congelado. Probablemente lo repetían mil veces por día, pero en Washington alguien lo estaba diciendo muy en serio.

El coche se detuvo junto al bordillo de la acera.

—Dieciocho dólares justos —dijo el cigarro bailarín.

Mark depositó un billete de diez y otros dos de cinco en la cajita plástica de la pantalla protectora que separaba al conductor del pasajero, y se apeó. Un hombre corpulento, bien entrado en los cincuenta y que vestía un abrigo de *tweed*, se acercó a él. Mark tiritó. Había olvidado hasta qué punto Nueva York podía ser frío en el mes de marzo.

—¿Mark Andrews?

—Sí. Acertó.

—Cuando uno pasa su vida estudiando a delincuentes, empieza a pensar como ellos —estaba examinando el traje de Mark—. Sin duda los agentes federales visten mejor de lo que era norma en mis tiempos.

Mark no ocultó su embarazo. Stampouzis debía de saber que un agente del FBI ganaba casi el doble que un policía de Nueva York.

—¿Le gusta la comida italiana? —no esperó la respuesta de Mark—. Le llevaré a uno de los lugares favoritos de Nick.

Empezaron a andar en silencio a lo largo de la larga acera, y el paso de Mark vacilaba cuando pasaban frente a la entrada de cada restaurante. De pronto, Stampouzis desapareció dentro de un portal. Mark le siguió por un bar destartado lleno de hombres que se inclinaban sobre el mostrador y bebían copiosamente. Hombres que no tenían esposas que les aguardaran o que, si las tenían, preferían no verlas.

Después de atravesar el bar entraron en un agradable comedor, con paredes de ladrillos. Un italiano alto y flaco les guió hasta una mesa situada en un rincón. Evidentemente, Stampouzis era un cliente estimado. No se molestó en leer el menú.

—Le recomiendo la *marinara* de camarones. Después, le dejó librado a su suerte.

Mark siguió su consejo y agregó una *piccata al limone* y media garrafa de Chianti. Stampouzis bebió un Colt 45. Mientras comían hablaron de trivialidades. Después de pasar dos años en compañía de Nick Stames, Mark conocía los restos del credo mediterráneo: nunca hay que permitir que los negocios empañen el gozo de una buena comida. De todas maneras, Stampouzis todavía le estaba estudiando, y Mark necesitaba ganarse su confianza. Cuando Stampouzis hubo terminado una inmensa porción de *zabaglione* y se acomodó con su *espresso* doble acompañado por Sambuca, levantó la vista hacia Mark y le habló en otro tono:

—Usted trabajó para un gran hombre, un justiciero singular. Si la décima parte de los agentes del FBI fueran tan concienzudos e inteligentes como Nick Stames, ustedes tendrían algo de qué alegrarse en su coliseo de ladrillo.

Mark le miró. Parecía que iba a hablar, pero no lo hizo.

—No, no agregue nada acerca de Nick. Usted está aquí por eso, y no me pida que cambie la opinión que tengo del FBI. Hace más de treinta años que me ocupo de crónicas policiales, y el único cambio que he advertido en el FBI y la Mafia es que ambos han llegado a ser más grandes y poderosos —vertió el Sambuca en el café y lo sorbió con ruido—. Muy bien. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Todo oficiosamente —dijo Mark.

—De acuerdo —asintió Stampouzis—. Por el bien de ambos.

—Necesito dos datos. Primero, si algún senador tiene relaciones estrechas con el crimen organizado, y segundo, cuál es la actitud de la Mafia respecto del proyecto de ley de Control de Armas.

—Cielos, usted sólo pide el mundo. ¿Por dónde debo empezar? La primera pregunta es más fácil de contestar, porque en verdad la mitad de los senadores tienen relaciones ambiguas con el crimen organizado, que yo llamo Mafia, aunque el término sea anticuado. Algunos ni siquiera se dan cuenta de ello, pero si se computa la aceptación de donaciones políticas de empresarios y grandes monopolios directa o indirectamente asociados con el crimen, entonces todo presidente es un criminal. Pero cuando la Mafia necesita un senador, lo recluta valiéndose de una tercera persona, e incluso esto es raro.

—¿Por qué? —preguntó Mark.

—La Mafia necesita influencias en el ámbito de cada estado, en los tribunales, en los negocios y en los órganos legislativos locales, y así por el estilo. Sencillamente, no le interesan los tratados internacionales ni la designación de jueces del Tribunal Supremo. En términos más generales, hay algunos senadores que deben su éxito a vínculos con la Mafia: son los que se iniciaron como jueces de tribunales civiles o como legisladores de un estado y recibieron el apoyo financiero directo de la Mafia. Es posible que ni siquiera ellos se den cuenta. Algunas personas no son demasiado puntillosas cuando pretenden ganar una elección. A esto se suman casos como los de Arizona y Nevada, donde la Mafia controla negocios lícitos, pero que Dios ampare a los extraños que pretendan competir. Finalmente, en el caso del Partido Demócrata, tenemos a los sindicatos, y sobre todo al de estibadores. Ya lo sabe, Mark. Treinta años de experiencia condensados en diez minutos.

—Excelente información general. ¿Ahora puedo pedirle algo más específico? Si nombro a quince senadores, ¿me dirá si entran en alguna de las categorías que ha enumerado? —preguntó Mark.

—Quizá. Póngame a prueba. Contestaré tan rápidamente como pueda. Pero no me apremie.

—Bradley.

—Nunca —dijo Stampouzis.

—Thornton.

No movió un músculo.

—Bayh.

—No, que yo sepa.

—Harrison.

—No sé. No conozco bien la política de Carolina del Sur.

—¿Nunn?

—¿El de la escuela dominical? ¿El de la honra de los *boys scouts*? ¿Bromea?

—Brooks.

—No. Odia a Kane, pero no creo que llegara tan lejos.

Mark siguió leyendo la lista. Stevenson, Biden, Moynihan, Woodson, Clark, Mathias. Stampouzis negaba con la cabeza.

—Dexter.

Titubeó. Mark procuró no ponerse tenso.

—Complicaciones, sí —empezó a decir Stampouzis—. Pero Mafia, no.

Debió de oír el suspiro de Mark, que estaba ansioso por saber cuáles eran las complicaciones. Esperó, pero Stampouzis no agregó nada.

—Byrd.

—El líder de la mayoría. No es su estilo.

—Pearson.

—¿Lo dice en broma?

—Gracias —murmuró Mark. Hizo una pausa—. Ahora, hábleme de cuál es la actitud de la Mafia respecto del proyecto de ley de Control de Armas.

—Todavía no estoy seguro —respondió Stampouzis—. La Mafia ya no es monolítica. Es excesivamente gigantesca para eso y últimamente ha habido muchas discrepancias internas. Los veteranos se oponen a ella con Vehemencia, porque obviamente será difícil conseguir armas por vía legal, en el futuro. Pero les asustan aún más los aditamentos de la ley, como las sentencias irrevocables contra los portadores de armas no registradas. Esto les encantará a los agentes federales: será su mejor recurso después de la evasión de impuestos. Podrán abordar a cualquier delincuente conocido, registrarle, y si lleva encima un arma no registrada, como casi con toda seguridad ocurrirá, ya estará procesado. Por otro lado, algunos jóvenes granujas desean que se apruebe. Piensan que será una versión moderna de la Ley Seca. Ellos suministrarán armas no registradas a los pistoleros no organizados y a cualquier extremista loco que las necesite, y ésta será otra fuente de ingresos para la pandilla. También creen que la policía no podrá aplicar la ley y que el período de limpieza durará una década. ¿Esto contesta más o menos su pregunta?

—Sí, bastante bien —asintió Mark.

—Ahora me toca a mí el turno de formular una pregunta, Mark.

—¿Valen las mismas reglas?

—Sí, valen. ¿Estas preguntas están directamente relacionadas con la muerte de Nick?

—Sí —respondió Mark.

—Entonces no pregunto nada más, porque sé qué es lo que tendría que preguntar y usted se vería obligado a mentir. Concertemos un pacto. Si de esto sale una noticia bomba, usted se ocupará de que yo tenga la exclusiva antes que los del *Post*.

—De acuerdo —dijo Mark.

Stampouzis sonrió y firmó la cuenta. Las últimas palabras habían convertido a Mark Andrews en un desembolso por razones profesionales.

Mark consultó su reloj. Con suerte, alcanzaría el último avión que salía de La Guardia. Stampouzis se levantó y se encaminó hacia la puerta. El bar seguía lleno de hombres que bebían copiosamente: los mismos hombres con las mismas esposas. Una vez en la calle, Mark paró un taxi. Esta vez, el chófer era un joven negro.

—Yo estoy a mitad de camino —dijo Stampouzis, desconcertando a Mark—. Si averiguo algo que a mi juicio pueda resultarle útil, le telefonearé.

Mark le dio las gracias y subió al taxi.

—La Guardia, por favor.

Mark bajó el cristal de la ventanilla. Stampouzis miró fugazmente hacia dentro.

—No lo hago por usted, sino por Nick —dijo, y se largó.

El viaje de regreso al aeropuerto fue silencioso.

Cuando Mark llegó finalmente a su apartamento, trató de compaginar los datos mentalmente para transmitírselos al director al día siguiente. Consultó su reloj. Cielos, ya era el día siguiente.

LUNES, 7 DE MARZO

7.00 horas

El director escuchó atentamente, en silencio, los resultados de la investigación de Mark, y luego agregó su propia información electrizante:

—Andrews, es posible que podamos reducir aún más nuestra lista de quince. El jueves pasado por la mañana, un par de agentes captaron una transmisión no autorizada en uno de nuestros canales KGB. No sé si una interferencia temporal de una estación comercial nos hizo sintonizar por un momento otra frecuencia, o si alguien tiene un transmisor clandestino que transmite en la nuestra. Lo único que oyeron nuestros muchachos fue: «Ven, Tony. Acabo de dejar al senador en su reunión de comisión y estoy...». La voz se extinguió bruscamente y no pudimos volver a encontrarla. Quizá los conspiradores habían estado interfiriendo nuestras conversaciones, y entonces uno de ellos también empezó a emitir sin darse cuenta en nuestra frecuencia; es fácil que eso ocurra. Los agentes que lo escucharon presentaron una denuncia sobre el empleo ilegal de nuestro canal y eso fue todo.

Mark se inclinó hacia adelante en su silla.

—Sí, Andrews —prosiguió el director—. Adivino sus pensamientos. Las diez y media de la mañana. El mensaje fue enviado a las diez y media de la mañana.

—El día 3 de marzo a las diez y media de la mañana —exclamó Mark ansiosamente—. Déjeme verificar... qué comisiones estaban reunidas... —abrió su carpeta—. Edificio Dirksen... A esa hora..., en alguna parte tengo lo que necesitamos, lo sé... Tres posibilidades, señor. Esa mañana se reunieron las comisiones de Relaciones Exteriores y de Operaciones Gubernamentales. En el recinto discutían el proyecto de ley de Control de Armas. Ahora eso ocupa mucho tiempo.

—Es muy posible que nos estemos acercando a algo concreto —comentó el director—. ¿Puede determinar a partir de sus anotaciones cuántos de los quince senadores estaban allí el 3 de marzo y qué hacían?

Mark revisó las quince hojas de papel y las dividió lentamente en dos pilas.

—Bien, no es concluyente, señor, pero no tengo testimonios de que estos ocho —apoyó la mano sobre una de las pilas— hayan estado esa mañana en el Senado. Los siete restantes estuvieron allí. Ninguno en la Comisión de Operaciones Gubernamentales. Dos en la de Relaciones Exteriores: Pearson y Nunn, señor. Los otros cinco son Brooks, Byrd, Dexter, Harrison y Thornton. Todos estaban en el recinto. Y también estuvieron en la Comisión de Asuntos Judiciales que se ocupa del proyecto de ley de Control de Armas.

El director hizo una mueca.

—Bien, como usted dice, Andrews, esto no es de ningún modo concluyente. Pero es lo único que tenemos, de modo que concéntrese en esos siete. Puesto que sólo disponemos de cuatro días, debemos correr ese riesgo. No se entusiasme demasiado porque hayamos tenido un golpe de suerte, y controle que esos otros ocho no hayan estado esa mañana en el Edificio Dirksen. Ahora bien, no tendré la osadía de hacer vigilar a siete senadores. Esos tipos del Capitolio ya desconfían suficientemente del FBI, sin necesidad de empeorar las cosas. Tendremos que emplear otra táctica. Desde el punto de vista político, no podemos meternos en la danza de una investigación en gran escala. Me temo que tendremos que desenmascarar a nuestro hombre empleando las únicas pistas de las que estamos seguros: su paradero el 24 de lebrero a la hora de comer, y la reunión de la Comisión de Asuntos Judiciales a las diez y media, la semana pasada. De modo que no se preocupe por el motivo..., eso podremos deducirlo *a posteriori*, Andrews. No disponemos de tiempo. Siga buscando la manera de reducir la lista, y pase el resto de la jornada en la Comisión de Relaciones Exteriores y en el recinto del Senado. Hable con los directores de personal. No hay nada que ellos ignoren, ya sea público o privado, acerca de los senadores.

—Sí, señor.

—Y hay algo más que tal vez le interesará. Esta noche voy a cenar con la presidenta. Trataré de obtener de ella alguna información que nos ayude a reducir al máximo el número de sospechosos.

—¿Se lo dirá a la presidenta, señor?

—No, no lo creo. Sigo pensando que controlamos la situación. No veo ningún motivo para inquietarla en este momento. No lo habrá hasta que yo

sospeche que podemos fracasar en esto.

Finalmente, el director le entregó un retrato robot del sacerdote griego.

—La versión de la señora Casefikis —dijo—. ¿Qué opina?

—No está mal —comentó Mark—. Quizá sea un poco más feo. Esos hombres conocen su oficio.

—Lo que me preocupa —murmuró el director— es que he visto esta condenada cara antes. Por mi camino se han cruzado tantos criminales que es imposible recordar a uno solo de ellos. Quizá se me refrescará la memoria, sí, quizá se me refrescará.

—Espero que eso ocurra antes del jueves, señor —contestó Mark automáticamente.

—Y yo también —replicó Tyson un tanto sombrío.

—Y pensar que llegué sólo veinticuatro horas después que él. Es penoso.

—Considérese afortunado, joven. Si se hubiera adelantado a él, creo que a esta hora Ariana Casefikis estaría muerta, y probablemente usted también. Eso habría sido mucho más penoso. Aún tengo apostado a mi hombre en la casa de la señora Casefikis, por si ese tipo vuelve, pero creo que el hijoputa es demasiado profesional para correr semejante riesgo.

Mark asintió.

—Un hijoputa profesional, un hijoputa profesional —repitió.

Parpadeó la luz roja del intercomunicador.

—¿Sí, señora McGregor?

—Llegará tarde a su entrevista con el senador Hart.

—Gracias, señora McGregor —colgó el auricular—. Le veré mañana a la misma hora, Mark —era la primera vez que le llamaba Mark—. No deje piedra por mover, sólo nos quedan cuatro días.

Mark bajó en el ascensor y salió del edificio por la ruta habitual. No advirtió que le seguían desde la acera de enfrente. Se trasladó al edificio de oficinas del Senado y concertó citas para entrevistar a los directores de personal de las Comisiones de Relaciones Exteriores y de Asuntos Judiciales. Ninguno podría recibirle antes de la mañana siguiente. Mark volvió a la Biblioteca del Congreso para estudiar con más detenimiento la historia personal de los siete senadores que quedaban en su lista. Era un grupo muy heterogéneo, que procedía de todos los rincones del país y cuyos miembros tenían poco en común. Uno de ellos no tenía nada en común con los otros seis... pero ¿cuál era? Nunn... no compaginaba. Thornton... era obvio que no gustaba a Stampouzis, pero eso no probaba nada. Byrd... era el jefe de la mayoría. Harrison... según Stampouzis, se oponía al proyecto de ley de

Control de Armas, pero casi la mitad de los miembros del Senado compartían esa actitud. Dexter... ¿cuáles eran las complicaciones de las que Stampouzis no había querido hablarle? Quizás Elizabeth le ilustraría esa noche. Ralph Brooks... un hombre curiosamente exaltado, vehemente y, desde luego, que no estimaba a Kane, de esto no había duda. Pearson... si él resultaba ser el villano, nadie lo creería: treinta y tres años en el Senado, y siempre había representado el papel del Catón intachable, en público y en privado.

Mark suspiró, y el suyo fue el largo suspiro exhausto de quien ha llegado a un callejón sin salida. Consultó su reloj: las 10.45. Si quería llegar a tiempo debería partir inmediatamente. Le devolvió a la bibliotecaria varios periódicos, ejemplares del *Congressional Record* e informes de Ralph Nader, y atravesó corriendo la calzada hacia el aparcamiento, para recoger su coche. Aceleró por Constitution Avenue y por el Memorial Bridge... ¿cuántas veces lo había hecho esa semana? Miró el espejo retrovisor y creyó reconocer el coche que le seguía... ¿o acaso eso sólo era el recuerdo del jueves pasado?

Mark aparcó al costado del camino. Dos agentes del Servicio Secreto le detuvieron. Mostró sus credenciales y avanzó lentamente por el sendero justo a tiempo para sumarse a los otros ciento cincuenta miembros del cortejo fúnebre que rodeaban las dos fosas, recientemente excavadas para recibir a los dos hombres que una semana antes habían estado más vivos que la mayoría de quienes asistían a su entierro. El vicepresidente, ex senador Bill Bradley, estaba en representación de la presidenta. Junto a él se hallaba Norma Stames, alta, frágil y vestida de negro, sostenida por sus dos hijos. Hank, el mayor, estaba junto a un hombre gigantesco, que debía de haber sido el padre de Barry Calvert. Le seguía el director, quien miró en torno y vio a Mark, pero no dio señales de reconocerle. Jugaban el juego incluso a la vera de las tumbas.

Los hábitos del padre Gregory aleteaban ligeramente a merced de la fresca brisa. Los bajos estaban enlodados, porque había llovido durante toda la noche. Un joven capellán, con sobrepelliz blanca y sotana negra, permanecía en silencio a un costado.

—Soy la imagen de Tu gloria inefable, aunque lleve conmigo las heridas del pecado —salmodió el padre Gregory.

La viuda llorosa de Nick Stames se inclinó hacia adelante y besó la pálida mejilla de su marido, y a continuación fue cerrado el ataúd. Los sepultureros bajaron lenta, muy lentamente, los ataúdes de Stames y Calven a sus respectivas tumbas. Mark contempló la escena con tristeza. El que descendía podría haber sido él; debería haber sido él.

—Concede descanso en el reino de los santos, oh Jesucristo, a las almas de Tus siervos, allí donde no existen ni la enfermedad ni la pena, ni los suspiros, sino la Vida eterna.

Fue impartida la bendición final, los ortodoxos se persignaron y los miembros del cortejo empezaron a dispersarse.

Después de la ceremonia el padre Gregory habló con afecto de su amigo Nick Stames y expresó la esperanza de que éste y su colega Barry Calvert no hubieran muerto en vano. Mientras lo decía parecía mirar a Mark.

Mark vio a Nanna, a *Aspirina*, a Julie y al hombre anónimo, pero no deseaba conversar con ellos. Se alejó discretamente. Los otros podían llorar a los muertos, pero su deber consistía en encontrar a sus asesinos vivos.

Mark volvió al Senado, más decidido que nunca a descubrir qué senador debería haber asistido a ese patético doble funeral. Si se hubiera quedado, habría visto cómo Matson charlaba informalmente con Grant Nanna, a quien le decía que Stames había sido un hombre excepcional y que su muerte significaba una gran pérdida para las fuerzas de la ley.

Mark pasó la tarde en la Comisión de Relaciones Exteriores, escuchando a Pearson y a Nunn. Si el culpable era uno de ellos, en verdad tenía sangre fría y perseveraba en su trabajo sin dejar traslucir ninguna señal exterior de ansiedad. Mark deseaba tachar sus nombres de la lista, pero antes de poder hacerlo necesitaba confirmar otro detalle. Cuando Pearson se sentó finalmente, Mark se distendió. Esa noche debía descansar si quería sobrevivir durante los tres días siguientes. Abandonó el recinto de la comisión y telefoneó a Elizabeth para confirmar que cenarían juntos. Luego llamó a la oficina del director y le dio a la señora McGregor los números telefónicos de donde podrían encontrarle: el del restaurante, el de su casa, el de la casa de Elizabeth. La señora McGregor los anotó sin hacer ningún comentario.

Dos coches le siguieron en el trayecto de regreso: un sedán Ford azul y un Buick negro. Cuando llegó a su casa le arrojó las llaves a Simon, se desentendió de la sensación opresiva pero ahora familiar de ser vigilado continuamente, y empezó a pensar en cosas más agradables. Por ejemplo, en una velada con Elizabeth.

LUNES, 7 DE MARZO

18.30 horas

Mark marchó por la calle pensando en la velada que le aguardaba. Jesús, adoro a esa chica. Es lo único de lo cual me siento seguro en este momento. Si por lo menos pudiera librarme de esa duda que me corroe respecto de su padre... e incluso respecto de ella.

Entró en Blackistone's y pidió una docena de rosas, once rojas y una blanca. La vendedora le tendió una tarjeta y un sobre. Mark escribió rápidamente el nombre y la dirección de Elizabeth en el sobre y se quedó meditando frente a la tarjeta en blanco. Por su mente desfilaban fragmentos de oraciones y poemas. Finalmente, sonrió. Escribió con esmero:

*Dichosamente pienso en ti, y luego en mi alma,
que como la alondra se remonta al amanecer
de la tierra hosca, entonando himnos en el pórtico del cielo.*
P D.: Versión moderna. *¿Es por fin el amor?*

—Envíelas inmediatamente.

—Sí, señor.

Bien. De vuelta en casa. ¿Cómo vestirse? ¿Traje oscuro? Demasiado formal. ¿Traje azul claro? Demasiado afeminado..., jamás debería haberlo comprado. El traje de tela de vaquero: la última moda. Camisa. Blanca, informal, sin corbata. Azul, formal, con corbata. Gana la blanca. ¿Demasiado virginal? Gana la azul. Zapatos: ¿mocasines negros o con cordones? Ganan los mocasines. Calcetines: una decisión fácil, azul oscuro. En síntesis: traje de tela de vaquero, camisa azul, corbata azul oscura, calcetines azul oscuros, mocasines negros. Dejar la ropa prolijamente doblada sobre la cama. Ducharse y lavarse la cabeza: me gusta más el cabello rizado. Maldición,

jabón en los ojos. Buscar la toalla a tientas, fuera el jabón, soltar la toalla, salir de la ducha. Toalla ceñida a la cintura. Afeitarse; dos veces en una jornada. Afeitarse con mucho esmero. Sin sangre. Loción para después del afeitado. Secar el cabello frenéticamente con la toalla. Rizos por todas partes. De vuelta al dormitorio. Vestirse con cuidado. Anudar la corbata con precisión..., así no, anudarla nuevamente. Esta vez está mejor. Levantar la cremallera..., debería adelgazar un par de centímetros. Controlar en el espejo. Los he visto peores. Al diablo con la modestia, los he visto infinitamente peores. Controlar el dinero, las tarjetas de crédito. Nada de armas de fuego. Todo listo. Echar cerrojo a la puerta. Pulsar botón del ascensor.

—¿Me das las llaves, Simon, por favor?

—Caray —los ojos de Simon se dilataron desmesuradamente—. ¡Ha cambiado de personalidad!

—Será mejor que no me esperes levantado, porque si fracaso, Simon, me lanzaré encima de ti.

—Gracias por la advertencia, Mark. Buena suerte, macho.

Hermosa tarde, montar en el coche, verificar la hora: 19.34 horas.

El director volvió a mirar su esmoquin.

Echo de menos a Ruth. El ama de llaves lo hace muy bien, pero no es lo mismo, en absoluto. Verter *whisky*, verificar la ropa. Esmoquin recién planchado..., un poco pasado de moda. Camisa de vestir apenas llegada de la tintorería. Corbata negra de nudo. Zapatos negros, calcetines negros, pañuelo blanco..., todo en orden. Abrir el grifo de la ducha. Ah, ¿cómo sonsacarle algo útil a la presidenta? Maldición, dónde está el jabón. Habrá que salir de la ducha y mojar la esterilla y la toalla. Sólo una toalla. Tomar el jabón, olor repugnante. Últimamente sólo los fabrican para maricas. Ojalá pudiera conseguir algunos sobrantes del ejército. Fuera de la ducha. Exceso de peso. Necesito rebajar aproximadamente siete u ocho kilos. Cuerpo demasiado blanco. Ocultarlo rápidamente y olvidar. Afeitarse. La buena y confiable navaja de degollar. Resolución de no afeitarse jamás dos veces al día, excepto cuando hay que cenar con la presidenta. Bien. Ileso. Vestirse. Botones en la bragueta: odio las cremalleras. Ahora a anudar la corbata negra. Tratar de olvidar que Ruth siempre la anudaba perfectamente la primera vez. Maldición, intentarlo de nuevo. Por fin con éxito. Verificar la billetera. En realidad, no necesito dinero, ni tarjetas de crédito, ni ninguna otra cosa. A

menos que la presidenta esté en aprietos económicos. Decirle al ama de llaves que volveré aproximadamente a las once. Ponerme el abrigo.

El agente especial está allí con el coche, como siempre.

—Hola, Sam. Es una hermosa tarde.

El único chófer que estaba al servicio del FBI abrió la portezuela trasera del sedán Ford.

Montar en el coche, consultar el reloj: 19.45 horas.

Conducir lentamente... tiempo de sobra... no quiero llegar temprano... Cuando uno dispone de todo el tiempo del mundo no parece haber tráfico... ojalá hayan llegado las rosas... tomar la ruta más larga a Georgetown, pasando por el Lincoln Memorial y siguiendo por Rock Creek y la autopista Potomac... Es más hermosa... engañate por lo menos a ti mismo con el argumento de que es por eso por lo que vas por allí. No cruces con el semáforo amarillo, aunque es obvio que el hombre que viaja detrás va a llegar tarde y hace señas. Obedece la ley... vuelve a engañarte a ti mismo... si temieras llegar tarde a una cita con ella no harías caso del semáforo. No abochornar nunca al FBI. Cuidado con los raíles de tranvía de Georgetown: es muy fácil resbalar sobre ellos. Doblar a la derecha al final de la manzana y buscar espacio para aparcar. Contornearla lentamente buscando el lugar ideal... que no existe. Aparcar en doble fila y rogar que no haya cerca un agente de tráfico. Caminar despreocupadamente hacia la casa... apuesto a que ella está aún en la bañera. Consultar el reloj: 20.04 horas. Perfecto. Pulsar el timbre.

—Estamos un poco retrasados, Sam.

Quizás ha sido imprudente decirlo, porque superará la velocidad máxima y podría abochornar al FBI. ¿Por qué hay tanto tráfico cuando uno tiene prisa? Un maldito Mercedes delante de nosotros en la rotonda, deteniéndose aun antes de que el semáforo se haya puesto rojo. ¿Por qué comprar un coche como ése, que puede alcanzar ciento ochenta kilómetros por hora, cuando uno ni siquiera desea viajar a cincuenta? Excelente, el Mercedes ha doblado hacia Georgetown. Probablemente alguien de la alta sociedad. Por Pennsylvania Avenue. Por fin la Casa Blanca está a la vista. Doblar por West Executive Avenue. El guardia de la entrada nos hace señas para que entremos. Detenerse en el pórtico oeste. Recibido por un agente del Servicio Secreto con

esmoquin. Su corbata parece mejor que la mía. Apuesto a que se abrocha. No, ahora que lo pienso mejor, los reglamentos estipulan que deben anudársela en la Casa Blanca. Caray, este hombre debe de estar casado. No se hizo el nudo él mismo. Seguirlo por el vestíbulo que conduce a la sala de recepción del ala oeste, pasando frente a la escultura de Remington. Recibidos por otro agente del Servicio Secreto que también viste esmoquin. Su corbata también es mejor. Me rindo. Escoltado hasta el ascensor. Consultar el reloj: 20.06. No está mal. Entrar en la sala oeste.

—Buenas noches, señora presidenta.

—Hola, mi bella dama.

Está seductora con el vestido azul. Una criatura prodigiosa. ¿Cómo he podido sospechar de ella?

—Hola, Mark.

—Tu vestido es maravilloso.

—Gracias. ¿Quieres entrar un momento?

—No, creo que será mejor que nos vayamos. He aparcado en doble fila.

—Bien, iré a buscar mi abrigo.

Abrirle la portezuela para que suba. ¿Por qué no la tomé por la mano para conducirla al dormitorio y hacerle el amor frenéticamente? Me habría conformado con un bocadillo. Así podríamos haber hecho lo que ambos anhelamos y habríamos ahorrado tiempo y problemas.

—¿Has pasado un buen día?

—Mucho trabajo. ¿Y tú, Mark?

Oh, conseguí no pensar en ti durante unas horas, mientras completaba mi trabajo, pero no fue fácil.

—Atareadísimo. No sabía si podría terminar a tiempo.

Poner el coche en marcha, directamente por M Street rumbo a Wisconsin. No hay dónde aparcar. Pasamos frente al Roy Rogers' Family Restaurant. Compramos un pollo y volvamos a casa.

—Aaah, estupendo.

Diablos, ¿de dónde salió ese Volkswagen?

—Qué mala suerte. Encontrarás otro espacio libre.

—Sí, pero a cuatrocientos metros del restaurante.

—Nos vendrá bien caminar.

¿Habrá recibido las rosas? Si la florista no las envió, mañana por la mañana la meteré en chirona.

—Oh, Mark, qué grosera he sido. Debería haberlo dicho antes... Gracias por esas rosas divinas. ¿Tú eres la blanca? ¿Y la cita de Shakespeare?

—Olvídalo, mi bella dama.

Mentirosa. De modo que te gustó Shakespeare, ¿pero cuál es tu respuesta a Cole Porter? Entraremos en un restaurante francés de superlujo. Rive Gauche. Gauche está bien. ¿Un agente federal en un lugar de tanto postín? Apuesto a que costará un brazo y una pierna. Lleno de camareros presumidos con la mano elegantemente extendida. Qué diablos, no es más que dinero.

—¿Sabes que, gracias a este sitio, Washington es la capital de los restaurantes franceses de los Estados Unidos?

Tratando de impresionarla con chismes profesionales.

—No, ¿por qué?

—Bien, el propietario importa todos sus *chefs* de Francia. Luego todos le dejan y montan sus propios restaurantes.

—Vosotros los del FBI tenéis realmente un archivo de información inútil. Buscar al *maître*.

Mesa reservada a nombre de Andrews.

—Buenas noches, señor Andrews. Qué alegría tenerle aquí.

Este bastardo jamás me ha visto y probablemente nunca volverá a verme. ¿Qué mesa me dará? No es demasiado mala. Incluso es posible que ella crea que he estado antes aquí. Le deslizaré un billete de cinco dólares.

—Gracias, señor. Que coman a gusto.

Se instalaron en las mullidas sillas de cuero rojo. El restaurante estaba atestado.

—Buenas noches. ¿Desea un aperitivo, señor?

—¿Qué tomarás, Elizabeth?

—Un Campari con soda, por favor.

—Un Campari con soda y un *spritzer* para mí —le ordenó Mark al camarero.

Una mirada al menú. *Chef* Michel Laudier. El lema del restaurante: *Fluctuat nec mergitur*. Oh, vaya si voy a *mergitur*: cubiertos, laudo. Ay. Y es imposible que ella se entere. Éste es uno de esos lugares sibaríticos donde sólo al hombre le dan un menú con los precios.

—Comeré un primer plato, pero sólo si tú acompañas.

—Claro que te voy a acompañar, mi bella dama.

—Bien, pediré el aguacate...

—¿Sin camarones?

—... con camarones, y después...

—¿... ensalada?

—... el *filet mignon* Henri IV... poco cocido, por favor.

Veinte dólares con cincuenta. Al diablo, ella lo vale con creces. Creo que pediré lo mismo.

—¿Usted ha decidido, señor?

—Sí, los dos pediremos el aguacate con camarones y el *filet mignon* Henri IV, poco cocido.

—¿Desea consultar la lista de vinos?

—No, gracias, yo tomaré una cerveza. ¿Quieres vino, Elizabeth?

—Me encantaría, Mark.

—Una botella de Hospice de Beaune, *soixante-neuf*, por favor.

Apuesto a que el camarero se da cuenta de que el único maldito francés que aprendí en la escuela fue cómo decir los números.

—Muy bien, señor.

Llegó el primer plato, y también el ayudante del camarero con el vino. Si crees que nos vas a vender dos botellas, maldito franchute, te aconsejo que lo pienses mejor.

—¿Desea que sirva el vino, señor?

—Aún no, gracias. Destápelo y luego sírvalo con el plato principal.

—Por supuesto, señor.

—Su aguacate, *mademoiselle*.

Los camarones preceden a la caída.

—Buenas noches, Halt. ¿Cómo van las cosas en el FBI?

—Sobrevivimos, señora.

Qué comentarios triviales podían intercambiar.

El director paseó la vista sobre el agradable salón dorado y azul. H. Stuart Knight, el jefe del Servicio Secreto, estaba solo en el otro extremo. En el sofá, junto a la ventana que miraba hacia el ala oeste y el Edificio de Oficinas del Ejecutivo, estaba sentada la procuradora general, Marian Edelman, conversando con el senador Birch Bayh, el hombre que había sucedido a Ted Kennedy en la presidencia de la Comisión de Asuntos Judiciales. La frase trillada «estampa juvenil», que le habían aplicado constantemente a Bayh en 1976, durante su campaña como precandidato a presidente por el Partido Demócrata, seguía siendo una descripción válida. El flaco y esmirriado senador por Massachusetts, Marvin Thornton, se empinaba sobre su colega y Marian Edelman.

Dios mío, rodéame de hombres gordos...

—Como verá, he invitado a Thornton.

—Sí, señora.

—Tenemos que persuadirle de los aspectos positivos de la ley de Control de Armas.

El salón oeste era una cómoda estancia de la *suite* familiar de la Casa Blanca, contigua al aposento de la primera dama. Era un honor ser recibido en esa parte de la Casa Blanca. Y ser invitado al comedor familiar, antes que al de la presidenta, situado en el piso de abajo, era un halago especial, porque en general el primero se reservaba sólo para comidas familiares.

—¿Qué beberá, Halt?

—*Whisky* con hielo.

—*Whisky* con hielo para el director y un zumo de naranja para mí. Debo cuidar mi peso.

¿Acaso ignora que el zumo de naranja es lo último que hay que beber cuando se hace dieta?

—¿Cuál es la última distribución de votos, señora presidenta?

—Bien, por el momento las cifras son cuarenta y ocho votos a favor y cuarenta y siete en contra, pero habrá que aprobarla el día 10 o deberé olvidarla hasta el próximo período de sesiones. Ésta es mi mayor preocupación, por ahora, en vísperas de mi gira por Europa y cuando falta menos de un año para las primarias de New Hampshire. Tendría que postergarla hasta después de la reelección. No puedo permitirme el lujo de que sea el tema más importante de la próxima campaña electoral. Quiero que ya haya dado frutos para esa época.

—Esperemos que la aprueben el día 10. Ciertamente, facilitaría mi trabajo, señora presidenta.

—Y también el de Marian. ¿Otro trago, Halt?

—No, gracias, señora.

—¿Vamos a cenar?

La presidenta guió a sus cinco huéspedes al comedor. El empapelado de la habitación representaba escenas de la revolución norteamericana. Estaba amueblada en el estilo federal de comienzos del siglo diecinueve.

Nunca me hartó de la belleza de la Casa Blanca.

El director miró la repisa de yeso diseñada por Robert Welford en Filadelfia, en 1815. Ostentaba el famoso parte redactado por el comodoro Oliver Hazard Perry después de la batalla del lago Erie, durante la guerra de 1812: «Hemos encontrado al enemigo, y ya es nuestro».

—Hoy han desfilado por este edificio cinco mil personas —decía H. Stuart Knight—. Nadie entiende realmente los problemas de seguridad. Es

posible que ésta sea la residencia de la presidenta, pero de todas formas pertenece al pueblo y esto crea un sinnúmero de dificultades...

Si lo supiera todo...

La presidenta se sentó en la cabecera de la mesa, con la procuradora general en el otro extremo, Bayh y Thornton a un costado, y el director y Knight al otro. El primer plato fue aguacate con camarones.

Siempre me descompongo cuando como camarones.

—Es reconfortante ver juntos a mis custodios del orden —dijo Kane—. Quiero aprovechar esta oportunidad para discutir la ley de Control de Armas, que estoy resuelta a conseguir que sea aprobada el 10 de marzo. Por ello he invitado aquí, esta noche, a Birch y Marvin, porque su apoyo influirá sobre el destino de dicha ley.

Nuevamente el 10 de marzo. Quizá Casio tiene que ceñirse a una cronología. Creo recordar que Thornton se opone vehementemente a la ley, y figura en la lista de siete que ha confeccionado Andrews.

—Los estados rurales plantearán un problema, señora presidenta —decía Marian Edelman—. La población no entregará sus armas de buen grado.

—Una larga moratoria, digamos de unos seis meses, podría ser la solución —intervino el director—. De esta manera no se computarán violaciones a la ley durante un lapso prefijado. Es lo que siempre se hace después de una guerra. Y los de relaciones públicas podrán anunciar constantemente que la gente está entregando centenares de armas en las comisarías locales.

—Estoy de acuerdo —respondió la presidenta.

—Será una operación complejísima —dijo la procuradora general—. La National Rifle Association tiene siete millones de socios, y probablemente hay cincuenta millones de armas de fuego en los Estados Unidos.

Todos asintieron con la cabeza.

Llegó el segundo plato.

Lenguado de Dover. Evidentemente, la presidenta se toma su dieta en serio.

—¿Café o coñac, señor?

—No vale la pena —dijo Elizabeth, acariciando la mano de Mark—. Lo tomaremos en casa.

—Excelente idea.

Sonrió, mirándola a los ojos, y trató de leerle el pensamiento.

—No, gracias. Sólo la cuenta.

El camarero se alejó, obediente.

Siempre se alejan obedientemente cuando les pides la cuenta. Ella no me ha soltado la mano.

—Ha sido una cena deliciosa, Mark. Muchísimas gracias.

—Sí, otro día tendremos que volver aquí.

Llegó la cuenta. Mark la miró con consternada perplejidad.

Ochenta y siete dólares con veinte centavos, más impuestos. Quien entienda cómo se llega a la suma definitiva en un restaurante merece ser secretario del Tesoro. Entregar la tarjeta del American Express. La hojita de papel azul vuelve para la firma. Auméntalo a cien dólares y olvídalo hasta que llegue por correo el sobre con membrete del American Express.

—Buenas noches, señor Andrews —muchas reverencias y genuflexiones—. Espero que volvamos a verlos pronto a usted y a *mademoiselle*.

—Sí, desde luego.

Necesitarás muy buena memoria para reconocermé la próxima vez. Abrir la portezuela del coche para que suba Elizabeth. ¿Seguiré haciéndolo cuando estemos casados? Jesús, ya estoy pensando en el matrimonio.

—Creo que debo de haber comido demasiado. Estoy un poco somnolienta.

¿Y ahora qué significa esto? Se le podrían dar unas veinte interpretaciones distintas.

—En realidad, yo me siento en condiciones para cualquier cosa.

Quizás un poco torpe. A buscar nuevamente una plaza donde aparcar. Excelente. Hay un hueco exactamente frente a la casa y esta vez ningún Volkswagen me impedirá que lo ocupe. Abrir la portezuela para que se apee Elizabeth. Ésta busca las llaves de la puerta de entrada. A la cocina. La cafetera sobre el fuego.

—Qué hermosa cocina.

Comentario tonto.

—Me alegra que te guste.

Igualmente tonto.

A la sala de estar.

Bien, ahí están las rosas.

—Hola, *Samantha*. Ven a saludar a Mark.

Santo cielo, al fin y al cabo resulta que vive con otra chica. Qué desastre. *Samantha* se frotó contra la pierna de Mark y ronroneó.

Alivio. *Samantha* es siamesa, no norteamericana.

—¿Dónde quieres que me siente?

—En cualquier parte.
No me ayuda en absoluto.
—¿Sólo o con crema, cariño?
«Cariño». Tengo más de un cincuenta por ciento de probabilidades.
—Solo, por favor. Con una cucharadita de azúcar.
—Distráete hasta que hierva el agua. Tardaré sólo unos minutos.

—¿Más café, Halt?

—No, gracias, señora. Si me disculpa, debo volver a casa.

—Le acompañaré hasta su coche. Me gustaría hablar con usted de una o dos cosas.

—Sí, por supuesto, señora presidenta.

Los infantes de Marina de la entrada oeste se cuadraron. Un hombre vestido de esmoquin acechaba entre las sombras detrás de las columnas.

—Necesito todo su apoyo para la aprobación de la ley de Control de Armas, Halt. La comisión seguramente le pedirá su opinión. Y si bien aún tenemos mayoría en la Cámara, no quiero contratiempos de última hora. Se me agota el tiempo.

—La apoyaré, señora. Deseo la aprobación de esa ley desde la muerte de John F. Kennedy.

—¿Tiene alguna preocupación especial, Halt?

—No, señora. Ocúpese usted de la parte política y firme la ley, y yo la pondré en ejecución.

—¿Algún consejo, tal vez?

—No, no creo...

Desconfíe de los idus de marzo.

—... aunque siempre me he preguntado, señora presidenta, por qué ha esperado tanto tiempo antes de presentar el proyecto de ley. Si algo fallara el 10 de marzo y si usted perdiera la elección del año próximo, volveríamos al punto de partida.

—Lo sé, Halt, pero tuve que elegir entre mi ley de Asistencia Médica gratuita, que ya fue bastante polémica para el comienzo de un período presidencial, y la perspectiva de proponer simultáneamente la ley de Control de Armas. Podrían haber rechazado las dos. Le diré, sinceramente, que tuve la intención de presentar el proyecto en la comisión hace un año, pero nadie podría haber previsto que Nigeria atacaría a Sudáfrica sin aviso previo, y que

los Estados Unidos deberían tomar una posición definitiva acerca de su política en África.

—En esa oportunidad puso en juego su cabeza, señora presidenta, y le confieso que pensé que se había equivocado.

—Lo sé, Halt. Yo misma pasé algunas noches sin poder conciliar el sueño. Pero volvamos al proyecto de ley de Control de Armas: no olvide jamás que Dexter y Thornton han organizado, juntos, la maratón oratoria de más éxito de la historia del Senado para demorar la aprobación de una ley. El 10 de marzo hará casi dos años que esta ley está en barbecho, no obstante el apoyo tácito del senador Byrd, como líder de la mayoría. Pero no me preocupo demasiado. Creo que el 10 de marzo conseguiremos sacarla adelante. No preveo ningún obstáculo, ¿y usted, Halt?

El director titubeó.

—No, señora.

Era la primera mentira que le había dicho en su vida a la presidenta. ¿Una comisión investigadora aceptará mis razones si ella muere dentro de tres días?

—Buenas noches, Halt, y gracias.

—Buenas noches, señora presidenta, y gracias a usted por tan excelente cena.

El director subió a su coche. El agente especial que ocupaba el asiento del conductor se volvió hacia él.

—Acabo de recibir un mensaje importante para usted, señor. ¿Puede regresar de inmediato al FBI?

Otra vez, no, por favor.

—De acuerdo. Quizá sería más sencillo instalarme una cama allí, aunque alguien me acusaría de querer vivir gratuitamente a expensas de los contribuyentes.

El chófer se rió. Era obvio que el director había cenado bien, cosa que él no podía decir de sí mismo.

Elizabeth sirvió el café y se sentó junto a él.

Sólo los bravos son dignos de las bellas. Alzar el brazo displicentemente, apoyarlo sobre el respaldo del sillón, acariciarle el cabello.

Elizabeth se levantó.

—Oh, casi lo había olvidado. ¿Quieres un coñac?

No, no quiero un coñac. Quiero que vuelvas.

—No, gracias.

Ella se acurrucó contra el hombro de Mark.

No puedo besarla mientras tiene una taza de café en la mano. Ah, ha dejado la taza sobre la mesita. Cielos, ha vuelto a levantarse.

—Escuchemos un poco de música.

Dios todopoderoso. ¿Y después, qué?

—Magnífica idea.

—¿Qué te parece *In Memory of Sinatra*?

—Estupendo.

«... *Esta vez casi nos hemos entendido, ¿no es verdad... nena?*».

Tiene que haberse equivocado de canción. Ahhh, ha vuelto. Intenta besarla de nuevo. Maldición, aún más café. Por fin deja la taza. Delicadamente. Sí, muy bien. Jesús, qué bella es. Un largo beso... ¿tiene los ojos abiertos?... no, cerrados. Lo está disfrutando... bueno... más prolongado y aún mejor.

—¿Quieres un poco más de café, Mark?

No no no no no no no.

—No, gracias.

Otro beso prolongado. Empezar a deslizar la mano a lo largo de la espalda... hasta aquí ya he llegado antes... no puede poner ninguna objeción... Llevar la mano a la pierna... pausa... qué piernas tan fabulosas y además tiene dos. Retirar la mano de la pierna y concentrarse en el beso.

—Mark, hay algo que debo decirte.

¡Santo cielo! El período. Es lo único que me falta.

—¿Hhhh?

—Te adoro.

—Yo también te adoro, cariño.

Bajó la cremallera de la falda y la acarició suavemente. Ella empezó a subir la mano a lo largo de la pierna de Mark.

Se van a abrir las puertas del cielo.

Ring, ring, ring, ring.

¡Je-e-e-sús!

—Es para ti, Mark.

—¿Andrews?

—Señor.

—*Julius*.

Mierda.

—Voy corriendo.

MARTES, 8 DE MARZO

1.00 horas

EL hombre que se hallaba en el ángulo del cementerio trataba de conservar el calor en medio del frío de la madrugada de comienzos de marzo, y para ello se daba palmadas en la espalda. Había visto cómo lo hacía Gene Hackman en una película, y le había dado resultado. A él no. Quizá necesitaba la enorme lámpara de arco de Warner Brothers con la que se había ayudado Hackman. Analizó el problema, pero siguió con las palmadas.

En realidad había dos hombres vigilando: el agente especial Kevin O'Malley y el supervisor ayudante local Pierce Thompson, ambos elegidos por Tyson en razón de su pericia y su discreción. Ninguno de ellos había dado muestras de sorpresa cuando el director les ordenó que siguieran a un compañero del FBI y después le pasaran el informe a Elliott. Tuvieron que esperar un largo rato hasta que Mark salió de la casa de Elizabeth, y O'Malley no se lo reprochó. Pierce salió del cementerio y se reunió con su colega.

—Eh, Kevin, ¿has observado que alguien más sigue a Andrews?

—Sí. Matson. ¿Por qué?

—Pensé que se había retirado.

—Se retiró. Quizás el viejo Halt quiere tener un reaseguro.

—Supongo que es así. Me pregunto por qué Tyson no nos lo dijo.

—Bien, toda esta operación es muy irregular. Nadie parece decirle nada a nadie. Podrías consultar a Elliott.

—«Podrías consultar a Elliott». Tanto daría preguntárselo al monumento a Lincoln.

—O podrías preguntárselo al director.

—No, gracias.

Pasaron pocos minutos.

—¿Crees que deberíamos hablar con Matson?

—Recuerda las órdenes especiales. Ningún contacto con nadie. Probablemente, él ha recibido las mismas órdenes, y nos denunciará sin pensarlo dos veces. Ya sabes que es un hijoputa.

O'Malley fue el primero que vio salir a Mark de la casa y habría jurado que sólo llevaba puesto un zapato. Efectivamente era así y Mark corría, de modo que empezó a seguirle. No debía delatarse, pensó O'Malley. Si Mark le veía, sabría que era del FBI. Mark se detuvo en la cabina telefónica y su seguidor desapareció entre otras nuevas sombras, donde perseveró en sus vanos esfuerzos por conservar el calor. Se alegró de haber tenido que correr, porque eso había ayudado un poco.

Mark tenía sólo dos monedas de veinticinco centavos. Todas las restantes estaban caídas al pie del sofá de Elizabeth, donde no le servirían para nada. ¿Desde dónde había telefoneado el director? ¿Era posible que estuviera en el FBI? Eso no era lógico. ¿Qué podía estar haciendo allí a esa hora de la noche? ¿Acaso no debía cenar con la presidenta? Mark consultó su reloj. Caramba, la una y quince. Debía de estar en su casa, y si no estaba allí, a él se le habría agotado la provisión de monedas. Mark se calzó el otro zapato. Fue fácil, por que se trataba de un mocasín. Maldijo y arrojó al aire una de las monedas. Si salía el presidente Roosevelt, llamaría al FBI; si salía *E pluribus unum*, llamaría a la casa. La moneda cayó: el presidente Roosevelt. Mark marcó el número privado del director, en el FBI.

—Sí.

Bendito presidente Roosevelt.

—¿*Julius*?

—Venga inmediatamente.

El tono no le pareció muy cordial. Quizás acababa de regresar de la entrevista con la presidenta con una nueva información importante, o tal vez la cena le había producido indigestión.

Mark se encaminó deprisa hacia su coche, revisando en el trayecto los botones de la camisa y la corbata. Los calcetines le producían una sensación incómoda, como si tuviera uno de los talones en el arco del pie. Pasó junto al hombre emboscado en las sombras. Éste vio cómo Mark regresaba al coche y vacilaba. ¿Acaso debía volver junto a Elizabeth y decirle... decirle... qué? Miró la luz de la ventana, inhaló profundamente, volvió a maldecir y se dejó caer en el asiento funcional del Mercedes. Ni siquiera había tenido tiempo para darse una ducha fría.

Le bastaron pocos minutos para llegar al FBI. Había muy poco tráfico y con las calles tan tranquilas los semáforos controlados mediante ordenadores

no le detuvieron en ningún momento.

Mark aparcó el coche en el garaje subterráneo del FBI e inmediatamente apareció el hombre anónimo, el hombre anónimo que obviamente le esperaba a él. ¿No dormía nunca? Un presagio de malas noticias, probablemente, pero no se lo comunicó porque, como de costumbre, no abrió la boca para hablar. Quizás era eunuco, pensó Mark. Qué tipo tan afortunado. Compartieron el ascensor hasta el séptimo piso. El hombre anónimo le condujo silenciosamente hasta el despacho del director. Me pregunto cuál será su afición favorita, pensó Mark. Probablemente es apuntador en el Teatro Nacional para Sordos.

—El señor Andrews, señor.

El director no le dio la bienvenida. Aún llevaba puesto su traje de gala y tenía un ceño tempestuoso.

—Siéntese, Andrews.

Vuelvo a ser Andrews, pensó Mark.

—Si pudiera llevarle al aparcamiento, colocarle contra el paredón y fusilarlo, lo haría.

Mark trató de adoptar un talante inocente. Con Nick Stames por lo general había dado resultado. Aparentemente, no impresionó al director.

—Es un estúpido, atolondrado, irresponsable y temerario idiota.

Mark decidió que le tenía más miedo al director que a quienes tal vez planeaban matarle.

—Usted nos ha comprometido a mí, al FBI y a la presidenta —continuó el director. Mark oía las palpitaciones de su corazón. Si hubiera podido contarlas, habría comprobado que llegaban a ciento veinte. Tyson seguía gritando a voz en cuello—. Si pudiera suspenderle o simplemente despedirle, si por lo menos pudiera hacer algo tan sencillo. ¿Cuántos senadores quedan en su lista, Andrews?

—Siete, señor.

—Nómbrelos.

—Brooks, Harrison, Thornton, Byrd, Nunn, Dex... Dexter, y... —Mark se puso pálido.

—*Summa cum laude* en Yale, y es ingenuo como un *boy scout*. Cuando le vimos por primera vez en compañía de la doctora Elizabeth Dexter, estúpidos que somos, como sabíamos que ella estaba de guardia en la noche del 3 de marzo, en el Woodrow Wilson, supusimos, como buenos estúpidos que somos —repitió con más énfasis aún—, que usted seguía una pista, pero ahora descubrimos que no sólo es la hija de uno de los siete senadores incluidos en

la lista de aquellos que presuntamente quieren asesinar a la presidenta, sino que, por si esto fuera poco, descubrimos también que tiene un amorío con ella.

Mark quiso protestar, pero no consiguió mover los labios.

—¿Se atreve a negar que durmió con ella, Andrews?

—Sí, señor —respondió Mark con mucha parsimonia.

El director quedó momentáneamente desconcertado.

—Joven, hemos instalado micrófonos en la casa, y sabemos perfectamente lo que sucedió.

Mark saltó de su silla, y la cólera feroz triunfó sobre su alelado desconsuelo.

—No podría haberlo negado si usted no me hubiera interrumpido. ¿Ha olvidado lo que se siente al amar a otra persona, si es que alguna vez lo ha sabido? Que se joda el FBI, y ésta es una palabra que no uso a menudo, y jódase usted. Trabajo dieciséis horas al día y no duermo por la noche. Es posible que alguien esté tratando de asesinarme, y resulta que usted, el único en quien confiaba, ha ordenado que sus rufianes anónimos se diviertan como mirones, a mis expensas. Espero que se pudran todos. Prefiero a toda la Mafia.

Mark nunca había estado tan furioso en su vida. Se dejó caer nuevamente en la silla y esperó las consecuencias. Su única fuerza consistía en que ya nada le importaba. El director permaneció igualmente callado. Se acercó a la ventana y miró hacia afuera. Después se volvió lentamente. Los anchos hombros, la enorme cabeza, giraron hacia él. Ha llegado el fin, pensó Mark.

El director se detuvo aproximadamente a un metro de él, mirándole fijamente a los ojos, tal como lo había hecho cuando se habían encontrado por primera vez.

—Discúlpeme —dijo el director—. Este problema me ha puesto al borde de la paranoia. Acabo de dejar a la presidenta, sana, bien, llena de planes para el futuro de este país, y me entero de que el único que puede salvarla y permitirle poner en ejecución esos sueños se acuesta con la hija de uno de los siete hombres que en este momento podrían estar planeando asesinarla. No pensé mucho más que eso.

Un gran hombre, reflexionó Mark.

Los ojos del director no se habían apartado de él.

—Roguemos que no sea Dexter. Porque si es él, Mark, es muy posible que usted corra el mismo peligro —hizo otra pausa—. Entre paréntesis, esos rufianes anónimos le han estado protegiendo día y noche, cumpliendo

también jornadas de dieciséis horas, sin descanso. Algunos de ellos incluso tienen esposa e hijos. Ahora ambos sabemos la verdad. Volvamos al trabajo, Mark, y procuremos conservar la cordura durante otros tres días. Sólo recuerde que debe contármelo todo.

Mark había triunfado. No, Mark había perdido.

—Quedan siete senadores —habló con voz torpe y cansada. Aún estaba nervioso. Mark nunca le había visto así y dudaba que muchos miembros del FBI lo hubieran visto—. Mis conversaciones con la presidenta han reforzado mi sospecha de que el nexa entre el 10 de marzo y el senador es el proyecto de ley de Control de Armas. El presidente de la Comisión de Asuntos Judiciales, que se ocupó de la planificación del proyecto, estaba allí: el senador Bayh. Sigue figurando en la lista. Conviene que averigüe lo que él y nuestros otros sospechosos de esa comisión opinan acerca de la ley..., pero tampoco pierda de vista a Pearson y Nunn, de Relaciones Exteriores —se interrumpió—. Sólo faltan tres días. Mi idea es atenerme al plan original y dejar que las cosas sigan su curso, por ahora. Todavía estoy en condiciones de cancelar en el último momento la agenda de la presidenta para el 10 de marzo. ¿Desea agregar algo, Mark?

—No, señor.

—¿Cuáles son sus planes?

—Mañana visitaré a los directores de personal de las Comisiones de Relaciones Exteriores y de Asuntos Judiciales, señor. Quizá después tendré una idea más clara acerca de la forma de abordar el problema y acerca de lo que debo buscar.

—Bien. Interróguelos concienzudamente a ambos, por si se me ha escapado algún detalle.

—Sí, señor.

—Nuestros técnicos en dactiloscopia trabajan sin descanso con esos veintiocho billetes. Por ahora, se limitan a buscar las huellas de la señora Casefikis. Así sabremos por lo menos en cuál de ellos pueden estar las de nuestro hombre. Ya han hallado más de mil impresiones digitales, pero ninguna coincide con las de la señora Casefikis. Apenas me entere de algo, se lo comunicaré. Esto será todo, por hoy. Ambos estamos exhaustos. No se moleste en volver mañana —el director consultó su reloj—, quiero decir hoy. Preséntese el miércoles a las siete de la mañana, y sea puntual, porque a partir de entonces sólo dispondremos de un día íntegro.

Mark sabía que le estaban invitando a retirarse, pero había algo que quería decir. El director levantó la vista y lo intuyó inmediatamente.

—Ahórreselo, Mark. Vuelva a su casa y descanse un poco. Soy un viejo extenuado, pero me gustaría que hasta el último de esos cerdos acabe entre rejas el martes por la noche. Por su bien, ruego a Dios que Dexter no esté comprometido. Pero no cierre los ojos ante nada, Mark. Es posible que el amor sea ciego, pero esperemos que no sea sordo y mudo.

Un hombre excepcional, pensó Mark.

—Gracias, señor. Le veré el miércoles por la mañana.

Mark sacó su coche lentamente del garaje del FBI. Estaba agotado. No vio señales del hombre anónimo. Miró el espejo retrovisor. Un sedán Ford azul le seguía, y esta vez le pareció obvio. ¿Cómo podría saber a qué bando pertenecían? Quizá dentro de tres días lo sabría. Para entonces lo sabría todo o no sabría nada. ¿La presidenta estaría viva o muerta?

Simon, aún de guardia en la entrada del bloque de apartamentos, saludó a Mark con una sonrisa alegre.

—¿Lo consiguió, macho?

—No exactamente —respondió.

—Puedo llamar a mi hermana, si está desesperado.

Mark procuró reír.

—Es una oferta generosa, pero esta noche no, Simon.

Le arrojó las llaves del coche y se encaminó hacia el ascensor. Una vez encerrado con llave y cerrojo en su apartamento, entró en el dormitorio, se quitó la camisa y la corbata, tomó el teléfono y marcó lentamente siete dígitos. Le atendió una voz dulce.

—¿Sigues despierta?

—Totalmente.

—Te amo. Colgó el auricular y se durmió.

MARTES, 8 DE MARZO

8.04 horas

El teléfono sonaba, pero Mark siguió durmiendo profundamente. La campanilla continuó repicando. Por fin se despertó y enfocó los ojos sobre el reloj: las 8.05. Maldición, probablemente era el director que quería saber dónde demonios estaba. No, había dicho que no le vería esa mañana; ¿no era eso lo que habían convenido? Tomó el auricular.

—¿Estás despierto?

—Sí.

—Yo también te amo.

Oyó el chasquido metálico de la comunicación que se cortaba. Empezaba bien el día, aunque si ella hubiera sabido que lo pasaría investigando a su padre... Y casi seguramente el director la estaba investigando a ella.

Mark dejó correr el agua fría de la ducha hasta despejarse por completo. Siempre que le despertaban súbitamente le quedaban ganas de volver a dormir. La semana próxima, se prometió. La semana próxima haría una multitud de cosas. Echó una mirada al reloj: las 8.25. Esa mañana no comería cereales tostados. Encendió la televisión para comprobar si se había perdido algo de lo que sucedía en el resto del mundo. Él estaba sentado sobre una noticia bomba que haría caer a Barbara Walters de su silla de la CBS. ¿Qué decía el locutor?

—«... y ahora uno de los grandes logros de la Humanidad, las primeras fotos del planeta Júpiter tomadas por una nave espacial estadounidense. Así se hace la historia. Pero antes, este mensaje de Jell-O, el alimento especial para niños especiales».

Mark lo apagó, riendo. Júpiter, junto con el Jell-O, deberían esperar hasta la semana próxima.

Como ya era tarde, decidió tomar el metro en la estación Waterfront próxima a su apartamento. Era distinto cuando él salía temprano y tenía las

calles a su disposición, pero a las 8.30 el tráfico siempre era muy intenso.

La entrada estaba marcada por una columna de bronce que ostentaba una M luminosa. Mark montó en la escalera mecánica, que le llevó desde el nivel de la calle hasta la estación de metro. Ésta, en forma de túnel, le recordó un baño romano, gris y oscuro, con un techo curvo y alveolado. Un dólar. La tarifa de la hora punta. Y debía hacer un trasbordo. Un dólar. Mark hurgó en sus bolsillos buscando el importe exacto. Debo acordarme de hacer acopio de monedas de veinticinco centavos cuando llegue al FBI, pensó, mientras montaba en otra escalera mecánica que le depositó en el andén. Durante las horas punta, o sea de las 6.30 a las 9.00, los trenes pasaban cada cinco minutos. Las luces circulares del costado del andén empezaron a parpadear para anunciar que se acercaba el tren. Las puertas se abrieron automáticamente. Mark se sumó a la multitud apiñada en un vagón colorido, brillantemente iluminado, y cinco minutos más tarde oyó el nombre de su estación de destino a través del sistema de altavoces: Gallery Place. Bajó al andén y esperó un tren de la línea roja. La línea verde era ideal, por las mañanas, cuando tenía que ir a la Agencia local de Washington, pero para ir a Capitol Hill debía hacer trasbordo. Cuatro minutos más tarde salió al sol en el Union Station Visitors' Center, el ajetreado centro de mando de las líneas de autobuses, trenes y metro que entraban y salían de Washington. El Edificio Dirksen del Senado estaba a tres manzanas de allí, por First Street, en la esquina de Constitution. Rápido e indoloro, pensó Mark, mientras atravesaba la entrada de Constitution Avenue. ¿Por qué molestarse tomando el coche?

Pasó frente a dos miembros de la policía del Capitolio que inspeccionaban portafolios y paquetes en la puerta, y pulsó el botón de subida del ascensor público.

—Cuarto, por favor —le dijo al ascensorista.

La audiencia de la Comisión de Relaciones Exteriores debería empezar pronto. Mark extrajo del bolsillo de su americana la agenda de «Actividades del día en la Cámara y el Senado», que había arrancado del *Washington Post*. «Relaciones Exteriores: 9.30 horas. Apertura. Audiencia sobre política estadounidense hacia el Mercado Común; representantes de la Administración. Edificio Dirksen, 4229». Mientras Mark avanzaba por el pasillo, el senador Ralph Brooks, de Massachusetts, entró en la oficina 4229, y Mark le siguió al interior de la sala de audiencias.

El senador, hombre de presencia impresionante, casi de actor cinematográfico, había perseguido encarnizadamente todos los pasos de la carrera política de la presidenta Kane, hasta que ella tomó el relevo después

del fallecimiento del presidente Parkin y le destituyó a él de la Secretaría de Estado.

No tardó en recuperar el escaño del Senado que había sido de ella; luego rivalizó con Florentina Kane por la candidatura democrática, e hicieron falta siete votaciones para que desistiera, tras lo cual asumió la presidencia de la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado.

¿Acaso se proponía eliminar a la presidenta ahora, para acceder él mismo a la primera magistratura? No tenía sentido, porque si Kane cayera asesinada tomaría el relevo el vicepresidente Bill Bradley, más joven que él por cierto, lo cual privaba a Brooks de toda oportunidad. No, el senador no parecía un peligro grave, pero Mark se propuso verificarlo antes de tachar su nombre de la lista.

La sala de audiencias tenía un artesonado de madera de color claro, acentuado por el mármol verde de los zócalos y del marco de la puerta. En el extremo de la sala había una mesa semicircular de la misma madera clara, que se elevaba un peldaño por encima del resto del recinto. Quince sillas de color anaranjado oscuro. Sólo unas diez estaban ocupadas. El senador Brooks se sentó, pero los diversos funcionarios, asistentes, periodistas y empleados administrativos siguieron revoloteando en torno. En la pared, detrás de los senadores, colgaban dos grandes mapas, uno del mundo y otro de Europa. En un escritorio situado directamente por delante y debajo de los senadores estaba sentado un taquígrafo, pronto para registrar textualmente el desarrollo de los debates. Al frente estaban las mesas de los testigos.

Más de la mitad de la sala se hallaba reservada para las sillas del público, casi todas ellas ocupadas. Un cuadro al óleo de George Washington dominaba la escena. Ese hombre debía de haber pasado los últimos diez años de su vida posando para los pintores, pensó Mark.

El senador Brooks le susurró algo a un ayudante y pidió silencio golpeando con el mazo.

—Antes de empezar —dijo—, deseo comunicar al personal del Senado y a la prensa que se ha producido un cambio en la agenda. Hoy y mañana escucharemos el testimonio del Departamento de Estado acerca del Mercado Común Europeo. Luego pospondremos la continuación de estas audiencias hasta la semana próxima, para que la comisión pueda dedicar su atención al tema apremiante de las ventas de armas en África.

Para entonces, casi todos los que se hallaban en el recinto habían encontrado asiento, y los testigos del Gobierno ojeaban sus anotaciones. Mark había trabajado durante un verano en Capitol Hill, mientras era estudiante

universitario, pero ni siquiera ahora dejaba de molestarle el escaso número de senadores que asistían a las audiencias. Como cada senador formaba parte de tres o más comisiones y de incontables subcomisiones, se veían obligados a especializarse y a confiar en la idoneidad de sus colegas y del personal adjunto en aquellos temas en los que no eran expertos. De modo que no era inusitado que a las audiencias de comisión asistieran tres o dos senadores, o a veces incluso uno solo.

El tema en discusión era una ley que pretendía dismantelar la Organización del Tratado del Atlántico Norte. Portugal y España tenían Gobiernos de izquierda, lo mismo que Italia, donde el Papado —que confiaba en los métodos cuya eficacia había sido demostrada por la experiencia— se aisló detrás de sus rejas, y la opinión católica norteamericana obligó a los Estados Unidos a cortar la ayuda financiera al nuevo Gobierno italiano.

Se pensó que las repercusiones económicas del caso italiano influyeron en las elecciones francesas, que desembocaron en la victoria de Mitterrand y los socialistas. Las formas más extremas de socialismo habían sido repudiadas recientemente en Holanda y algunos países escandinavos. Los alemanes estaban conformes con su socialdemocracia. Pero el senador Pearson declaró que, en la última década del siglo veinte, el único aliado auténtico de los Estados Unidos en la OTAN era Gran Bretaña, donde un Gobierno conservador había triunfado por escaso margen de votos en las elecciones generales de febrero.

El ministro de Asuntos Exteriores británico, Kenneth Clarke, había presentado un enérgico alegato contra el dismantelamiento formal de la OTAN. Semejante política habría roto la alianza entre Gran Bretaña y los Estados Unidos, y la primera habría quedado ligada exclusivamente a la Comunidad Económica Europea. El senador Pearson descargó el puño sobre la mesa:

—Debemos tomar en cuenta seriamente la opinión británica, en lugar de interesarnos únicamente por nuestras ventajas estratégicas inmediatas.

Después de escuchar durante una hora cómo Brooks y Pearson interrogaban a los testigos del Departamento de Estado sobre la situación política en España, Mark se deslizó por la puerta y entró en las oficinas de la Comisión de Relaciones Exteriores situadas al final del corredor. La secretaria le informó que Lester Kenneck, director de personal de la comisión, no estaba en su despacho. Mark le había telefoneado el día anterior y le había dado a entender que era estudiante y que estaba reuniendo información para su tesis.

—¿Hay alguna otra persona que pueda darme algunos datos sobre la comisión?

—Veré si puede ayudarle Paul Rowe, que es uno de nuestros colaboradores.

La secretaria tomó el teléfono y, varios minutos más tarde, un hombre delgado, con gafas, salió de una de las habitaciones del fondo.

—¿En qué puedo servirle?

Mark explicó que le gustaría ver cómo se desempeñaban otros miembros de la comisión, y sobre todo Nunn. Rowe sonrió pacientemente.

—Eso no será difícil —dijo—. Vuelva mañana por la tarde o el jueves y asista al debate sobre la venta de armas a África. Le garantizo que el senador Nunn estará presente. Y le resultará mucho más interesante que esta monserga sobre el Mercado Común. En verdad, es posible que la sesión no sea pública. Pero estoy seguro de que si habla con el señor Kenneck, éste encontrará la fórmula para que usted pueda estar presente.

—Muchas gracias. ¿No sabe, por casualidad, si Nunn y Pearson asistieron a la audiencia del 24 de febrero, o a la del jueves pasado?

Rowe arqueó las cejas.

—Lo ignoro. Quizá Kenneck lo sepa.

Mark dio las gracias.

—Ah, olvidaba algo. ¿Puede darme un pase para entrar en la galería del Senado?

El secretario selló una tarjeta y escribió su nombre.

Mark se encaminó hacia el ascensor. Venta de armas. África, pensó. El jueves sería demasiado tarde. Maldición. ¿Cómo diablos se supone que puedo saber por qué uno de estos fulanos querría matar a Kane? Podría tratarse de un demencial enredo militar, o de un caso de racismo agudo. Era absurdo. Pero lo que importaba no era el porqué sino el quién, se recordó a sí mismo. Mientras caminaba, Mark estuvo a punto de tropezar con uno de los botones del Senado, que corría por el pasillo apretando un paquete. El Congreso tiene una escuela de botones para chicos y chicas de todo el país que asisten a clase y trabajan como recaderos en el Capitolio. Todos visten de azul oscuro y blanco y siempre dan la impresión de tener mucha prisa. Mark se detuvo a tiempo y el chico le esquivó sin siquiera acortar el paso.

Mark bajó en el ascensor y salió del Edificio Dirksen por la puerta que se abría sobre Constitution Avenue. Cruzó hasta el edificio del Capitolio, entró en éste por el flanco que correspondía al Senado, debajo de la ancha escalinata de mármol, y esperó el ascensor público.

—Es un día muy ajetreado —comentó el guardia—. Han venido muchos turistas para asistir al debate sobre el control de armas.

Mark asintió.

—¿Arriba habrá que esperar mucho?

—Sí, señor, creo que sí.

Llegó el ascensor, y en el piso que correspondía a la galería otro guardia le indicó a Mark que se situara detrás de una multitud de visitantes boquiabiertos. Mark estaba impaciente. Le hizo señas a uno de los guardias.

—Escuche —le dijo—, tengo un pase público para la galería, pero soy alumno de Yale y estoy realizando un trabajo de investigación. ¿Cree que podrá encontrar la forma de franquearme la entrada?

El guardia asintió comprensivamente.

Pocos minutos más tarde, Mark estaba sentado en la cámara. Sólo veía una parte del recinto. Los senadores ocupaban escaños dispuestos en semicírculo de cara a la presidencia. Incluso mientras alguien hablaba, los funcionarios y senadores se desplazaban de un lado a otro, como si las maniobras realmente importantes se desarrollaran entre cuchicheos y no en el dramático debate.

La Comisión de Asuntos Judiciales había devuelto el proyecto de ley dos semanas atrás, junto con su dictamen, después de prolongadas audiencias y discusiones. La Cámara de Representantes había aprobado una legislación análoga, que habría que conciliar con la versión más estricta del Senado para lograr su promulgación.

Hablaba el senador Dexter. ¿Mi futuro suegro?, se preguntó Mark. Ciertamente no tenía aspecto de asesino, pero al fin y al cabo, ¿qué senador lo tenía? Le había legado a su hija su magnífica cabellera oscura, aunque él ostentaba algunas hebras blancas en las sienes. No tantas como debería haber, pensó Mark... Vanidad de político. Y también le había transmitido sus ojos oscuros. Su actitud parecía ser bastante desdeñosa respecto de la mayoría de quienes le rodeaban, y golpeaba el pupitre con sus largos dedos para subrayar un aserto.

—Al discutir este proyecto de ley hemos omitido una consideración crítica, quizá la más crucial. Me refiero al principio del federalismo. Durante los últimos cincuenta años, el Gobierno federal ha usurpado muchos de los poderes que en otra época controlaban los estados. Buscamos la solución de todos nuestros problemas en la presidenta, en el Congreso. Nunca entró en los planes de los Padres Fundadores de nuestra nación que el Gobierno central

disfrutara de tanto poder, y sobre esta base es imposible gobernar democrática o eficazmente un país tan vasto y heterogéneo como el nuestro. Sí, todos queremos reducir la tasa de criminalidad. Pero el crimen no se presenta de igual manera en todas partes. Nuestra Constitución dejó sabiamente la responsabilidad de reprimir el delito en manos de la jurisdicción estatal y local, exceptuando los casos de aquellas leyes penales federales que se ocupan de problemas de auténtica envergadura nacional. Pero los delitos cometidos con armas de fuego son de naturaleza local. La legislación que los reprime, y su aplicación, deben ceñirse al plano local. Las actitudes de la población y las características específicas del problema delictivo sólo pueden ser entendidas y abordadas por funcionarios públicos en el ámbito estatal y local.

»Sé que algunos colegas argüirán que si exigimos la matriculación de los coches y los conductores, también debemos exigir la de las armas de fuego. Pero, caballeros, no existe ninguna ley nacional de matriculación de coches y conductores. Estos aspectos quedan al arbitrio de cada estado. Cada estado debe quedar en condiciones de resolver por sí mismo lo que es razonable y necesario, tomando en consideración los intereses de sus habitantes.

El senador Dexter monopolizó la sala durante veinte minutos antes de devolver la palabra a la presidencia, ocupada ese día por el senador Kemp, quien le cedió el turno al senador Brooks. Cuando éste hubo terminado sus comentarios preliminares, arremetió con el discurso que llevaba preparado:

—... hemos denunciado consecuentemente las matanzas en el Oriente Medio, en África, en Irlanda del Norte, en países de América Latina. Hemos puesto fin al derramamiento de sangre en Vietnam. ¿Pero cuándo afrontaremos la matanza que tiene por escenario nuestras propias comunidades, nuestras propias calles, nuestros propios hogares, todos los días de todos los años? —Brooks hizo una pausa y miró al senador Harrison, de Carolina del Sur, uno de los principales adversarios del proyecto de ley—. ¿Esperamos que otra tragedia nacional nos obligue a tomar medidas? Sólo después del asesinato de John F. Kennedy, una comisión del Senado tomó en serio el proyecto de ley de Control de Armas, del senador Thomas Dodd. No se aprobó ninguna legislación. Después de los tumultos de Watts, de agosto de 1965, en los que se utilizaron armas compradas y no robadas, el Senado organizó audiencias sobre el control de armas cortas. No se tomó ninguna medida. Fue necesario que ocurriera el asesinato de Martin Luther King, Jr., para que la Comisión de Asuntos Judiciales aprobara medidas destinadas a controlar la venta interestatal de armas cortas, en un apéndice a la Ley

General sobre Control del Crimen. El Senado aprobó la ley. La Cámara de Representantes también, después del asesinato de Robert Kennedy. Para responder a la violencia de 1968, promulgamos la Ley de Control de Armas Cortas. Pero dicha ley, caballeros, tenía una grave laguna: no reglamentaba la producción nacional de dichas armas, porque en esa época el ochenta por ciento de las armas cortas disponibles eran de fabricación extranjera. En 1972, después de que George Wallace fue atacado con una Saturday-Night Special, el Senado se movilizó finalmente para tapar esa laguna. Pero el proyecto de ley murió en la Cámara de Representantes.

»Ahora, transcurridos más de veinte años, olvidando que el presidente Reagan fue gravemente herido en 1981 por un hombre que esgrimía un arma corta en las calles de Washington, y que en los Estados Unidos una persona cae herida o muerta cada dos minutos por disparos de armas de fuego, todavía no tenemos una ley eficaz de control de armas. ¿Qué esperamos? ¿Que alguien asesine a la presidenta? —hizo una pausa para aumentar el énfasis—. El pueblo estadounidense es partidario de la Ley de Control de Armas de Fuego. Todas las encuestas lo demuestran, y ésta es la opinión que predomina desde hace diez años. ¿Por qué permitir a la National Rifle Association que nos maneje, nos persuada de que ella y sus ideas son convincentes cuando en verdad están desprovistas de contenido? ¿En qué ha quedado nuestra capacidad para pesar lúcidamente las alternativas y para indignarnos contra la violencia que en la actualidad reina en nuestra sociedad?

El vehemente estallido impresionó a Mark y a muchos otros observadores. Los periódicos le habían inducido a pensar que Brooks no apoyaría a la presidenta, pues, aparte de algún tipo de animosidad personal, había sido una figura clave en varios debates sobre temas constitucionales y en la lucha contra Haynsworth y Carswell, dos jueces que Kane había querido introducir en el Tribunal Supremo.

El senador Harrison, de Carolina del Sur, un hombre cortés, de circunspecta distinción, pidió la palabra.

—¿Ha terminado el honorable senador por Massachusetts?

Brooks asintió en dirección a la presidencia.

Harrison habló con voz serena pero enérgica:

—Esta ley niega por completo el concepto de defensa propia. Estipula que sólo es lícito poseer un arma corta, una escopeta o un fusil con fines deportivos. Pero me gustaría pedir a mis honorables colegas de los estados metropolitanos que analicen por un momento, sólo por un momento, la situación de la familia que vive en una granja de Iowa o en una hacienda de

Alaska y que necesita tener un arma en la casa para protegerse. No para practicar deportes, sino para su defensa propia. A mi juicio, tiene derecho a valerse de ese recurso. Porque es indudable que en este país, tanto en las zonas urbanas como en las rurales, se está produciendo un incremento de la delincuencia. Ésta es la raíz del problema: la delincuencia, y no la cantidad de armas que circulan. El incremento de la delincuencia implica, claro está, una mayor cantidad de crímenes en los que se utilizan armas de fuego. Pero no son las armas las que perpetran los crímenes; quienes los cometen son los individuos. Si deseamos combatir el crimen, debemos investigar sus causas profundas, en lugar de empeñarnos en arrebatrar las armas a quienes las usarían legalmente. Como proclaman muchos adhesivos que vemos en los coches de este gran país: «Si es delito portar armas, sólo los delincuentes las portarán».

El senador Thornton, de Texas, flaco y huesudo, con el cabello negro y grasiento que Mark recordaba haber visto en el Mr. Smith's Restaurant, empezaba a manifestar su conformidad con las opiniones de los senadores Dexter y Harrison, cuando se encendieron seis luces que rodeaban los números del reloj situado en el extremo de la cámara donde se hallaba Mark. Un timbre eléctrico sonó seis veces para indicar que había concluido la sesión de la mañana. La «hora matutina» del recinto del Senado, que se extendía desde mediodía hasta no más allá de las 14.00 horas, estaba reservada para presentar petitorios y memoriales, informes de comisiones permanentes y especiales, y proyectos de ley y de resolución.

El senador Kemp consultó su reloj.

—Discúlpeme, senador Thornton, pero es mediodía, y ahora que ha concluido la sesión de la mañana varios de nosotros debemos comparecer en la comisión para discutir la Ley de Purificación Atmosférica que figura en la agenda de esta tarde. ¿Por qué no reanudamos la sesión a las catorce treinta? Todos los que podamos abandonar la comisión a esa hora nos reuniremos aquí para debatir este proyecto de ley. Es importante acelerar lo más posible la discusión de dicha legislación, porque aún esperamos poder votarla durante el actual período de sesiones.

El recinto del Senado se vació en un minuto. Los actores habían recitado sus parlamentos y sólo quedaron aquellos que debían poner el teatro en condiciones para la función de la tarde. Mark le preguntó al guardia quién era Henry Lykham, el otro director de personal con el que debía entrevistarse. El guardia, que lucía el uniforme azul oficial del Servicio de Seguridad del Senado, le señaló a un hombre bajo y gordo, con un fino bigote y una cara

franca y jovial, que estaba sólidamente instalado en un amplio asiento del otro extremo de la galería, tomando notas y revisando papeles. Mark se acercó a él, ajeno al hecho de que un par de ojos ocultos tras elegantes gafas oscuras le seguían sin perder detalle de todos sus movimientos.

—Me llamo Mark Andrews, señor.

—Ah, sí, el estudiante graduado. Enseguida estaré con usted, señor Andrews.

Mark se sentó y esperó. El hombre de las gafas oscuras abandonó la cámara por la puerta lateral.

—Muy bien, señor Andrews, ¿qué le parece si comemos juntos?

—Estupendo —respondió Mark.

Se dejó llevar a la planta baja, al G-211, el comedor de los senadores. Encontraron una mesa desocupada a un lado del salón. Mark habló en forma convincente sobre la dureza del trabajo que debía realizar el director de personal de la comisión, mientras otros se llevaban los elogios y la publicidad. Lykham asintió de buen grado. Ambos escogieron sus platos del menú, y el hombre que les observaba detenidamente, separado de ellos por tres mesas, hizo otro tanto. Mark le dijo al director de personal que proyectaba escribir su tesis sobre la Ley de Control de Armas, si ésta era aprobada, y que quería contar con alguna información interesante sobre lo que sucedía entre bastidores, algo que el público no encontraría en los periódicos.

—En consecuencia, señor Lykham —concluyó—, me aconsejaron que hablase con usted.

El gordo sonrió. Como Mark había previsto, se sentía suficientemente halagado, y empezó a hablar:

—No hay nada que no pueda contarle acerca de este proyecto y acerca del hato de políticos que intervienen en su elaboración.

Mark sonrió, recordando el testimonio que había dado Anthony Ulasewicz, un detective retirado del Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York, en las audiencias del Watergate. Él había estudiado dichas audiencias en un seminario de Yale. Ulasewicz había dicho, más o menos, lo siguiente: «¿Por qué molestarse en instalar micrófonos ocultos en el local? Los políticos y los funcionarios le dirán todo lo que quiera saber, por teléfono, e incluso estarán dispuestos a enviárselo por correo, sea usted quien fuere». El senador Sam Irvin, de Carolina del Norte, presidente de la comisión, le reprendió por haber tratado a los investigadores con frivolidad y por haber convertido el episodio en una humorada. «No es una humorada, es la verdad», respondió Ulasewicz.

Mark preguntó cuáles de los once senadores que integraban la comisión apoyaban el proyecto. Sólo cuatro de ellos habían asistido al debate matutino. Al cabo de sus investigaciones, Mark creía conocer bien las opiniones de la mayoría de ellos, pero deseaba confirmar sus hipótesis.

—Entre los demócratas, Brooks, Burdick, Stevenson y Glenn votarán a favor. Abourezk, Byrd y Moynihan se reservan sus opiniones, pero probablemente apoyarán el proyecto del Gobierno. Votaron a favor en la comisión. Thornton es el único demócrata que posiblemente votará en contra. Ya oyó cómo su posición coincidió con la de Dexter, en defensa de los derechos de los estados. Pero para Thornton, joven, no se trata de una cuestión de principios. Quiere quedar bien con Dios y con el diablo. En Texas rige una severa legislación local de control de armas, de modo que él puede alegar que su actitud implica que los estados tienen derecho a adoptar cualesquiera medidas que juzguen necesarias para proteger a sus ciudadanos. Pero en Texas también hay varias fábricas de armas de fuego, como Smith and Wesson, GKN Powdermet, Harrington and Richardson, que resultarían muy perjudicadas si se promulgara una ley federal de control de armas. El fantasma del desempleo, ya sabe. Mientras esas firmas puedan vender sus mercancías fuera de Texas, son un modelo de virtudes. De este modo Thornton engaña a sus electores, haciéndoles pensar que pueden controlar las armas y al mismo tiempo fabricarlas. Es un hombre que se ha comprometido en algunos juegos extraños. En cuanto a los republicanos, Mathias, de Maryland, votará a favor del proyecto. Es muy liberal..., nunca he podido entender por qué es miembro del Partido Republicano. McCollister, de Nebraska, votará en contra, junto con Woodson, de Arkansas. A Harrison y Dexter ya los oyó. No dejan lugar a dudas.

»Harrison sabe muy bien que sus electores no tolerarán el control de armas y que si él lo apoya perderá las próximas elecciones. Es difícil saber si la National Rifle Association le lavó el cerebro, porque parece sincero cuando habla de la defensa propia. Es un tipo curioso. Aquí todos le consideran un conservador recalcitrante, pero nadie le conoce a fondo. No hace mucho tiempo que ocupa su escaño. Sucedió a Sparkman, al retirarse éste... Es una verdadera incógnita.

Mark le dejó hablar. Lykham disfrutaba en su papel de experto, de hombre que lo sabía todo. En condiciones normales, pasaba horas sentado en la sala de audiencias, sin poder decir una palabra, escuchando y tomando notas y susurrando de vez en cuando una sugerencia en el oído del presidente de la sala. Sólo su esposa escuchaba sus opiniones y jamás entendía su

trascendencia. Lykham se sentía feliz de haber encontrado un académico que había acudido a él en busca de información veraz.

—Dexter es un buen orador..., un personaje simpático. Venció al candidato que debía completar el mandato de Ribicoff cuando a éste la presidenta le designó embajador volante. Fue un triunfo inesperado. Nunca habría pensado que a Connecticut lo representarían dos republicanos. Supongo que los responsables del cambio fueron todos los neoyorquinos ricos que se mudaron a Stamford. De todos modos, confidencialmente, Andrews, yo desconfío de la pureza de los principios de Dexter. ¿Sabe cuántas fábricas de armas hay en Connecticut? Remington, Colt, Olin, Winchester, Marlin, Sturm-Ruger. Claro que eso nunca impidió que el senador Ribicoff votara a favor del control de armas, pero Dexter..., bien, no es un secreto que tiene mucho dinero invertido en una de esas fábricas. Algo le preocupa últimamente, porque está de pésimo humor, y hasta ahora no ha faltado a una sola sesión.

Mark experimentó un malestar en el estómago. Por Dios, ¿el padre de Elizabeth? Sencillamente, no quería creerlo.

—¿De modo que piensa que esta ley será aprobada? —preguntó Mark con la mayor naturalidad.

—Por supuesto, mientras los demócratas lleven la batuta. El informe de la minoría fue feroz, pero el 10 de marzo habrá mayoría de votos a favor. No quedaron muchas dudas después de que la Cámara de Representantes aprobó el proyecto. El jueves, nadie podrá detenerlo. El líder de la mayoría parlamentaria sabe perfectamente cuán importante es esta ley para la presidenta. Byrd, pensó Mark. Figura en la lista.

—¿Qué me puede decir acerca del líder de la mayoría parlamentaria? ¿Formaba parte de la Comisión de Asuntos Judiciales, verdad? ¿Cuál es su posición?

—Es una pregunta interesante, Andrews. El senador Byrd es un individuo adusto, vehemente, ambicioso. Tiene úlceras. Nació en el seno de una familia pobre y siempre pone énfasis en sus orígenes. Tanto que algunos de sus colegas le llaman Uriah Heep. En la década de 1940, cuando sólo tenía diecinueve años, fue miembro del Ku Klux Klan, pero logró despojarse de este lastre y remontarse a las cumbres del poder, en el Senado, dentro de un partido dominado por los liberales. Llegó a ese puesto porque sabe jugar en equipo. Siempre ha hecho y sigue haciendo favores a los otros senadores. Es diligente y se preocupa por satisfacer las necesidades de los demás. Su

puntillosidad ha rendido frutos. Siempre ha apoyado la posición Demócrata... con D mayúscula. Y es muy eficiente como líder de la mayoría parlamentaria.

»Es una relación fría, pero, como líder de la mayoría, Byrd ha acatado la disciplina. Dados sus antecedentes, es poco probable que sea sinceramente partidario del control de armas, pero, naturalmente, no ha hablado contra el proyecto, porque él es quien lo ha introducido aquí muy sagazmente en representación de la presidenta. Lo introdujo anticipadamente en la agenda, evitó las interrupciones en las actividades parlamentarias...

—Disculpe que me entrometa, señor Lykham, ¿pero qué entiende usted por evitar las interrupciones en las actividades parlamentarias? ¿Seguramente la comisión no está reunida durante las veinticuatro horas del día?

—No, joven, me refería a una distinción técnica, de procedimiento, entre el hecho de levantar la sesión y el hecho de interrumpirla. Verá, generalmente el Senado interrumpe la sesión de un día para otro. Al día siguiente de la interrupción, tiene prioridad el temario inconcluso del día anterior, y es posible desechar la agenda del momento. Cuando el líder de la mayoría opta por interrumpir la sesión en lugar de levantarla, alarga la «jornada legislativa». Y como los proyectos despachados por la comisión deben quedar en carpeta durante una jornada legislativa antes de que se considere la moción de tratarlos, la interrupción puede servir como método para postergar la discusión de un determinado asunto. La así llamada «jornada legislativa» puede prolongarse durante días, semanas, y teóricamente incluso meses. Este proyecto ha sido puesto a consideración en un plazo mínimo. Si la presidenta no consigue apoyo el día 10, no tendrá tiempo de repetir la operación antes de presentar su candidatura para un segundo mandato. Será una victoria de los enemigos del proyecto. Y es posible que no la reelijan, si debemos confiar en los resultados de las encuestas. Últimamente los estadounidenses se cansan enseguida de sus presidentes. De modo que o lo aprueban el 10 de marzo o habrá que olvidarlo.

—¿Qué podría hacerlo fracasar ese día?

—Nada que se me ocurra de primera intención, excepto la muerte de la presidenta, que obligaría a suspender las sesiones del Senado durante siete días. Pero yo la veo muy bien. Quizá un poco sobrada de peso, aunque no soy el más indicado para hacer ese tipo de comentarios.

Mark se disponía a interrogar a Lykham acerca de Brooks, cuando el director de personal consultó el reloj.

—Mire la hora —exclamó Lykham—. Debo volver. He de estar allí el primero, sabe, para ponerlo todo en orden. Así los senadores piensan que no

hemos salido de la oficina.

Mark le dio las gracias. Lykham tomó la cuenta y la firmó.

—Cuando necesite más información, no vacile en llamarme.

—Claro que lo haré —asintió Mark.

El rechoncho director de personal se alejó con un paso que para él era muy veloz. Mark se quedó cavilando frente a su café. El hombre sentado tres mesas más allá había terminado el suyo y esperaba el movimiento siguiente de Mark. Las malditas campanillas volvieron a sonar. Pero esta vez indicaban que se estaban computando los votos afirmativos y negativos en el recinto. Apenas terminara la votación, los senadores volverían todos a las reuniones de comisión. La campanilla arrancó a Mark de sus reflexiones.

Regresó al Edificio Dirksen y a las oficinas de la Comisión de Relaciones Exteriores, donde preguntó por el señor Kenneck.

—¿A quién debo anunciar? —inquirió la secretaria.

—Andrews. Soy estudiante de Yale.

La secretaria levantó el auricular y pulsó dos dígitos. Le repitió a su interlocutor lo que le había dicho Mark.

—Está en el despacho 4991.

Mark le dio las gracias y se encaminó hacia el despacho 4991, que quedaba muy cerca de allí.

—Bien, Andrews, ¿qué puedo hacer por usted? —preguntó, antes incluso de que Mark cerrara la puerta.

La brusquedad de la pregunta desconcertó a Mark. Luego se recuperó.

—Estoy reuniendo algunos datos para una tesis sobre el trabajo de los senadores, señor Kenneck, y el señor Lykham me dijo que usted es la persona a quien me conviene consultar. ¿Acaso los senadores Nunn y Pearson estuvieron en el Senado el jueves 3 de marzo, a las diez y media, para asistir a la sesión de la Comisión de Relaciones Exteriores?

Kenneck se inclinó sobre un libro encuadernado en cuero rojo.

—Nunn... no —hizo una pausa—. Pearson... no. ¿Algo más, señor Andrews?

Obviamente, no estaba sobrado de tiempo.

—No, gracias.

Mark se encaminó hacia la biblioteca. Ahora la lista quedaba reducida a cinco hombres, si el FBI no se equivocaba al deducir de lo captado en la transmisión ilegal de radio que el hombre que les interesaba debía de haber estado en el Senado en la mañana del 3 de marzo. Revisó sus anotaciones: todos los sospechosos restantes —Brooks, Byrd, Dexter, Harrison y Thornton

— habían asistido a las sesiones de la Comisión de Asuntos Judiciales sobre el proyecto de ley de Control de Armas, y se hallaban en el recinto del Senado, donde asistían al debate. ¿Cinco hombres y un motivo?

Le siguieron fuera de la oficina y en el ascensor que le condujo a la planta baja. Utilizó el teléfono público situado en el otro extremo del vestíbulo, cerca de la entrada de Constitution Avenue, para llamar al director.

Marcó el número privado del director.

—*Julius*.

—¿Cuál es su número?

Mark se lo dio. El director se comunicó con él pocos segundos después.

—He eliminado a Nunn y Pearson. Quedan cinco, y lo único que tienen en común es que todos ellos han formado parte de la comisión que estudió el proyecto de ley de Control de Armas.

—Bien —respondió el director—. Lo que esperaba. Está mejorando, Mark, pero se le agota el tiempo. Sólo quedan aproximadamente cuarenta y ocho horas.

—Sí, señor.

La comunicación se cortó.

Esperó un momento y luego marcó el número del Woodrow Wilson. Nuevamente debió soportar una espera interminable mientras buscaban a Elizabeth. ¿Qué podía decir acerca de la noche anterior? ¿Qué sucedería si el director estaba en lo cierto y el padre de Elizabeth...?

—Doctora Dexter.

—¿Cuándo terminas de trabajar esta noche, Liz?

—A las cinco, mi amante —respondió ella con tono mordaz.

—¿Puedo ir a buscarte?

—Si lo deseas, ahora que sé que tus intenciones son puras y honorables.

—Escucha, tenemos que poner las cosas en claro. Te he dicho lo que siento. Era cierto ayer y es cierto ahora.

—Te veré a las cinco, Mark.

—Te veré a las cinco, Liz.

Mark hizo un esfuerzo premeditado de voluntad para borrar a Elizabeth de su mente y atravesó la calzada en dirección al edificio del Capitolio. Se sentó bajo un árbol en el césped que se extendía entre el Tribunal Supremo y el Capitolio. Protegido, pensó, por la ley y la legislatura, sujeto por la Constitución y la Independencia... en curiosa coincidencia con los nombres

de las calles. ¿Quién se atrevería a hacerle daño allí, frente al Capitolio, en la madriguera favorita del personal del Senado, los empleados de tribunales y la policía del Congreso? Un autocar de turismo, azul y blanco, pasó por First Street, y le bloqueó la imagen de las fuentes que se levantaban frente al Tribunal Supremo. Los turistas miraban boquiabiertos el blanco esplendor marmóreo de Washington. «Y a su derecha, damas y caballeros, el Capitolio de los Estados Unidos. La piedra fundamental del edificio original fue colocada en 1793. Los británicos incendiaron el edificio del Capitolio el 24 de agosto de 1814...».

Y un senador loco lo profanará el 10 de marzo, agregó Mark silenciosamente mientras el autocar seguía su marcha. Los presagios le abrumaban: va a suceder realmente, no podremos evitarlo. César llega al Capitolio... Sangre sobre la escalinata.

Se obligó a mirar sus anotaciones. Brooks, Byrd, Dexter, Harrison, Thornton. Disponía de dos días para reducir a uno esos cinco nombres. El conspirador a quien buscaba era Casio, no Bruto. Brooks, Byrd, Dexter, Harrison y Thornton. ¿Dónde habían estado el 24 de febrero a la hora de comer? Si hubiera tenido la respuesta, habría sabido cuáles de los cuatro eran inocentes y cuál era el hombre suficientemente loco como para tramar el asesinato de la presidenta. Aunque descubramos al instigador, pensó, mientras se ponía en pie y se sacudía la hierba del pantalón, ¿cómo evitaremos el asesinato? Obviamente, el senador no iba a ser autor material del crimen. Deberemos mantener alejada del Capitolio a la presidenta. El director debe de tener un plan. Con seguridad no dejará que las cosas lleguen hasta semejante extremo, se dijo. Mark cerró su carpeta y se encaminó hacia el metro.

Una vez en su casa, recogió el coche y condujo lentamente hacia el Woodrow Wilson. Esta vez le seguía un coche distinto, un Buick negro. Alguien me vigila nuevamente, pensó. Llegó al hospital a las 16.45, pero Elizabeth aún no había terminado, de modo que volvió al coche y encendió la radio para escuchar el noticiario de la tarde. La apertura fue que un terremoto había causado la muerte de ciento doce personas en las Filipinas. La presidenta Kane confiaba en obtener apoyo para el proyecto de ley de Control de Armas. El nivel del índice Dow-Jones había subido tres puntos para cerrar a 1411. Los Yankees habían vencido a los Dodgers en un partido de entrenamiento de primavera. ¿Qué hay de nuevo?

Elizabeth salió del hospital con talante deprimido y se sentó junto a él con un movimiento brusco.

—¿Qué puedo decir acerca de lo ocurrido en la noche de ayer? —preguntó Mark.

—Nada —respondió Elizabeth—. Fue como leer un libro al que le han arrancado el último capítulo. ¿Quién lo arrancó, Mark?

—Quizás he traído el último capítulo conmigo —dijo Mark, eludiendo la pregunta.

—Gracias, pero creo que durante un tiempo no estaré de humor para que me arrulles con otras historias a la hora de dormir —comentó—. La última me produjo pesadillas.

Elizabeth estaba muy taciturna y Mark apenas pudo arrancarle algunas palabras. Dobló a la derecha para salir de Independence y detuvo el coche en una de las calles laterales del Mall, de cara al Jefferson Memorial y a la puesta de sol.

—¿Se trata de la noche pasada? —inquirió Mark.

—En parte —contestó ella—. Cuando te fuiste como te fuiste, me sentí muy tonta. ¿Supongo que no me explicarás qué fue lo que sucedió?

—No puedo —dijo Mark, alterado—. Pero créeme que no fue nada relacionado contigo. Por lo menos eso es casi... —se interrumpió bruscamente.

Nunca abochornes al FBI.

—«Por lo menos eso es casi...» ¿qué? ¿Casi cierto? ¿Por qué era tan importante esa llamada?

—Pongamos punto final a esta conversación y vayamos a cenar.

Elizabeth no respondió.

Puso el coche nuevamente en marcha. Dos coches arrancaron al mismo tiempo que el suyo. Un sedán Ford azul y un Buick negro. Ciertamente, hoy quieren sentirse muy seguros, pensó. Quizás uno de ellos estaba buscando un sitio donde aparcar y eso era todo. Le echó una mirada a Elizabeth para comprobar si ella también lo había notado. No, ¿por qué habría de notarlo? Sólo él podía ver lo que se reflejaba en el espejo retrovisor. Condujo hasta un pequeño y cálido restaurante japonés de Wisconsin Avenue. No podía llevarla a su casa mientras desde el maldito FBI la estuvieran controlando con micrófonos ocultos. El camarero oriental seccionó con destreza los gordos camarones y los cocinó sobre la plancha de metal que descansaba en el centro de la mesa. Al terminar la cocción hizo saltar cada camarón en sus respectivos platos, y les sirvió pequeñas y deliciosas escudillas de salsa para bañar los trozos. Elizabeth se espabiló bajo los efectos del *sake* tibio.

—Disculpa que haya reaccionado con tanta vehemencia. En este momento tengo muchas preocupaciones.

—¿Quieres contarme de qué se trata?

—Me temo que no es posible. Se trata de un asunto personal y mi padre me ha pedido que por ahora no lo discuta con nadie.

Mark se quedó petrificado.

—¿No puedes decírmelo a mí?

—No. Supongo que ambos deberemos tener paciencia —afirmó Elizabeth.

Fueron a un autocine y permanecieron sentados en la confortable semipenumbra, tomados del brazo como camaradas. Mark intuyó que ella no quería que la tocara, y en verdad él no estaba de humor para hacerlo. A ambos les preocupaba el mismo hombre, pero por diferentes razones... ¿o acaso era por la misma razón? ¿Y cómo reaccionaría Elizabeth si descubría que él estaba investigando a su padre desde el día siguiente a su primer encuentro? Quizá lo sabía. Maldición, ¿por qué no podía confiar simplemente en ella? Seguramente no trataba de engatusarle. Cuando terminó la película no recordaba casi nada del argumento; llevó a Elizabeth a la casa de ella y se fue inmediatamente. Aún le seguían dos coches.

—¡Hola, macho!

Una figura saltó de entre las sombras. Mark dio media vuelta y manoteó sobresaltado la pistolera.

—Oh, qué tal, Simon.

—Escuche, macho, si todavía está desesperado puedo mostrarle unas fotos pornográficas, porque parece que no sabe apañarse solo. Anoche me visitó una negra y esta noche me visitará una blanca.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Lo confirmé por anticipado, macho. No tengo tiempo para perder, con mi lindo cuerpo —Simon prorrumpió en una carcajada—. Piense en mí cuando esté esta noche solo en su cama, Mark, porque seguramente yo me habré olvidado de usted. Y dese una ducha fría, macho.

Mark le arrojó las llaves y le miró alejarse en dirección al Mercedes, contoneando las caderas, danzando y riendo.

—Usted no tiene lo que hace falta, chico.

—¡Mierda! Eres un cerdo impertinente —dijo Mark, y también se rió.

—Vamos, está celoso, macho, o es que tiene prejuicios —contestó Simon, mientras hacía rugir el motor y enfilaba hacia una plaza libre. Cuando pasó junto a Mark, gritó—: Sea como fuere, el ganador soy yo.

Mark se preguntó si no debería solicitar empleo como encargado de garaje en ese bloque de apartamentos. Aparentemente, el trabajo tenía sus compensaciones. Miró en torno. Vio que algo se movía. No, eran sólo sus nervios o su imaginación. Cuando estuvo en su habitación, redactó el parte para la entrevista de la mañana con el director y se dejó caer en la cama.

Faltaban dos días.

MIÉRCOLES, 9 DE MARZO

1.00 horas

Sonó el teléfono. Mark empezaba a dormirse, y aún flotaba entre los sueños y la vigilia. El teléfono insistió. Trata de atender. Podría ser *Julius*.

—Sí —dijo, bostezando.

—¿Mark Andrews?

—Sí —respondió cansadamente, buscando una posición más cómoda en la cama. Temía que si se despertaba del todo nunca volvería a dormirse.

—Habla George Stampouzis. Disculpe que le despierte, pero he averiguado algo y supuse que querría saberlo de inmediato.

Las palabras de Stampouzis fueron como un chorro de agua fría. Mark se despejó instantáneamente.

—Correcto. No diga nada más. Le llamaré desde una cabina telefónica. ¿Cuál es su número?

Mark lo escribió sobre el dorso de una caja de Kleenex, que fue lo único que encontró a mano. Se puso una bata, metió los pies en un par de zapatillas de tenis y se encaminó hacia la puerta. La abrió y miró hacia ambos lados. Jesús, se estaba volviendo paranoide. No se oía ningún ruido en el pasillo. No lo habría habido si alguien le estaba esperando. Bajó en el ascensor hasta el garaje, donde había una cabina telefónica. Simon dormía en su silla... ¿cómo lo lograba? A Mark ya le había resultado bastante difícil conciliar el sueño en la cama.

Marcó el código 212.

—Hola, Stampouzis. Habla Andrews.

—¿Ustedes los agentes federales siempre practican los mismos juegos a la una de la mañana? Yo pensé que después de tanto tiempo habrían encontrado un sistema mejor.

Mark lanzó una carcajada. Su risa reverberó en el garaje y Simon se sobresaltó en la silla, sin despertarse.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Hoy intercambié una información, y ahora usted me debe dos primicias —Stampouzis hizo una pausa—. La Mafia fue totalmente ajena a la muerte de Stames, y no está histérica por la ley de Control de Armas, aunque básicamente se opone a ella. Ahora lo sabe todo. No habría hecho ese sacrificio por alguien que no fuera Nick, de modo que utilice bien el dato.

—Hago todo lo que puedo —respondió Mark—. Gracias por la ayuda. Colgó el auricular en la horquilla y se encaminó nuevamente hacia el ascensor, pensando en la cama revuelta. Esperaba que todavía estuviera tibia. Simon seguía durmiendo.

MIÉRCOLES, 9 DE MARZO

5.50 horas

—Es para usted, señor.

—¿Cómo dice? —murmuró el director, aún semidormido.

—El teléfono, señor. Es para usted —su ama de llaves estaba en la puerta, vestida con una bata.

—Oh. ¿Qué hora es?

—Las seis menos diez, señor.

—¿Quién habla?

—El señor Elliott, señor.

—Bien, pásame la comunicación.

—Sí, señor.

Elliott le había despertado. No lo habría hecho si no hubiera sido indispensable.

—Buenos días, Elliott. Bien, ¿de qué se trata? —hizo una pausa—. ¿Está seguro? Esto cambia totalmente la situación. ¿A qué hora debe presentarse? A las siete, por supuesto. Le veré a usted a las seis y media.

El director colgó el auricular, se sentó sobre el borde de la cama y dijo con voz muy potente:

—Maldición.

Para las normas del director, eso ya era un exceso. Con los grandes pies sólidamente plantados sobre el suelo y las manazas abiertas sobre sus muslos también robustos, estaba sumido profundamente en sus pensamientos. Por fin se levantó, se puso una bata y desapareció en el interior del baño, repitiendo varias veces el juramento.

Mark también recibió una llamada telefónica, pero no del hombre anónimo sino de Elizabeth. Quería verle urgentemente. Acordaron encontrarse a las

ocho en el vestíbulo del Mayflower. Estaba seguro de que nadie le reconocería allí, pero se preguntó por qué Elizabeth había elegido ese lugar.

Mark se quitó la bata y volvió al baño.

El senador también recibió una llamada telefónica temprana, pero no del hombre anónimo ni de Elizabeth, sino del presidente del Consejo de Administración, que estaba organizando la reunión del mediodía para impartir las últimas instrucciones, en el hotel Sheraton de Silver Spring. El senador asintió, volvió a colgar el auricular y se paseó en bata por la habitación, cavilando.

—Café para tres, señora McGregor. ¿Están los dos aquí? —preguntó el director, al pasar frente a ella.

—Sí, señor.

La señora McGregor estaba muy elegante con su nuevo traje de dos piezas de color turquesa, pero el director no lo notó. Entró en su despacho.

—Buenos días, Matt. Buenos días, Mark —¿cuándo debía dejar caer la bomba? Resolvió dejar que Andrews hablara antes—. Bien, ¿qué es lo que ha averiguado?

—Creo que hemos reducido nuestra lista a cinco senadores, señor: Brooks, de Massachusetts; Byrd, de Virginia Occidental; Dexter, de Connecticut; Harrison, de Carolina del Sur; y Thornton, de Texas. El elemento común es la oposición al proyecto sobre Control de Armas, que como sabemos, señor, probablemente se convertirá en ley el 10 de marzo. Casi lo único que podría impedir este desenlace sería el asesinato de la presidenta.

—Yo habría dicho que ése sería el único acto capaz de garantizar la aprobación de la ley —comentó Matthew Rogers.

—Cuénteselo a los dos Kennedy, a Martin Luther King, a George Wallace y a Ronald Reagan y verá qué le contestan —respondió el director—. Continúe, Mark.

Mark reseñó lo que Lykham y Stampouzis le habían informado acerca de cada uno de esos hombres, y explicó por qué había eliminado de la lista de siete a los otros dos: Pearson y Nunn.

—Esto es válido, señor, siempre que no hayamos abordado el caso desde un ángulo equivocado y no nos estemos encaminando hacia un punto muerto.

Y por lo que a mí concierne, eso es muy posible. Estoy boxeando con sombras.

El director asintió y esperó.

—Me proponía pasar el día de hoy viéndolos en acción, en el Senado —prosiguió Mark—. Ojalá pudiera encontrar un buen sistema para averiguar dónde comieron el 24 de febrero, sin tener que preguntárselo cara a cara, desde luego.

—No se aproxime a ellos. Ése sería el mejor método para conseguir que suspendieran la operación. Ahora, Mark, debo advertirle que no tengo buenas noticias, de modo que acomódese bien y prepárese para lo peor. Hemos empezado a pensar que nuestro hombre es Dexter —dijo el director.

Mark se quedó frío.

—¿Por qué, señor? —consiguió balbucear.

El subdirector se inclinó hacia adelante para hablar.

—Algunos de mis hombres han estado haciendo averiguaciones en la Georgetown Inn, con mucha discreción. No esperábamos descubrir nada nuevo. Interrogamos a todo el personal que trabaja durante el día, y nadie nos pudo suministrar información útil. A primera hora de esta mañana, para no dejar ningún cabo suelto, entrevistamos al personal del turno de noche. Resulta que uno de los porteros de noche, que no se hallaba cumpliendo ninguna función durante el día, por supuesto, está convencido de que vio cómo el senador Dexter se alejaba apresuradamente del hotel, por la calle, a eso de las catorce treinta del 24 de febrero.

Mark estaba perplejo.

—¿Cómo supo que se trataba del senador Dexter?

—Ese hombre nació y se crió en Wilton, Connecticut. Le conoce bien. Me temo que hay algo más: le acompañaba una joven cuya descripción coincide, a grandes rasgos, con la de su hija.

—Esto no es una prueba —exclamó Mark—. No se trata más que de elementos circunstanciales.

—Quizá sí —respondió el director—. Pero es una coincidencia desafortunada para el senador Dexter. Recuerde que tiene dinero invertido en la industria de armamentos. Su economía no saldrá muy bien parada si se aprueba la ley de Control de Armas. En verdad, nuestras investigaciones demuestran que perderá una fortuna, de modo que también puede existir un motivo.

—Pero, señor —arguyó Mark, arrastrado por la necesidad de creer en Elizabeth—, ¿piensa realmente que un senador tramaría el asesinato de la

presidenta sólo para mantener a flote una de sus empresas? Hay muchos métodos menos drásticos para demorar una ley. Podría tratar de frenarla en una comisión. O incluso organizar una maratón de discursos para intentarlo.

—Ya lo intentó... y fracasó, Mark —le interrumpió Matthew Rogers.

—Es posible que los otros cuatro senadores tengan motivos más poderosos, que desconocemos. Dexter no es el candidato obligado —continuó Mark con tono de poca convicción.

—Entiendo lo que dice, Mark. Su argumento es válido. En circunstancias normales admitiría que parece improbable, pero debemos guiarnos por las pruebas de las que disponemos, aunque sean frágiles y sólo circunstanciales. Y hay algo más. En la noche del 3 de marzo, cuando asesinaron a Casefikis y el cartero, el nombre de la doctora Dexter no figuraba en la hoja del personal. Debía haber concluido su turno a las cinco de la tarde, pero por una razón indescifrable se quedó dos horas más, trató al griego, que no era su paciente, y después se fue a su casa. Claro que es posible que decidiera trabajar horas extraordinarias por una cuestión de conciencia profesional, o que estuviera sustituyendo a un colega, pero aquí se suma una cantidad endemoniada de casualidades, Mark. Debo decir que, objetivamente, hay demasiados indicios contra el senador Dexter... y su hija.

Mark no respondió.

—Ahora, escuche, y escuche con atención —continuó el director—. Sé que usted quiere creer que todas éstas son simples coincidencias y que el culpable es uno de los otros cuatro..., pero sólo dispongo de veintiséis horas hasta que la presidenta salga de la Casa Blanca, y debo afrontar los hechos tales como se presentan. Quiero atrapar al hombre implicado, quienquiera que sea, y no estoy dispuesto a arriesgar la vida de la presidenta en este trance. ¿Cuándo volverá a ver a la chica?

Mark alzó la vista:

—A las ocho, en el Mayflower.

—¿Por qué? ¿Por qué en el Mayflower?

—No lo sé, señor. Sólo me dijo que era importante.

—Hum, bien, creo que debe ir y pasarme un informe inmediatamente.

—Sí, señor.

—No entiendo por qué eligió el Mayflower, Andrews. Tenga cuidado.

—Sí, señor.

—Son las ocho menos diez. Será mejor que se vaya. Entre paréntesis, aún no hemos tenido suerte con los billetes de cincuenta dólares. Estamos revisando los últimos ocho, pero no han aparecido impresiones digitales de la

señora Casefikis. Hemos recibido mejores noticias sobre el alemán, Gerbach. Se ha demostrado fehacientemente que no estuvo vinculado a la CIA durante su estancia en Rhodesia y que tampoco lo estaba cuando murió, de modo que éste es un problema resuelto.

A Mark le importaban un bledo los billetes de cincuenta dólares, el conductor alemán, la Mafia y la CIA. Todos sus laboriosos afanes les estaban llevando directamente hacia Dexter. Cuando salió del despacho estaba más consternado que al entrar.

Una vez en la calle resolvió caminar hasta el Mayflower con la esperanza de despejar su cabeza. No vio a los dos hombres que le siguieron por Pennsylvania Avenue hasta el hotel, pasando en el trayecto frente a la Casa Blanca.

Bastó un timbrazo para que Elliott entrara en el despacho del director.

—No se equivocó respecto del Mayflower, Elliott. ¿Qué medidas ha tomado?

—Ya hay dos hombres allí, señor, y uno sigue a Andrews.

—Ésta es la primera vez en treinta y seis años que aborrezco mi función —comentó el director—. Lo ha hecho muy bien, Elliott, y pronto podré explicarle qué diablos significa esto.

—Sí, señor.

—Investigue a estas cinco personas. No deje ninguna piedra sin mover.

—Sí, señor.

—Gracias.

Elliott se deslizó fuera del despacho.

Este condenado no tiene corazón. Mi mano derecha no puede ser un hombre sin corazón. Sin embargo, es muy útil en esta extraña contingencia. Cuando el caso esté resuelto, le trasladaré nuevamente a Idaho y...

—¿Ha dicho algo, señor?

—No, señora McGregor. Sencillamente, estoy enloqueciendo poco a poco. No se preocupe por mí. Cuando los hombres de bata blanca vengan para llevarme, firme usted los formularios por triplicado y ponga cara de alivio.

La señora McGregor sonrió.

—Me gusta su nuevo traje —comentó el director.

Ella se sonrojó.

—Gracias, señor.

Mark entró por la puerta giratoria del hotel Mayflower, y sus ojos escrutaron el vestíbulo buscando a Elizabeth. Sentía enormes deseos de verla y de desechar las tortuosidades y aclararlo todo. Se trata de un mero cúmulo de circunstancias, se dijo una vez más. No la vio y escogió un asiento cómodo desde el que dominaba el vestíbulo.

En el otro extremo, un hombre estaba comprando el *Washington Post* en el mostrador de periódicos. Mark no notó que no lo leía. Elizabeth se encaminaba hacia él, acompañada por el senador Dexter. Diablos, esto era lo único que le faltaba.

—Hola, Mark —dijo, y le besó ligeramente en la mejilla.

¿Judas mostraba a los fariseos quién era el que debía morir? La más abominable de las ideas.

—Mark, quiero presentarte a mi padre.

—Buenos días, señor.

—Buenos días, Mark. Es un placer conocerle. Elizabeth me ha hablado mucho de usted.

¿Y qué podrá decirme usted a mí?, se preguntó Mark. ¿Dónde estuvo el 24 de febrero? ¿Dónde estará mañana, senador Dexter?

—¿Te encuentras bien, Mark? —preguntó Elizabeth.

—Sí, muy bien. Disculpe, senador. El gusto es mío.

El senador le miraba con expresión extraña.

—Bien, debo irme, querida... Me espera un día muy atareado. Esperaré ansiosamente la hora de comer mañana contigo, como de costumbre.

—Te veré entonces, papá. Gracias por el desayuno y la charla.

—Adiós, Mark. Espero que volvamos a vernos —el senador Dexter le miró inexpresivamente.

—Tal vez —respondió Mark, con parsimonia.

Le miraron alejarse. Ellos, y otras tres personas. Una de ellas se fue a telefonar.

—¿Qué te sucede, Mark? ¿Por qué fuiste tan brusco con mi padre? Tenía muchas ganas de presentártelo.

—Disculpa. Solamente se trata de que estoy muy cansado.

—¿O hay algo que me ocultas? —murmuró Elizabeth.

—Yo podría preguntarte lo mismo.

—¿A qué te refieres?

—Oh, no lo sé. Olvidémoslo —respondió Mark—. ¿Por qué querías verme con tanta urgencia?

—Sólo para presentarte a mi padre. ¿Qué tiene eso de extraño? ¿Por qué diablos me molesté?

Elizabeth se puso en pie y corrió por el vestíbulo empujando la puerta giratoria que encontró al final de su trayecto. Tres hombres la vieron partir. Uno la siguió y dos se quedaron con Mark, que avanzó lentamente hacia la puerta. El portero le saludó en forma ceremoniosa.

—¿Taxi, señor?

—No, gracias. Prefiero caminar.

El director estaba hablando por teléfono y le señaló a Mark el amplio sillón de cuero. Se dejó caer en él, aturdido. El director colgó el auricular y miró a Mark.

—De modo que ahora ha conocido al senador Dexter, y debo decirle que la doctora Dexter no sabe nada o es la mejor actriz del mundo.

—Lo ha visto todo —dijo Mark.

—Por supuesto, y más que eso. Ella acaba de sufrir un accidente de automóvil hace dos minutos. En esta llamada me transmitieron los detalles.

Mark respingó en su asiento.

—Está ilesa. Abolladuras por valor de un par de cientos de dólares en la parte delantera de su pequeño Fiat y ni una simple raya en el autobús que embistió. Es una chica prudente. Usa el cinturón de seguridad. Ahora se dirige a su trabajo en un taxi. O mejor dicho, en lo que ella cree un taxi.

Mark suspiró, resignado a lo que sucedería a continuación, fuera lo que fuere.

—¿Dónde está el senador Dexter? —preguntó.

—Fue al Senado. Hizo una llamada telefónica cuando llegó allí, pero carecía de importancia.

Mark empezaba a sentirse como un títere.

—¿Qué quiere que haga ahora?

Golpearon la puerta y apareció el hombre anónimo. Le entregó una nota al director, que la leyó rápidamente.

—Gracias.

El hombre anónimo se fue. Mark temía lo peor. El director depositó la nota sobre el escritorio y levantó la vista.

—El senador Thornton ha convocado una rueda de prensa para las diez y media en la oficina 2228, en el Senado. Será mejor que vaya allí inmediatamente. Telefonéeme apenas haya terminado la disertación. Las

preguntas que formulen después los periodistas serán intrascendentes. Siempre lo son.

Mark fue andando hasta el Senado, nuevamente con la esperanza de que eso le despejara la cabeza. Quería telefonear a Elizabeth y preguntarle si se encontraba bien después del accidente. Quería formularle cien preguntas, pero deseaba una sola respuesta. Tres hombres caminaron hacia el Senado, dos de ellos alternándose a mitad del trayecto, mientras el otro lo recorría íntegro. Los tres llegaron finalmente a la oficina 2228, pero ninguno de ellos había ido allí para escuchar al senador Thornton.

La sala ya estaba bien iluminada por los focos de las cámaras de televisión, y los periodistas conversaban animadamente. Estaba muy concurrida, a pesar de que el senador Thornton aún no había llegado. Mark se preguntó qué diría, y si sus palabras arrojarían alguna luz sobre sus propios problemas. Quizá probarían la culpabilidad de Thornton, y Mark podría presentarle al director un motivo plausible para el asesinato. Mientras miraba a los periodistas veteranos, pensó que tal vez éstos sospechaban inteligentemente cuál sería el contenido de la declaración, o quizá habían recibido una confidencia de alguno de los colaboradores de Thornton. Pero no quería preguntarles nada, porque temía que luego lo recordaran. El senador Thornton entró con una espectacularidad que habría complacido al mismo César, todo sonrisas, precedido de tres ayudantes y de una secretaria privada. Indudablemente, explotaba muy bien la ocasión. Su cabellera oscura estaba untada con brillantina y se había puesto lo que él obviamente imaginaba que era su mejor traje: verde con finas rayas azules. Nadie le había advertido cómo tenía que vestir frente a la televisión en colores —sólo ropa oscura, lo más sencilla posible—, o si se lo habían advertido no había hecho caso.

Se instaló en un amplio sillón con aire de trono, en el otro extremo de la sala, y sus pies apenas tocaban el suelo. Estaba rodeado de focos, y los técnicos de sonido de la televisión colocaron sus micrófonos alrededor y delante de él. De pronto, se encendieron otras tres enormes lámparas de arco. Thornton ya transpiraba, pero seguía sonriendo. Las cámaras de televisión acordaron que estaban listas para filmar al senador. Éste se aclaró la garganta.

—Damas y caballeros de la prensa...

—Un comienzo pomposo —comentó un corresponsal sentado frente a Mark, mientras tomaba en taquigrafía todas sus palabras. Mark le miró con

atención y creyó reconocerlo. Era Bernstein, del *Washington Post*. Ahora el senador Thornton contaba con el silencio total de su público.

—Acabo de sostener una larga conversación con la presidenta de los Estados Unidos, y luego de esa entrevista deseo formular una declaración a los periódicos y la televisión —hizo una pausa—. Mis críticas a la ley de Control de Armas y mi voto contra ella en la comisión se explican por mi deseo de representar a mis electores y por el legítimo temor de éstos al desempleo...

—... y por tu propio y auténtico temor al desempleo —acotó Bernstein, *sotto voce*—. ¿Qué soborno te ofreció la presidenta durante la cena del lunes?

El senador volvió a aclararse la garganta.

—La presidenta ha prometido que cuando se haya promulgado esta legislación y se haya prohibido la manufactura local de armas de fuego, patrocinará una ley encaminada a suministrar ayuda financiera a los fabricantes de armas y su personal, con la esperanza de que esta industria pueda orientarse hacia otras actividades menos peligrosas que la de la producción de arsenales destructivos. El interés que la presidenta ha prestado a la solución de dicho problema me libra de la obligación de votar contra ese proyecto de ley. Durante bastante tiempo he sustentado una posición ambigua...

—Y que lo digas —murmuró Bernstein.

—... respecto de esta ley, en razón del sincero temor que me inspiran la libertad y facilidad con que los criminales pueden obtener armas de fuego.

—Eso no te preocupaba ayer —susurró el corresponsal—. ¿Qué contratos te prometió la presidenta? ¿O acaso se comprometió a ayudarte a ganar la reelección de su viejo escaño?

—Y para mí el problema siempre estaba en el platillo de la balanza...

—... hasta que un pequeño soborno inclinó la balanza.

Bernstein ya tenía su propia audiencia, que disfrutaba con sus asertos más que con los del senador por Texas.

—Ahora que la presidenta ha manifestado tanta comprensión, puedo anunciar con la conciencia limpia...

—... tan limpia que se ve lo que hay debajo —completó Bernstein.

—... que comparto la posición de mi partido. Mañana no me opondré al proyecto del Gobierno.

Aplausos frenéticos desde puntos aislados de la sala, que impresionaban sospechosamente al oído —y la vista— como tributos de colaboradores distribuidos en puntos estratégicos.

—Damas y caballeros —continuó el senador Thornton—, esta noche dormiré más tranquilo...

—Y más rico —acotó Bernstein.

—Para terminar, deseo agradecer su presencia a los representantes de la prensa...

—Vinimos prácticamente obligados. Era el único espectáculo de la ciudad.

Alrededor del corresponsal del *Post* estallaron risas, pero no llegaron hasta Thornton.

—Y contestaré encantado todas las preguntas que se me hagan. Gracias.

—Será mejor que no contestes ninguna de las mías.

La mayoría de los otros reporteros abandonaron inmediatamente la sala, para alcanzar las primeras ediciones de los periódicos vespertinos, que ya entraban en prensa en todo el país. Mark se sumó a ellos, pero antes miró por encima del hombro del famoso periodista. Había estado garabateando en letra cursiva.

—Amigos, romanos, palurdos, dispensadme vuestro escarnio. He venido a sepultar a Kane, no a halagarla —no era precisamente material de primera plana.

Otros tres hombres que habían asistido a la rueda de prensa siguieron a Mark cuando éste abandonó la sala. Mark corrió hasta las cabinas telefónicas más próximas, situadas en la mitad del pasillo. Todas estaban ocupadas por reporteros ansiosos de transmitir sus primicias, y detrás de ellos se había formado una larga cola. Otra cola partía de los dos teléfonos del final del pasillo. Mark tomó el ascensor, pero en la planta baja tropezó con el mismo problema. Su única probabilidad residía en la cabina telefónica del Edificio Russell, en la acera de enfrente. Corrió hacia allí, y otros tres hombres le imitaron. Cuando llegó a su meta, una mujer de mediana edad entró en la cabina adelantándosele por un paso, e introdujo dos monedas en la ranura.

—Sí..., soy yo. Conseguí el empleo... Sí, muy bueno... Sólo por las mañanas... Empiezo mañana... Pero no puedo quejarme, el sueldo no es malo.

Mark se paseaba de un lado a otro mientras los tres hombres contenían la respiración. Por fin la mujer terminó de hablar y se alejó con una sonrisa radiante, ajena a Mark y sus problemas. Por lo menos, alguien confía en el mañana, pensó Mark. Miró en torno para comprobar que no había nadie cerca, aunque creyó reconocer al hombre apostado junto al cartel de la Asistencia Médica Gratuita. Quizás era uno de sus colegas del FBI. Había visto en alguna

parte ese rostro oculto detrás de las gafas de sol. Estaba más protegido que la presidenta. Marcó el número de la línea privada del director, y le dio el de su cabina telefónica. La campanilla sonó casi inmediatamente.

—Hay que borrar a Thornton de la lista, porque...

—Lo sé, lo sé —respondió el director—. Acabo de hablar por teléfono y he sido informado de la declaración de Thornton. Es precisamente lo que había previsto que diría, si está comprometido. Ciertamente, yo no lo borro de mi lista; en todo caso, refuerzo mis sospechas. Siga ocupándose de los cinco durante toda esta tarde y comuníquese conmigo apenas averigüe algo. No se moleste en venir.

Hubo un clic en la línea. Mark se quedó descorazonado. Apretó la horquilla, esperó el tono para marcar, introdujo otra moneda y marcó el número del Woodrow Wilson. La enfermera de guardia fue a buscar a Elizabeth, pero volvió y dijo que nadie la había visto en todo el día. Mark colgó, olvidándose de dar las gracias o de despedirse. Bajó en el ascensor hasta la cafetería del sótano, para comer. Su decisión le hizo ganar otros dos clientes a la cafetería. El tercer hombre ya tenía una cita para comer, aunque llegaría tarde.

MIÉRCOLES, 9 DE MARZO

13.00 horas

Sólo Tony y Xan llegaron puntualmente al hotel Sheraton de Silver Spring. Habían pasado muchas horas juntos, pero casi nunca se hablaban. Tony se preguntaba en qué pensaba el japonés durante todo ese tiempo. Tony había estado muy activo estudiando las rutas para el último día, poniendo el Buick a punto... y conduciendo al presidente del Consejo de Administración y a Matson. Todos le trataban como si fuera un condenado taxista. Era tan competente como ellos, en cualquier circunstancia, ¿y dónde diablos estarían sin él? Si no hubiera sido por él, aún estarían lidiando con esos jodidos agentes del FBI. Fuera como fuere, a la noche siguiente todo habría terminado, y él podría partir y gastar parte del dinero que con tanto esfuerzo había ganado. No había decidido si iría a Miami o a Las Vegas. Tony siempre derrochaba el dinero antes de haberlo cobrado. Entró el presidente, con un cigarrillo colgando de los labios, como siempre. Les miró y preguntó hoscamente dónde estaba Matson. Ambos negaron con la cabeza. Matson siempre trabajaba solo. No confiaba en nadie. El presidente estaba enfadado y no hacía ningún esfuerzo por disimularlo. El senador apareció pocos minutos después, con la misma ex-presión irritada, pero ni siquiera se percató de la ausencia de Matson.

—¿Por qué no empezamos? —preguntó el senador—. Esta reunión ya es de por sí bastante inoportuna, porque hoy se termina de discutir el proyecto.

El presidente le miró desdeñosamente.

—Falta Matson y su informe es vital.

—¿Cuánto tiempo piensa esperarle?

—Dos minutos.

Esperaron en silencio. No tenían nada que decirse: cada uno de ellos sabía por qué estaba allí. Exactamente dos minutos más tarde, el presidente encendió otro cigarrillo y le pidió a Tony que rindiera su informe.

—He estudiado las rutas, jefe, y un coche que marcha a treinta y tres kilómetros por hora tarda tres minutos en recorrer el trayecto que se extiende desde la salida sur de la Casa Blanca por E Street y Pennsylvania Avenue hasta el edificio del FBI, y otros tres minutos en llegar al Capitolio. Hacen falta cuarenta y cinco segundos para subir la escalinata y colocarse fuera de tiro. Un promedio de seis minutos y cuarenta y cinco segundos en total. Nunca menos de cinco minutos y medio, ni más de siete minutos. Éste es el resultado a medianoche, a la una y a las dos de la mañana, sin olvidar que el trayecto estará aún más despejado para Kane.

—¿Y después de la operación? —preguntó el presidente.

—En el mejor de los casos se necesitan dos minutos para ir desde la grúa hasta el Edificio Rayburn, por pasajes subterráneos, y desde allí hasta la estación de metro Capítol South, y en el peor de los casos se necesitan tres minutos y quince segundos... Todo depende de los ascensores y la congestión. Una vez que el viet... —se interrumpió—. Una vez que Xan haya llegado al metro, será imposible encontrarle. En pocos segundos podrá llegar al otro extremo de Washington.

—¿Está seguro de que no le atraparán en tres minutos y quince segundos? —preguntó el senador, que no tenía ningún interés personal en Xan, pero que no estaba seguro de que el hombrecillo supiera callar si lo pescaban.

—Si suponemos que no saben nada, tampoco sabrán dónde deben buscar en los primeros cinco minutos —respondió el presidente.

—Si todo sale como hemos planeado —continuó Tony—, ni siquiera necesitará el coche, y yo lo dejaré abandonado y desapareceré.

—De acuerdo —asintió el presidente—. Pero supongo que el automóvil está en perfectas condiciones, ¿no es así?

—Claro que sí. Podría competir en la pista de Daytona.

El senador se enjugó el sudor de la frente, pese a que era un frío día de marzo.

—Su informe, Xan —dijo el presidente.

Xan describió su plan detalladamente. Lo había ensayado durante los dos últimos días. Había dormido ambas noches en la plataforma superior de la grúa y el arma ya estaba en su lugar. Los obreros iniciarían una huelga de veinticuatro horas a las seis de esa tarde.

—A seis de tarde de mañana yo estaré en otro extremo país y Kane estará muerta.

—Bien —dijo el presidente, mientras aplastaba su cigarrillo y encendía otro—. Yo estaré en la esquina de Ninth y Pennsylvania, y me pondré en

contacto mediante mi radio-reloj, primero cuando llegue a las nueve y media, y después cuando el coche de Kane pase junto a mí. Cuando su reloj empiece a vibrar, será porque faltan tres minutos y cuarenta y cinco segundos. ¿Cuánta anticipación necesita?

—Dos minutos y medio serán suficientes —contestó Xan.

—¿No es un margen demasiado justo? —inquirió el senador, sin dejar de transpirar.

—Tal vez sí, en cuyo caso usted tendrá que entretenerla en la escalinata porque no queremos exhibir a Xan más de lo necesario —explicó el presidente—. Cuanto más tiempo esté asomado, mayores serán las probabilidades de que lo descubran los helicópteros del Servicio Secreto.

El senador volvió la cabeza hacia Xan.

—¿Dice que ha ensayado todos los días?

—Sí —replicó Xan. No veía motivos para emplear más palabras de las necesarias, aunque se dirigiera a un senador de los Estados Unidos.

—Entonces, ¿por qué la gente no le ve transportar un fusil, o por lo menos un estuche para el arma?

—Porque fusil está sujeto a plataforma superior de grúa, en lugar seguro, a 107 metros de altura, desde que yo regresé de Viena.

—¿Qué sucederá si bajan la grúa? Le verán enseguida.

—No, yo con mono amarillo y fusil desmontado en ocho partes y pintado de amarillo y sujeto a cara inferior de plataforma. Aun con prismáticos potentes, parece pertenecer grúa. Cuando recibí último modelo de fusil de manos de doctor Schmidt, de Helmut, Helmut y Schmidt, incluso él sorprendido por bote de pintura amarilla.

Todos rieron menos el senador.

—¿Cuánto tiempo necesita para montarlo? —continuó el senador, buscando un punto débil, tal como lo hacía siempre al interrogar a los presuntos expertos en las comisiones del Senado.

—Dos minutos para montar fusil y treinta segundos para colocarlo en perfecta posición de tiro. Dos minutos más en desmontarlo y volver a sujetarlo. Es fusil Vomhofe Super Express cinco punto seis por sesenta y un milímetros, y utilizo una bala de setenta y siete granos con una velocidad de salida de mil ciento sesenta metros por segundo, que significa, senador, en lenguaje profano, que si no sopla viento, apuntaré tres centímetros por encima de frente de Kane a doscientos metros.

—¿Está conforme? —le preguntó el presidente al senador.

—Sí, supongo que sí —respondió, y se sumergió en un silencio caviloso, sin dejar de enjugarse la frente. Luego se le ocurrió otra pregunta, y se disponía a formularla cuando la puerta se abrió violentamente y Matson entró deprisa.

—Disculpe, jefe. He estado siguiendo una pista.

—Ojalá sea algo bueno —espetó el presidente.

—Puede ser malo, jefe, muy malo —dijo Matson, entre un jadeo y otro. Todos le miraron ansiosamente.

—Está bien, hable.

—Se llama Mark Andrews —informó Matson.

—¿Y quién es? —preguntó el presidente.

—El agente del FBI que fue al hospital con Calvert.

—¿Podemos empezar por el principio? —inquirió el presidente. Matson inhaló profundamente.

—Sabe que siempre dudé que Stames hubiera ido al hospital con Calvert. No era lógico..., tratándose de un hombre de su rango.

—Sí, sí —asintió el presidente, con impaciencia.

—Pues bien, Stames no fue. Me lo dijo su esposa. Fui a darle el pésame, y ella me contó todo lo que había hecho Stames esa tarde. Incluso que había comido un plato de *moussaka*. El FBI le ordenó que no dijera nada a nadie, pero ella piensa que todavía soy un miembro del FBI, y no recuerda, o quizá nunca lo supo, que Stames y yo no éramos precisamente amigos. He investigado a Andrews y le he seguido durante las últimas cuarenta y ocho horas. Figura en la nómina de la Agencia local de Washington y tiene dos semanas de permiso, pero ocupa su tiempo libre de una manera muy extraña. Le he visto en el cuartel general del FBI, tiene amoríos con una doctora del Woodrow Wilson y ha estado husmeando en el senado.

El senador respingó.

—La doctora estaba de guardia la noche en que liquidé al griego y al bastardo negro.

—Entonces lo saben todo —se apresuró a decir el presidente—. ¿Qué hacemos todavía aquí?

—Bien, eso es lo curioso. Invité a tomar una copa a un viejo camarada del Servicio Secreto. Mañana formará parte de la escolta de Kane y nada ha cambiado. Es dolorosamente obvio que el Servicio Secreto ignora por completo lo que sucederá mañana, de modo que el FBI sabe muchísimo o no sabe nada. Pero si lo sabe todo, no lo ha comunicado al Servicio Secreto.

—¿Qué pudo sonsacarles a sus contactos en el FBI? —preguntó el presidente.

—Nada. Nadie sabe nada, ni siquiera cuando están borrachos como cubas.

—¿Cuánto cree que sabe Andrews? —insistió el presidente.

—Creo que se ha enamorado de nuestra amiga la doctora y que sabe muy poco. Anda a tientas —respondió Matson—. Es posible que le haya sacado alguna información al camarero griego. En tal caso, trabaja aisladamente, y ésta no es la norma en el FBI.

—No le entiendo —murmuró el presidente.

—La norma en el FBI consiste en trabajar en grupos de dos o tres. Entonces, ¿por qué no han movilizado a docenas de agentes? Aunque sólo fueran seis o siete, yo me habría enterado, y también se habría enterado por lo menos uno de los contactos que tengo en el FBI —explicó Matson—. Pienso que tal vez saben que se prepara un atentado contra la presidenta, pero no creo que sospechen cuándo... ni dónde.

—¿Alguien mencionó la fecha en presencia del griego? —preguntó el senador, con tono alterado.

—No lo recuerdo, pero tenemos un solo recurso para asegurarnos de que no saben absolutamente nada —dijo el presidente.

—¿Cuál es, jefe? —inquirió Matson.

El presidente hizo una pausa, encendió otro cigarrillo y dijo:

—Matar a Andrews.

El silencio duró poco. Matson fue el primero en recuperarse.

—¿Por qué, jefe?

—La explicación es muy sencilla. Si forma parte de una investigación del FBI, cambiarán el programa de mañana. No se arriesgarán a permitir que Kane asome la nariz fuera de la Casa Blanca, en coche. Piensen en las posibles consecuencias. Si saben que se producirá un atentado contra la presidenta y no han arrestado a nadie hasta el momento y tampoco han alertado al Servicio Secreto...

—Tiene razón —asintió Matson—. Encontrarán una excusa para cancelarlo en el último momento.

—Exactamente. De modo que si Kane traspone las puertas, la mataremos, porque tendremos la certeza de que no saben nada. Si no sale, nos alejaremos de aquí por mucho tiempo: podremos estar seguros de que saben más de lo que nos conviene.

El presidente se volvió hacia el senador, que sudaba en forma copiosa.

—Ahora bien, bastará que usted esté en la escalinata del Capitolio para entretenerla si es necesario, y nosotros nos ocuparemos del resto —dijo hoscamente—. Si no la matamos mañana, habremos derrochado mucho tiempo y dinero, y ciertamente no se nos presentará otra oportunidad como ésta.

El senador gruñó.

—Pienso que está loco, pero no perderé el tiempo en discusiones. Debo volver al Senado antes de que alguien note mi ausencia.

—Cálmese, senador. Tenemos todo controlado y en ningún caso podemos perder.

—Quizás usted no, pero es posible que al acabar el día yo sea la víctima propiciatoria.

El senador se fue sin pronunciar una palabra más. El presidente del Consejo de Administración esperó en silencio que se cerrara la puerta.

—Ahora que nos hemos librado de ese payaso, vayamos al grano. Hábleme de Mark Andrews y de lo que ha hecho.

Matson relató de forma minuciosa los movimientos de Mark durante las últimas cuarenta y ocho horas. El presidente anotó todos los detalles.

—Muy bien. Ha sonado la hora del señor Andrews, y después estudiaremos la reacción del FBI. Ahora escuche atentamente, Matson. Lo haremos así: usted volverá ahora mismo al Senado y...

Matson escuchó atentamente, tomando apuntes y asintiendo de vez en cuando.

—¿Alguna pregunta?

—No, jefe.

—Si dejan salir a la presidenta de la Casa Blanca después de eso, es porque no saben nada. Algo más, antes de terminar. Si algo sale mal mañana, cada uno debe arreglárselas por sí solo. ¿Entendido? Nadie hablará. Más tarde se distribuirán las recompensas, en la forma acostumbrada.

Todos asintieron.

—Y un último punto: si fracasamos, hay alguien que con toda seguridad no se ocupará de nosotros, de manera que nosotros deberemos ocuparnos de él. Propongo que hagamos lo siguiente. Xan, si Kane...

Todos escucharon en silencio y se mostraron de acuerdo.

—Creo que ya es hora de comer. No debemos permitir que ese hijoputa estropee nuestros hábitos. Lamento que usted se lo pierda, Matson. Asegúrese de que ésta sea la última comida de Andrews.

Matson sonrió.

—Eso me avivará el apetito —comentó, y salió.

El presidente levantó el auricular.

—Ya pueden servirnos la comida, gracias —dijo, y encendió otro cigarrillo.

MIÉRCOLES, 9 DE MARZO

14.15 horas

Mark terminó de comer. Otros dos hombres también terminaron sus bocadillos y se levantaron para partir. Mark volvió rápidamente al Senado. Quería encontrar a Henry Lykham antes de que empezara el debate. Esperaba que Lykham hubiera recordado algo más esa noche, en la paz de sus sueños. Además, necesitaba copias de las audiencias de la Comisión de Asuntos Judiciales sobre el proyecto de ley de Control de Armas, para estudiar las preguntas que habían formulado Brooks, Byrd, Dexter, Harrison y Thornton. Quizás allí encontraría otra de las piezas que faltaban en el rompecabezas. Mark alimentaba algunas dudas. Empezaba a convencerse de que los políticos casi nunca revelaban nada. Llegó pocos minutos antes de la hora fijada para el comienzo de la sesión y pidió a un botones que buscara a Lykham en la antecámara.

Lykham salió atropelladamente poco después. Por lo visto, lo que menos necesitaba era que le interrumpiesen diez minutos antes de que empezara la sesión. Si se le había ocurrido alguna idea no pudo expresarla, porque no tuvieron oportunidad de conversar. Pero Mark consiguió averiguar dónde podría obtener copias de las audiencias y debates de la comisión.

—Pídalas en la oficina de la comisión, al final del pasillo.

Mark le dio las gracias y subió por la escalera hasta la galería, donde su nuevo amigo, el guardia, le había reservado un asiento. La galería estaba atestada de público. Los senadores entraban en el recinto y ocupaban sus escaños, de modo que resolvió ir a buscar las copias más tarde.

El vicepresidente, Bill Bradley, pidió silencio y el senador Dexter miró en torno lenta y dramáticamente, recorriendo el recinto con los ojos para asegurarse la atención de todos. Cuando vio a Mark pareció un poco sorprendido, pero se recuperó enseguida para iniciar su alegato final contra el proyecto.

Mark se sintió turbado y lamentó no estar más atrás, a salvo de la penetrante mirada de Dexter. El debate se arrastró tediosamente. Brooks, Byrd, Dexter, Harrison, Thornton: todos querían pronunciar una última palabra antes de la votación del día siguiente.

Mark les escuchó a todos, pero no averiguó nada nuevo. Parecía haber llegado a un punto muerto. Lo único que le quedaba por hacer ese día era ir a buscar las actas de las audiencias. Tendría que leerlas durante la noche, y después de haber oído hablar dos veces a cada uno de los cinco sospechosos, dudó que le revelaran algo nuevo. Pero era lo único que le quedaba. El director se había ocupado de todo. Caminó por el pasillo hasta el ascensor, abandonó el Capitolio por la salida de la planta baja y se dirigió al Edificio Dirksen.

—Quiero las actas de las audiencias sobre control de armas, por favor.

—¿Todas? —preguntó la incrédula secretaria.

—Sí —respondió Mark.

—Hubo seis sesiones que duraron toda la jornada.

Jesús, pensó, no podría leerlas todas durante la noche. Sin embargo, sólo le interesaban las preguntas y las declaraciones de Brooks, Byrd, Dexter, Harrison y Thornton.

—¿Firma o paga?

—Ojalá pudiera firmar —dijo Mark en son de broma.

—¿Es funcionario de algún organismo?

Sí, pensó Mark. Pero no lo puedo confesar.

—No —respondió Mark, y sacó la billetera.

—Si las pidiera por intermedio de uno de los senadores de su estado, probablemente las obtendría gratis. Así serán veinte dólares, señor.

—Tengo prisa —contestó Mark—. Creo que tendré que pagar.

Entregó unos billetes. El senador Stevenson apareció en la puerta que comunicaba la sala de audiencias con la oficina de la comisión.

—Buenas tardes, senador —saludó la secretaria, volviéndole la espalda a Mark.

—Hola, Debbie. ¿Tienes por casualidad una copia de la Ley de Purificación Atmosférica tal como fue despachada por la subcomisión, antes de que la comisión la reformara?

—Claro que sí, senador. Espere un momento —desapareció en un cuarto contiguo—. Es la única copia que me queda en este momento. ¿Puedo confiársela, senador? —se rió—. ¿O debo hacerle firmar el recibo?

Los senadores firman, pensó Mark. Los senadores endosan siempre sus cuentas, Henry Lykham endosa siempre sus cuentas. No es extraño que mis impuestos sean tan altos. Pero supongo que después deben pagar la comida. La comida. Dios mío, ¿por qué no lo pensé antes? Mark echó a correr.

—Señor, señor, ha olvidado sus actas.

Pero ya era demasiado tarde.

—Un chiflado —le dijo la secretaria al senador Stevenson.

—Cualquiera que desee leer las actas de todas estas audiencias tiene que estar completamente loco —comentó el senador Stevenson, mirando la pila de papel que Mark había dejado.

Mark fue directamente a la sala G-211, donde había comido con Lykham el día anterior. La puerta tenía una placa donde se leía «Comedor de funcionarios». Había sólo dos o tres encargados de limpieza a la vista.

—Discúlpeme, ¿puede decirme si es aquí donde comen los senadores?

—Lo lamento. No lo sé. Tendrá que hablar con la camarera. Nosotros estamos limpiando.

—¿Dónde podré encontrar a la camarera?

—No está aquí. Hoy ya no volverá. Si usted regresa mañana, quizá podrá ayudarle.

—De acuerdo —suspiró Mark—. Gracias. Algo más... ¿hay otro comedor del Senado?

—Sí, el grande, en el Capitolio. S-109, pero no le permitirán entrar.

Mark corrió de nuevo hasta el ascensor y lo esperó impacientemente. Cuando llegó a la planta baja salió corriendo y pasó por la entrada de los túneles laberínticos que comunican entre sí todos los bloques de oficinas de Capitol Hill. Dejando atrás la puerta donde se leía «Estanco», corrió hacia el gran cartel que anunciaba: «Coches subterráneos al Capitolio». El coche subterráneo, que era en realidad un tren abierto con compartimientos, estaba próximo a partir. Mark entró en el último compartimiento y se sentó frente a dos funcionarios del Senado que parloteaban sobre una ley u otra, con aire de personas conocedoras de aquellos entresijos.

Poco después, una campana anunció que habían llegado y el tren se detuvo en el Capitolio, en la zona que correspondía al Senado. Qué vida tan cómoda, pensó Mark. Esos tipos nunca tenían que asomarse al mundo frío y cruel. Iban y venían entre votaciones y audiencias. El sótano de ese lado se parecía al del otro lado: amarillo opaco, con las tuberías a la vista. Y una máquina expendedora de Pepsi. A la compañía Coca-Cola debía de enfurecerla que la Pepsi tuviera la concesión del Senado. Mark subió

corriendo por una escalera mecánica y esperó el ascensor público, mientras que a un par de hombres que irradiaban un cierto aire de importancia les invitaban a entrar en el ascensor donde se leía «Senadores solamente».

Mark se apeó en la planta baja y miró en torno, perplejo. Sólo arcadas y corredores de mármol. ¿Dónde estaba el comedor del Senado? Se lo preguntó a uno de los policías del Capitolio.

—Siga derecho y doble por el primer pasillo a la izquierda. Es angosto, el primero que encontrará —señaló con el dedo.

Mark dio las gracias por encima del hombro y encontró el corredor angosto. Pasó frente a las cocinas y frente a una placa que anunciaba: «Privado - Sólo para la prensa». Más adelante, en grandes letras sobre un cartel de madera, leyó otro «Senadores solamente». A la derecha, una puerta abierta conducía a la antesala, decorada con una araña, una alfombra de color rosa con dibujos, y muebles de cuero verde, todo ello dominado por la colorida y abigarrada pintura del cielo raso. A través de otra puerta Mark vio manteles blancos, flores, el mundo de la refinada gastronomía. Una matrona apareció en el vano de la puerta.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó, alzando inquisitivamente las cejas.

—Estoy escribiendo una tesis sobre la jornada de trabajo de un senador.

Mark extrajo la billetera y mostró su carnet de identidad de Yale, cubriendo la fecha de expiración con el pulgar. La dama no pareció muy impresionada.

—Sólo deseo echar un vistazo al salón, para empaparme de su atmósfera.

—Bien, ahora aquí no hay ningún senador, joven. Casi nunca los hay tan tarde, los miércoles. Vuelven a sus lugares de residencia los jueves, para disfrutar de un largo fin de semana. Lo único que retiene a algunos de ellos es ese proyecto de ley de Control de Armas.

Mark había conseguido desplazarse hasta el centro del salón. Una camarera estaba despejando una mesa. La chica le sonrió.

—¿Los senadores firman sus cuentas? ¿O pagan al contado?

—Casi todos las endosan, y pagan a fin de mes.

—¿Cómo los controlan?

—Es fácil. Tenemos un libro diario.

Señaló un enorme volumen con la inscripción «Cuentas». Mark sabía que veintitrés senadores habían comido aquel día porque sus secretarías se lo habían dicho. ¿Algún otro lo había hecho sin molestarse en informar a la secretaria? Le faltaba muy poco para verificarlo.

—¿Podría ver las cuentas de un día típico? Por curiosidad —preguntó, con una sonrisa inocente.

—No sé si estoy autorizada a mostrárselas.

—Sólo una mirada. Cuando escriba mi tesis, quiero que quien la lea piense que estoy realmente informado, que lo he visto con mis propios ojos... Todos han sido muy amables conmigo...

Miró a la mujer con expresión suplicante.

—Está bien —asintió a regañadientes—, pero, por favor, dese prisa.

—Oh, elija cualquier fecha atrasada. Digamos el 24 de febrero.

La mujer abrió el libro y lo hojeó hasta encontrar el 24 de febrero.

—Un jueves —dijo.

Stevenson, Nunn, Moynihan, Heinz..., los nombres vibraban uno detrás de otro. Dole, Hatfield, Byrd. De modo que Byrd había comido ese día en el Senado. Siguió leyendo. Templeman, Brooks... Brooks también. Más nombres. Barnes, Reynolds, Thornton. De modo que su declaración de esa mañana había sido veraz. La matrona cerró el libro. Ni Harrison, ni Dexter.

—¿Nada muy interesante, verdad? —comentó la mujer.

—No —respondió Mark. Le dio las gracias y se fue deprisa.

En la calle detuvo un taxi. Uno de los tres hombres que le seguían le imitó. Los otros dos fueron a buscar su coche.

Mark llegó al FBI pocos minutos más tarde, le pagó al taxista, mostró sus credenciales en la entrada y subió en el ascensor hasta el séptimo piso. La señora McGregor sonrió. El director debía de estar solo, pensó Mark. Golpeó en forma decidida y entró.

—¿Bien, Mark?

—Brooks, Byrd y Thornton no están comprometidos, señor.

—En cuanto a los dos primeros, no me sorprende —respondió el director—. Nunca me pareció razonable que lo estuvieran, pero había apostado cautelosamente a Thornton. ¿Cómo eliminó a los tres de su lista?

Mark describió el chispazo de ingenio que le había llevado al comedor del Senado, y se preguntó qué otro detalle había omitido.

—Debería haber pensado en eso hace tres días, ¿no es cierto, Mark?

—Sí, señor.

—Yo también debería haberlo pensado —dijo el director—. De modo que ahora nos quedan solamente dos nombres: Dexter y Harrison. Le interesará saber que ambos, lo mismo que la mayoría de los senadores, tienen el propósito de estar mañana en Washington, para asistir a la ceremonia del Capitolio. Es prodigioso —musitó— que incluso en ese nivel a los hombres

les guste presenciar la ejecución de sus crímenes. Repasemos nuevamente el programa, Andrews —siguió diciendo—. La presidenta sale por la puerta sur a las diez de la mañana, a menos que yo la detenga, de modo que nos quedan diecisiete horas y una última esperanza. Los muchachos de Dactiloscopia han encontrado el billete con las impresiones digitales de la señora Casefikis. El vigesimosegundo, y quizá tengamos suerte... Si hubiéramos tenido que inspeccionar otra media docena no habríamos terminado antes de las diez de la mañana. Hay varias otras impresiones digitales en el billete, y las estudiarán durante toda la noche. Calculo que estaré en casa a medianoche. Si averigua algo más, telefonéeme. Quiero que mañana esté aquí a las ocho y cuarto. Es bastante poco lo que puede hacer ahora. Pero no se preocupe demasiado. Hay veinte agentes ocupándose del caso, aunque ninguno de ellos conoce todos los detalles. Y sólo permitiré que la presidenta se aproxime a la zona de peligro si tenemos a buen recaudo a esos canallas.

—A las ocho y cuarto estaré aquí, señor —dijo Mark.

—Y le aconsejo vehementemente que no se reúna con la doctora Dexter, Mark. No quiero que su vida amorosa eche a perder esta operación en el último momento. Se lo digo sin ánimo de ofenderle.

—No, señor.

Mark se fue, sintiéndose un poco superfluo. Ahora había veinte agentes asignados al caso. ¿Cuánto tiempo hacía que el director les había puesto a trabajar, sin comunicárselo? Veinte hombres en la tarea de determinar si era Dexter o Harrison, sin saber por qué. Sin embargo, sólo él y el director conocían la historia íntegra, y temía que el director supiera más que él. Quizá sería mejor que eludiera a Elizabeth hasta la tarde siguiente... Subió a su coche, volvió al Edificio Dirksen, y entonces recordó las actas de las audiencias que había dejado en la oficina de la comisión. Cuando llegó allí se sintió atraído por una fuerza magnética hacia las cabinas telefónicas. Tenía que llamarla, tenía que averiguar cómo estaba después del accidente. Marcó el número del Woodrow Wilson.

—Oh, se fue a su casa... Hace bastante tiempo.

—Gracias —respondió Mark.

Sintió el redoble de su corazón mientras marcaba el número de Georgetown.

—¿Elizabeth?

—Sí, Mark.

Parecía... ¿fría?, ¿asustada?, ¿cansada? Un centenar de preguntas se arremolinaban de forma confusa en su mente.

—¿Puedo ir a verte ahora mismo?

—Sí —se cortó la comunicación.

Mark salió de la cabina, consciente de que tenía las palmas de las manos empapadas en sudor. Debía realizar una sola diligencia antes de poder ver a Elizabeth: recoger las condenadas actas de las audiencias del Senado sobre control de armas.

Caminó hacia el ascensor y creyó oír pisadas a sus espaldas. Claro que oía pisadas a sus espaldas: detrás de él había más gente. Cuando llegó al ascensor, pulsó el botón de subida y miró en dirección a las pisadas. Entre la multitud de funcionarios del Senado, legisladores y curiosos, dos hombres le vigilaban... ¿o le protegían? Un tercer hombre con gafas de sol miraba un cartel de la Asistencia Médica Gratuita. Su condición de agente era más obvia que la de los otros dos, para los ojos avezados de Mark.

El director había dicho que tenía veinte agentes asignados al caso, y tres de ellos parecían estar vigilando a Mark. Diablos. Pronto le seguirían hasta la casa de Elizabeth, y Mark no dudaba de que el director se enteraría inmediatamente. Entonces resolvió que nadie le seguiría hasta allí. No era algo que les incumbiera en lo más mínimo. Se libraría de los tres. Necesitaba verla con tranquilidad, sin ojos indiscretos ni lenguas maliciosas. Mientras esperaba que algo le indicara cuál de los dos ascensores llegaría antes, pensó deprisa. Dos de los agentes se encaminaban hacia él, pero el del cartel de la Asistencia Médica Gratuita permaneció inmóvil. Quizá no era un agente, al fin y al cabo, aunque tenía un aire familiar. Le rodeaba la aureola del agente, que otros agentes podían percibir con los ojos cerrados.

Mark fijó toda su atención en el ascensor. La flecha de su derecha se encendió y las puertas se abrieron lentamente. Entró disparado y se colocó de cara a los botones, mirando hacia el corredor. Los dos agentes le siguieron al ascensor y se situaron detrás de él. El hombre apostado junto al cartel de la Asistencia Médica Gratuita se puso en marcha hacia el ascensor. Las puertas empezaron a cerrarse. Mark pulsó el botón de apertura y las hojas de la puerta se separaron nuevamente. Debía darle tiempo para que entrara, y entonces los tendría a los tres juntos, pensó Mark. Pero el tercer hombre no reaccionó: se detuvo, mirando, como si esperara el siguiente ascensor. Quizá quería bajar y no se trataba de un agente. Mark hubiera jurado... Las puertas volvieron a cerrarse, y cuando Mark juzgó que había llegado el momento óptimo, saltó fuera. Craso error. Uno de sus seguidores, O'Malley, consiguió escurrirse también de la cabina, mientras su compañero se veía obligado a viajar lenta pero implacablemente hasta el octavo piso. Ahora a Mark sólo le quedaban

dos seguidores. Llegó el otro ascensor. El tercer agente se introdujo inmediatamente en él. Muy astuto o inocente, reflexionó Mark, y esperó fuera. O'Malley estaba a sus espaldas... ¿y ahora qué?

Mark entró en el ascensor y apretó el botón de descenso, pero O'Malley pudo entrar sin problemas. Mark oprimió el botón de apertura y volvió a salir. O'Malley le siguió, impasible. El tercer hombre permaneció inmóvil en el ascensor. Debían de trabajar en colaboración. Mark volvió a saltar adentro y clavó el dedo sobre el botón que cerraba las puertas. Éstas se deslizaron con pavorosa lentitud, pero O'Malley se había alejado dos pasos y no pudo llegar a tiempo. Cuando las puertas se cerraron herméticamente, Mark sonrió. Se había librado de dos: uno se hallaba en la planta baja, impotente, y el otro se dirigía hacia arriba, mientras él descendía al sótano, a solas con el tercero.

O'Malley alcanzó a Pierce Thompson en el quinto piso. Ambos se habían quedado sin aliento.

—¿Dónde está? —gritó O'Malley.

—¿Cómo preguntas dónde está? Pensé que estaba contigo.

—No, le perdí en la planta baja.

—Mierda, puede haberse metido en cualquier parte —dijo Thompson—. ¿En qué bando cree que estamos, ese imbécil? ¿Quién de los dos se lo dirá al director?

—Yo no —respondió O'Malley—. Tú eres el más antiguo, de modo que se lo dirás tú.

—Imposible —exclamó Thompson—. ¿Para que ese asqueroso de Matson se lleve los laureles? Convéncete de que él todavía le sigue. No, vamos a encontrarle. Tú recorrerás los cuatro primeros pisos, y yo los cuatro siguientes. Envíame una señal por el radioteléfono apenas le encuentres.

Cuando Mark llegó al sótano, se quedó dentro del ascensor. El tercer hombre salió y pareció vacilar. El pulgar de Mark estaba apoyado nuevamente sobre el botón de cierre. Las puertas obedecieron. Se había quedado solo. Procuró que el ascensor pasara de largo por la planta baja, pero no lo logró; alguien quería subir. Rogó que no fuera uno de los tres hombres. Debía aceptar el riesgo. Las puertas se abrieron y salió inmediatamente. No había agentes a la vista; nadie estudiaba el cartel de la Asistencia Médica Gratuita. Corrió hacia la puerta giratoria del extremo del vestíbulo. El guardia de turno lo miró con desconfianza y acarició la funda de su pistola. Pasó por la puerta giratoria y llegó a la calle, sin dejar de correr. Se detuvo y miró en torno. Todos caminaban, nadie corría. Lo había logrado.

Pennsylvania Avenue... Zigzagueó entre el tráfico en medio de chirridos de neumáticos y juramentos coléricos. Llegó al aparcamiento y saltó dentro de su coche, hurgando en el bolsillo para buscar monedas. ¿Por qué fabricaban pantalones en los que uno no podía introducir las manos cuando estaba sentado? Pagó rápidamente el billete y enfiló hacia Georgetown... y Elizabeth. Miró por el espejo retrovisor. No había ningún sedán Ford a la vista. Les había despistado. Estaba solo. Sonrió. Por primera vez había sido más astuto que el director. Cruzó el semáforo de la esquina de Pennsylvania y Fourteenth Street en el preciso momento en que se iluminaba el rojo. Empezó a distenderse.

Un Buick negro cruzó la bocacalle con la luz roja. Afortunadamente, no había guardias de tráfico a la vista.

Cuando Mark llegó a Georgetown su nerviosismo se hizo patente de nuevo: un nerviosismo distinto, asociado con Elizabeth y su mundo, y no con el director y los problemas de seguridad. Cuando pulsó el timbre de la puerta de entrada, aún oía las palpitaciones de su corazón.

Apareció Elizabeth. Tenía un semblante macilento y exhausto y no habló. La siguió hasta la sala de estar.

—¿Te has recuperado del accidente?

—Sí, gracias. ¿Cómo te enteraste de que sufrí un accidente? —preguntó.

Mark reflexionó deprisa.

—Telefoneé al hospital. Allí me lo dijeron.

—Mientes, Mark. En el hospital no se lo conté a nadie, y me fui temprano, después de recibir una llamada de mi padre.

Mark no podía mirarla a los ojos. Se sentó y contempló fijamente la alfombra.

—Yo..., yo no quiero mentirte, Elizabeth. Por favor, no insistas.

—¿Por qué sigues a mi padre? —inquirió ella—. Cuando te vio en el Mayflower, tu cara le pareció conocida. Has acechado sus reuniones de comisión y has asistido a los debates del Senado.

Mark no contestó.

—Está bien, no lo expliques. No soy totalmente ciega. Sacaré mis propias conclusiones. Yo formo parte de una misión que te ha encomendado el FBI. ¿Has estado trabajando hasta altas horas de la noche, verdad, agente Andrews? Si tu especialidad consiste en vigilar a hijas de senadores, eres condenadamente inepto. ¿A cuántas hijas has seducido esta semana? ¿Has

descubierto muchas porquerías? ¿Por qué no pruebas después con las esposas? Tu encanto juvenil podría impresionarlas más. Aunque debo confesar que conseguiste engatusarme, cerdo embustero.

Elizabeth hizo un esfuerzo considerable para conservar el frío control con que había iniciado su ataque, pero a pesar de ello se mordió el labio. Se le cortó el aliento. Mark aún no podía mirarla. Captó la indignación y las lágrimas que le impregnaban la voz. Al cabo de un momento, la capa de hielo volvió a enmascarar sus emociones.

—Por favor, vete, Mark. Espero no volver a verte nunca. Quizás así podré recuperar parte de mi amor propio. Lárgate. Arrástrate de vuelta a tu ciénaga.

—Eso no es cierto, Elizabeth.

—Lo sé, pobre agente calumniado. Me amas por mí misma. No hay otra chica en tu vida —exclamó amargamente—. Por lo menos no la habrá hasta que te encomienden otro caso. Bien, éste desde luego ha concluido. Vete a buscar a la hija de algún otro para seducirla con tus mentiras románticas.

No podía culparla por su reacción, y se fue en silencio.

Durante el trayecto de regreso condujo aturdido. Los ocupantes del coche que seguía al suyo estaban totalmente alerta. Cuando Mark llegó al garaje, le entregó las llaves del coche a Simon y subió a su apartamento en el ascensor.

El Buick negro estaba aparcado a cien metros del edificio. Los dos hombres podían ver la luz del apartamento de Mark. Éste marcó seis de los siete dígitos del número de Elizabeth, pero luego volvió a depositar el auricular sobre la horquilla y apagó la luz. Uno de los ocupantes del Buick encendió otro cigarrillo, aspiró y consultó su reloj.

Después de meses de negociaciones, presiones, adulaciones y amenazas, la ley de Control de Armas pasó por fin a la Cámara para su aprobación definitiva.

Iba a ser el día en que Florentina dejase huella indeleble en la historia del país; aunque no hiciera nada más en todo su mandato, podría enorgullecerse de aquella iniciativa.

¿Podía evitarse todavía?, se preguntó por enésima vez. Y por enésima vez cruzó su cerebro, como un relámpago, el mismo pensamiento terrible.

Y una vez más, lo desechó enseguida.

JUEVES, 10 DE MARZO

5.00 horas

El director se despertó súbitamente. Permaneció inmóvil, frustrado. A esa hora no podía hacer nada, excepto mirar al techo y cavilar, lo cual no entrañaba muchas ventajas. Repasó mentalmente, una y otra vez, los episodios de los siete días pasados, dejando siempre como última alternativa la cancelación de todo el programa, pues ésta implicaría, probablemente, la impunidad del senador y sus cómplices. Quizá ya lo sabían y se habían replegado para lamer sus heridas y prepararse para otro día. De cualquier manera, el problema seguía sin resolver.

El senador se despertó a las 5.35, bañado en sudor frío..., aunque en realidad en ningún momento había dormido más que unos pocos minutos seguidos. Había sido una pésima noche, poblada de truenos y relámpagos y sirenas. Eran las sirenas las que le hacían traspasar. Estaba aun más nervioso de lo previsto. En verdad, a las tres de la mañana casi le había telefoneado al presidente del Consejo de Administración, para decirle que no se sentía capaz de llegar hasta el fin, a pesar de las consecuencias que él había insinuado con tanta delicadeza, pero también con tanta frecuencia. Mas la idea de Florentina Kane muerta a su lado le hizo pensar al senador que todos recordaban con exactitud dónde había estado él cuando habían asesinado a John Kennedy, y ni siquiera él mismo podía olvidar jamás dónde estaría cuando muriera la presidenta. Incluso esto se le antojaba menos espantoso que la aparición de su propio nombre en los titulares, la destrucción irreparable de su imagen pública y el derrumbamiento de su carrera. Aun así, estuvo a punto de telefonearle al presidente del Consejo de Administración, aunque sólo fuera para sosegarlo, a pesar de que habían acordado que no volverían a

comunicarse hasta la mañana del día siguiente, cuando el presidente estaría en Miami.

Ya habían muerto cinco hombres, pero esto apenas había provocado una ligera conmoción. En cambio, el asesinato de Florentina Kane, presidenta de los Estados Unidos, repercutiría en todo el mundo.

El senador estuvo durante un rato mirando por la ventana, sin fijar la vista en nada, y después se volvió. Consultaba constantemente el reloj, lamentando no poder frenar el tiempo. La segunda manecilla se desplazaba implacablemente..., implacablemente, hacia las 10.06. Se distrajo con el desayuno y el diario de la mañana. El *Post* le informó de que esa noche se habían incendiado muchos edificios durante una de las peores tormentas de la historia de Washington, y que el Lubber Run de Virginia se había desbordado, causando grandes daños materiales. Apenas se hablaba de Florentina Kane. Le habría gustado poder leer en ese momento los periódicos del día siguiente.

La primera llamada que recibió el director fue de Elliott, quien le informó de que las actividades recientes de los senadores Dexter y Harrison no revelaban nada nuevo acerca de la situación..., si bien el hombre anónimo no sabía con exactitud cuál era dicha situación. El director gruñó para sus adentros, terminó su huevo y leyó en el *Post* el relato de la terrible tormenta que había azotado Washington durante toda la noche. Miró por la ventana y comprobó que en ese momento el día estaba despejado y seco. Perfecto para un asesinato, pensó. El día luminoso que hace salir a las víboras de sus madrigueras. ¿Cuánto tiempo debería dejar pasar antes de comunicarles a los demás lo que él sabía? La presidenta saldría de la Casa Blanca a las diez. El director tendría que alertar al jefe del Servicio Secreto, H. Stuart Knight y, si era necesario, a la presidenta, por lo menos dos horas antes. Al diablo con eso: dejaría todo para el último momento y después daría una explicación completa. Estaba dispuesto a arriesgar su carrera con tal de poder pillar a ese infame senador con las manos en la masa. Pero arriesgar la vida de la presidenta...

Enfiló rumbo al FBI poco después de las seis. Quería estar allí dos horas antes que Andrews para poder estudiar todos los informes que había pedido la noche anterior. Casi ninguno de sus ayudantes de más alto rango había podido dormir durante toda la noche pasada, aunque probablemente todos ellos seguían preguntándose el porqué de esa emergencia. Pronto lo sabrían. Su

subdirector de Investigaciones, su subdirector de Planificación y Evaluación, y el jefe de la sección de Asuntos Criminales de esa división, le ayudarían a decidir si debía seguir adelante o cancelar el programa. Su sedán Ford bajó por la rampa hasta el garaje subterráneo y se introdujo en su plaza reservada.

Elliott le esperaba junto al ascensor; siempre estaba allí, jamás se retrasaba. No es humano, tendré que desprenderme de él, pensó el director, si es que antes no se libran de mí. De pronto, comprendió que esa noche le presentaría la dimisión a la presidenta. ¿A qué presidenta? Borró la idea de su mente... Eso se arreglaría automáticamente cuando llegara el momento oportuno. Él debía preocuparse por el transcurso de las cinco horas siguientes.

Elliott no tenía ninguna información útil. Dexter y Harrison habían recibido y hecho llamadas telefónicas durante la noche y las primeras horas de la mañana, pero nadie había descubierto nada que los inculpara. Eso era todo. El director preguntó dónde estaban los senadores en ese momento.

—Ambos desayunan en sus casas. Dexter en Kensington, Harrison en Alexandria. Seis agentes los han estado vigilando desde las cinco de la mañana y tienen orden de seguirles durante todo el día.

—Bien. Si surge alguna novedad comuníquemela inmediatamente.

—Por supuesto, señor.

El siguiente fue el técnico en dactiloscopia. Cuando llegó, el director le pidió disculpas por haberle hecho trabajar toda la noche, aunque las facciones y los ojos del técnico estaban más radiantes y vivos que los suyos propios, tal como los había visto esa mañana en el espejo al afeitarse.

Daniel Sommerton, un hombre de un metro sesenta de estatura, esmirriado y bastante pálido, inició su informe. Parecía un niño con un juguete. Para él, el estudio de las impresiones digitales siempre había sido una pasión, aparte de un trabajo. El director se quedó sentado mientras Sommerton permanecía en pie.

—Hemos hallado diecisiete dedos diferentes y tres pulgares distintos, señor director —anunció complacido—. Los estamos sometiendo al Ninhydrin y no al proceso de vapores de iodo, ya que no pudimos analizarlos aisladamente por razones técnicas con las que no le abrumaré.

Hizo un ademán para dar a entender que no desperdiciaría su tiempo dando una explicación científica al director, quien habría sido el primero en confesar que hubiera sido un derroche inútil.

—Pensamos que hay otras dos huellas que quizá podamos identificar —continuó Sommerton—, y le presentaremos un informe sobre todas ellas dentro de dos horas, a lo sumo tres.

El director consultó su reloj. Ya eran las 6.45.

—Le felicito. Llegará justo a tiempo. Envíeme los resultados, aunque sean negativos, lo antes posible, y por favor agradézcales a sus hombres que hayan trabajado toda la noche.

El experto en dactiloscopia se despidió del director, ansioso por volver a sus diecisiete dedos y tres pulgares. El director pulsó un botón y le pidió a la señora McGregor que hiciera pasar al subdirector de Planificación y Evaluación.

Dos minutos más tarde, Walter Williams estaba frente a él.

A William —un metro setenta y tres, rubio, de facciones delgadas y pálidas dominadas por una magnífica frente abovedada y surcada por arrugas de hilaridad, no de pena— se le conocía en el FBI como *El Cerebro* o W. W. Su responsabilidad fundamental consistía en encabezar el gabinete intelectual del FBI, integrado por otros seis cerebros no tan destacados pero igualmente valiosos. El director le planteaba a menudo problemas hipotéticos a los que él suministraba más tarde una solución que casi siempre resultaba ser, retrospectivamente, la correcta. El director tenía una gran fe en sus juicios, pero ese día no podía correr ningún riesgo. Sería mejor que W. W. le diera una respuesta convincente para la pregunta teórica que le había formulado la noche anterior, o su próximo paso sería telefonear a la presidenta y ponerla al corriente de todo.

—Buenos días, señor director.

—Buenos días, W. W. ¿Qué ha decidido respecto de mi problemita?

—Muy interesante, señor... Pienso, para ser justo, que la respuesta es sencilla, incluso si enfocamos la situación desde distintos ángulos.

Por primera vez en la mañana un atisbo de sonrisa iluminó los rasgos del director.

—Suponiendo que no lo haya interpretado mal, señor.

La sonrisa del director se ensanchó ligeramente. W. W. nunca pecaba por omisión o mala interpretación, y era tan formal que ni siquiera en privado llamaba Halt al director. W. W. continuó, mientras sus cejas subían y bajaban como el índice bursátil de Dow-Jones en un año de elecciones:

—Me pidió que suponga que la presidenta sale de la Casa Blanca a las X horas para dirigirse al Capitolio. Ese viaje dura seis minutos. Presumo que su coche está blindado y bien custodiado por el Servicio Secreto. En semejantes condiciones, ¿sería posible asesinarla? Respondo: sería posible pero muy difícil, director. Sin embargo, siguiendo la hipótesis hasta su conclusión

lógica, el equipo de asesinos podría utilizar tres métodos: *a)* explosivos; *b)* un arma corta a poca distancia; *c)* un fusil.

W. W. siempre hablaba como un libro de texto. Prosiguió:

—La bomba se puede arrojar en cualquier punto del trayecto, pero los profesionales nunca la emplean, porque a ellos les pagan por los resultados, no por las tentativas. Si estudia las bombas como método para eliminar presidentes, descubrirá que en ninguna ocasión han surtido efecto, a pesar de que cuatro presidentes fueron asesinados mientras ejercían su mandato. Las bombas siempre terminan por matar a inocentes, y muy a menudo también al culpable del atentado. Por este motivo, como usted ha dado a entender que las personas implicadas son profesionales, pienso que recurrirán al arma corta o al fusil. Ahora bien, el arma corta no es viable durante el trayecto, porque es improbable que un profesional se acerque a la presidenta y le dispare a bocajarro, arriesgando así su propia vida. Para atravesar el blindaje de la limusina presidencial se necesitaría un fusil para cazar elefantes o una bazuca, y nadie puede circular con estas armas por el centro de Washington sin una licencia especial.

Puesto que se trataba de W. W., el director no supo con certeza si esto lo había dicho en broma o si se había limitado a enunciar otro dato. Las cejas seguían subiendo y bajando, lo cual era una señal segura de que no se le debía interrumpir con preguntas tontas.

—Cuando la presidenta llegue a la escalinata del Capitolio, la multitud estará demasiado lejos de ella para que un arma corta *a)* sea certera y *b)* le dé al asesino la probabilidad de huir. De modo que debemos suponer que el sistema empleado será el más probado y eficaz para asesinar jefes de Estado: el fusil de largo alcance con mira telescópica. En consecuencia, el asesino sólo podrá tener una oportunidad en el mismo Capitolio. El asesino no puede ver el interior de la Casa Blanca, y de todos modos el cristal de las ventanas tiene diez centímetros de espesor, de modo que deberá esperar que se apeee de la limusina frente a la escalinata del Capitolio. Esta mañana controlamos con un cronómetro cuánto tiempo se necesita para subir la escalinata del Capitolio: son cincuenta segundos. Hay muy pocas atalayas desde donde se podría intentar un asesinato, pero hemos estudiado detenidamente la zona y las encontrará enumeradas en mi informe. Además, los conspiradores deben de estar convencidos de que desconocemos totalmente sus planes, porque saben que podemos neutralizar todos sus apostaderos. Creemos improbable que se cometa un asesinato aquí, en el corazón de Washington, pero

igualmente es posible que un hombre o un equipo audaz y lo bastante experto lo intente.

—Gracias, W. W. Estoy seguro de que tiene razón.

—Ha sido un placer, señor. Espero que se trate tan sólo de una hipótesis.

—Sí, W. W.

La sonrisa de W. W. fue idéntica a la del único niño de la clase capaz de contestar las preguntas del maestro. El director hizo una pausa y llamó a su otro subdirector.

Matthew Rogers golpeó y entró en el despacho, y esperó que le invitaran a sentarse. Sabía lo que era la autoridad. Como W. W., nunca llegaría a director, pero nadie que lo fuera querría prescindir de él.

—¿Bien, Matt? —preguntó el director, señalando la silla de cuero.

—Anoche leí el informe de Andrews, señor, y realmente creo que ha llegado el momento de alertar al Servicio Secreto.

—Eso lo haré dentro de una hora aproximadamente —le respondió el director—. No se preocupe. ¿Ha resuelto cómo distribuirá a sus hombres?

—Todo depende del lugar donde se encuentre el punto crítico, señor.

—Está bien, Matt, supongamos que el punto crítico se encuentra en el Capitolio, a las diez y seis minutos, en la escalinata... Entonces, ¿qué?

—Primeramente, rodearía la zona en un radio de medio kilómetro. Cerraría el metro; bloquearía todo el tráfico, público y privado; detendría e interrogaría a todos los que tienen antecedentes de haber proferido amenazas o figuran en el índice de Seguridad. Solicitaría la ayuda de la Policía Metropolitana para formar un cordón de vigilancia. Convendría que hubiera muchos ojos y oídos en estado de alerta en la zona. Podríamos solicitar entre dos y cuatro helicópteros a la Base Andrews de la Fuerza Aérea, para reconocimientos de baja altura. En el entorno inmediato de la presidenta utilizaría a toda la custodia del Servicio Secreto para montar un cerco impenetrable.

—Muy bien, Matt. ¿Cuántos hombres necesita para esta operación, y cuánto tardará usted en disponer de ellos si declaro ahora el estado de emergencia?

El subdirector consultó su reloj. Eran poco más de las 7.00. Reflexionó un momento.

—Necesito trescientos agentes especiales con instrucciones y listos para actuar en dos horas.

—Muy bien, adelante —dijo el director en tono tajante—. Comuníquese conmigo apenas estén listos, pero deje las instrucciones finales para el último

momento. Y que los helicópteros no aparezcan hasta las diez y un minuto, Matt. Quiero eliminar todas las posibilidades de filtración: sólo así podremos atrapar al asesino.

—¿Por qué no se limita a cancelar el programa de la presidenta? Estamos en apuros, y la responsabilidad no recae únicamente sobre usted.

—Si damos marcha atrás ahora, tendremos que volver a empezar mañana desde cero —respondió el director—, y quizá nunca se nos presentará otra ocasión como ésta.

—Sí, señor.

—No me abandone, porque dejaré totalmente en sus manos las operaciones terrestres.

—Gracias, señor.

Rogers salió del despacho. El director sabía que se desempeñaría tan bien como el mejor custodio profesional de la ley que uno podía hallar en los Estados Unidos.

—Señora McGregor.

—¿Sí, señor?

—Comuníqueme con el jefe del Servicio Secreto en la Casa Blanca.

—Sí, señor.

El director consultó su reloj: las 7.10. Andrews llegaría a las 8.00. Sonó el teléfono.

—El señor Knight está en la línea, señor.

—Stuart, ¿puede llamarme por su línea privada, asegurándose de que nadie le escucha?

H. Stuart Knight conocía suficientemente bien a Halt como para saber que hablaba en serio. Le llamó enseguida utilizando su «mezcladora» especial para eliminar el peligro de posibles interceptaciones.

—Stuart, necesito verle inmediatamente, en el lugar habitual. No le robaré más de media hora. Prioridad absoluta.

Muy engorroso, pensó Knight, pero Halt sólo hacía esa petición dos o tres veces por año, y comprendió que debía postergar por el momento toda otra actividad. Solamente la presidenta y la procuradora general tenían prioridad sobre Halt.

El director del FBI y el jefe del Servicio Secreto se encontraron diez minutos más tarde en la hilera de taxis aparcados frente a la Union Station. No ocuparon el primer taxi sino el séptimo. Montaron en la parte de atrás sin hablarse ni dar señales de conocerse. Elliott guió el taxi hacia el Capitolio,

donde empezó a dar vueltas. El director hablaba y el jefe del Servicio Secreto escuchaba.

El despertador de Mark sonó a las 6.45. Se duchó, se afeitó, y pensó en las actas que había dejado en el Senado, procurando convencerse de que no habrían ayudado a descubrir si el culpable era Dexter o Harrison. Le agradeció en silencio al senador Stevenson que le hubiera ayudado indirectamente a eliminar de la lista a los senadores Byrd, Brooks y Thornton. También le daría las gracias a cualquiera que le ayudase a borrar el nombre del senador Dexter. Empezaba a coincidir con el razonamiento del director: todo apuntaba a Dexter. Tenía un motivo capital, pero... Mark consultó su reloj. Era un poco temprano. Se sentó sobre el borde de la cama y se rascó la pierna, que le escocía. Un insecto debía de haberle picado durante la noche. Siguió reflexionando para ver si algo se le había pasado por alto.

El presidente del Consejo de Administración se levantó de la cama a las 7.20 y encendió su primer cigarrillo. No recordaba bien a qué hora se había despertado. A las 6.10 había telefoneado a Tony, que ya estaba levantado y esperando su llamada. Ese día no se verían a menos que el presidente necesitara el coche en un caso de emergencia. Sólo volverían a hablarse a las 9.30 para verificar que todos estaban en sus puestos. Cuando completó la llamada, marcó el número del servicio del comedor y pidió un succulento desayuno. El trabajo de esa mañana no era de los que uno emprendía con el estómago vacío. Matson debería telefonearle en cualquier momento a partir de las 7.30. Quizás aún dormía. Después del esfuerzo de la noche anterior, Matson merecía un descanso. El presidente sonrió para sus adentros. Entró en el cuarto de baño y abrió la ducha: salió un débil hilo de agua fría. Malditos hoteles. Cien dólares por noche y no había agua caliente. Chapoteó infructuosamente y empezó a pensar en las próximas cinco horas, repasando de nuevo el plan con mucho detenimiento para asegurarse de que no habían omitido el menor detalle. Esa noche Kane estaría muerta y él tendría dos millones de dólares en la Union Bancaire Suisse, de Zurich, cuenta número AZL-376921-B. Una pequeña recompensa de sus agradecidos amigos de la industria de armamentos. Y para mayor regocijo, el Tío Sam ni siquiera cobraría el impuesto.

Sonó el teléfono. Maldición. Atravesó la habitación chorreando agua. Las palpitaciones de su corazón se aceleraron. Era Matson.

Matson y el presidente habían regresado a las 2.35 de la mañana del edificio donde vivía Mark, una vez realizado el trabajo. Matson había dormido media hora de más. El condenado conserje del hotel se había olvidado de despertarlo: últimamente no se podía confiar en nadie. Apenas se despertó, le telefoneó al presidente y se puso a sus órdenes.

Xan estaba sano y salvo en lo alto de la grúa. Y preparado. Probablemente era el único de ellos que aún dormía.

El presidente, aunque chorreando agua, estaba satisfecho. Colgó el auricular y volvió a la ducha. Aún estaba fría.

Matson se masturbó. Era lo que hacía siempre cuando estaba nervioso y quería matar el tiempo.

Florentina Kane no se despertó hasta las 7.35. Se dio vuelta en la cama y trató de recordar lo que acababa de soñar, pero como no lo logró, dejó vagar la mente. Pronto iría al Capitolio para defender el proyecto de ley sobre Control de Armas durante una sesión especial del Senado, y después comería con los partidarios y adversarios claves del proyecto. Puesto que éste había sido aprobado en la comisión, tal como había previsto, ahora se concentraba en la estrategia para el último día de debate parlamentario. Por lo menos, las probabilidades se habían volcado a su favor. Le sonrió a Edward, a pesar de que éste le volvía la espalda. Había sido una temporada de mucho ajeteo, y estaba ansiosa por ir a Camp David y poder dedicar más tiempo a su familia. Será mejor que me espabile, pensó. La mitad del país ya está levantado y yo todavía en la cama... Sin embargo, la mitad levantada del país no había tenido que cenar la noche anterior con el rey de Tonga, un personaje de doscientos kilos al que casi hubo que arrojar de la Casa Blanca porque no había forma de que se marchara. La presidenta no estaba muy segura de poder señalar Tonga en el mapa. Ciertamente, se hallaba en el Pacífico, pero el Pacífico era un vasto océano. Había dejado que su secretario de Estado, Abe Chayes, fuera quien dirigiera la conversación; por lo menos él sabía con exactitud dónde estaba Tonga.

Dejó de pensar en eso y apoyó los pies en el suelo... o, para ser más exactos, los apoyó sobre el Escudo Presidencial. El condenado diseño aparecía en todas partes menos en el papel higiénico. Sabía que cuando entrara en el comedor de enfrente, para tomar el desayuno, encontraría la tercera edición del *New York Times*, la tercera edición del *Washington Post* y las primeras ediciones del *Los Angeles Times* y el *Boston Globe*, todas a

punto para la lectura, con los artículos que mencionaban su nombre marcados en rojo, y con una reseña especial de las noticias del día anterior. ¿Cómo conseguían completarla aun antes de que ella estuviera vestida?, se preguntó. Entró en el baño y abrió la ducha: la presión del agua era casi la justa. Empezó a preguntarse qué debía decir finalmente para convencer a los senadores indecisos de que su proyecto de ley sobre Control de Armas debía convertirse en ley. Sus esfuerzos por llegar a la mitad de su espalda con el jabón interrumpieron esta secuencia de pensamientos. Los presidentes todavía tienen que apañarse solos para hacer esto, pensó.

Mark aún disponía de veinte minutos, antes de su entrevista con el director. Revisó la correspondencia: sólo una carta del American Express, que dejó sobre la mesa de la cocina, sin abrirla.

O'Malley estaba apostado en el sedán Ford, a cien metros del edificio, bostezando. Le tranquilizó poder informar que Mark había salido del bloque de apartamentos y estaba conversando con el encargado negro del garaje. Ni O'Malley ni Thompson le habían dicho a nadie que, durante la noche anterior, Mark se les había escabullido durante varias horas.

Mark contorneó el edificio y el hombre del Ford azul le perdió de vista. Eso no le preocupó. O'Malley había verificado la posición del Mercedes una hora antes, y sólo había una posible salida.

Al dar la vuelta a la esquina del edificio, Mark vio un Fiat rojo. Se parece al de Elizabeth, pensó, exceptuando la abolladura del parachoques. Miró con más detenimiento y en verdad era el de Elizabeth. Ella estaba dentro, observándole. Mark abrió la portezuela. Si él era Ragani y ella Mata Hari, ya no le importaba. Se sentó junto a ella. Ninguno de los dos habló hasta que ambos lo hicieron simultáneamente, y dejaron escapar una risa nerviosa. Elizabeth repitió la tentativa. Mark se quedó callado.

—He venido a decirte que lamento haber sido tan quisquillosa anoche. Debería haberte dado una oportunidad. La verdad es que no quiero que te acuestes con la hija de otro senador —dijo, tratando de forzar una sonrisa.

—Yo soy el que debería estar arrepentido, Liz. Confía en mí. Suceda lo que suceda, veámonos esta noche y entonces procuraré explicártelo todo. No me preguntes nada hasta entonces, y te prometo que me verás esta noche, independientemente de lo que ocurra. Si después sigues queriendo que me aleje de tu vida, juro que me iré sin protestar.

Elizabeth asintió con un movimiento de cabeza.

—Pero espero que no tan bruscamente como te fuiste la otra noche.

Mark la rodeó con el brazo y la besó rápidamente.

—Basta de bromas de mal gusto acerca de aquella noche. Sueño con una segunda oportunidad.

Ambos se rieron. Él empezó a apearse.

—¿No quieres que te lleve al trabajo, Mark? Está en el trayecto al hospital y así esta noche no tendremos que ocuparnos de dos coches.

Mark vaciló.

—¿Por qué no? Es una buena idea.

Se preguntó si ése era el armisticio definitivo.

Cuando ella dobló la esquina, Simon les hizo señas para que se detuvieran.

—El coche del aparcamiento siete volverá luego, esta mañana, Mark. Tendré que aparcar su Mercedes en la calzada, pero no se preocupe. Lo vigilaré.

Simon miró a Elizabeth y añadió sonriente:

—Después de todo no necesitará a mi hermana, macho.

Elizabeth arrancó y se sumó a la columna de tráfico de Sixth Street. O'Malley mascaba chicle a cien metros de allí.

—¿Cenaremos juntos esta noche?

—Volvamos a aquel restaurante francés y repitamos la velada. Esta noche representaremos el último acto de la obra.

Espero que el primer párrafo diga: «Éste era el más noble de los romanos. Todos los conspiradores, con su sola excepción...», pensó Mark.

—Esta vez invito yo —dijo Elizabeth.

Mark aceptó, recordando la cuenta del American Express que no había abierto. En el semáforo se iluminó el rojo en la esquina de G Street. Se detuvieron y esperaron. Mark empezó a rascarse la pierna de nuevo. Realmente, la sentía muy dolorida.

El taxi seguía dando vueltas alrededor del Capitolio y Halt estaba terminando de poner al corriente a H. Stuart Knight.

—Pensamos que perpetrarán el atentado cuando la presidenta se apee de su coche en el Capitolio. Si usted consigue que entre sana y salva en el edificio, nosotros controlaremos el exterior. Mis hombres vigilarán los edificios, los tejados y los lugares elevados desde donde se pueda disparar.

—Nuestra función sería mucho más sencilla si la presidenta no insistiera en subir la escalinata a pie. Desde que Carter hizo su paseo por Pennsylvania Avenue en el año setenta y siete... —dejó la frase inconclusa, exasperado—. Entre paréntesis, Halt, ¿por qué no me lo comunicó antes?

—Hay un elemento insólito, Stuart. Aún no puedo suministrarle todos los detalles, pero no se preocupe, no influyen en la tarea de proteger a la presidenta.

—Está bien, le creo. ¿Está seguro de que mis hombres no pueden colaborar con su organización?

—No. Me conformo con saber que ustedes vigilan atentamente a la presidenta. Así yo disfrutaré de mucha más libertad para atrapar a los asesinos con las manos en la masa. No deben desconfiar. Quiero cazar al asesino *in fraganti*, con su arma todavía en la mano.

—¿Debo decírselo a la presidenta? —preguntó Knight.

—No. Limítese a comunicarle que se trata de una nueva medida de seguridad que usted pondrá en práctica de vez en cuando.

—Ha habido tantas, que indudablemente lo creerá —asintió Knight.

—No varíe la ruta ni el horario, y los detalles más sutiles correrán por su cuenta, Stuart. No quiero filtraciones. Le veré después de la comida de la presidenta. Entonces podremos ponernos ambos al día. Por cierto, ¿cuál es la contraseña de hoy para designar a la presidenta?

—*Julius*.

—Dios mío, no lo puedo creer.

—¿Me ha contado todo lo que debo saber, Halt?

—No, claro que no, Stuart. Ya me conoce. Soy el hermano menor de Maquiavelo.

El director dio unos golpecitos en el hombro de Elliott y el taxi volvió a colocarse en el séptimo lugar de la fila. Los dos pasajeros se apearon y caminaron en direcciones opuestas: Knight para tomar el metro que le llevaría a la Casa Blanca; el director para tomar un taxi en el que se trasladaría al FBI. Ninguno de los dos miró hacia atrás.

Dichoso Stuart Knight, pensó el director, que vivió los siete días pasados sin tener la información que tengo yo. En ese momento la entrevista había concluido, el director había recuperado la confianza en su estrategia, y estaba resuelto a que sólo él y Andrews supieran en el futuro la verdad de todo lo que había ocurrido..., a menos que obtuvieran pruebas terminantes para garantizar la inculpación del senador. Tenía que cazar a los conspiradores con vida, para hacerles declarar contra el senador. El director cotejó su reloj con el

de la torre de la antigua oficina de Correos, que se levantaba sobre la Agencia local de Washington. Eran las 7.58. Andrews llegaría dentro de dos minutos. Cuando pasó por la puerta giratoria del FBI todos le saludaron. La señora McGregor estaba frente a su despacho, con expresión agitada.

—Llama el canal Cuatro, señor. Preguntan urgentemente por usted.

—Pase la comunicación —dijo el director. Entró deprisa en su despacho y levantó la extensión.

—Le habla el agente especial O'Malley desde el coche patrulla, señor.

—¿Qué ocurre, O'Malley?

—Han matado a Andrews, señor, y debía de haber otra persona en el coche.

El director no atinó a hablar.

—¿Me escucha, director? —O'Malley esperó—. Repito, ¿me escucha, director?

Por fin, el director murmuró:

—Venga inmediatamente.

Colgó el auricular y sus manazas aferraron el escritorio Reina Ana. Sus dedos se crisparon y se cerraron poco a poco sobre las palmas de sus manos hasta formar dos puños gigantescos, con las uñas clavadas en la piel. La sangre chorreó lentamente sobre la tapa de cuero del escritorio, dejando una mancha oscura. Permaneció así sentado, en total silencio, durante unos minutos. Después le dijo a la señora McGregor que le comunicara con la presidenta, en la Casa Blanca. Cancelaría la maldita operación: se había excedido. Esperó en silencio. Los hijos de perra le habían derrotado. Debían saberlo todo.

El agente especial O'Malley tardó diez minutos en llegar al FBI, y una vez allí le condujeron directamente al director.

Dios mío, parece tener ochenta años, pensó apesadumbrado O'Malley.

El director le miró fijamente.

—¿Cómo sucedió? —preguntó en voz baja.

—Voló junto con su coche. Creemos que le acompañaba otra persona.

—¿Por qué? ¿Cómo?

—Sin duda, una bomba conectada con el encendido. Estalló delante de mis narices. Fue una explosión terrible, y produjo un gran estropicio.

—El estropicio me importa una mierda —había empezado a decir el director, levantando progresivamente la voz, cuando se abrió la puerta.

Entró Mark Andrews.

—Buenos días, señor. Espero no haberle interrumpido. Creí que habíamos quedado a las ocho y quince...

Los dos hombres le clavaron la mirada.

—Usted está muerto.

—¿Cómo dice, señor?

—Bien, ¿quién diablos conducía su Mercedes? —le preguntó el agente especial O'Malley.

—¿Mi Mercedes? —replicó Mark rápidamente, sin comprender la pregunta—. ¿A qué se refiere?

—Su Mercedes acaba de volar en pedazos. Lo vi con mis propios ojos. Mi colega quedó allí, tratando de reordenar los despojos. Ya anunció que encontró la mano de un negro.

Mark se apoyó contra la pared para conservar el equilibrio.

—Los hijos de perra han matado a Simon —vociferó indignado—. No se moleste en llamar a Grant Nanna para que les retuerza los huevos. Lo haré yo mismo.

—Explíquese, por favor —dijo el director.

Mark volvió a afirmarse sobre los pies, giró y los miró a ambos.

—Esta mañana Elizabeth Dexter me trajo en su coche. Vino a verme. Me trajo ella —repitió, sin haber recuperado aún la coherencia—. Simon cambió de lugar mi coche porque ocupaba una plaza que está reservada durante el día. Los hijos de perra le han matado.

—Siéntese, Andrews. Usted también, O'Malley.

Sonó el teléfono.

—La secretaria de Prensa de la presidenta, señor. La presidenta le atenderá dentro de dos minutos aproximadamente.

—Cancele la llamada y pida excusas, y dígle a Janet Brown que no era nada importante. Sólo quería desearle suerte a la presidenta, antes de que se vote el proyecto de ley sobre Control de Armas.

—Sí, señor.

—De modo que piensan que está muerto, Andrews, y han jugado su última carta. Ahora debemos jugar la nuestra. Seguirá muerto... por unas pocas horas.

Mark y O'Malley se miraron, perplejos.

—O'Malley, vuelva a su coche. No le diga nada a nadie. Ni siquiera a su compañero. No ha visto a Andrews con vida, ¿me entiende?

—Sí, señor.

—Puede irse... Señora McGregor, comuníqueme con el jefe de Asuntos Externos.

—Sí, señor.

El director miró a Mark.

—Empezaba a echarle de menos.

—Gracias, señor.

—No me dé las gracias. Estoy a punto de volver a matarle.

Golpearon la puerta y entró Bill Gunn. Era el paradigma del agente de relaciones públicas: más atildado que nadie, con la sonrisa más ancha y una cabellera rubia que lavaba cada dos días. Cuando entró, su talante estaba desusadamente adusto.

—¿Sabe que ha muerto uno de nuestros jóvenes agentes, señor?

—Sí, Bill. Comunique inmediatamente a la prensa que un agente especial, cuyo nombre no se especifica, fue asesinado esta mañana, y que usted recibirá a los periodistas a las once para completar la información.

—Me acosarán mucho antes de esa hora, señor.

—Deje que le acosen —espetó el director.

—Sí, señor.

—A las once, entregará otro comunicado anunciando que el agente está vivo...

Las facciones de Bill Gunn reflejaron su sorpresa.

—... y que hubo un error. El hombre que murió fue un joven encargado de garaje que no pertenece al FBI.

—Pero... ¿y nuestro agente, señor?

—Sin duda querrá conocer al agente presuntamente muerto. Bill Gunn... éste es el agente especial Andrews. Y silencio, Bill. Este hombre seguirá muerto durante las próximas tres horas, y si se produce una filtración usted tendrá que buscarse un nuevo empleo.

La expresión ansiosa de Bill Gunn fue hartamente convincente.

—Sí, señor.

—Cuando haya escrito el comunicado de prensa, llámeme y léamelo.

—Sí, señor.

Bill Gunn salió, atónito. Era un hombre plácido y sosegado, y eso escapaba a su capacidad de comprensión, pero confiaba en el director.

El director tomaba cada vez más conciencia de la confianza que despertaba en sus hombres y del peso que llevaba sobre sus espaldas. Miró a Mark, quien no se había recuperado de la conmoción que le había producido

el saber que Simon había muerto en lugar de él... Era el segundo hombre que corría esa suerte en un lapso de ocho días.

—Bien, Mark, nos quedan menos de dos horas, de modo que a los muertos les lloraremos más tarde. ¿Tiene algo que agregar al informe de ayer?

—Sí, señor. Es bueno estar vivo.

—Si pasa de las once horas de hoy, joven, creo que tendrá muchas probabilidades de vivir una vida larga y saludable, pero todavía ignoramos si se trata de Dexter o de Harrison. Sabe que yo sospecho de Dexter —el director volvió a consultar su reloj. Las 8.30. Faltaban noventa y seis minutos—. ¿Se le ocurre alguna nueva idea?

—Bien, señor, indudablemente Elizabeth no está comprometida. Cuando vino esta mañana me salvó la vida. Si quería verme muerto, eligió una táctica muy curiosa.

—Estoy de acuerdo con usted —asintió el director—. Pero esto no prueba que su padre sea inocente.

—No creo que él quiera matar al hombre que podría casarse con su hija —comentó Mark.

—Usted es un sentimental, Andrews. Un hombre que planea asesinar a la presidenta no se preocupa por los amiguitos de su hija.

Sonó el teléfono. Era Bill Gunn, de Relaciones Públicas.

—Correcto, léalo —el director escuchó con atención—. Está bien. Despáchelo inmediatamente a la radio, la televisión y los periódicos, y saque el segundo comunicado a las once, y no antes. Gracias, Bill.

El director colgó el auricular y añadió, dirigiéndose a Andrews:

—Le felicito, Mark. Usted es el único muerto vivo y, como Mark Twain, podrá leer su necrología. Ahora le daré una rápida síntesis de los últimos acontecimientos. Tengo trescientos agentes locales vigilando el Capitolio y sus alrededores. El cerco se cerrará herméticamente apenas llegue el coche presidencial.

—¿Dejará que vaya al Capitolio? —Mark estaba alelado.

—Escuche atentamente, Mark. A partir de las nueve me informarán minuto a minuto de dónde están los dos senadores, y seis agentes les siguen sin pausa. A las nueve y cuarto también nosotros saldremos a la calle. Cuando suceda lo que tenga que suceder, estaremos presentes. Puesto que voy a cargar con mi responsabilidad, lo haré personalmente.

—Sí, señor.

Sonó el timbre del intercomunicador.

—Es el señor Sommerton. Desea verle con urgencia, señor.

El director consultó su reloj: las 8.45. Puntualmente, como había prometido.

Daniel Sommerton irrumpió con expresión satisfecha. Fue directamente al grano.

—Una de las impresiones digitales ha aparecido en el archivo criminal. Es un pulgar. Pertenece a Matson..., Ralph Matson.

Sommerton mostró una foto de Matson, un retrato robot con sus facciones y la huella ampliada de un pulgar.

—Y esto es lo que no le va a gustar, señor. Es un ex agente del FBI.

Le pasó la ficha de Matson al director, para que la estudiara. Mark miró la foto. Era el sacerdote ortodoxo griego, con su nariz prominente y su mandíbula poderosa.

—Hay algo de profesional en él —dijeron el director y Mark al unísono.

—Le felicito, Sommerton. Saque inmediatamente trescientas copias de la foto y entréguelas al subdirector a cargo de la División de Investigaciones... Y he dicho inmediatamente.

—Sí, señor.

El experto en dactiloscopia salió disparado, satisfecho consigo mismo. Ése era el pulgar que buscaban.

—Señora McGregor, comuníqueme con el señor Rogers.

El subdirector apareció en la línea. El director le transmitió las novedades.

—¿Debo arrestarle apenas le vea?

—No, Matt. Cuando le encuentre, vigílelo y asegúrese de que sus muchachos pasen inadvertidos. Si Matson desconfía, aún puede suspender toda la operación. Manténgase constantemente en contacto conmigo. Échele el guante a las diez y seis minutos. Si se produce algún cambio en los planes, se lo haré saber.

—Sí, señor. ¿Ha alertado al Servicio Secreto?

—Sí, lo he hecho —colgó violentamente el auricular.

El director consultó su reloj: las 9.05. Pulsó un botón y entró Elliott.

—¿Dónde están los dos senadores?

—Harrison está todavía en su mansión de Alexandria. Dexter salió de Kensington y se dirige rumbo al Capitolio, señor.

—Quédese en este despacho, Elliott, y manténganse en contacto por radio conmigo y con el subdirector, que está en la calle. No salga en ningún momento. ¿Me entiende?

—Sí, señor.

—Yo utilizaré mi radiotransmisor sintonizado en el canal Cuatro. En marcha, Andrews —salieron, dejando atrás al hombre anónimo—. Si me llamara alguien, señora McGregor, comuníqueme con el agente especial Elliott, que queda en mi despacho. Él sabrá dónde encontrarme.

—Sí, señor.

Pocos minutos más tarde, el director y Mark estaban en la calle, caminando por Pennsylvania Avenue hacia el Capitolio. Mark se puso las gafas de sol y se levantó el cuello. En el trayecto se cruzaron con varios agentes especiales, ninguno de los cuales saludó al director. En la esquina de Pennsylvania Avenue y Ninth Street se cruzaron con el presidente del Consejo de Administración, que estaba encendiendo un cigarrillo y mirando su reloj: las 9.30. Se acercó al bordillo de la acera, dejando atrás una pila de colillas. El director miró las colillas: un sembrador de basura, al que deberían aplicarle una multa de cien dólares. Siguieron su marcha con paso ligero.

—Llamando, Tony. Llamando, Tony.

—Aquí Tony, jefe. El Buick está listo. Acaban de anunciar por la radio del coche que el bueno de Andrews recibió lo suyo.

El presidente sonrió.

—Llamando, Xan.

—Listo. Espero su señal.

—Llamando, Matson.

—Todo en orden, jefe. Aquí pulula una verdadera multitud de agentes.

—No te agites. Los agentes del Servicio Secreto siempre pululan cuando la presidenta sale de la Casa Blanca. No vuelvas a llamar a menos que surja un problema concreto. Los tres, mantengan sintonizadas las radios. Cuando vuelva a llamar, me limitaré a activar los vibradores laterales de sus relojes. A partir de entonces dispondrán de tres minutos y cuarenta y cinco segundos porque Kane estará pasando por aquí. ¿Entendido?

—Sí.

—Sí.

—Sí.

El presidente interrumpió el circuito y encendió otro cigarrillo. Las 9.40.

El director vio a Matthew Rogers que viajaba en un coche patrulla especial y se acercó rápidamente a él.

—¿Todo controlado, Matt?

—Sí, señor. Si alguien intenta algo, le resultará imposible moverse en casi un kilómetro a la redonda.

—Estupendo. ¿Qué hora tiene?

—Las nueve y cuarenta y cinco.

—Correcto. Quédese apostado aquí. Yo iré al Capitolio.

Halt y Mark se separaron del subdirector y siguieron su marcha.

—Elliott llamando al director.

—Adelante, Elliott.

—Han localizado a Matson en el cruce de Maryland Avenue y First Street, cerca de la estatua de Garfield, en el ángulo sudoeste del edificio del Capitolio, cerca de las obras de renovación de la fachada oeste.

—Bien. Vigilen y emplacen cincuenta hombres alrededor de la zona. No se acerquen todavía. Informe al señor Rogers y dígame que mantenga a sus agentes fuera del campo visual de Matson.

—Sí, señor.

—¿Pero qué demonios hace en ese lado del Capitolio? —murmuró Mark por lo bajo—. Desde allí no se puede disparar contra la escalinata, como no sea que lo hagan desde un helicóptero.

—Estoy de acuerdo; es extraño —asintió el director.

Llegaron al cordón policial que rodeaba el Capitolio. El director mostró sus credenciales para que les dejaran pasar a él y a Andrews. El joven policía del Capitolio verificó dos veces los documentos. No podía creerlo: le tenía frente a él, en persona. Sí, era el director del FBI. El mismísimo H. A. L. Tyson.

—Disculpe, señor. Pase, por favor.

—Elliott al director.

—¿Sí, Elliott?

—El jefe del Servicio Secreto desea hablar con usted, señor.

—Stuart.

—El primero de los coches sale en este momento. *Julius* partirá dentro de cinco minutos.

—Gracias, Stuart. Hagan lo suyo y denme una sorpresa.

—No se preocupe, Halt. Se la daremos.

Cinco minutos más tarde, el coche presidencial salió por el portón sur y dobló a la izquierda por E Street. El coche de vanguardia pasó frente al presidente

del Consejo de Administración, apostado en la esquina de Pennsylvania Avenue y Ninth Street. El conspirador sonrió, encendió otro cigarrillo y esperó. Al cabo de cinco minutos un Lincoln de grandes dimensiones, con sendos gallardetes flameando en los guardabarros delanteros y el Escudo Presidencial en las portezuelas, pasó frente al conspirador. A través de los nebulosos cristales grises de las ventanillas vio tres figuras en la parte trasera. Al coche presidencial le seguía una limusina conocida con el nombre de «coche armado», donde viajaban los agentes del Servicio Secreto y el médico personal de la presidenta. El conspirador pulsó un botón de su reloj. El vibrador le cosquilleó la muñeca. Después de diez segundos lo detuvo, caminó cien metros hacia el norte y le hizo señas a un taxi.

—Aeropuerto Nacional —le dijo al taxista, acariciando el billete que llevaba guardado en el bolsillo interior de la americana.

El vibrador del reloj de Matson le cosquilleaba la piel. Al cabo de diez segundos, se detuvo. Matson caminó hasta la empalizada de las obras en construcción, se agachó y se anudó el cordón del zapato.

Xan empezó a despegar el esparadrapo. Era bueno poder moverse: había pasado toda la noche doblado en dos. Atornilló el cañón al dispositivo de puntería.

—Subdirector a director. Matson se aproxima a la obra en construcción. Ahora se detiene para anudar el cordón del zapato. En la obra en construcción no hay nadie, pero he pedido un helicóptero para verificarlo. Allí se levanta una grúa gigantesca que parece desierta.

—Bien. Espere hasta el último momento. Le daré la orden de actuar cuando llegue el coche presidencial. Debe pillarlos con las manos en la masa. Alerte a los agentes apostados sobre el tejado del Capitolio —el director se volvió hacia Mark, más distendido—. Creo que todo saldrá bien —dijo.

Los ojos de Mark estaban fijos en la escalinata del Capitol Hill.

—¿Ha observado, señor, que tanto el senador Dexter como el senador Harrison forman parte del grupo que dará la bienvenida a la presidenta?

—Sí —respondió el director—. El coche llegará en dos minutos. Atraparemos a los otros, aunque no sepamos de cuál de los dos senadores se trata. A su hora les haremos hablar. Espere un momento... ¡Qué curioso!

El director sacó del bolsillo un par de hojas mecanografiadas y las estudió rápidamente.

—Sí, es lo que pensaba. El programa detallado de actividades de la presidenta indica que Dexter estará presente durante el discurso especial pero no asistirá a la comida con la presidenta. Muy extraño. Estoy seguro de que todos los principales líderes de la oposición fueron invitados a la comida. ¿Por qué no asistirá Dexter?

—Eso no tiene nada de raro, señor. Los jueves siempre come con su hija. ¡Dios mío! «Los jueves siempre como con mi padre».

—Sí, Mark. Lo oí la primera vez.

—No, señor. «Los jueves siempre como con mi padre».

—Mark, el coche llegará dentro de un minuto.

—Es Harrison, señor. Es Harrison. Soy un idiota... jueves, 24 de febrero, en Georgetown. Siempre pensé que era 24 de febrero, pero no que era jueves. Dexter estaba comiendo con Elizabeth. «Los jueves siempre como con mi padre». Ésa es la razón por la que fueron vistos ese día en Georgetown. Tuvo que ser por eso. Nunca se lo pierden.

—¿Está seguro? ¿Absolutamente seguro? Es un dato de capital importancia.

—Es Harrison, señor. No puede ser Dexter. Debería haberme dado cuenta el primer día. Jesús, qué estúpido soy.

—Es cierto, Mark. Suba deprisa. Vigile todos sus movimientos y prepárese para arrestarle cualesquiera sean las consecuencias.

—Sí, señor.

—Rogers.

—¿Señor? —preguntó el subdirector.

—El coche se está deteniendo. Arresten inmediatamente a Matson. Controlen el tejado del Capitolio —el director miró hacia el cielo—. ¡Dios mío! No se trata de un helicóptero. Es esa condenada grúa. ¡Tiene que ser la grúa! Xan dejó descansar la culata del fusil amarillo contra su hombro y vigiló el coche presidencial. Había suspendido una pluma de un hilo sujeto al extremo del cañón del arma: esa trepa la había aprendido al entrenarse para las Olimpiadas. No soplabla viento. Las horas de espera habían llegado a su fin. El senador Harrison estaba en la escalinata del Capitolio. A través de la mira telescópica Redfield de treinta aumentos veía las gotas de sudor que le perlaban la frente.

El coche presidencial se detuvo en el lado norte del Capitolio. El plan se seguía cumpliendo al pie de la letra. Xan enfocó la mira telescópica sobre la portezuela del coche y esperó a ver a Kane. Dos agentes del Servicio Secreto se apearon, escudriñaron a la multitud y aguardaron al tercero. No sucedió

nada. Xan enfocó la mira sobre el senador, que parecía ansioso y desconcertado. Kane seguía sin aparecer en la portezuela del coche. ¿Dónde diablos estaba, qué ocurría? Controló la pluma; seguía sin correr viento. Volvió a desplazar la mira hacia el coche presidencial. Santo cielo, la grúa se movía y Kane no estaba en el coche. Matson había estado en lo cierto desde el primer momento: lo sabían todo. Xan pasó al plan de emergencia. Sólo un hombre podía desenmascararles, y no vacilaría en hacerlo. Desvió la mira hacia la escalinata del Capitolio. Tres centímetros por encima de la frente. Apretó el disparador una vez..., dos veces, pero la segunda vez no tuvo un blanco nítido, y una fracción de segundo más tarde ya no pudo ver la escalinata del Capitolio. Miró desde lo alto de la grúa en movimiento. Estaba rodeado por cincuenta hombres de traje oscuro, y le apuntaban directamente cincuenta pistolas.

Mark estaba aproximadamente a un metro del senador Harrison cuando le oyó gritar y le vio caer. Mark saltó sobre él y la segunda bala le rozó el hombro. Entre los senadores y funcionarios congregados en los escalones de arriba cundió el pánico. La comitiva de recepción corrió al interior. Treinta agentes del FBI la siguieron de prisa. El director fue el único que quedó en la escalinata del Capitolio, impávido e inmóvil, mirando la grúa. No le habían apodado Halt por error.

—¿Puedo preguntarle a dónde me lleva, Stuart?

—Sí, señora presidenta. Al Capitolio.

—Pero ésta no es la ruta normal para ir al Capitolio.

—No, señora. Vamos por Constitution Avenue hasta el Edificio Russell. Nos acaban de informar de que ha habido un pequeño tumulto en el Capitolio. Una manifestación. De la National Rifle Association.

—¿Y yo la eludo? Como una cobarde, Stuart.

—No, señora. La haré entrar por el sótano. Como medida de seguridad y para que usted esté más cómoda.

—Eso significa que tendré que viajar en el maldito tren subterráneo. Incluso cuando era senadora prefería caminar por fuera.

—Le hemos despejado el camino, señora. A pesar de todo, llegará a tiempo.

La presidenta gruñó y miró por la ventanilla mientras una ambulancia pasaba velozmente en dirección opuesta.

El senador Harrison murió antes de llegar al hospital y a Mark le vendaron la herida. Mark consultó el reloj y rió. Eran las 11.04: iba a vivir.

—Teléfono para usted, señor Andrews.

—¿Mark?

—Señor.

—Me comunican que se encuentra bien. Me alegro. Lamentablemente, el Senado levantó sus sesiones en homenaje al senador Harrison. La presidenta está consternada, pero piensa que éste es el momento ideal para discutir el control de armas, de modo que ahora iremos todos a comer temprano. Es una lástima que usted no pueda acompañarnos. Y atrapamos a tres de ellos: a Matson, a un tirador vietnamita y a un ratero llamado Tony Loraido. Es posible que haya otros. Ya le informaré más tarde. Gracias, Mark.

La comunicación se cortó antes de que Mark pudiera contestar.

JUEVES, 10 DE MARZO

19.00 horas

Mark llegó a Georgetown a las siete de la tarde. Antes había concurrido al velatorio de Simon y había dado el pésame a sus asombrados padres. Tenían otros cinco hijos, pero esto nunca consuela. Su pena le hizo añorar a Mark la tibieza de los vivos.

Elizabeth lucía la blusa de seda roja y la falda negra con que la había visto por primera vez. Le recibió con una avalancha de palabras.

—No entiendo nada de lo que ha sucedido. Mi padre me llamó antes y me dijo que trataste de salvarle la vida al senador Harrison. ¿Pero qué hacías allí, al fin y al cabo? Mi padre está muy alterado por lo que sucedió. ¿Por qué le seguías a todas partes? ¿Acaso corría peligro?

Mark la miró sin pestañear.

—No, no estaba comprometido en nada, de modo que procuremos empezar de nuevo.

Ella seguía sin entender.

Cuando llegaron al Rive Gauche, el *maître* les recibió con los brazos abiertos.

—Buenas noches, señor Andrews. Es un placer volver a verle. No recuerdo que haya reservado mesa.

—No, está reservada a mi nombre. Doctora Dexter —dijo Elizabeth.

—Oh, sí, doctora, por supuesto. ¿Quieren seguirme por aquí?

Pidieron almejas cocidas al horno y, por fin, un filete sin guarnición y dos botellas de vino.

Mark cantó durante casi todo el trayecto de regreso. Cuando llegaron, la tomó firmemente de la mano y la condujo a la sala en penumbra.

—Voy a seducirte. Nada de café, ni coñac, ni música. Sólo una seducción pura y simple.

Cayeron sobre el sofá.

—Estás demasiado borracho.

—Espera y verás —la besó largamente en la boca y empezó a desabrocharle la blusa.

—¿Estás bien seguro de que no quieres un poco de café? —preguntó ella provocativamente.

—Sí, muy seguro —le desprendió con lentitud la blusa de la falda y le acarició la espalda, mientras le apoyaba la otra mano sobre la pierna.

—¿Y un poco de música? —insistió Elizabeth jovialmente—. Algo especial.

Elizabeth pulsó el botón del tocadiscos de alta fidelidad. Era nuevamente Sinatra, pero esta vez con la canción ideal:

*¿Es un terremoto o sólo una sacudida,
es la auténtica sopa de tortugas o sólo una imitación,
es un cóctel, esta sensación de júbilo,
o lo que siento es... lo auténticamente auténtico?*

*¿Es para siempre o sólo un pasatiempo,
es Granada lo que veo o sólo Asbury Park,
es un capricho que no merece atención,
o es..., por fin, después de todo..., el amor?*

Elizabeth volvió a acurrucarse entre los brazos de Mark.

Le bajó la cremallera de la falda. Sus piernas cían esbeltas y bellas, bajo la luz tenue. Las acarició suavemente.

—¿Me contarás la verdad de cuanto sucedió hoy, Mark?

—Después, cariño.

—Cuando hayas hecho lo que quieras conmigo —murmuró ella.

Se quitó la camisa. Elizabeth le miró el vendaje del hombro.

—¿Es ahí donde te hirieron mientras cumplías con tu deber?

—No, ahí es donde me mordió mi última amante.

—Espero que haya tenido más tiempo que yo.

Se acercaron más el uno al otro.

Él levantó el auricular de la horquilla... Esta noche no, *Julius*.

—Es inútil, señor —dijo Elliott—. Sólo obtengo la señal de ocupado.

—Vuelva a probar, vuelva a probar. Estoy seguro de que se encuentra allí.

—¿Quiere que le llame nuevamente, pero esta vez por medio de la telefonista?

—Sí, sí —respondió el director impacientemente.

El director esperó, haciendo tamborilear los dedos sobre el escritorio Reina Ana, mientras miraba la mancha roja y se preguntaba cómo había aparecido allí.

—La telefonista dice que el auricular está descolgado, señor. ¿Quiere que le pida que intensifique el zumbido? Sin duda eso le llamará la atención.

—No, Elliott. Déjelo y váyase a dormir. Le llamare por la mañana.

—Sí, señor. Buenas noches, señor.

Tendré que ordenar su traslado..., de vuelta a Idaho o a otra parte, pensó el director, mientras apagaba las luces y salía rumbo a su casa.

VIERNES, 11 DE MARZO

7.00 horas

Mark fue el primero en despertarse, quizá porque se encontraba en una cama extraña. Se volvió y miró a Elizabeth. Ésta nunca se maquillaba y estaba tan bella por la mañana como a cualquier otra hora. Su cabellera oscura se ondulaba sobre la nuca y él le acarició delicadamente las suaves hebras. Elizabeth se movió, se volvió y le besó.

—Ve a lavarte los dientes.

—Qué forma tan romántica de empezar el día —comentó él.

—Cuando vuelvas estaré despierta —gruñó un poco y se desperezó.

Mark tomó el Pepsodent —eso era algo que tendría que cambiar, porque prefería el Macleans— y se preguntó en qué lugar del cuarto de baño podría poner sus cosas. Al salir del baño vio que el teléfono seguía descolgado. Consultó su reloj: las 7.05. Se metió nuevamente en la cama. Elizabeth se escurrió afuera.

—Sólo tardaré un minuto —dijo.

En las películas nunca sucede así, pensó Mark.

Ella volvió y se acostó junto a él. Después de un momento murmuró:

—Tu mentón me irrita la piel de la cara. No estás tan bien afeitado como la primera vez.

—Aquella primera noche me afeité con muchísimo esmero —confesó Mark—. Es curioso, nunca había estado tan seguro de algo. No sucedió exactamente como yo lo había planeado.

—¿Qué habías planeado?

Lo dijo en voz alta:

—En las películas nunca sucede así... ¿Sabes lo que dijo el francés —agregó— cuando le acusaron de haber violado a una muerta?

—No.

—No me di cuenta de que estaba muerta: pensé que era inglesa.

Tras aclararle que ella no era inglesa sino norteamericana, Elizabeth le preguntó qué le apetecía para desayunar.

Poco después Mark saltó de la cama y se fue al cuarto de baño. Abrió la ducha y reguló la temperatura justa.

—Qué desilusión —exclamó Elizabeth—. Pensé que nos bañaríamos juntos.

—Nunca me baño con la servidumbre. Bastará que me llames cuando esté preparado el desayuno —respondió Mark desde la ducha, y empezó a cantar *At Long Last Love* en varios tonos distintos.

Un brazo esbelto se asomó bajo la lluvia y cerró el grifo del agua caliente. La canción se cortó. Elizabeth no estaba a la vista.

Mark se vistió rápidamente y volvió a depositar el auricular sobre la horquilla. El teléfono sonó casi de inmediato y Elizabeth apareció con una combinación brevísima.

Mark sintió deseos de volver a la cama.

Ella tomó el auricular.

—Buenos días. Sí, está aquí. Es para ti. Una amante celosa, creo.

Se puso un vestido y volvió a la cocina.

—Mark Andrews.

—Buenos días, Mark.

—Oh, buenos días, señor.

—He tratado de comunicarme con usted desde anoche a las ocho.

—¿De veras, señor? Pensé que estaba de permiso. Creo que, si consulta el libro oficial de la Agencia local de Washington, descubrirá que he firmado mi salida.

—Sí, Mark, pero tendrá que interrumpir sus vacaciones porque la presidenta desea verle.

—¿La presidenta, señor?

—De los Estados Unidos.

—¿Por qué habría de querer verme, señor?

—Ayer le maté, pero hoy le he convertido en un héroe y desea felicitarle personalmente porque trató de salvar la vida del senador Harrison.

—¿Cómo dice?

—Será mejor que lea los periódicos de la mañana. No comente nada, por ahora. Más tarde le explicaré mis actos.

—¿Adónde debo ir, y a qué hora, señor?

—Ya le informarán —se oyó un clic en la línea.

Mark volvió a colgar el auricular y pensó en la conversación que había mantenido con el director. Se disponía a preguntarle a Elizabeth si había llegado el periódico de la mañana, cuando volvió a sonar el teléfono.

—Atiende tú, cariño. Ahora que tus amantes saben que estás aquí, debe de ser necesariamente una llamada para ti.

Mark levantó el auricular.

—¿El señor Andrews?

—El mismo.

—Espere un momento, por favor. Le va a hablar la presidenta de los Estados Unidos.

—Buenos días. Soy Florentina Kane. Quiero saber si tendrá tiempo de pasar por la Casa Blanca hoy por la mañana, aproximadamente a las diez. Me gustaría conocerle y conversar con usted.

—Será un honor, señora.

—Le espero, señor Andrews, y también espero el momento de conocerle y felicitarle personalmente. Si se presenta en la entrada oeste, Janet Brown le estará esperando.

—Gracias, señora.

Las legendarias llamadas de las que la prensa hablaba tan a menudo. El director sólo había verificado su paradero. ¿Acaso la presidenta trataba de comunicarse con él desde las ocho de la noche anterior?

—¿Quién era, cariño?

—La presidenta de los Estados Unidos.

—Dile que la llamarás tú. Siempre está en la línea y habitualmente hace sus llamadas a cobro revertido.

—Hablo en serio.

—Sí, cariño.

—Quiere verme.

—¿En su casa o en la tuya, cariño?

Mark entró en la cocina y se abalanzó sobre el plato de cereales. Elizabeth apareció blandiendo el *Post*.

—Mira —exclamó ella—. Lo dicen oficialmente. No eres un villano sino un héroe.

El titular proclamaba:

**SENADOR HARRISON ASESINADO EN LA
ESCALINATA DEL CAPITOLIO.**

—¿Fue la presidenta, verdad?
—Sí, mi amor.
—¿Por qué no me lo dijiste?
—Te lo dije, pero no quisiste escucharme.
—Disculpa —murmuró Elizabeth.
—Te amo.
—Yo también te amo, pero no repitamos esto todas las semanas.
Ella siguió leyendo el diario mientras Mark mascaba sus cereales.
—¿Quién podía tener interés en matar al senador Harrison, Mark?
—No lo sé. ¿Qué dice el *Post*?
—Aún no han descubierto el motivo. Dice que tenía muchos enemigos tanto aquí como en el exterior.

Empezó a leer el texto en voz alta:

Un asesino disparó ayer por la mañana, a las 10.06, contra el senador demócrata por Carolina del Sur, Robert Harrison, en la escalinata del Capitolio.

El asesinato se produjo muy poco antes de la hora fijada para que la presidenta Kane llegara a presentar un último alegato en favor del proyecto de ley de Control de Armas, que debía votarse ayer en el Senado. El Servicio Secreto, que aparentemente esperaba una manifestación en la escalinata del Capitolio, desvió el coche de la presidenta al Edificio Russell de las oficinas del Senado.

La bala se alojó en el cerebro del senador Harrison, y cuando llegó al Woodrow Wilson Medical Center ya había muerto. Un segundo proyectil rozó el hombro del agente del FBI Mark Andrews, de 28 años, quien se abalanzó sobre el senador en un esfuerzo por salvarle la vida. Andrews fue curado y dado de alta.

No se ha explicado aún por qué una segunda comitiva presidencial llegó a la escalinata del Capitolio minutos antes del asesinato, sin que en ella se hallara la presidenta.

El vicepresidente Bradley ordenó que se suspendieran inmediatamente las sesiones del Senado en homenaje al senador Harrison. La Cámara de Representantes también aprobó por unanimidad una semana de duelo.

La presidenta, que se trasladó al Capitolio en el tren subterráneo que parte del Edificio Russell, recibió la primera noticia sobre el asesinato de Harrison cuando llegó al Senado. Visiblemente conmovida, anunció que la comida en la cual se iba a discutir el control de armas se celebraría tal como estaba

previsto, pero pidió que los senadores reunidos guardaran un minuto de silencio en homenaje a su colega muerto.

La presidenta agregó: «Sé que todos estamos horrorizados y consternados por el hecho trágico y atroz que acaba de producirse. Este asesinato absurdo de un hombre probo y honesto debe reforzar nuestra voluntad de trabajar juntos para librar a nuestro país del fácil acceso a las armas por parte de los criminales».

La presidenta tiene el propósito de dirigirse a la nación esta noche a las veintiuna horas.

—Ya lo sabes todo, Liz.

—No sé nada.

—Yo tampoco sabía mucho de esto —confesó Mark.

—Vivir contigo será difícil.

—¿Quién ha dicho que voy a vivir contigo?

—Lo di por seguro cuando vi cómo comías mis huevos.

En el hotel Fontainebleau, un hombre se hallaba sentado junto al borde de la piscina, leyendo el *Miami Herald* y bebiendo café. Por lo menos el senador Harrison estaba muerto, y eso hacía que se sintiera más seguro. Xan había cumplido con esa parte de su misión.

Sorbió el café. Un poco caliente, pero no importaba, porque no tenía prisa. Ya había dado nuevas órdenes. No podía correr ningún riesgo. Estaba acordado que Xan moriría antes de que cayera la noche. Su abogado, que nunca Je había fallado, le había garantizado que Matson y Tony quedarían en libertad por falta de pruebas. Y él no visitaría Washington durante un tiempo. Se relajó y se arrellanó en la tumbona para que el sol de Miami le calentara. Encendió otro cigarrillo.

A las 9.45, Janet Brown, secretaria de Prensa de la presidenta, recibió al director en la Casa Blanca. Esperaron y conversaron. El director le dio a la secretaria de Prensa los datos del agente especial Andrews. Brown tomó cuidadosa nota.

Mark llegó un poco antes de las diez. Apenas había tenido tiempo para volver a su casa y ponerse un traje nuevo.

—Buenos días, señor director —dijo con la mayor naturalidad.

—Buenos días, Mark. Me alegra que haya podido venir hoy —dijo un poco zumbón, pero no enfadado—. Le presento a la secretaria de Prensa de la presidenta, Janet Brown.

—Buenos días, señora —dijo Mark.

Brown asumió el control de la situación.

—Tengan la gentileza de acompañarme a mi despacho, donde podremos esperar. La presidenta grabará en vídeo su discurso al país, que se emitirá esta noche por televisión, y así podrá volar a Camp David a las once y cuarto. Me imagino que usted y el director dispondrán de aproximadamente un cuarto de hora para pasarlo en su compañía.

Janet Brown les condujo a su despacho, una amplia habitación del ala oeste, desde donde se divisaba una magnífica vista sobre los jardines.

—Pediré que nos traigan café —anunció Brown.

—Bienvenido el cambio —murmuró Mark.

—¿Cómo dice? —preguntó Brown.

—No, nada.

El director y Mark se instalaron en unas cómodas sillas desde donde podían ver una gran pantalla monitora de cristal montada en una de las paredes, que ya había cobrado vida con las idas y venidas de la Oficina Oval.

Estaban empolvando la nariz de la presidenta, preparándola para su discurso, y los operadores de televisión desplazaban sus artefactos alrededor de ella. Janet Brown tomó el teléfono.

—CBS y NBC pueden rodar, Janet, pero ABC todavía está montando su unidad de sonido —dijo una agitada voz femenina.

Janet Brown se comunicó con el productor de ABC por otra línea.

—Dese prisa, Harry. La presidenta no dispone de todo el día.

—Janet.

Florentina Kane estaba en el centro de la pantalla.

Janet Brown levantó la vista.

—¿Sí, señora presidenta?

—¿Dónde está ABC?

—Les estoy persiguiendo, señora presidenta.

—¿Persiguiendo? Les avisamos con cuatro horas de anticipación. No serían capaces de llegar a tiempo para el Segundo Advenimiento.

—No, señora. Ya van hacia allí.

Harry Nathan, productor de ABC, apareció en la pantalla.

—Ya está todo listo, señora. Podremos empezar a filmar dentro de cinco minutos.

—Excelente —asintió Kane, y miró su reloj. Eran las 10.11. Los dígitos desaparecieron y fueron reemplazados por su ritmo cardíaco: 72. Normal, pensó. Se borraron nuevamente para ser sustituidos por la presión sanguínea: 14/9. Un poco alta; la haría controlar por el médico ese fin de semana. Los dígitos dejaron paso al índice Dow-Jones, que mostró una temprana caída de 1,5 a 1,409. A continuación, el reloj marcó las 10.12. La presidenta ensayó por última vez la introducción de su discurso. Esa mañana había completado el último borrador en la cama, y estaba satisfecha.

—Mark.

—¿Señor?

—Quiero que esta tarde vuelva a presentarse ante Grant Nanna, en la Agencia local de Washington.

—Sí, señor.

—Quiero que después se tome unas vacaciones. Entiéndame bien, unas auténticas vacaciones, más o menos en mayo. El señor Elliott me dejará a fines de mayo para asumir las funciones de agente especial a cargo de la Agencia local de Columbus. Voy a ofrecerle su puesto, y ampliaré sus atribuciones para convertirle en mi ayudante personal.

Mark estaba perplejo.

«Muchas gracias, señor. Aceptaría encantado». Adiós al plan de cinco años.

—¿Dijo algo, Mark?

—No, señor.

—En privado, Mark, debe dejar de llamarme «señor», puesto que trabajaremos juntos. Eso ya no lo soporto. Puede llamarme Halt u Horatio, como prefiera.

Mark no pudo dejar de reír.

—¿Mi nombre le parece divertido, Mark?

—No, señor. Pero acabo de ganar 3.516 dólares.

—Probando: uno, dos, tres. Potente y claro. ¿Puede dejarnos oír una muestra de su voz, señora presidenta? —preguntó la directora de escena, ahora menos agitada—. ¿Qué tomó para desayunar?

—Café con tostadas —dijo la presidenta, con tono resonante.

—Gracias, señora. Está bien. Adelante.

Todas las cámaras enfocaron a la presidenta, que estaba sentada detrás de su escritorio, lúgubre y adusta.

—Cuando usted quiera, señora presidenta.

La presidenta miró la lente de la cámara Uno.

—Compatriotas, les hablo esta noche desde la Oficina Oval tras el cruento asesinato del senador Harrison en la escalinata del Capitolio. Robert Everard Harrison era mi amigo y colega, y sé que su desaparición nos afligirá a todos. Le expresamos nuestras más sentidas condolencias a su familia en el amargo trance. Este acto infame refuerza mi decisión de promover, a comienzos del próximo período de sesiones, la aprobación de una ley encaminada a limitar severamente la venta y la tenencia ilícita de armas de fuego. Procederé así en memoria del senador Robert Harrison, para que podamos estar seguros de que no murió en vano.

El director miró a Mark, pero ninguno de los dos dijo nada. La presidenta continuó su discurso, describiendo la importancia del control de las armas de fuego y las razones por las cuales el pueblo estadounidense debía apoyar esa medida.

—Y ahora les dejo, conciudadanos, agradeciendo a Dios que los Estados Unidos todavía puedan engendrar hombres dispuestos a arriesgar su vida en beneficio de la comunidad. Gracias y buenas noches.

La cámara enfocó un primer plano del Escudo Presidencial. Luego las unidades de exteriores mostraron una imagen de la Casa Blanca con la bandera a media asta.

—Ha salido impecable, Harry —dijo la directora de escena.

—Volvamos a proyectarlo y veamos qué tal está.

La presidenta en la Oficina Oval, y el director y Mark en el despacho de Janet Brown, presenciaron la proyección. Era muy buena. La Ley de Control de Armas pasará la prueba, pensó Mark.

El ujier mayor apareció en la puerta del despacho. Le habló al director.

—La presidenta pregunta si usted y el señor Andrews tienen la gentileza de reunirse con ella en la Oficina Oval.

Se levantaron y marcharon en silencio por el largo corredor de mármol del ala este, pasando delante de los retratos de los anteriores presidentes, intercalados con cuadros al óleo que conmemoraban episodios sobresalientes de la historia norteamericana. Dejaron atrás el busto de bronce de Lincoln. Cuando llegaron al ala oeste, se detuvieron delante de las enormes puertas blancas y semicirculares de la Oficina Oval, dominadas por el gran Escudo Presidencial. Un agente del Servicio Secreto estaba sentado detrás de un

escritorio, en la antesala. Miró al ujier mayor y ninguno de los dos pronunció una palabra. Mark vio cómo la mano del agente del Servicio Secreto se deslizaba debajo del escritorio, y oyó un chasquido metálico. El Escudo Presidencial se partió en dos cuando las hojas de la puerta se abrieron. El ujier se quedó en la entrada.

Alguien estaba desprendiendo un pequeño micrófono de debajo del collar de la presidenta, y una joven se afanaba quitándole del rostro los últimos vestigios de polvo. Las cámaras de televisión ya habían desaparecido.

—El director del Departamento Federal de Investigaciones, señor H. A. L. Tyson, y el agente especial Mark Andrews, señora presidenta —anunció el ujier.

La presidenta se levantó del asiento que ocupaba en el otro extremo de la habitación y les esperó para darles la bienvenida. Avanzaron lentamente hacia ella.

—Mark —murmuró el director con voz queda.

—¿Sí, señor?

—¿Se lo decimos a la presidenta?



JEFFREY HOWARD ARCHER, Baron Archer of Weston-super-Mare (Londres; 15 de abril de 1940), es un escritor y expolítico inglés, estudió en el Wellington School y en el Brasenose College de la Universidad de Oxford.

A comienzos de 1960 representó al Reino Unido en atletismo (en la especialidad de 100 metros lisos). En 1969 ingresa en la Cámara de los Comunes por el Partido Conservador, y fue el miembro más joven. También formó parte de la Cámara de Lores (es lord desde 1992), como dirigente del partido conservador. A lo largo de su carrera política protagonizó varios escándalos y controversias. En 2001 fue condenado a cuatro años de cárcel, acusado de un delito de perjurio.

Tuvo dos hijos con su esposa, la científica especialista en energía solar Mary Archer: William y James.